MARIA ROSA LIDA DE MALKIEL

La Idea de la Fama en la Edad Media Castellana

Lengua y estudios literarios

fce

MARIA ROSA LIDA DE MALKIEL

La Idea de la Fama en la Edad Media Castellana

Un admirable estudio sobre la idea de la fama en la Edad Media española, a la luz de sus antecedentes y paralelos en la literatura medieval del resto de Europa, en los primitivos escritores cristianos y en la Antigüedad clásica.

Idea tradicional es la de una Edad Media en que, orientada la vida del hombre hacia lo ultraterreno, se anula la ambición de fama. Pero es necesario distinguir —y lo hace la autora con lúcida erudición— entre la Edad Media ascética, que ve con desprecio el ansia de fama coetánea y póstuma, y la Edad Media caballeresca y cortesana, regida por los preceptos del honor. La exaltación humanista de las letras antiguas vendrá, en su momento, a darle poderoso impulso. Si antes el artista reducía su papel al de vocero impersonal de santos y héroes, ahora hablará en su propio nombre, deseoso de gloria para sí y para sus obras.

Castilla, menos estudiada que otras regiones de Europa, parecería, además, presentar los materiales menos favorables. Sólo que el examen atento de su literatura nos muestra, frente a la actitud de ascetismo y renunciación, un profundo anhelo de fama perdurable, parejo al que se advierte en las literaturas europeas coetáneas. Muchas veces el autor español subraya el concepto de la fama que aparecía diluido en su fuente. El Cid, el Fernán González, el Poema de Alfonso Onceno siguen por su propia cuenta la misma línea; aparece en las crónicas particulares, en la novela caballeresca y en los grandes poetas del siglo XV, un Mena, un Santillana, un Manrique, ya en los umbrales del Renacimiento.

Estudios literarios

Fondo de Cultura Económica

LA IDEA DE LA FAMA

en la Edad Media Castellana

por

MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MEXICO - MADRID - BUENOS AIRES

Primera edición, 1952
Primera reimpresión en España, 1983

D. R. © 1952, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Avda. de la Universidad, 975. 03100 México, D. F.
EDICIONES F.C.E. ESPAÑA, S. A.
Vía de los Poblados, s/n (Indubuilding, 4.º). Madrid-33
I.S.B.N.: 84-375-0239-X
Depósito legal: M. 22.731-1983
Impreso en España - *Printed in Spain*
Gráficas Valencia, S. A. Paseo de Talleres, 18. Madrid-21

A MI MADRE

PROPÓSITO

Antigüedad, Edad Media, Renacimiento

Forma parte de la caracterización tradicional de Edad Media y Renacimiento su contraste con respecto a la idea de la fama: en la una —suele decirse— la orientación ultraterrena de la vida anula de suyo la ambición de fama; en el otro, el goce en este mundo la crea, al calor de la redescubierta Antigüedad.

En sus líneas generales el contraste me parece exacto. En cuanto a intensidad de sentimiento o frecuencia de expresión, la Edad Media no puede compararse con la Antigüedad grecorromana ni con el Renacimiento, épocas en que el amor a la fama es un impulso enérgico y fecundo como el que más en la vida y en el arte. Lo que no creo exacto es que la idea de la fama hubiese desaparecido totalmente del horizonte medieval y hubiese surgido nueva en el Renacimiento, sin raíces inmediatas, de tal manera que en el crítico siglo xv su presencia o ausencia en obras literarias, por ejemplo, pueda servir de piedra de toque para revelar si el autor está orientado hacia los nuevos o hacia los viejos tiempos. Más verosímil es que, como otros aspectos de arte y de pensamiento, también éste sea peculiarmente fuerte y valioso en la Antigüedad y en el Renacimiento pero, lejos de haber quebrado su línea en los siglos medios, quede enlazado, cabalmente, por un hilo medieval que, tenue y todo, colora con su matiz peculiar la fama renacentista.

Una ojeada a la Antigüedad clásica destacará mejor las condiciones de la Edad Media. Dentro de ésta atiendo sobre todo a Castilla, no sólo por menos estudiada que otras regiones de Europa, sino por ser el caso menos favorable para mi tesis, ya que en ella la tensión de la Reconquista acentuaba el predominio de lo ascético sobre lo mundano, mermando así la esfera de influencia de la fama terrenal.

ANTIGÜEDAD

I

GRECIA

A tal punto nos son familiares todavía los modos de la civilización creada en Grecia, que necesitamos volver sobre nosotros mismos en un esfuerzo consciente para sentir su peculiaridad. Muy sabido es que uno de estos modos es, en contraste con el Oriente, la concentración en esta vida, la atención al individuo, el desarrollo de la personalidad y el ansia de perpetuarla en la memoria de los hombres venideros en mil formas de vida y de arte: instituciones como el entierro público, el discurso panegírico, los numerosos nombres con idea de gloria y de excelencia *(Cleo-, -cles, -doxo, Aristo-)*, el epitafio, la inscripción votiva, el retrato de particulares, y no sólo de los reyes semidivinos como en Oriente. En todo el variado escenario de la historia griega, la avidez de fama se destaca como un rasgo constante,[1] desde los héroes homéricos hasta Temístocles, insomne por los lauros de Milcíades, hasta Alejandro, envidioso de los triunfos de su padre, y rival de las peregrinaciones fabulosas de Héracles y Dioniso.

Homero

En los poemas homéricos la minuciosa filiación de enorme número de personajes secundarios y aun insignificantes; el catálogo de las naves, que registra a los jefes de los contingentes y acaba nombrando a los varones más bravos y a los mejores caballos; los juegos fúnebres de Patroclo con sus personajes en viva acción; y la visita a los infiernos, con su desfile estático de figuras bien historiadas, atestiguan el vivísimo interés del poeta por lo individual, interés que es el punto de partida de su prodigiosa creación de caracteres. La literatura ofrece pocas afirmaciones de personalidad más rotundas que la que trasluce en las palabras con que se da a conocer a los feacios Odiseo, orgulloso de sus nunca oídas aventuras *(Odisea*, IX, 19-20):

> Soy Odiseo, hijo de Laertes; todos los hombres piensan en mí por mis ardides, y mi gloria llega al cielo.

[1] Horacio, *Arte poética*, v. 324, contrapone a los romanos, avezados desde la niñez al cálculo interesado, los griegos sólo avaros de alabanza: *praeter laudem nullius avari.*

Las sirenas *(Odisea,* XII, 184) y los amigos *(Ilíada,* IX, 672 = X, 544) halagan al héroe acumulando en su llamado los dictados de gloria. La conducta de la dueña de casa *(Odisea,* XIX, 328 y sigs.) y del esclavo porquerizo se gobierna en presente y futuro por el renombre de virtud *(Odisea,* XIV, 402 y sigs.) lo mismo que la del más excelso príncipe, Aquileo, quien sin retórica alguna pesa como alternativas plausibles para todos —y de hecho todos acogen su equivalencia— gloria y vida *(Ilíada,* IX, 410-416):

> Mi madre, la diosa Tetis, de pies de plata, dice que dos hados diversos me llevan al término de la muerte: si me quedo aquí sitiando la ciudad de los troyanos, pierdo mi retorno pero mi gloria será inmortal; si llego a casa, a mi amada tierra patria, pierdo mi noble gloria, pero mi vida será larga, y no me alcanzará pronto el término de la muerte.

En el ambiente de la pequeña ciudad griega, en que cada cual siente sobre sí las miradas y el juicio de los vecinos —importantes porque no son una indistinta turba colectiva, sino conocidos individualmente uno a uno—, se desarrolla un vivo sentido de concurrencia, de espíritu de certamen, que mide el mérito en cuanto sobrepasa el del prójimo y aspira, por recompensa, a las buenas palabras de los conciudadanos. Así, Palas Atenea dió a Diomedes *(Ilíada,* V, 2-3) "bravura y esfuerzo, para que sobresaliese entre todos los argivos y ganase noble gloria." Por dos veces recomienda en la *Ilíada* el padre al hijo al enviarle a la guerra (VI, 208 = XI, 784): "ser siempre el mejor y alzarse por sobre los demás." Tal apetito de gloria, aguzado en la puja con los rivales, se ostenta en todo su ingenuo cálculo cuando el poeta pinta a Aquileo degradado por su egoísmo. Ofendido en la honra por Agamenón, Aquileo no se apiada de los aqueos en derrota inminente; si al fin permite que Patroclo saque sus hombres al campo, tiene buen cuidado de fijar la dosis de gloria a que puede aspirar su amigo, de modo que la suya se destaque por comparación *(Ilíada,* XVI, 84 y sigs.):

> De ese modo ganarás para mí gran honra y gloria de parte de todos los dánaos, que me devolverán la bellísima doncella y además me entregarán espléndidos dones. Cuando les hubieres arrojado de las naves, vuélvete, y aunque el estruendoso esposo de Hera te otorgase

ganar la gloria del combate, no ansíes luchar sin mí contra los aguerridos troyanos, pues menoscabarías mi honra.

Frente a la mezquindad mercantil de Aquileo, Homero representa en Héctor la vocación de fama desinteresada y pura, pero no simple, ya que en ella se funden el temor al juicio de la ciudad, la conciencia de peligro —no cobardía, pero tampoco arrojo fácil— y la trágica certidumbre de la derrota *(Ilíada,* VI, 441 y sigs.):

En verdad, mujer, también a mí me preocupa todo eso, pero muy grande vergüenza tengo de los troyanos y de las troyanas que arrastran peplo si, como cobarde, me escondo lejos de la batalla. Y no me lo ordena mi alma, pues aprendí a ser siempre bravo, y a combatir en las primeras filas de los troyanos, ganando gran gloria para mi padre y para mí mismo.

Aunque Héctor sabe muy bien que su valor no salvará a Troya, desafía a los aqueos a combate singular, no como solución del asedio, sino por puro espíritu de gloria caballeresca, y al formular el desafío ya se ve acrecentado en su prez por el mérito de su vencido rival *(Ilíada,* VII, 87 y sigs.):

Y alguna vez quizá aun diga alguno de los hombres venideros al navegar en su nave, llena de bancos de remeros, por el mar vinoso: "Ésta es la tumba de un hombre muerto antaño, a quien en un tiempo mató, pese a su excelencia, el famoso Héctor." Así dirá alguien alguna vez y esa gloria mía no perecerá nunca.

En el último encuentro, Héctor, al verse engañado por Atenea y abandonado por sus dioses patronos, se resuelve a morir como bravo, acicateándose a sí mismo con el aliciente de la futura fama *(Ilíada,* XXII, 304 y sig.):

Cuando menos, no muera yo sin esfuerzo y sin gloria, sino tras cumplir gran hazaña que aun los hombres futuros hayan de oír.

La esposa de Héctor contrasta los ricos trajes que ella ha tejido y atesorado con la desnudez del cadáver, y decide quemarlos en alarde arrogante *(Ilíada,* XXII, 512 y sigs.):

Sí, todos los quemaré con ardiente fuego: ningún provecho para ti, ciertamente, pues no yacerás en ellos, pero para gloria tuya entre troyanos y troyanas.

Con todo, la gloria homérica no está sólo en los labios y en el juicio de los hombres; es reconocimiento de excelencias, y siendo la excelencia, como don divino, inaccesible y arbitraria, más vale estimar también indirecto don divino su reconocimiento.[2] Honor y gloria de parte de Zeus acompañan a los reyes, según Menelao *(Ilíada,* XVII, 251); muchas veces habla Homero, y desde Homero el resto de la literatura griega (Píndaro, por ejemplo, en la *Pítica II,* 89, y Esquilo en los *Persas,* 455), de Zeus como de un dios de las batallas *(Ilíada,* V, 32-33). La entrevista posibilidad de que no por gracia divina sino por su esfuerzo el hombre pueda arrebatar esa gloria de la batalla se frustra al enunciarla como hipótesis negada por los hechos *(Ilíada,* XVII, 321):

> Y quizá los argivos se hubiesen apoderado de la gloria, aun contra la orden de Zeus, merced a su firmeza y su vigor, pero...

Simónides

En la exaltación de las Guerras Médicas el concepto de gloria se hace, si cabe, más actual todavía. Nunca se ha hablado con igual fervor de la inmortalidad concedida por la fama como en la oda de Simónides a los caídos en las Termópilas *(Anthologia Lyrica Graeca,* ed. E. Diehl, t. 2, pág. 66, Nº 5):

> De los que murieron en las Termópilas gloriosa es la fortuna, noble el destino. Su tumba es altar; por gemido, recuerdo; su planto es alabanza. Tal ofrenda no la cegará la herrumbre ni el tiempo que todo lo domeña. Este santuario de valientes eligió como custodio la buena fama de Grecia. Testigo Leónidas, el rey de Esparta que dejó tras sí gran joyel de excelencia y perpetua gloria.

En muchos epigramas fúnebres, género en que especialmente descolló Simónides, se percibe la misma nota. Basten como ejemplo las inscripciones de los atenienses y de los espartanos muertos en Platea *(Anthologia...,* pág. 106, Nº 118, y pág. 107, Nº 121):

> Si morir noblemente es la mejor parte del valor, a nosotros entre todos nos lo otorgó la Fortuna porque, por empeñarnos en coronar a Grecia de libertad, yacemos en alabanza que no envejecerá.
>
> Éstos coronaron a su querida patria de gloria inextinguible y se envolvieron en la oscura nube de la muerte. Pero aunque murieron,

[2] En contraste, la sabiduría práctica de Solón separa netamente, en su elegía a las Musas, v. 3 y sig., el don divino de la riqueza del don humano de la fama: "De parte de los bienhadados dioses dadme posesión de riqueza, y de parte de todos los hombres, eterna buena fama."

no están muertos porque, cubriéndoles de gloria, su valor les trae a la luz desde la mansión soterraña de Hades.

Heródoto

Nadie más lleno del espíritu de gloria individualista que el historiador de estas guerras, quien se decide a narrarlas precisamente

para que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres, y para que no queden sin gloria grandes y maravillosas obras, así de los griegos como de los bárbaros.

Heródoto, calificado en la Antigüedad de "muy homérico" ("Longino," XIII, 3), lo es señaladamente en su fervor individualista, aspecto tanto más notable cuanto que el asunto de sus *Historias* es tan vasto y comprende tantos estudios de grandes masas de población. Al contrario de lo que acontece con los etnógrafos modernos, Heródoto mantiene junto con el interés en el medio —país, cultura— la curiosidad por el hombre individual. Por sus páginas desfila extraordinario número de caracteres plásticamente fijados en dichos y hechos; no sólo reyes y señores, sino adivinos, poetas, impostores, músicos, esclavos, artesanos, niños y nodrizas, cuyos méritos se reconocen por igual, sin parar mientes en el linaje o la condición. Heródoto gusta de anotar quién fué el iniciador de una costumbre o el autor de un dicho ingenioso o el artífice de una obra memorable, y no es raro que suspenda el juicio moral ante desmanes que no aprueba, fascinado por la personalidad del culpable, Polícrates, Cípselo o quien fuere. Explícitamente el reconocimiento de los demás es parte no pequeña de los bienes de la tierra. Una palabra favorita de Heródoto es ἀποδείκνυσθαι ἔργα (I, 207; VI, 15; IX, 72) o ἀρετάς (I, 176): literalmente 'mostrar hazañas,' no sólo ejecutarlas. Porque forman la hazaña, por partes iguales, el hacerla y el darla a conocer ganando el consiguiente aplauso. La madre de los mancebos Cléobis y Bitón —que cumplen su obra pía y son vistos por la congregación (I, 37)— se llena de alegría "por la proeza y por el renombre" y, entre todos los destinos recordados por Heródoto, pocos hay tan dolorosos como el del hermoso Calícrates, que muere lejos de la batalla, apenado por no haber podido "mostrar" las hazañas que se sentía capaz de realizar (IX, 72):

> Fuera de la batalla murió Calícrates, el hombre más hermoso de cuantos habían venido entonces al campo de los griegos, no sólo entre los lacedemonios sino también entre los demás griegos. Cuando Pausanias estaba sacrificando, Calícrates se hallaba en su puesto y fué herido en el costado por una flecha. Y mientras los demás combatían él, retirado de la lucha, moría penosamente; y dijo a Arimnesto, ciudadano de Platea, que no le importaba morir por Grecia, sino morir sin haber hecho uso de sus manos, y sin dejar realizada [literalmente 'mostrada'] ninguna proeza digna de él, que ansiaba realizarla [literalmente 'mostrarla'].

El afán griego de la gloria, al fin una de las claves de su resistencia a la invasión persa, queda fijado indeleblemente, en todo su alcance nacional, en la breve anécdota situada en la víspera de la batalla de Salamina (VIII, 26). Jerjes pregunta a unos desertores qué hacen los griegos y, al oír que están ocupados en los juegos olímpicos, averigua cuál es el premio. Cuando los desertores responden que la disputada presea es una corona de olivo, el déspota persa se echa a reír, pero su sabio consejero Tritantecmes señala a voces el terrible riesgo de luchar contra hombres que no combaten por el provecho sino por la honra.[3] A su vez, Heródoto mismo se muestra seguro de la eternidad de su obra (que Tucídides había de poner adustamente en duda). Así se infiere, no de ningún jactancioso manifiesto, sino de declaraciones como la del prefacio, que implican la duración de los datos consignados en su libro. A la inversa, Heródoto no concibe mayor sanción moral que no anotar —esto es, entregar al olvido— el nombre de personajes culpables, como los plagiarios y falsarios de quienes dice (I, 51; II, 123; IV, 43) "aunque sé su nombre no lo recordaré" (o: "no lo escribo," o: "lo olvidaré de intento").

Sófocles

Es el hombre de la generación de Heródoto, su amigo Sófocles, quien más sutilmente muestra cómo el virus de la gloria estaba infiltrado en la vida griega. Si Antígona desfallece al pensar en su vida malograda, el coro benévolo la sostiene oponiendo a los goces y satisfacciones elementales que ella echa de menos la promesa compensadora (*Antígona*, 817 y sig.): "Pero gloriosa y llena de alabanza partes

[3] Véase *Estudio preliminar* a las *Historias* de Heródoto, Buenos Aires, 1949, págs. XV y sig., XXXIV y sig.

para ese escondite de los muertos." Si Filoctetes no puede persuadirse a deponer su odio contra los griegos, el joven Neoptólemo le tienta con los hilos de la gloria *(Filoctetes,* 1344 y sigs.):

> Porque es noble añadimiento a tu ganancia ser juzgado el mejor entre todos los griegos y llegar a manos de curación, y luego tomar a Troya, la de tanto llanto, y recoger gloria altísima.

Muy instructivo es el pasaje de la *Electra,* 973 y sigs., en que la extraviada heroína quiere atraerse la complicidad de la hermana para asesinar a la madre, deslumbrándola con promesas de fama:

> ¿No ves qué gloriosas palabras ganarás para mí y para ti, si me obedeces? Pues ¿quién que nos vea, ciudadano o forastero, no nos saludará con estos elogios? "Ved estas dos hermanas, amigos, que rescataron la casa paterna, que sin hacer cuenta de su vida fueron adalides de matanza para sus prósperos enemigos. Preciso es amarlas, preciso es a todos venerarlas; en las festividades tanto como en la congregación de la ciudad, todos deben honrarlas a causa de su coraje." Así hablará de nosotras todo mortal, de tal modo que en vida o muerte nuestra gloria no cesará.

Ningún dramaturgo moderno introduciría en la premeditación del matricidio un resorte tan externo hoy como la admiración de los conciudadanos. Al recurrir a él como a argumento último, Electra, que razona con la fría lógica de los dementes, prueba la fuerza incomparable que para el hombre antiguo residía en la aprobación de la ciudad.

No es menos chocante para el lector moderno la avidez de gloria que muestran las heroínas abnegadas de Eurípides, prontas a sacrificarse por la familia, la ciudad o la nación, porque reconocen tal valor a la gloria que su sacrificio apenas puede juzgarse desinteresado. Así lo da a entender Ifigenía, que ha resuelto morir, pero sólo gloriosamente, pues siente clavadas en sí las miradas de todos los griegos *(Ifigenía en Áulide,* 1375-1378), que se declara glorificación de su madre (1440) y luz de Grecia (1502) y que, tras pesar muy razonablemente las causas que la llevan a morir, exclama (1937 y sigs.):

Eurípides

> Doy mi cuerpo a Grecia. Sacrificadme, arrasad a Troya, pues, por larga edad, esto será mi monumento, esto mis hijos, mis bodas y mi gloria.

A la luz de esta actitud unánime se explica la paradoja que sorprende al lector moderno de la *Ética nicomaquea:* aun para Aristóteles, tan apasionado en deslindar esencia y accidente, la alabanza y el reproche valen como criterios intrínsecos de la virtud y el vicio (cf. fin del libro I).

En la intensa vida pública de la ciudad griega la gloria es sobre todo recompensa de excelencia civil o militar. Sobre todo, pero no exclusivamente, pues una nota importantísima de la cultura grecorromana es inscribir también entre los gloriosos al contemplativo y no sólo al activo. La celebración por medio del arte de la palabra es tan estimada por el griego, tan ingénito el reconocimiento de su valor, que ya en los poemas homéricos los héroes viven mirando a su futura imagen literaria *(Ilíada,* VI, 357-358) y lloran no al recordar su pasado sino al escuchar su recreación artística *(Odisea,* VIII, 83 y sigs., 521 y sigs.). El coro de la *Alcestis* exalta el sacrificio de la heroína prometiéndoselo como tema literario (445 y sigs.):

> Muchas veces los servidores de las musas te cantarán, ya en la lira montesina de siete tonos, ya celebrándote en himnos sin música... ¡Tal cántico dejaste con tu muerte a los poetas!

Mucho más tarde, y entre hombres de acción, dan idéntico testimonio varias anécdotas de Alejandro Magno.[4] Como es lógico, son los poetas de la lírica, con su profesión de individualismo, quienes acentúan esta nota.

Safo y Teognis

Safo, en sus versos *A una mujer rica, pero inculta,* introduce, con la energía apasionada del artífice que defiende su cofradía, la vida en la memoria de la posteridad como recompensa del adiestramiento intelectual (ed. E. Lobel, 3, App., pág. 24):

> Cuando mueras yacerás para siempre, y jamás, jamás habrá en el futuro memoria de ti, porque no has tenido parte en las rosas de Pieria;

[4] Por ejemplo, las que Plutarco, *Vida de Alejandro,* 14 y 15, sitúa al comienzo de su campaña en el Asia: "Cuando se aprestaba a la expedición, la estatua de Orfeo que estaba junto a Libetra y era de madera de ciprés soltó mucho sudor por aquellos días. Todos se espantaron del agüero, pero Aristandro [el adivino] le exhortó a tener buen ánimo, pues ejecutaría empresas que serían cantadas y comentadas, y que darían mucho sudor y fatiga a los poetas y músicos que las cantasen." En Troya, ante el sepulcro de Aquiles, Alejandro "le declaró feliz porque le cupo en vida un amigo fiel y a su muerte, un gran heraldo." (Ver pág. 18.)

antes, desconocida en la mansión misma de Hades, vagarás revoloteando entre las sombras ciegas.

Una nota de incalculable eco es la que resuena en las elegías de Teognis, arquetipo del poeta enamorado que sólo recibe desdenes a cambio de la gloria que sus versos otorgan al objeto de sus amores (*Anthologia Graeca...*, ed. E. Diehl, t. I, fasc. 2, pág. 20):

Te he dado alas con las que te alzarás fácilmente y volarás sobre el mar infinito y sobre la tierra toda. Estarás presente en todos los banquetes y festines, posado en las bocas de muchos hombres. Los mozos en sus regocijos placenteros te cantarán bella y dulcemente con sus flautillas de dulce son. Y cuando llegues a la lamentable morada de Hades, en las profundidades de la oscura tierra, ni aun entonces, ni aun muerto, perderás tu gloria. Los hombres pensarán siempre en ti como el poseedor de un nombre inmortal; y tú, Cirno, recorrerás la tierra griega y las islas, cruzando el estéril mar piscoso, sin ser llevado por caballos mortales: los brillantes dones de las musas, coronadas de violetas, te conducirán. Porque para cuantos se interesen en cánticos, serás cántico, hasta para los venideros, mientras existan la tierra y el sol.

Píndaro

Entre todos los poetas de Grecia, Píndaro es aquel en quien la idea de fama es más esencial, pues constituye la textura misma del género en que sobresalió, el epinicio. Píndaro presenta una clara y limitada concepción de la vida en la cual la "deseadísima fama" (*Olímpica VIII*, 64) es la corona de las excelencias a que un mortal puede aspirar (*Ístmica III*, 1 y sigs., y sobre todo *Ístmica VI*, 10 y sigs.):

Pues si un hombre, regocijándose en el gasto y la fatiga, logra excelencias de divino cimiento, y si a la vez la deidad siembra para él gloria deleitosa, honrado por los dioses, ya arroja el ancla a la última felicidad.

Para quien ha obtenido éxito y fama, no resta sino la impía pretensión de franquear los límites de la condición humana; así lo asegura Píndaro en varios pasajes (*Olímpica V*, fin; *Nemea IX*, 46 y sigs.) y con singular energía en la *Ístmica V*, 12 y sigs:

Dos cosas solamente custodian la dulcísima flor de la vida junto con la bien florida riqueza: ser un hombre afortunado y tener noble fama. No te empeñes en ser Zeus: todo lo posees si han llegado a ti esos bienes.

Pero, con celo profesional, Píndaro coloca por sobre la buena

opinión de los ciudadanos el testimonio del poeta: el agua caliente no halaga tanto los miembros como la alabanza, compañera de la lira *(Nemea IV*, 4 y sig.); el himno es la justa retribución del guerrero y del atleta *(Ístmica I*, 41 y sigs.; *Peán II*, 65); la victoria gímnica ama el canto *(Nemea III*, 7) y se acrecienta con él *(Nemea IX*, 49-50). Tal convicción, enlazada con la alta estima que siente por su arte,[5] le lleva a muy varias meditaciones sobre la relación entre su verso y las hazañas que celebra. Ante todo, a la afirmación, sentada con énfasis de axioma, de que la palabra vive más que los hechos *(Nemea IV*, 6), y que éstos necesitan la celebración poética: como el hombre acaudalado que muere sin heredero, así —según la *Olímpica X*, 88 y sigs.— es el valiente que ha gastado su aliento y su esfuerzo sin obtener la recompensa del canto. O según la *Nemea VII*, 11 y sigs.:

> Si alguien acierta en sus empresas, ofrece dulce causa al manantial de las Musas. Porque las grandes proezas se cubren de gran tiniebla y necesitan de los himnos: para los nobles hechos sólo conocemos un espejo: cuando por merced de Memoria, la de brillante diadema, hallamos rescate de trabajos en las palabras de gloriosos cantos.

Sólo el verso da inmortalidad al mérito *(Olímpica XI*, 4-6; *Nemea VI*, 30-31), sólo el verso levanta al atleta un monumento que desafía las fuerzas de la naturaleza *(Pítica VI*, 6 y sigs.):

> En el áureo soto de Apolo se ha amurallado y preparado para Jenócrates un alcázar de himnos al que ni la lluvia invernal en su ataque —implacable hueste de la estruendosa nube—, ni el viento y su aluvión arrasador le arrastrarán con sus golpes a los senos del mar.

Como poetiza, al fin, por cuenta de príncipes y de grandes señores,[6] lógicamente aparece con Píndaro el concepto, que tanta fortuna había de alcanzar en la historia de la poesía cortesana, del poeta que fija para la posteridad la fama de los héroes *(Pítica I*, 92 y sigs.; *Pítica III*, 112 y sigs.; *Ístmica III (IV)*, 37 y sigs.):

[5] Y que expresa con felices imágenes: su poesía es tela matizada en la *Olímpica VI*, 86-87; líquido néctar, dádiva de las Musas en la *Olímpica VII*, 7; mensaje más raudo que corcel o nave en la *Olímpica IX*, 23-25; brebaje de leche y miel en la *Nemea III*, 77-78; superior a toda escultura en la *Nemea V*, 1 y sigs.; atraviesa el mar como mercancía de Tiro en la *Pítica II*, 67-68.

[6] Él mismo, para poner fin a una digresión que le aleja del tema impuesto, alude, no sin desenvoltura, a la voz mercenaria que su musa ha convenido en ofrecer a cambio del salario, *Pítica XI*, 41-42.

> Sólo el alarde de la fama, que sobrevive al mortal, revela la condición de los hombres ya desaparecidos, tanto a historiadores como a poetas. No se consume la bondadosa excelencia de Creso, pero odiosa fama abruma por doquier a Fálaris, alma cruel que abrasaba a sus víctimas con el toro de bronce, y las liras que resuenan bajo las techumbres de los palacios no le acogen como blanda compañía para los cánticos de los niños.
>
> Conocemos a Néstor y al licio Sarpedón —fama entre los hombres— por rumorosas palabras, tales como las que concertaron sabios artífices. La virtud se torna duradera merced a los gloriosos himnos. Pero a pocos es fácil lograrlo.
>
> Pero Homero le ha dado honra [a Ayante] entre los hombres, pues tras ensalzar toda su excelencia, la narró conforme a la vara de sus divinos versos, para modelo de los demás poetas. Porque la palabra bien dicha se desliza con voz inmortal, y así, por la tierra que trae toda variedad de frutos, y a través del mar ha pasado la luz de los nobles hechos, siempre inextinguible.

A su vez, es deber del poeta prestar su verso para ensalzar al triunfador *(Nemea IX*, 6 y sigs.; *Istmica V*, 22 y sigs.):

> Corre entre los hombres un dicho: no esconder silenciosamente en la tierra una hazaña noblemente cumplida; las divinas palabras del canto son apropiadas para ruidosa alabanza.
>
> Si ha seguido [Egina] el puro camino de divinas hazañas, no escatimes mezclar en tu canto el elogio adecuado en pago de sus fatigas. Pues en verdad entre los héroes los bravos guerreros ganaron fama y se les ensalza por tiempo infinito en la lira y en los gritos variados de las flautas y, por voluntad de Zeus, dieron tema a los poetas.

Tan persuadido está Píndaro de este deber que, desde el punto de vista de su cofradía, considera ante todo las glorias de una familia de triunfadores como rico tema poético *(Nemea VI*, 33 y sigs.). Por ser en extremo consciente de su oficio literario, Píndaro, que gusta de hablar de sí mismo como artista (por ejemplo, al final de la *Olímpica I;* en el *Ditirambo para los tebanos*, 23 y sigs.), de la composición y ejecución de sus obras *(Olímpica VI*, 3 y sigs.; 90 y sigs.), y quizá de polémica contemporánea *(Olímpica II*, 83 y sigs.; *Olímpica IX*, 48), señala también el peligro de la facultad inmortalizadora del poeta. Pues, aunque la falsa fama no es sino podredumbre mientras la merecida crece como árbol que goza de rocío *(Nemea VIII*, 34 y

sigs.), un hábil poeta puede arraigar en el vulgo una reputación injusta. Como beocio que mira con antipatía la exaltación del astuto Odiseo a costa del simple y fuerte Ayante, originario de su amada Egina, Píndaro acusa a Homero de tal desmán (*Nemea VII*, 20 y sigs.):

> Yo pienso que la fama de Odiseo ha llegado a ser más grande que sus trabajos merced a Homero, el de dulce verso; porque en sus mentiras y en su alado artificio hay cierta majestad, y su sabiduría engaña seduciendo con sus relatos.

El concepto del poeta dador de gloria aparece, en suma, en Píndaro íntimamente ligado con la conciencia profesional de su arte. Por modo semejante, es sintomático que sea Isócrates (quien, comparado con los grandes oradores áticos, es el virtuoso, alejado de la vida pública y arquetipo de infinita caterva de retóricos) el que formule claramente el papel positivo y negativo del hombre de letras en la fijación de la fama. En el discurso sobre *La permuta*, 26, 7, Isócrates refiere cómo aconsejaba al general ateniense Timoteo conciliarse hasta los oradores y charlatanes que despreciaba, y por cuyas mentiras

Isócrates

> ¿cuántos no han caído en desgracia o bien viven sin honores, aunque hayan sido mucho más importantes y dignos de cuenta que los celebrados en cánticos y tragedias? Pero sin duda a éstos les cupieron en suerte poetas y prosistas, y aquéllos no alcanzaron quiénes les celebraran.

En el *Evágoras*, 2, Isócrates introduce otro aspecto de la celebración literaria: el elogio de las glorias presentes. La alabanza de los coetáneos se recomienda porque constriñe a los panegiristas a la veracidad e incita a los jóvenes a noble emulación:

> Ahora, en cambio, ¿quién no se desalentará cuando ve que los que vivieron en los tiempos de Troya o antes todavía son celebrados en cánticos y tragedias, y prevé que ni aunque sobrepase el mérito de éstos, jamás se le tendrá por digno de tales loores? La envidia es causa de este proceder..., porque son algunos de tan mala condición que más les agrada oír el encomio de quienes no saben si han existido que el de aquellos a quienes deben mercedes.

Los artistas de la gran ciudad que sucede a Atenas en la hegemonía cultural del mundo antiguo acentúan el valor de la ala-

banza literaria. En contraste con Esquilo, quien en su epitafio nombra sus hazañas de soldado, sin una palabra para su labor poética, los alejandrinos concentran en su actividad literaria todas sus energías: se ponen en escena; y hablan de sí mismos, de sus gustos, de su obras, de sus rencillas y pasioncillas con un desembozo y refocilo vedados antes en la alta literatura.[7]

Teócrito

Al mismo tiempo, las monarquías helenísticas crean las cortes, y el poeta cortesano, famélico y necesario, disimula la humillación de pordiosear dádivas encubriéndose con el orgullo del otorgador de inmortalidad. Así, Teócrito en su *Idilio XVI*, 29 y sigs., enderezado a avivar la munificencia de Hierón, tirano de Sicilia, desarrolla briosamente, *ex abundantia cordis*, el consejo de Isócrates, pues entre los usos juiciosos de la riqueza recomienda

> honrar principalmente a los sagrados intérpretes de las musas, para que hasta cuando estés oculto en el Hades, quede fama de tu nobleza.

Como se ve, Teócrito repite uno de los conceptos esenciales de Píndaro; también se desarrollan bajo la tutela de Píndaro los versos siguientes, que recuerdan los opulentos señores de Tesalia, inmortalizados gracias a las odas de Simónides y no a sus innumerables riquezas, y a los héroes de los poemas homéricos:

> ¿Quién hubiera conocido jamás a los príncipes licios, a los priámidas de larga cabellera o a Cicno, de tez mujeril, si los poetas no hubieran cantado las guerras de antaño? Ni hubiese logrado gloria verdadera

[7] Algunos ejemplos tomados de Calímaco: se elogia en el epitafio de su padre *(Antología Palatina,* VII, 525) y en el suyo propio *(Ibidem,* VII, 415); se muestra campeón de la originalidad *(Ibidem,* XII, 43; fragmento citado por Olimpiodoro; v. 110 y sigs., del *Himno a Apolo);* elogia un poema antiguo (epigrama citado por Estrabón, XIV, 638 y otros) y poemas de amigos *(Antología Palatina,* VII, 80; IX, 507); expresa su deseo de triunfo *(Ibidem,* IX, 566, y fragmento citado por el escoliasta de Píndaro, *Nemea III,* 42); polemiza contra envidiosos y enemigos *(Himno a Apolo,* 105 y sigs.; fragmentos citados por Apolonio Díscolo y por Eustatio en su comentario a la *Ilíada;* epigrama contra un trágico, *Antología Palatina,* XI, 362 y todo el poema *Ibis* hoy perdido, contra su ex-discípulo Apolonio de Rodas, quien replicó en un epigrama, *Antología Palatina,* XI, 275 y en su poema, la *Argonáutica,* III, 932). Entre los epigramas de Teócrito figuran inscripciones en honor de los poetas Epicarmo, Hiponacte, Arquíloco y Pisandro; su *Idilio VII,* 39-41, nombra elogiosamente a dos poetas coetáneos, Filetas de Cos y Asclepíades de Samo, y es probable que los personajes restantes designen con nombre más o menos fingido otros miembros del círculo literario de Teócrito. Numerosos son los epigramas de tema literario, pertenecientes a este período, incluídos en la *Antología Palatina.* Entre los de fecha posterior vale la pena recordar el Proemio de la *Antología* de Meleagro, núcleo de la *Palatina* (IV, 1), la más bella poesía que se haya escrito jamás sobre poesía.

> Odiseo, que vagó ciento veinte meses por todos los pueblos y llegó vivo al Hades, término del mundo, y huyó de la gruta del funesto Ciclope; hubiesen caído en silencio el porquerizo Eumeo y Filecio, que cuidaba las greyes de vacas, y el mismo valiente Laertes, si no les hubiesen favorecido los cantos del varón de Jonia.

La conclusión del *Idilio XXII*, a los Dioscuros, concebida a semejanza del final de los *Himnos homéricos*, insiste también en el valor de la poesía y en el papel de los poetas en la fijación de los mitos (v. 214 y sigs.):

> ¡Adiós, hijos de Leda, ojalá enviéis siempre noble gloria a nuestros himnos! Todos los poetas son caros a los Tindáridas, a Helena y a los otros héroes que en socorro de Menelao destruyeron a Ilión. El poeta de Quío, oh príncipes, creó vuestra gloria, cuando cantó la ciudad de Príamo, las naves de los aqueos, las batallas de Ilión, y Aquileo, torre en la batalla. A mi vez, yo también os traigo ofrendas de las sonoras Musas, tales como ellas mismas proveen y como mi hogar proporciona. Los cánticos son la más hermosa de las honras de los dioses.

En una poesía de tono más íntimo, el *Idilio XII*, inspirado en la antigua elegía (de que es muestra el trozo citado de Teognis), la meta última del amor no es tanto la correspondencia cuanto el perdurar en la posteridad como pareja ejemplar. En esta perduración y publicidad —fusión muy griega de vida y literatura— se deleita el poeta mucho más que en el amor actual.

II

ROMA: AFIRMACIÓN

Parece ser que los romanos hayan sentido independientemente de sus *exemplaria Graeca* el aguijón de la fama: así lo atestiguaría no sólo la usanza de las imágenes de los antepasados y de los elogios fúnebres, sino también una somera ojeada al anecdotario (igualmente representativo si verídico o si ficticio): al libro VIII, 14 de Valerio Máximo o a la biografía en que Plutarco muestra a César deshecho en envidioso llanto al leer la vida de Alejandro (11), pensando en lo que de él dirá la posteridad al cruzar el Rubicón (32) y, bajo el pánico de perder su antigua gloria, planeando nuevas empresas en insana emulación consigo mismo (58). Pero es lo cierto que las más enérgicas y apasionadas protestas de amor a la gloria se encuentran en los escritos de los propulsores del influjo griego o en los representantes más excelsos de la helenización del genio romano.

Ennio

Es Ennio, infatigable adaptador e imitador, quien compone para sí el epitafio de un artista pagado de la obra realizada (ed. Vahlen, *Epigramas*, I):

Aspicite, o ciues, senis Enni imaginis formam.
Hic uestrum panxit maxima facta patrum.
Nemo me lacrimis decoret nec funera fletu
faxit. Cur? uolito uiuos per ora uirum.

Y dentro de su propia obra afirma, seguro del fallo póstumo (*Ibidem, Anales*, v. 4): *Latos per populos terrasque poemata nostra / clara cluebunt.*

Lucrecio

Lucrecio, que renuncia al poder, a las riquezas, al prestigio de las armas (II, 24 y sigs.), no renuncia a la dulzura de la gloria merecida, que aguarda con simple candor (I, 922 y sigs.):

Nec me animi fallit quam sint obscura, sed acri
percussit thyrso laudis spes magna meum cor;
et simul incussit suauem mi in pectus amorem
Musarum, quo nunc instinctus, mente uigenti
auia Pieridum peragro loca, nullius ante
trita solo. Iuuat integros accedere fontes

atque haurire, iuuatque nouos decerpere flores,
insignemque meo capiti petere inde coronam
unde prius nulli uelarint tempora Musae.

Con simpática generosidad Lucrecio celebra profusamente la gloria de otros varones ilustres: Ennio (I, 117, repitiendo su misma aliteración *clara cluere)*, Empédocles (I, 729 y sigs.), Anco Marcio, Jerjes, los Escipiones, Homero (III, 1023 y sigs.) y, sobre todo, el maestro amado, Epicuro, *Graiae gentis decus* (I, 66 y sigs.; III, 1 y sigs.; V, 1 y sigs.; VI, 1 y sigs.). Por su parte, Atenas, primera civilizadora, ha renovado sus beneficios al género humano al ser patria del glorioso Epicuro (VI, 7-8):

cuius et exstincti, propter diuina reperta,
diuolgata uetus iam ad caelum gloria fertur.

Cicerón

La inmoderada sed de gloria es un rasgo personal bien conocido de Cicerón. Él mismo se describe como *hominem perustum gloria (Ad familiares*, XIII, 15) y, lo que no es raro en naturalezas imaginativas como la suya, fija como núcleo de su apetito de gloria su actividad menos descollante, la política y, particularmente, ese consulado "alabado no sin causa, aunque sin fin" (Séneca, *De breuitate uitae*, 5). No sólo lo celebró él mismo en prosa y verso, sino que se esforzó —sin gran éxito— para que lo celebraran los autores de moda: el poeta Arquias *(Pro Archia*, XI, 28; *Cartas a Ático*, I, 16, 15), el historiador Lucceyo. Queda la carta a este último *(Ad familiares*, V, 12), de la que basta entresacar algunos párrafos:

Ardeo cupiditate incredibili neque, ut ego arbitror, reprehendenda, nomen ut nostrum scriptis illustretur et celebretur tuis... Neque enim me solum commemoratio posteritatis ad spem quandam immortalitatis rapit: sed etiam illa cupiditas ut uel auctoritate testimonii tui, uel indicio beneuolentiae uel suauitate ingenii uiui perfruamur... Itaque te plane etiam atque etiam rogo ut et ornes ea uehementius etiam quam fortasse sentis et in eo leges historiae negligas..., amorique nostro plusculum etiam quam concedat ueritas, largiare...

No era todo vanagloria despreciable: por sus cartas íntimas a Ático puede verse cómo pesaba en su ánimo, contra su juicio práctico, contra su provecho, la opinión pública y la de la posteridad. Se conduce con rara humanidad y honradez en su gobierno de Cilicia, y a la vez goza contemplando su natural supe-

rioridad; está atento al efecto que causa y vela solícitamente para obtener la máxima ración de gloria *(Cartas a Ático*, V, 16, 17, 20, 21; VI, 1, 2).[1] En los momentos más arduos de su vida política conmueve verle regatear afanosamente su paga, el recuerdo eterno de sus conciudadanos *(Catilinaria III*, 26), o tentar con su más cara esperanza —inmortalidad de la fama— a mediocres como Planco, prontos a hacer su componenda con el más fuerte *(Ad familiares*, X, 10 y 12):

> *Is autem qui uere appellari potest honos non inuitamentum ad tempus, sed perpetuae uirtutis est praemium. Quamobrem, mi Plance, incumbe toto pectore ad laudem. Perge igitur ut agis, nomenque tuum commenda immortalitati, atque haec omnia quae habent speciem gloriae collectam inanibus splendoris insignibus contemne; breuia, fugacia, caduca existima. Verum decus in uirtute positum est, quae maxime illustratur magnis in rempublicam meritis.*

Así, pues, las reflexiones sobre la gloria, esparcidas en los escritos de Cicerón, aun cuando revistan el atavío abstracto de la definición, están respaldadas en la vida misma de su autor. Sirva de ejemplo el elocuente distingo entre la gloria vulgar y la verdadera que acaba afirmando el valor positivo de ésta *(Tusculanae disputationes*, III, 2):

> *Est enim gloria solida quaedam res et expressa, non adumbrata; ea est consentiens laus bonorum, incorrupta uox bene iudicantium de excellenti uirtute; ea uirtuti resonat tamquam imago; quae quia recte factorum plerumque comes est, non est bonis uiris repudianda.*

Exponiendo a su hijo la división estoica de los bienes, coloca la gloria entre los bienes físicos o de fortuna, como los estoicos, pero aparta por un lado fuerza, belleza, salud, nobleza, riqueza, clientela, y por el otro una sola categoría, *honos*, *gloria*, los cuales, aunque bienes de fortuna, poseen valor moral inherente: *sunt quasi cum honestate coniuncta (De partitione oratoria*, XXIV, 87). Lógicamente la moral que profesa debería llevarle al desprecio de la fama, pero ahí se quiebra su lógica. Aunque su raciocinio le señala el planteo inevitable, no puede hablar de la fama sin palabras de excusa para el noble error que la considera fin moral último *(De officiis*, I, 19, 65):

[1] Cf. la confesión del *Pro Archia*, XII, 30: *Ego uero omnia quae gerebam iam tum in gerendo spargere me ac disseminare arbitrabar in orbis terrae memoriam sempiternam.*

Vera autem et sapiens animi magnitudo honestum illud, quod maxime natura sequitur, in factis positum, non in gloria iudicat, principemque se esse mauult quam uideri; etenim qui ex errore imperitae multitudinis pendet, hic in magnis uiris non est habendus. Facillime autem ad res iniustas impellitur, ut quisque altissimo animo est, gloriae cupiditate; qui locus est sane lubricus, quod uix inuenitur qui laboribus susceptis periculisque aditis non quasi mercedem rerum gestarum desideret gloriam.

Muy expresivo es el pasaje del tratado *De finibus*, III, 17, 57, en el que Catón, como vocero del estoicismo, desdeña la fama, pero expone ampliamente y sin reparos —en desmedro de la verosimilitud— la opinión contraria, la que sustenta Cicerón el hombre y no puede callar Cicerón el tratadista:

Qui autem post eos [los estoicos Crisipo y Diógenes] *fuerunt, cum Carneadem sustinere non possent, hanc quam dixi bonam famam ipsam propter se praepositam et sumendam esse dixerunt, esseque hominis ingenui et liberaliter educati uelle bene audire a parentibus, a propinquis, a bonis etiam uiris; idque propter rem ipsam, non propter usum, dicuntque ut liberis consultum uelimus, etiamsi postumi futuri sint, propter ipsos, sic futurae post mortem famae tamen esse propter rem etiam detracto usu, consulendum.*

El bien peculiar de los muertos es cabalmente la fama, afirma en las *Tusculanae disputationes*, I, 45, 109, más duradera que la naturaleza misma y que, si bien no es apetecible por sí misma como la virtud, "sigue como sombra a la virtud" *(Ibidem*, I, 46, 110). Desde otro punto de vista, Cicerón reconoce abiertamente la importancia de la fama como estímulo para las artes y la vida pública *(Ibidem*, I, 2, 4):

Honos alit artes, omnesque incenduntur ad studia gloria, iacentque ea semper quae apud quosque improbantur.

Y sobre todo en *La república* (fragmentos del libro V, 7):

...maiores suos multa mira atque praeclara gloriae cupiditate fecisse... Principem ciuitatis gloria esse alendum, et tam diu stare rem publicam quam diu ab omnibus honor principi exhiberetur.

La apreciación del amor a la fama como una cualidad valiosa en sí e indicio de buena índole en los jóvenes es un lugar común del pensamiento de Cicerón en sus más variadas obras, por ejemplo, *De lege agraria*, II, 91; *Pro Caelio*, 73 y 76; *In Pisonem*, 82;

Pro Sestio, 138; *In Vatinium*, 15; *Cato*, 82; *De officiis*, I, 26, 65 y 74, II, 52; *De republica* I, 2; *Ad Brutum* I, 15, 9; *De oratore* II, 225. Es harto sabido que los sentimientos expresados en los discursos jurídicos de Cicerón no siempre pueden tomarse como expresiones fieles de su pensamiento, ya que, conforme a la práctica antigua, adopta el punto de vista más adecuado al momento. Con todo, las elocuentes consideraciones sobre la fama en la defensa del poetastro Arquias trascienden sin duda alguna lo momentáneo, y emanan directamente del *hominem perustum gloria*. El breve discurso permite una ojeada muy instructiva al ideal de gloria y su realización a fines de la República: los hombres importantes —Escipión Africano, Décimo Bruto, Mario, Luculo, Pompeyo— mantienen poetas asalariados que transmitan sus loores a la posteridad; un Metelo, de la noble familia de proverbial tontería, en su ansia de celebración poética, hasta llega a prestar oído a la bambolla exótica de los poetas de Córdoba. Cicerón hace hincapié en el privilegio de los escritores, señalado por Píndaro, y glosado por Teócrito, de fijar la fama de los varones ilustres y, para acomodarse al utilitarismo de la *Romana grauitas*, insiste en el aspecto docente de la gloria poética (VI, 14):

> *Sed pleni sunt omnes libri, plenae sapientium uoces, plena exemplorum uetustas: quae iacerent in tenebris omnia, nisi litterarum numen accederet. Quam multas nobis imagines non solum ad intuendum, uerum etiam ad imitandum fortissimorum uirorum expressas scriptores et Graeci et Latini reliquerunt...*

La gloria como *maximum et periculorum incitamentum et laborum* queda ejemplificada con la anécdota de Alejandro la cual, gracias a esta dramática narración, había de obrar como estímulo para el pensamiento medieval (X, 23):[2]

[2] Ver más adelante su eco en la *Alexandreis*, I, 478 y sigs. de Gautier de Châtillon; en el *Libro de Alexandre*, Willis, 332, de Juan Lorenzo de Astorga; en los *Loores de los claros varones de España*, 11, de Fernán Pérez de Guzmán; en el *Diálogo de Bías contra Fortuna*, 72, del marqués de Santillana. Las palabras de Gautier de Châtillon presuponen con toda evidencia el conocimiento de la anécdota en la versión del *Pro Archia: O fortuna uiri superexcellentior, inquit,/ cuius Maeonium redolent praeconia uatem,/ ...summum tamen illud honoris/ arbitror augmentum, quod tantum tantus habere/ post obitum meruit praeconem laudis Homerum*. Los autores clásicos latinos que tratan de Alejandro, tales como Justino, Quinto Curcio y Valerio Máximo, no traen la anécdota, y Plutarco y Arriano, que la traen, no sólo eran inaccesibles por su lengua griega, sino que la narran en forma distinta. Verdad es que suele datarse el conocimiento del *Pro Archia* desde el año 1333 en que Petrarca lo descubre en Lieja y lo introduce en Italia pero, del hecho

Quam multos scriptores rerum suarum magnus ille Alexander secum habuisse dicitur! Atque is tamen, quum in Sigeo ad Achillis tumulum astitisset; "O fortunate, inquit, adolescens, qui tuae uirtutis Homerum praeconem inueneris!" Et uere. Nam nisi Ilias illa exstitisset, idem tumulus qui corpus eius contexerat nomen etiam obruisset.

Con no fingido calor Cicerón discurre en abstracto sobre el amor a la fama en la defensa que es el *locus classicus* de la Antigüedad sobre el tema (XI, 26 y 28-29):

Neque enim est hoc dissimulandum, quod obscurari non potest, sed prae nobis ferendum: trahimur omnes studio laudis et optimus quisque maxime gloria ducitur. Ipsi illi philosophi etiam illis libellis quos de contemnenda gloria scribunt, nomen suum inscribunt: in eo ipso in quo praedicationem nobilitatemque despiciunt, praedicari de se ac nominari uolunt[3]*... Nullam enim uirtus aliam mercedem laborum periculorumque desiderat praeter hanc laudis et gloriae: qua quidem detracta, iudices, quid est quod in hoc tam exiguo uitae curriculo et tam breui tantis nos in laboribus exerceamus? Certe, si nihil animus praesentiret in posterum et si quibus regionibus uitae spatium circunscriptum est, eisdem omnes cogitationes terminaret suas, nec tantis se laboribus frangeret neque tot curis uigiliisque angeretur nec totiens de ipsa uita dimicaret. Nunc insidet quaedam in optimo quoque uirtus, quae noctes ac dies animum gloriae stimulis concitat atque admonet*

---

de que desde 1333 el *Pro Archia* fuese bien mostrenco de todos los latinistas de Europa, no se sigue que no pudiera ser antes conocido aquí y allá. El *Libro infinido* de don Juan Manuel (Bibl. aut. esp., t. 51, pág. 275) refleja otro pasaje célebre, VI, 13. Las afirmaciones sobre el desconocimiento en la Edad Media de tal autor o tal obra son siempre provisorias. Es corriente ver en Petrarca el descubridor de varios discursos de Cicerón *(Pro Milone, Philippicae* y otros) y sobre todo de las *Epistolae* (P. de Nolhac, *Pétrarque et l'humanisme*, París, 1907, t. 1, pág. 220 y sigs.): no obstante, a la luz de investigaciones más recientes, consta que varios autores del siglo XII conocieron todas esta obras (J. de Ghellinck, *L' Essor de la littérature latine au XII^e siècle*, Bruselas, 1946, t. 2, pág. 80). La importante actividad de Petrarca concierne a la entusiástica difusión más bien que al conocimiento absoluto de los clásicos. El breve discurso *Pro Archia,* sin dificultades históricas o jurídicas para su comprensión, con su largo elogio de la vida intelectual y de la inmortalidad literaria y, además, seis veces alabado por Quintiliano (bien conocido desde el siglo XII), es muy verosímil que atrajese la atención de los doctos. Agréguese que los códices más antiguos del *Pro Archia* conservados hoy, esto es, el gemblacense y el erfurtense, datan de los siglos XII, y XII o XIII respectivamente. Por último, conviene recordar el caso paralelo de Chaucer, quien imita la *Argonáutica* de Valerio Flaco, cuyo manuscrito descubre Poggio dieciséis años después de muerto el poeta inglés: E. F. Shannon, *Chaucer and the Roman Poets.* Harvard Studies in Comparative Literature, VII, 1929, pág. 340 y sigs.

[3] Cf. PASCAL, *Penseés*, ed. L. Brunschvicg, Nº 150: *... et les philosophes mêmes en veulent* [tener admiradores]; *et ceux qui écrivent contre veulent avoir la gloire d'avoir bien écrit; et ceux qui le lisent veulent avoir la gloire de l'avoir lu; et moi qui écris ceci, ai peut-être cette envie; et peut-être que ceux qui le liront...*

non cum uitae tempore esse dimetiendam commemorationem nominis nostri, sed cum omni posteritate adaequandam.

Salustio

No son menos elocuentes en su deliberada concisión, ni fueron menos fecundas en su influjo las reflexiones de Salustio. De puro codiciable, Salustio ni expresa el valor de la gloria, y se refiere a su empeño por ganarla como un moderno hablaría del instinto de conservación.[4] Porque su deseo raya casi en lo biológico, la gloria es meta común de buenos y malos, quienes difieren únicamente en el proceder que adoptan para alcanzarla (*Conjuración de Catilina*, 16; *Guerra de Yugurta*, 1). El autor puede cargar la memoria de Catilina con toda suerte de crímenes; no por ello dejará éste de tentar a los conjurados con la gloria que, entre otros bienes, se les seguirá de su golpe de estado (*Conjuración...*, 20), y por dos veces repite la deseada oferta en la exhortación final, en el campo de batalla de Pistoya, como el más virtuoso de los generales a las órdenes del Senado (*Conjuración...*, 58). De igual modo, en su carta al rey de Partia, Mitridates encierra cuidadosamente entre promesas de gloria la propuesta alianza contra Roma (*Historias*, IV, fragmento 61, ed. R. Dietsch, Leipzig, 1858). Los personajes aprobados por el historiador pueden diferir en método: César persigue la gloria tratando de procurarse poderío, tropas, guerras en que lucir su esfuerzo; Catón la logra precisamente por desdeñarla (*Conjuración...*, 54). Semejante desdén es, en la galería de personajes que asoman a las páginas de Salustio, tan excepcional, tan paradójico, como no cuidar de la propia vida. Baste hojear la *Guerra de Yugurta*, comenzando por el astuto protagonista, que se las compone para conciliarse la gloria sin atraerse la envidia (6, 15; cf. también 55): Metelo se llena de zozobra para no menoscabar la gloria ya ganada (55); Mario proclama ante sus parciales que el hombre de bien ha de poseer gloria antes que riquezas (85); Sila, entre sus muchas contradicciones, se muestra "codicioso de placeres, aunque más codicioso de gloria" (95); los soldados romanos pelean, "ávidos de gloria..., por la gloria y el señorío" (94), pero, desde el desastre infligido por

[4] Los senadores sobornados por Yugurta *omnibus modis pro alieno scelere et flagitio, sua quasi pro gloria, nitebantur* (*Guerra de Yugurta*, 26): la conducta natural que sirve de contraste es, pues, el esforzarse con todas veras por aumentar la propia gloria.

los galos, Roma confiesa que sólo con éstos lucha por la seguridad y no por la gloria (114).

Aparte estas observaciones ocasionales, Salustio encabeza sus dos monografías con una meditación especial sobre la gloria, particularmente detenida en la *Conjuración de Catilina* y que puede complementarse con el escrito posterior. Corresponde a la dignidad del hombre no pasar sus días en silencio, antes bien buscar con las fuerzas de su parte inmortal, el alma (cf. *Guerra de Yugurta*, 2), gloria larga, que compense lo breve de la vida *(Conjuración...*, 1):

> *Omnis homines, qui sese student praestare ceteris animalibus, ope niti decet, ne uitam silentio transeant ueluti pecora, quae natura prona atque uentri oboedientia finxit. Sed nostra omnis uis in animo et corpore sita est; animi imperio, corporis seruitio magis utimur: alterum nobis cum dis, alterum cum beluis commune est. Quo mihi rectius uidetur ingeni quam uirium opibus gloriam quaerere et, quoniam uita ipsa qua fruimur breuis est, memoriam nostri quam maxume longam efficere. Nam diuitiarum et formae gloria fluxa atque fragilis est, uirtus clara aeternaque habetur.*

La vida de quienes descuidan su parte inmortal es a par de muerte, *quoniam de utraque siletur (Conjuración...*, 2): a tal punto necesita respirar Salustio el rumor de la gloria. El verdadero vivir, prosigue, es buscar fama ya en la vida pública, ya en las artes. Bien conducido, el amor de la fama es para Salustio un valioso resorte en lo moral y en lo material: él hizo virtuosos a los antiguos romanos y engrandeció la Ciudad *(Conjuración...*, 7); la contraprueba es que, cuando la gloria se convirtió en premio de riquezas y no de hazañas, comenzó la decadencia moral de Roma. Las primeras palabras de la *Guerra de Yugurta* declaran solemnemente que el hombre se queja sin motivo de hallarse sometido al capricho de la Fortuna ya que, cuando se encamina a la gloria por la debida senda, la supera y es poderoso e ilustre. Si así lo hiciesen todos, concluye, no dependerían de la Fortuna y gracias a la gloria se harían inmortales.

Con rara viveza emerge de estas páginas la concepción de la fama como el anhelado *uolitare uiuos per ora uirum;* y es claro que, por ser la fama prolongación de la vida, sucedáneo de la inmortalidad, Salustio concibe su deseo como una pasión elemental, inherente al hombre. Pero hay más: en ambos proemios, y

particularmente en el de la *Conjuración de Catilina*, el historiador quiere justificar la profesión que abraza tras haber intervenido en la vida pública, mucho más meritoria a ojos del vulgo romano. Por eso insiste en que se puede lograr fama, bien ejecutando altos hechos, bien narrándolos *(Conjuración...*, 2) y que son muchas las artes que la proporcionan *(Guerra de Yugurta*, 2). La historia, aparte su papel de difundir y eternizar para todos los pueblos y para todos los tiempos los hechos meritorios —según implica, aunque no declara, Salustio—, vale como muestrario ejemplar, que estimula a lograr igual fama *(Guerra de Yugurta*, 4). En el afán de destacar más todavía la importancia y urgencia de su tarea, Salustio observa por último que Atenas, merced a sus escritores, goza de fama mayor de la que merece, pues el mérito se estima conforme al talento de los alabadores, mientras por lo contrario, Roma, embebecida en la acción, ha desdeñado las artes que podían extender su fama *(Conjuración...*, 8):

> *Atheniensium res gestae, sicut ego aestumo, satis amplae magnificaeque fuere, uerum aliquanto minores tamen quam fama feruntur. Sed quia prouenere ibi scriptorum magna ingenia, per terrarum orbem Atheniensium facta pro maxumis celebrantur. Ita eorum qui fecere uirtus tanta habetur, quantum eam uerbis potuere extollere praeclara ingenia. At populo Romano numquam ea copia fuit, quia prudentissumus quisque maxume negotiosus erat, ingenium nemo sine corpore exercebat, optumus quisque facere quam dicere, sua ab aliis bene facta laudari quam ipse aliorum narrare malebat.*

Lo esencial del alegato no deja de guardar contacto con el "manifiesto" citado de Teócrito: la historia, como la poesía, tiene el poder de fijar arbitrariamente la fama. Pero como no es el poeta cortesano quien habla, sino el gran señor, el reconocimiento del escaso valor literario de la antigua historiografía romana queda discretamente velado con el elogio de su pueblo, tan amigo de ejecutar hazañas como desdeñoso de narrarlas.

Virgilio

Como en todos los aspectos de su arte, también en éste Virgilio, aunque íntimamente arraigado en el pasado, muestra una actitud original, no seguida por sus inmediatos imitadores. Ante todo, a diferencia de Horacio y Ovidio, sus contemporáneos, las huellas de su preocupación por la fama no son numerosas, y no faltan expresiones de un ideal de vida retirada y sin aplauso que confirma la reputación de mo-

destia atestiguada por sus antiguas biografías. La vida en medio de la Naturaleza, tan ardientemente deseada en las *Geórgicas*, contiene una excepcional nota (485 y sigs.):

> *rura mihi et rigui placeant in uallibus amnes,*
> *flumina amem siluasque* inglorius.

Y en esa misma nota acaba el poema, cuando el autor se designa como *studiis florentem* ignobilis *otii* (IV, 564).

En varios pasajes se vislumbra un conflicto entre el forzoso panegírico y la afición del poeta a su propio tema, conflicto que Virgilio suele zanjar, no sin travesura, con una solemne promesa de celebración en el futuro. No le faltarán a Alfeno Varo —dice en la *Égloga VI*, 6 y sigs.— vates ansiosos de cantar sus hechos de armas; el lector que prefiera la poesía bucólica quedará satisfecho con ver a Varo elogiado en el proemio. En la *Égloga VIII*, 6 y sigs. se muestra impaciente por narrar las hazañas de Polión pero, en espera del lauro épico que merece su protector, se contenta con enviarle su hiedra pastoril. El más extenso y directo de los pocos pasajes en torno a la gloria en los que Virgilio habla en propio nombre es el manifiesto literario que encabeza el libro tercero de las *Geórgicas:* hastiado de los temas mitológicos de la poesía alejandrina, Virgilio esboza como nuevo programa la epopeya de asunto romano, cuyo nacionalismo subraya sutilmente empleando las palabras mismas del epitafio de Ennio, patriarca de la poesía nacionalista:

> *tentanda uia est qua me quoque possim*
> *tollere humo, uictorque uirum uolitare per ora.*
> *Primus ego in patria mecum (modo uita supersit)*
> *Aonio rediens deducam uertice Musas...*
> *Mox tamen ardentes accingar dicere pugnas*
> *Caesaris et nomen fama tot ferre per annos*
> *Tithoni prima quot abest ab origine Caesar.*

Aun aquí no se presenta Virgilio como poeta satisfecho en su posesión de gloria: su gloria queda aplazada, como recompensa remota de un difícil proyecto. Por otra parte, en contraste con Píndaro, Teócrito y Horacio, Virgilio, dechado al fin de poeta al servicio de una facción política, vela el papel, siempre arrogante, de otorgador de fama, ya que relega el dilatar por siglos y siglos el nombre de Augusto a un futuro lejano: aun aquí,

cuando probablemente ya planease Virgilio su epopeya exaltadora de Roma, procede todavía como en las *Églogas*, zafándose con una altisonante promesa de la impuesta glorificación, para entregarse al tema humilde que le atrae. Hasta en la convención literaria más adversa parecería abrirse paso esa delicada modestia suya pues, al borde ya del encomio, muy al contrario de situarse como otorgador de gloria en plano superior al del personaje celebrado, Virgilio suele dudar de que su aliento baste para tanta empresa (con lo que, de rechazo, engrandece al personaje en cuestión). Así, cantar las futuras hazañas del recién nacido de la *Égloga IV* es su mayor deseo: tan alto cometido le daría fuerzas para equipararse con los dioses del canto (53 y sigs.). En la *Égloga VI* alardea de su poquedad para entonar el loor de Varo y humorísticamente se dice reprendido por el numen tutelar de su cofradía por acometer faena tan por encima de su capacidad (3 y sigs.). Y lo mismo en la *Eneida:* sólo dos veces deja oír su voz en una promesa de fama. La primera y más enfática es al asegurar a Niso y Euríalo renombre tan duradero como el poderío de Roma, pero a la vez hace depender la promesa de la eficacia de su verso, sobre el que insinúa modesta duda (IX, 446 y sigs.):

> *Fortunati ambo! Si quid mea carmina possunt*
> *nulla dies unquam memori uos eximet aeuo,*
> *dum domus Aeneae Capitoli immobile saxum*
> *accolet, imperium pater Romanus habebit.*

Por otra parte, en el pasaje paralelo dedicado al joven Lauso, apenas si hay franca promesa de inmortalidad; el apóstrofe expresa más bien la admiración del poeta, incapaz de pasar en silencio la piedad filial del guerrero, y la duración de su fama se desprende del sutil verso parentético, que pinta una remota posteridad que vacila en dar crédito a tan increíble abnegación (X, 791 y sigs.):

> *Hic mortis durae casum tuaque optima facta,*
> *si qua fidem tanto est operi latura uetustas,*
> *non equidem nec te, iuuenis memorande, silebo.*

Así, pues, nunca habla Virgilio de su gloria o de su poder de darla sino en términos de irrealidad, futura o condicional; ni siquiera menciona la gloria romana sin esfumarla grandiosamente

en la niebla de la profecía y la visión (*Eneida*, I, 278 y sigs.; VI, 756 y sigs.; VIII, 626 y sigs.). Y los dos pasajes señalados, únicos en que el poeta interrumpe su relato para recomendar sus héroes a la posteridad, tratan de un particular caso sentimental: los jóvenes celebrados en ellos son modelo de amistad o de piedad filial, antes que de la gloria militar[5] que seduce a los héroes homéricos.

Nada más lejos, en efecto, de los guerreros de la *Eneida* que el ingenuo deseo de sobresalir por el que marchan a la batalla Glauco y Aquileo (*Ilíada*, VI, 208, y XI, 784). Hasta parecería que Virgilio juzga semejante deseo como frivolidad griega, no tolerable en la acción verdadera sino, a lo sumo, en el deporte, en los remeros que esperan palpitantes la señal de la regata (*Eneida*, V, 137-138):

exultantiaque haurit
corda pauor pulsans, laudumque arrecta cupido.

El puro deseo de gloria, expresamente divorciado de toda ventaja práctica, es veleidad juvenil; lo alientan los mancebos Niso (IX, 194), Eurílalo (IX, 197, 205-206) y Palante (IX, 370-371, y 449-450); lo reconoce Apolo al casi niño Ascanio (IX, 644). Por piedad a los dos jóvenes enemigos, Lauso y Palante, Júpiter evita que mueran el uno a manos del otro y, halagándoles con la gloria que tanto codician, les concede —para citar un verso de Nevio caro a Cicerón— no *laudari* sino *occidi a laudato uiro* (X, 436 y sigs.), a manos de Turno y Eneas respectivamente. El reconocimiento positivo del valor de la gloria se encuentra precisamente asociado con el doloroso destino de estas vidas juveniles: cuando Hércules, invocado por Palante, llora por no poderle valer, su divino padre —impotente como él ante la fatalidad— le consuela con estas resignadas palabras que presentan la fama como un sucedáneo de la vida trágicamente efímera (X, 468 y sigs.):

[5] Cf. también el último miembro en la enumeración de los pobladores de los Campos Elisios (*Eneida*, VI, 664): *Quique sui memores alios fecere merendo.* Aunque la enumeración comience por los *ob patriam pugnando uulnera passi* es significativo que la mención expresa de la memoria duradera entre los hombres se halle inmediata a los civilizadores (*inuentas aut qui uitam excoluere per artes*), no a los guerreros.

Stat sua cuique dies: breue et irreparabile tempus
omnibus est uitae, sed famam extendere factis
hoc uirtutis opus.

En otros casos el poeta no disimula su punto de vista adverso, sorprendente en plena epopeya; por ejemplo, cuando excusa (esto es, implícitamente condena) la desmesurada codicia de fama de Bruto, matador de sus hijos *(Eneida,* VI, 822-823):

Infelix! utcumque ferent ea fata minores,
uincet amor patriae laudumque immensa cupido.

Y más francamente en VII, 1 y sigs., donde comienza celebrando con brío épico los honores eternos tributados a la nodriza de Eneas, heroína epónima de Cayeta, para acabar con un desengañado paréntesis sobre su valor:

Tu quoque litoribus nostris, Aeneia nutrix,
aeternam moriens famam, Caieta, dedisti:
et nunc seruat honos sedem tuus, ossaque nomen
Hesperia in magna (si qua est ea gloria) signat.

Los guerreros avezados, que miran a la ventaja militar con ojos menos sentimentales que los guerreros noveles Lauso o Palante, llegan al punto —inconcebible en los poemas homéricos— de renunciar a su gloria personal para salvar el buen nombre general. Así, Arrunte ruega a Apolo, avergonzado al ver a los suyos desbaratados por Camila (XI, 864-865):

Da, pater, hoc nostris aboleri dedecus armis,
omnipotens! Non exuuias pulsaeue tropaeum
uirginis aut spolia ulla peto: mihi cetera laudem
facta ferent; haec dira meo dum uolnere pestis
pulsa cadat, patrias remeabo inglorius urbes.

Virgilio subraya con patética minucia que el curioso voto de oscuridad se le cumple a Arrunte con creces; herido a manos de una ninfa enviada por Diana para vengar a Camila (XI, 864-865):

illum expirantem socii atque extrema gementem
obliti ignoto camporum in puluere linquunt.[6]

[6] Otro caso de renuncia generosa a la fama es el del médico Yápix quien prefirió, a las carreras más brillantes de la poesía y de las armas, ejercer en la oscuridad las artes no ruidosas de la medicina, que le permitieran prolongar la vida de su padre (XII, 388 y sigs.). La intensa simpatía con que Virgilio exalta siempre

Otro contraste con Homero: en la *Ilíada* y en la *Odisea* no hay flechas perdidas ni heridas anónimas: Apolo le ha asestado el primer golpe, Euforbo el segundo, Héctor el tercero, declara con precisión científica Patroclo moribundo (XVI, 849-850); cada golpe tiene su agente único e indiscutido. Tanto más insegura y desengañada del orden universal se nos aparece la *Eneida*, donde la única herida inferida al protagonista se da como hecho de azar, como gloria perdida (XII, 318 y sigs.):

> *Has inter uoces, media inter talia uerba*
> *ecce uiro stridens alis adlapsa sagitta est:*
> *incertum qua pulsa manu, quo turbine adacta,*
> *quis tantam Rutulis laudem, casusne, deusne,*
> *attulerit: pressa est insignis gloria facti.*

Por último, vale la pena recordar un par de instancias en que la gloria ofrecida a un personaje tiene asociaciones decididamente siniestras. Al prometer a Dafnis (= 'César') honores divinos (*Égloga V*, 76 y sigs.), el poeta alza el tono para interesar en su duración a toda la Naturaleza por medio del adínaton:

> *Dum iuga montis aper, fluuios dum piscis amabit,*
> *dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadae,*
> *semper honos nomenque tuum laudesque manebunt.*

Por el contrario, la certificación de la apoteosis cumplida remata sin pompa verbal alguna (79-80):

> *Vt Baccho Cererique, tibi sic uota quotannis*
> *agricolae facient: damnabis tu quoque uotis.*

Tan curiosa manera de caracterizar la nueva condición divina de César —haciendo hincapié en su poder maléfico—, bien que apoyada en un aspecto primitivo de la religión y expresada con una fórmula ritual, en modo alguno era obligatoria o exclusiva para Virgilio, como lo prueba el hecho de que, al registrar la (futura) apoteosis de Augusto, imprime a las mismas palabras un cambio que quita toda odiosidad al hemistiquio (*Eneida*, I, 290: *uocabitur hic quoque uotis*). La caracterización de César divinizado, en la *Égloga V*, posiblemente haya de relacionarse con la conocida antipatía de Virgilio hacia el Dictador, para quien no

---

el amor filial asegura que también aquí el poeta presta su aprobación al sacrificio de Yápix.

tiene una palabra de elogio cuando le nombra en las *Geórgicas*, I, 466, a quien muestra hostilidad en el libro VI, 826 y sigs. de la *Eneida*, y omite del todo en el catálogo de las glorias romanas del VIII, 626 y sigs.[7] De todas maneras el enfático *dammabis tu quoque uotis* después de la aseveración del culto eterno de César, mancha esa eternidad con una sugerencia de adoración forzada que no puede evadirse del poderío de un numen malévolo y celoso.

Otro caso mucho más dramático, de asociaciones siniestras en una promesa de gloria, se lee en la *Eneida*, I, 597 y sigs. Rara vez ha concedido Virgilio más énfasis declamatorio a su verso que cuando Eneas, en las primeras palabras que dirige a Dido, le da las gracias por su hospitalidad; apóstrofe, interrogación retórica, adínaton (que acaba en el mismo verso de la *Égloga V*, 78, bien que la naturaleza invocada aquí es grandiosa mientras allí era graciosa a lo pastoril), y seguido, también aquí, de un curioso anticlímax:

> *O sola infandos Troiae miserata labores...*
> *Di tibi, si qua pios respectant numina, si quid*
> *usquam iustitia est et mens sibi conscia recti,*
> *praemia digna ferant. Quae te tam laeta tulerunt*
> *saecula? qui tanti talem genuere parentes?*
> *In freta dum fluuii current, dum montibus umbrae*
> *lustrabunt conuexa, polus dum sidera pascet,*
> *semper honos nomenque tuum laudesque manebunt*
> *quae me cumque uocant terrae.*

Desde el primer apóstrofe el poeta ha apurado su ironía trágica; porque esa Dido, la única que se ha apiadado de los troyanos, expiará con la vida su generosidad. Con exageración retórica Eneas rehuye el pago de tamaña deuda; pero es que, en efecto, no ha de pagarla, y Dido se dolerá amargamente de su ingratitud (IV, 373 y sigs., 538-539). El solemne encarecimiento con que Eneas remite el pago a los dioses subraya la circunstancia de que Dido será la víctima de ellos y sucumbirá en la miserable rencilla de Juno y Venus: a ella misma, la bienhechora generosa, tocará invocar a los dioses (IV, 371 y sigs., 381, 607 y sigs.) con muy parecidas palabras (I, 602: *si qua pios respectant numina* y

[7] Ver W. H. ALEXANDER, *References to Pompey in Seneca's Prose. Transactions of the Royal Society of Canada*, Third Series, XLII, 1948, pág. 17.

IV, 381: *si quid pia numina possunt)* y responder con resuelta desesperación a la elegante fórmula hipotética de Eneas (I, 603 y sigs.: *si quid usquam iustitia est*, y IV, 373: *Nusquam tuta fides)*. El último verso citado *(quae me cumque uocant terrae)*, en que Eneas rehusa la invitación de Dido a establecerse en Cartago (I, 572 y sigs.) en términos indefinidos que pintan su pía sumisión al destino, anuncian ya la vocación de fundador a la que no vacilará en sacrificar sus amores. Contaminada por todos estos fatídicos toques, la recompensa de gloria eterna prometida precisamente por Eneas, el que ha de causar la muerte de Dido, revela un sobretono de sarcasmo que subraya la factura trágica de todo el episodio.[8]

Así, pues, la actitud de Virgilio ante la fama, entendida como aplauso de los contemporáneos o de la posteridad, parece negativa. En cambio, es altamente constructiva su concepción de otro aspecto de la fama, menos atendido, aunque no ignorado por el hombre antiguo (Héctor, por ejemplo, en la *Ilíada*, VI, 441 y sigs.). Para todo lector de la *Eneida* es evidente que los antagonistas, Dido y Turno, ofrecen carácter mucho más enérgicamente trazado, personalidad más poderosa y simpática que el pío y razonable protagonista que acata, sin gran conflicto, los mensajes de los dioses. Dido y Turno, criaturas de exceso y pasión, son particularmente condenables para la sabiduría antigua, cuya primera norma es el señorío de la razón. Pues bien: estos personajes reaccionan también en forma no antigua (no clásica) en cuanto al honor y a la fama. A diferencia de la Medea de Eurípides y de Ovidio, Dido no sólo lamenta su *exstinctus pudor*, sino principalmente la pérdida de su reputación (IV, 322-323): *et qua sola sidera adibam / fama prior*.[9] No es tanto el sentimiento ético del pudor individual (claramente deslindado) lo que atormenta a Dido, cuanto la mala opinión de súbditos y vecinos, esto es, la

[8] Un germen de esta situación apunta quizá en la *Medea* de Eurípides. Para cubrir su ingratitud, Jasón se esfuerza por demostrar que es Medea quien le está obligada, pues gracias a él ha venido a conocer la superioridad moral de Grecia y su sabiduría ha adquirido renombre (540 y sigs.): "Y tienes fama; pero si vivieses en los últimos confines de la tierra, nadie hablaría de ti. En cuanto a mí, no tenga oro en mi morada ni cante mejor que Orfeo si mi condición no es ilustre."

[9] La epopeya romántica de Apolonio de Rodas presenta, aunque sin destacarla como Virgilio, una nota semejante (III, 791 y sigs.): para librarse de su pasión, Medea decide darse muerte, pero revoca su propósito al imaginar las habladurías malignas a que se prestará su acción.

sanción social colectiva, el sentido del honor entendido medievalmente.

Virgilio ha elaborado con particular originalidad tal concepción de la fama a propósito de Turno. En contraste con el maduro Eneas, Turno aparece poseído del amor desinteresado a la fama, típico de los héroes jóvenes de episodios emotivos. Cuando el rey Latino le ruega, en su interés, que permita hacer las paces con el invasor, se niega y responde con alarde temerario (XII, 49): *letumque sinas pro laude pacisci.* A pesar de las súplicas de la Reina y del llanto de Lavinia, reta a Eneas a combate singular, y sus palabras destacan sentimentalmente que es Lavinia —no el dominio territorial— el premio de la contienda (XII, 11 y sigs.). El móvil es precisamente la adversa opinión en que ha caído (XII, 1 y sigs.):

> *Turnus ut infractus aduerso Marte latinos*
> *defecisse uidet, sua nunc promissa reposci,*
> *se signare oculis...*

A su vez, para frustrar el peligroso combate singular, su hermana Yuturna subraya ante los rútulos la fama que ganará Turno al exponerse solo por todos, y la ignominia en que caerán ellos por consentirlo (XII, 229 y sigs.):

> *Non pudet, o Rutuli, cunctis pro talibus unam*
> *obiectare animam?...*
> *Ille quidem ad superos, quorum se deuouet aris,*
> *succedet fama, uiuusque per ora feretur:*
> *nos patria amissa, dominis parere superbis*
> *cogemur...*

Aunque Eneas desembarca nimbado de luz sobrenatural —prueba de que le acompaña el favor de los dioses—, Turno, nada amedrentado, exhorta a los suyos a la batalla, no sólo recordándoles el hogar que deben defender, sino el compromiso de honra que implica la gloria de los antepasados (X, 280 y sigs.):

> *Nunc coniugis esto*
> *quique suae tectique memor; nunc magna referto*
> *facta patrum laudesque.*

El momento en que Turno descubre más hondamente su reacción a la fama es el episodio en que Juno, para salvarle, le empeña en

la persecución de un simulacro de Eneas, le hace subir a una barca y le aleja del campo de batalla, desvaneciendo entonces por los aires el simulacro. Hasta aquí el episodio, aunque más elaborado, puede compararse con la salvación de un héroe homérico por su deidad protectora (el mismo Eneas, retirado del combate por Apolo y depositado en su propio templo: *Ilíada*, V, 344 y sigs., 445 y sigs.; Sarpedón, a quien su padre, Zeus, desearía arrebatar del campo de batalla donde ha de perecer, y restituirle a su propio pueblo, XVI, 433 y sigs.). Porque, en efecto, Apolo y Zeus trasladan o desean trasladar a éstos sin que el poeta considere necesario decir nada del estado de ánimo de los héroes pasivamente favorecidos: su gratitud se da por sentada. En la *Eneida*, por lo contrario, la peripecia dramática no es tanto la artificiosa persecución ni la salvación como el angustioso desespero de Turno a solas. "Ingrato a su salvación" (X, 666), Turno se queja amargamente a Júpiter del vergonzoso favor, y está pronto a perder la vida para enjugar la deshonra, esto es, el juicio adverso de los compañeros de armas a quienes, involuntariamente, ha abandonado en la pelea. Por eso suplica a los vientos que estrellen la barca contra las rocas (X, 679): *quo neque Rutuli neque conscia fama sequatur*. Turno, juvenilmente ávido de la fama que conocen los héroes homéricos —alabanza de los contemporáneos, memoria póstuma—, revela además una variante nueva, una responsabilidad ante la sanción social que para nosotros, lectores modernos, apunta inequívocamente al concepto de honor de la sociedad medieval y que, lo que no es menos notable, no recogieron los imitadores romanos. Sin duda alguna ese nuevo sentido de la fama, despojada de la arrogancia personal que caracteriza la actitud del hombre antiguo (la cual, como se ha visto, Virgilio repudia tácitamente), se integra con la inspiración caballeresco-sentimental que anima una escena como la del canto XII, 64 y sigs. (el paladín enamorado se despide de las dos damas para dirigirse al combate singular que decidirá de la mano de la amada), y contribuye a explicar el tenaz éxito de la *Eneida* en la Edad Media. No es sólo el azar alegórico de la *Égloga IV* lo que situó a Virgilio como nuncio de una nueva era; precisamente por ser lo más alto de su propia época, compendio de todas sus pasadas excelencias, mira ya a una nueva edad.

Horacio

Como en tantos otros aspectos, Horacio difiere radicalmente de Virgilio en su actitud ante la fama. Su valoración de ella es tan incondicional que, para el hermano que parte su hacienda con los hermanos empobrecidos, para la desposada que salva la vida del esposo a riesgo de la suya, Horacio no puede imaginar más excelso galardón que el renombre duradero *(Odas,* II, 2, vs. 5-8, y III, 11, 36-39):

Viuet extento Proculeius aeuo,
notus in fratres animi paterni
illum aget penna metuente solui
Fama superstes.

Vna de multis face nuptiali
digna periurum fuit in parentem
splendide mendax et in omne uirgo
nobilis aeuum.

Su pensamiento entronca macizamente con la tradición antigua y, en particular, con la exaltación de la gloria literaria, tal como la concibió Píndaro y la continuaron los alejandrinos. Pues aunque en varios sentidos la obra de Horacio, como la de Virgilio, representa la reacción contra el primer impacto del alejandrinismo en Roma, no parece con todo que sin el ejemplo alejandrino hubiera sido posible la manera directa y confidencial con que Horacio habla de sí mismo y pone en primer plano, sin tentativa de estilizado velo, su trastienda literaria, los problemas críticos y las reyertas que le absorben. En relación con tales problemas Horacio expresa varias veces su ambición de gloria, no por cierto fundada en futuras realizaciones, conforme a la delicada modestia de Virgilio: su ambición descansa en los tres libros publicados de sus *Carmina,* y en el reconocimiento benévolo o no de sus contemporáneos. Gracias a Melpómene, que le ha sonreído desde su nacimiento *(Odas,* IV, 3, vs. 13-16 y 21-23),

Romae principis urbium
dignatur soboles inter amabilis
uatem ponere me choros
et iam dente minus mordeor inuido...
totum muneris hoc tui [de Melpómene] *est,*
quod monstror digito praetereuntium
Romanae fidicen lyrae.

A tal punto la originalidad absoluta quedaba fuera de la órbita del arte romano, que Horacio apostrofa despectivamente a la "grey servil de imitadores" y exalta jubilosamente su papel de iniciador que, al fin, se reducía a iniciar la imitación de algunos metros líricos griegos *(Epístolas*, I, 19, v. 21 y sigs.):

> *Libera per uacuum posui uestigia princeps,*
> *non aliena meo pressi pede.*[10] *Qui sibi fidet,*
> *dux reget examen. Parios ego primus iambos*
> *ostendi Latio, numeros animosque secutus*
> *Archilochi...*

> *Hunc* [Alceo] *ego, non alio dictum prius ore, Latinus*
> *uolgaui fidicen. luuat immemorata ferentem*
> *ingenuis oculisque legi, manibusque teneri.*

La empresa de adaptación del griego es tan valiosa a los ojos del artista prendado de la forma exquisita, que constituye el primer título para la inmortalidad *(Odas*, IV, 9, v. 1 y sigs.):

> *Ne forte credas interitura quae*
> *longe sonantem natus ad Aufidum*
> *non ante uolgatas per artis*
> *uerba loquor socianda chordis.*

Satisfecho, pues, de su obra, Horacio escribe por dos veces poesías exclusivamente destinadas a sentar lo eterno y universal de su gloria. La primera es una versión lírica del concepto del epitafio de Ennio, embellecida con la metamorfosis de Quinto Horacio Flaco, calvo, canoso, menudo y rechoncho,[11] en un poético avechucho que se evadirá de la muerte y de la onda estigia *(Odas*, II, 20, v. 9 y sigs.):

> *Iam iam residunt cruribus asperae*
> *pelles et album mutor in alitem*
> *superne nascunturque leues*
> *per digitos umerosque plumae.*
> *Iam Daedaleo notior Icaro*
> *uisam gementis litora Bospori*

[10] Lucrecio, tan consciente de la prioridad griega, había dicho invocando reverentemente a Epicuro (III, y sigs.): *Te sequor, o Graiae gentis decus, inque tuis nunc / ficta pedum pono pressis uestigia signis.* Estos versos, así como los citados (I, 926 y sigs.), parecen haber rondado la memoria de Horacio precisamente cuando proclamaba su originalidad. Cf. también *Odas*, I, 26, 6.

[11] Suetonio, *Vida de Horacio: Habitu corporis fuit breuis atque obesus.* Cf. *Epistolas*, I, 4, v. 15, y I, 20, v. 24.

Syrtisque Gaetulas canorus
ales Hyperboreosque campos...
Absint inani funere neniae
luctusque turpes et querimoniae;
compesce clamorem, ac sepulcri
mitte superuacuos honores.

La segunda, bellísimo desarrollo de unos versos ya citados de Píndaro *(Pítica VI,* 6 y sigs.), lanza por el mismo mérito técnico *(princeps aeolium carmen ad Italos / deduxisse modos)* el más orgulloso desafío al tiempo que jamás haya lanzado artista alguno. Lo paradójico es que, al proponer el poderío del imperio romano como linde de su gloria[12] en el tiempo y en el espacio, el ambicioso poeta ha sido mucho más mezquino que la realidad *(Odas,* III, 30, v. 1 y sigs.):

Exegi monumentum aere perennius
regalique situ pyramidum altius,
quod non imber edax, non aquilo inpotens
possit diruere aut innumerabilis
annorum series et fuga temporum.
Non omnis moriar, multaque pars mei
uitabit Libitinam: usque ego postera
crescam laude recens, dum Capitolium
scandet cum tacita uirgine pontifex...

Con tal seguridad de su mérito y fama, no es extraño que Horacio se arrogue el superior privilegio de impartir lustre inmortal a la persona o cosa que se digne tocar con su verso (III, 13, vs. 13-15; IV, 9, 24 y sigs.):

Fies nobilium tu quoque fontium
me dicente...

Paulum sepultae distat inertiae
celata uirtus. Non ego te meis
chartis inornatum silebo
totue tuos patiar labores
impune, Lolli, carpere liuidas
obliuiones.

Característico de su didacticismo es que, no contento con asignarse tan altivo papel, teoriza largo y tendido para justificar racionalmente no sólo la implícita superioridad de las letras sobre

[12] Coincide en ello con Virgilio, *Eneida,* IX, 446 y sigs.

las armas (a semejanza del *Idilio XVI* de Teócrito), sino también la de la poesía sobre las demás artes, señalada ocasionalmente en algunas bellas imágenes de Píndaro, *Pítica VI*, 6 y sigs., *Nemea V*, 1 y sig. (IV, 8, v. 11 y sigs.):

carmina possumus
donare et pretium dicere muneris.
Non incisa notis marmora publicis,
per quae spiritus et uita redit bonis
post mortem ducibus, non celeres fugae
reiectaeque retrorsum Hannibalis minae,
non incendia Carthaginis impiae
eius qui domita nomen ab Africa
lucratus rediit, clarius indicant
laudes quam Calabrae Pierides ['Ennio']; *neque*
si chartae sileant quod bene feceris
mercedem tuleris. Quid foret Iliae
Mauortisque puer, si taciturnitas
obstaret meritis inuida Romuli?
Ereptum Stygiis fluctibus Aeacum
uirtus et fauor et lingua potentium
uatum diuitibus consecrat insulis.
Dignum laude uirum Musa uetat mori;
caelo Musa beat.

Versos como estos últimos apenas redimen la poesía entera, que no parece sino un prosaico borrador de la exquisita oda siguiente. Comienza ésta por asegurar la inmortalidad de la producción lírica de Horacio, apoyándose en una digresión que exalta la lírica griega como no inferior a la epopeya homérica. De ahí, con pindárico enlace de ideas, pasa al viejo tema de Píndaro y de Teócrito —cómo Homero ha rescatado del olvido a los héroes de Troya—, pero reelaborándolo desde un punto de vista original[12] y de gran eficacia poética. Pues en lo que se insiste ahora es en el número infinito de hombres y hechos, semejantes y monótonos, que componen el pasado de la humanidad y en el que sólo se destacan con luz individual los hombres y los hechos que plugo al poeta celebrar (IV, 9, v. 13 y sigs.):

Non sola comptos arsit adulteri
crinis et aurum uestibus inlitum
mirata regalisque cultus
et comites Helene Lacaena,

[12] Ya asoma, procazmente formulado, en una de sus sátiras juveniles, I, 3, vs. 107-108.

primusue Teucer tela Cydonio
direxit arcu; non semel Ilios
uexata, non pugnauit ingens
Idomeneus Sthenelusue solus
dicenda Musis proelia; non ferox
Hector uel acer Deiphobus grauis
excepit ictus pro pudicis
coniugibus puerisque primus.
Vixere fortes ante Agamemnona
multi; sed omnes inlacrimabiles
urgentur ignotique longa
nocte, carent quia uate sacro.

La grandiosa perspectiva en la que se proyecta el tópico, así como el perfecto equilibrio de expresión con que están acuñados los versos —más fáciles que los de Píndaro, más sucintos que los de Teócrito— explican su vasta irradiación en las épocas que podían apreciar su primor formal, ya los tiempos inmediatos a Horacio mismo, ya el Renacimiento.

Propercio

El lector moderno no esperaría hallar reflexiones sobre la fama en la poesía de la intimidad amorosa. Pero Propercio es uno de esos autores (de los que Lope es el caso máximo) que sienten hasta las experiencias más personales a través de su visión literaria, y las viven indisolublemente amalgamadas, deformadas y embellecidas con su menester poético. Con notable frecuencia, para lo exiguo de su obra, expresa Propercio su sentimiento de poeta que se sabe digno de recibir y de otorgar fama, y lo hace a la vez con originalidad y con laboriosa imitación. En la elegía II, 10 la celebración de Augusto es un programa poético acogido con reverente alegría pero aplazado —como en las *Geórgicas*— para un prudencial futuro; en la II, 1 es el deseo implícitamente negado en una proposición condicional: si pudiese no cantar a Cintia y tratar temas heroicos, sin duda eligiría las hazañas imperiales; en la III, 9 el poeta se niega a obedecer a Mecenas y cultivar la epopeya histórica, escudándose hábilmente en la modesta conducta política de Mecenas mismo: de igual modo insiste él en no abandonar su humilde dominio, la elegía erótica; aquí Propercio parece seguir el ejemplo de las ya señaladas repulsas de Virgilio (alguna vez adoptadas también por Horacio, por ejemplo en las *Odas* I, 6; II, 12, en las *Sátiras*, II, 1, 11 y sigs., y en las *Epístolas*, II, 1, 250 y sigs.),

mientras en su expresión ecos de Virgilio y Horacio se enlazan inextricablemente (cf. vs. 17-21 y Horacio, *Odas*, I, 1, 3 y sigs., Virgilio, *Geórgicas*, I, v. 59). A pesar de tales negativas, hay en el libro IV varias elegías (2, 4, 6, 9, 10) que sin duda responden al encargo de Mecenas: sólo que —declara el proemio— Propercio no poetizará a la manera homérica del admirado Virgilio (II, 34, 65-66) sino, tras las huellas de Calímaco, escribirá poemitas etiológicos de tono a la vez erudito y costumbrista y, puesto que permanece siempre dentro de su modesto ámbito literario, puede aspirar —con nada ingenua humildad— a su parcela de gloria (IV, 1, v. 58 y sigs.). En otra elegía que también hace las veces de proemio (III, 1), Propercio parecería tomar a Horacio como punto de partida: comienza por afirmar enfáticamente su originalidad (expresada con entrecruzadas reminiscencias de Lucrecio, I, 926, y de Virgilio, *Geórgicas*, II, 174 y sigs.; III, 10-11) como primer imitador de Calímaco y Filetas, de igual modo que Horacio subrayaba su iniciativa como importador de los antiguos líricos griegos. Propercio funda su pretensión a la gloria en ser en esa Roma, conmovida por las grandiosas empresas militares de Augusto, pacífico cantor de amores: si en vida la envidia le roba honores, se los devolverá con creces después de muerto.[13] Y, como ejemplo máximo de gloria negada en vida y siempre en aumento a la muerte, Propercio escoge a Homero, a quien ensalza por creador de la fama de Troya, en versos cuyo movimiento interrogativo recuerda directamente el pasaje de Teócrito que Horacio tuvo presente en sus *Odas*, IV, 9. No falta, por fin, en Propercio, conforme a la tradición de Ennio y Horacio, el rechazo del acostumbrado ritual fúnebre, superfluo en quien ha sabido ganarse la inmortalidad (II, 13 a, vs. 17-26).

[13] Estamos ante una preocupación que surge naturalmente dentro de una atmósfera erizada de tempestades literarias (cf. Píndaro, *Peán II*, *Partenias*, 104 c Schröder, y Horacio, *Odas*, IV, 3, v. 16 y, en sentido más general, las citadas palabras de Isócrates en el *Evágoras*, 2). Pero el pensamiento, también obvio, de que la muerte pone fin a la envidia (por ejemplo, Cicerón, *Pro Balbo*, 16), entendido a la inversa, como documento de la malignidad crítica que achica el mérito contemporáneo y agranda insensatamente el pasado, debió de esgrimirse con frecuencia en la enconada querella de antiguos y modernos que surgió a propósito de la poesía augustea (Horacio, *Epístolas*, II, v. 21 y sigs.). Lo cierto es que, desde estos versos de Propercio, es un tema frecuente en poetas populares y conscientes de su fama —Ovidio y Marcial, por ejemplo— que desean justificar el género "menor" en el que han logrado sus triunfos. En cuanto a prosistas, véase Tácito, *Anales*, II, 88 y el comienzo del *Agrícola*, y Plinio el mozo, *Epístolas*, VII, 21.

Nota original de Propercio es insistir en que debe su fama exclusivamente a sus versos de amor (I, 7, vs. 9-11), y su mérito de poeta exclusivamente a su amada (II, 1, vs. 1-16).[14] Pero más insistente aún es la recíproca, la versión en términos de literatura y concreta vida romana de la elegía citada de Teognis a Cirno: él es quien colocará a Cintia entre las beldades del Parnaso romano (II, 25, vs. 3-4; II, 34, vs. 85-94); gracias a su libro, ya es ella célebre en toda Roma (II, 24, v. 2). En los momentos de reyerta, Propercio le enrostra esa gloria como un regalo mal agradecido (II, 8, v. 11: *munera quanta dedi uel qualia carmina feci!* II, 11, v. 2: *laudet, qui sterili semina ponit humo).* Lejos de favorecerle, sus versos le han dañado, pues Cintia se ha envanecido con sus exagerados elogios (III, 24, 1 y sigs.) y, en un arranque de ira, la amenaza con emplear en otra amiga sus versos o en hacer perpetua no su alabanza sino su infamia (II, 5, vs. 5-6, 27-30).[15] Sostiene todas estas consideraciones la firme convicción de Propercio de que su verso perdurará; apoyado en ella da solemnidad dogmática a su papel de inmortalizador de la amada en la elegía III, 2, que cumple función de manifiesto literario. A la zaga de un contraste caro a Horacio *(Odas,* II, 16: *Te greges centum... mihi parua rura et / spiritum Graiae tenuem Camenae),* Propercio se muestra también como poeta pobre en posesiones suntuosas, rico en el don eternizador de su poesía, más duradero que todo monumento. La diferencia esencial entre esta elegía y el *Exegi monumentum* (al que debe el último concepto), el *Non usitata* y otras odas análogas, es que Propercio no se propone tanto exaltar la calidad literaria de su obra, según hace Horacio, cuanto ensalzar su obra como medio de inmortalizar a la amada, con lo que, de paso, queda señalada la naturaleza imperecedera de su arte (III, 2, 11 y sigs.):

> *quod non Taenariis domus est mihi fulta columnis,*
> *nec camera auratas inter eburna trabes,*
> *nec mea Phaeacas aequant pomaria siluas,*

[14] De igual modo, Tibulo pide la anuencia de Némesis, dueña total de su inspiración, para celebrar los futuros triunfos de Mesalino, II, 5, v. 11 y sigs. Peculiar del temperamento mórbido de Tibulo es la renuncia a la voluntad de poder (I, 5, v. 30, lo que sorprendía a Marcial, XIV, 193) y a la de gloria (I, 1, vs. 57-58) en favor de la amada.

[15] Tibulo, irritado contra Márato, querría borrar los absurdos loores que le prodigó (I, 9, v. 47 y sigs.). En el *Cuerpo tibuliano,* III, 3, v. 57 y sigs., Lígdamo se duele de la infidelidad de Neera, ingrata a sus versos.

non operosa rigat Marcius antra liquor;
at Musae comites et carmina cara legenti,
nec defessa choris Calliopea meis.
Fortunata, meo si qua es celebrata libello!
carmina erunt formae tot monumenta tuae.
Nam neque Pyramidum sumptus ad sidera ducti,
nec Iouis Elei caelum imitata domus,
nec Mausolei diues fortuna sepulcri
mortis ab extrema condicione uacant.
Aut illis flamma aut imber subducet honores,
annorum aut ictus pondere uicta ruent.
At non ingenium quaesitum nomen ab aeuo
excidet: ingenio stat sine morte decus.

En este artificioso enlace de gloria, amor y ambición literaria, tan lejos de la lírica sencillez de Teognis, parece consistir peculiarmente el aporte de Propercio a la idea de la fama. No es maravilla que, al meditar de nuevo sobre el viejo motivo, Lamartine haya nombrado sólo a Propercio entre todos los poetas eróticos de la Antigüedad.[16]

Ovidio

Es evidente que, con ser Ovidio el tercer poeta de la Edad de Augusto y haber gozado de alto favor durante el Imperio, su influjo es infinitamente más importante durante los siglos medievales y en particular durante el XIII. Como en el caso de Virgilio, aunque por distintas razones, tal influjo no es casual: hay evidente afinidad entre sus cualidades, buenas y malas, y los gustos y tendencias de la Edad Media. La falta de límite neto entre realidad e irrealidad, el vivir fluyendo entre personalidades diversas[17] (condiciones sin las cuales no hubiera podido lograrse un poema del asunto de las *Metamorfosis)*, la visión alegórica, el didactismo recamado de sentencias epigramáticas, uno y otras tomados en serio por los letrados medievales, la cándida confidencia personal, desvergonzada en las obras de amores, desgarradora en las del destierro, la ternura sentimental, el ingenio y humorismo, la brillante fantasía, muy superior al sentimiento de la forma, con harta frecuencia floja o redundante, el verso fácil, la abundancia verbal muchas

16 *Premières méditations poétiques,* III, *A Elvire: Oui, l'Anio murmure encore / Le doux nom de Cynthie aux rochers de Tibur; / Vaucluse a retenu le nom chéri de Laure; / Et Ferrare au siècle futur / Murmurera toujours celui d'Éléonore. / Heureuse la beauté que le poète adore!*

17 Véase H. FRÄNKEL, *Ovid, a Poet between Two Worlds.* University of California Press, 1945. págs. 21, 80-85, 99.

veces prolija, todas ellas son notas bastante alejadas del ideal del arte clásico y muy accesibles al del *Roman de la Rose*, por ejemplo. Por eso, ha sido decisivo para el destino ulterior de la idea de la fama la circunstancia de que Ovidio haya acogido, repetido, elaborado y enriquecido lo que la literatura le ofrecía ya. Su avidez de fama es sin duda, junto con el amor a su oficio de poeta, la más vehemente de sus pasiones y, más o menos deliberadamente, se expresa en infinidad de coyunturas. Elijo entre muchas una, la meditación ante las cenizas de Aquileo, en que esa avidez llega hasta un fervoroso ascetismo mundano, si se permite el *oxymoron* (*Metamorfosis*, XII, 615 y sigs.):

iam cinis est, et de tam magno restat Achille
nescio quid paruum, quod non bene compleat urnam,
at uiuit totum quae gloria compleat orbem.
Haec illa mensura uiro respondet, et hac est
par sibi Pelides nec inania Tartara sensit.

Idéntica sed de gloria devora a sus criaturas, sean dioses o mortales, hombres o mujeres, príncipes o plebeyos, en contraste con la sutil diferenciación de la *Eneida*. Las deidades riñen por la gloria (*Metamorfosis*, I, 456 y sigs.), se disputan unas a otras los honores (*Fastos*, VI, 35 y sigs.) y codician celosamente la veneración de los mortales, según confiesa Flora al poeta (*Fastos*, V, 295 y sigs.). Aurora solicita para su hijo muerto un honor que la consuele de su pérdida (*Metamorfosis*, XIII, 598-599). Paris tienta a Helena con promesa de fama (*Heroidas*, XV, 373-374) ni más ni menos como Ovidio, desde la lejana Escitia, tentará a Máximo con la fama de los fieles amigos de antaño para inducirle a trabajar en su favor (*Pónticas*, II, 3, v. 41 y sigs.). La décima ola irrumpe incontenible en la nave como el bravo se lanza solo a la ciudad enemiga, encendido en amor de gloria (*Metamorfosis*, XI, 525 y sigs.). Pone fin a los desmanes del jabalí de Calidonia una escogida tropa de jóvenes movidos por codicia de gloria (*Metamorfosis*, VIII, 300). La humilde Aracne gana con su ejercicio memorable renombre (*Metamorfosis*, VI, 12-13). Cuando Numa invita al artífice Mamurio, autor de los once escudos idénticos al *ancile* caído del cielo, a fijar su recompensa, éste responde (*Fastos*, III, 389-390):

merces mihi gloria detur,
nominaque extremo carmine [Saliar] *nostra sonent.*

Cabalmente por ser tan viva su pasión por la fama, vuelven a hallarse a lo largo de sus obras las reacciones típicas ante ella reflejadas en la literatura (salvo la de Virgilio), y no como mosaico retórico, sino muy íntimamente enlazadas con circunstancias de carácter y fortuna (o infortunio) personal. Así, por ejemplo, Ovidio alude varias veces al renombre de que, excepcionalmente, le ha sido dado gozar en vida (*Amores*, III, 1, v. 17 y sigs.; *Tristes*, II, 115 y sigs.; V, 12, v. 39 y sigs.) sin que la envidia lo aplazara para después de muerto (*Tristes*, IV, 10, v. 121 y sigs.):

> *Tu* [Musa] *mihi, quod rarum est, uiuo sublime dedisti*
> *nomen, ab exequiis quod dare fama solet.*
> *Nec, qui detractat praesentia, Liuor iniquo*
> *ullum de nostris dente momordit opus.*

Desgajados de su contexto, estos versos parecen una versión en metro elegíaco de la citada Oda de Horacio (IV, 3, vs. 13-16 y 21-22). Pero, aunque es muy probable que Ovidio recordara esta Oda, no se limitó a repetirla por puro ejercicio literario: desde su destierro y para subrayar la pureza de su vida, llama la atención sobre lo rotundo de su fama y la perfección de sus obras, en las que ni la envidia pudo poner tacha (lo que no concuerda mucho con la digresión, escrita en Roma, en sus años de prosperidad, para defenderse de los reparos morales que suscitó su *Arte: Remedia amoris*, 359 y sigs.). Es curioso que Ovidio, acogiéndose a las supuestas leyes de su género, e incapaz de adoptar el punto de vista de los escandalizados, interpreta la crítica de éstos como un desahogo de envidia, a la que desafía con segura altivez (v. 389 y sigs.).[18] No es, pues, que Ovidio repita mecánicamente un "motivo" de Horacio y Propercio, pero lo que halla en la literatura es tan importante para él que, aun en daño propio, reinterpreta la realidad conforme a la literatura. De igual modo, entre los numerosos pasajes en que pide, reclama o se promete fama inmortal (por ejemplo: *Fastos*, V, 377-378; *Arte de amar*, II, 739-740; *Amores*, III, 1, v. 17 y sigs., v. 65) leemos en varias versiones su *Exegi monumentum*. Ante todo, al final de las *Metamorfosis*, XV, 871 y sigs.:

> *Iamque opus exegi quod nec Iouis ira nec ignes*
> *nec poterit ferrum nec edax abolere uetustas.*

[18] Ver FRÄNKEL, *Obra citada*, págs. 71-72.

Cum uolet illa dies, qui nil nisi corporis huius
ius habet, incerti spatium mihi finiat aeui;
parte tamen meliore mei super alta perennis
astra ferar, nomenque erit indelebile nostrum.
Quaque patet domitis Romana potentia terris
ore legar populi: perque omnia saecula fama
si quid habent ueri uatum praesagia, uiuam.

En traje menos horaciano estas ideas aparecen ya en la conclusión del primer y tercer libro de los *Amores*, y se repiten con patética obstinación en los años de desgracia (*Tristes*, IV, 10, vs. 129-130; III, 7, v. 45 y sigs.):

En ego, cum caream patria uobisque domoque,
raptaque sint adimi quae potuere mihi,
ingenio tamen ipse meo comitorque fruorque:
Caesar in hoc potuit uiris habere nihil.
Quilibet hanc saeuo uitam mihi finiat ense,
me tamen exstincto fama superstes erit,
dumque suis uictrix omnem de montibus orbem
prospiciet domitum Martia Roma, legar.

Tampoco esto es retórica: Ovidio estaba poseído de veneración por su oficio de poeta (cf. *Arte de amar*, III, vs. 411-412). La elegía a la que pertenecen los versos transcritos es una exhortación dirigida desde su destierro a su discípula Perila para que no abandone el cultivo de la poesía, y su nota dominante es la de juzgarlo todo transitorio, menos los frutos del ingenio. El poeta no disimula su triunfo último sobre Augusto, quien no puede privarle de su talento y si, como es verosímil, la misma nota de desquite moral resuena ya, con deliberada ambigüedad, en el *Iouis ira* de las *Metamorfosis* (según piensa el citado Fränkel, pág. 111), una vez más coinciden en los versos de Ovidio la tradición literaria con la realidad inmediata de su vida. Por lo demás, una interesante diferencia separa estas profesiones de inmortalidad de las de Horacio. Éste atiende exclusivamente a su gloria personal, y recalca por eso la originalidad y singularidad de su obra; Ovidio suele glorificarse como miembro de la cofradía que él venera y dentro de la cual se reconoce muchos superiores (*Tristes*, IV, 10, v. 125 y sigs.):

Nam tulerint magnos cum saecula nostra poetas,
non fuit ingenio fama maligna meo,

cumque ego praeponam multos mihi, non minor illis
dicor et in toto plurimus orbe legor.

Más patente todavía es la última elegía del primer libro de los *Amores*, donde Ovidio se proclama inmortal (v. 35 y sigs.), no tanto por alarde de méritos propios como por conclusión de un silogismo cuya premisa mayor, copiosamente ejemplificada con autores griegos y romanos, reza: nada hay más duradero que la poesía (v. 31 y sigs.). Consecuencia de este axioma es la convicción, no menos enfática, de que la gloria es la recompensa que pertenece en propiedad a los poetas; ellos son los únicos que poseen gloria y, por consiguiente, los únicos que pueden darla. Un aparte no muy oportuno, aunque muy inspirado, del *Arte de amar*, III, 403, dentro de lo que parece amplificación de un precepto humorístico de Tibulo,[19] expresa con feliz energía esta nota personal:

Quid petitur sacris, nisi tantum fama, poetis?
Hoc uotum nostri summa laboris habet.
Cura deum fuerunt olim regumque poetae,
praemiaque antiqui magna tulere chori...
Nunc hederae sine honore iacent, operataque doctis
cura uigil Musis nomen inertis habet.
Sed famae uigilare iuuat.

Ganar gloria es ostensiblemente la meta normal del hombre de letras, a la que se opone su desventura de desterrado (*Pónticas*, II, 7, vs. 47-48); precisamente se apresura a disculpar la imperfección de sus últimas obras como labor no emprendida por el fin normal de la gloria, sino para buscar olvido a sus males (*Ibidem*, I, 5, v. 55 y sigs.), y con esa misma disculpa se defiende del lector que le achaca monotonía (*Ibidem*, III, 9, vs. 55-56). De ahí que parafrasee tantas veces el adagio que también adujo Cicerón (*Discusiones tusculanas*, I, 2, 4): *bonos alit artes* (*Tristes*, V, 1, vs. 75-77; V, 12, vs. 37-38), y más gráficamente en las *Pónticas*, IV, 2, v. 33 y sigs.:

[19] En el pequeño arte de amar que Tibulo (1, 5) pone en boca de Priapo, el dios lascivo sostiene la causa de los poetas como fijadores de la fama y dadores de inmortalidad, v. 61 y sigs.: *Pieridas, pueri, doctos et amate poetas, / aurea nec superent munera Pieridas. / Carmine purpurea est Nisi coma; carmina ni sint / ex umero Pelopis non nituisset ebur. / Quem referent Musas uiuet dum robora tellus, / dum caelum stellas, dum uehit amnis aquas.*

siue quod in tenebris numerosos ponere gestus
quodque legas nulli scribere carmen idem est.
Excitat auditor studium laudataque uirtus
crescit et immensum gloria calcar habet.

Persuadido de que la gloria y principalmente la perduración póstuma son la posesión particular de los poetas, concluye Ovidio que sólo a ellos compete el impartirlas. Este pensamiento tampoco es "tópico" aprendido y reflejado, sino una de las raíces de su personalidad poética, y se repite dentro de los lances diversos de toda su vida. Ya al comienzo de su carrera recuerda a Corina que las amadas de Zeus gozan de fama gracias a los poetas y que, de igual modo, el nombre de ella, asociado al suyo propio, se perpetuará por siglos *(Amores,* I, 3, v. 19 y sigs.). Otras veces refleja la elegía citada de Propercio (III, 2): así contrasta, en *Amores,* I, 10, v. 59 y sigs., el eterno don de fama que él puede otorgar con lo perecedero no de la arquitectura monumental sino, más adecuadamente, de las ropas y joyas que pueden tentar a la hermosa. O bien, en la misma oposición entre riquezas y verso eternizador, subraya el valor de este último declarándole tan codiciado, que hasta inspiró a una codiciosa la audacia de darse por el original de Corina *(Amores,* II, 17, v. 27 y sigs.). Otra elegía enumera, recordando a Lucrecio, III, 1035 y 1036, los grandes poetas ya muertos; pero si Lucrecio los alega para que el hombre no dotado de tan altas prendas se resigne al poder avasallador de la muerte, Ovidio pasa triunfalmente a contrastar la mortalidad del poeta con la inmortalidad de su obra (III, 9, 27):

Hunc [Homero] *quoque summa dies nigro submersit Auerno.*
Defugiunt auidos carmina sola rogos:
durat opus uatum, Troiani fama laboris
tardaque nocturno tela retexta dolo.

La exaltación del poderío del poeta es todavía más enérgica en las obras compuestas en el destierro, y por razones obvias. Por una parte, Ovidio necesitaba como nunca creer en el don al que había consagrado su vida, el único bien que había podido conservar en su desgracia; por otra parte, se veía obligado a encarecer la sola moneda en que podía pagar el favor o ayuda de sus allegados de Roma. De ahí también que al dirigirse al Emperador o a su presunto heredero, con quienes no cabía insinua-

ción de recompensa, se limita a variar ya ingeniosa ya elocuentemente los traídos y llevados versos de Teócrito. Por eso trata de hacerse necesario a Augusto recordándole que Júpiter, aunque abundado de fama, se complace oyéndose celebrar por los poetas *(Tristes*, II, 67 y sigs.), y repite a Germánico la vieja lección *(Pónticas*, IV, 8, v. 43 y sigs.):

Nec tamen officio uatum per carmina facto
principibus res est aptior ulla uiris.
Carmina uestrarum peragunt praeconia laudum,
neue sit actorum fama caduca cauent.
Carmine fit uiuax uirtus, expersque sepulcri
notitiam serae posteritatis habet.
Tabida consumit ferrum lapidemque uetustas,
nullaque res maius tempore robur habet.
Scripta ferunt annos. Scriptis Agamemnona nosti
et quisquis contra uel simul arma tulit.
Quis Thebas septemque duces sine carmine nosset
et quidquid post haec quidquid et ante fuit?
Di quoque carminibus, si fas est dicere, fiunt,
tantaque maiestas ore canentis eget.
Sic Chaos ex illa naturae mole prioris
digestum partes scimus habere suas;
sic adfectantes caelestia regna Gigantas
ad Styga nimbifero uindicis igne datos;
sic uictor laudem superatis Liber ab Indis,
Alcides capta traxit ab Oechalia,
et modo, Caesar, auum, quem uirtus addidit astris,
sacrarunt aliqua carmina parte tuum.

En cambio, al implorar los buenos oficios de particulares, les pone ante los ojos la recompensa de fama que, juzgando de los demás corazones por el suyo, estima tentación irresistible. Lamenta, por ejemplo, no estar autorizado para nombrar —es decir, pagarle en gloria— a un favorecedor temeroso de publicidad *(Tristes*, IV, 5, v. 9 y sigs.); sin rencor para los amigos tímidos, promete a los pocos denodados, como Grecino y Cota, fama eterna ya que, celebrados en sus versos, su piedad será conocida siempre y dondequiera *(Pónticas*, II, 6, v. 29 y sigs.; III, 2, v. 27 y sigs). Por pura dificultad prosódica se excusa de no insertar en sus dísticos el nombre de su buen amigo Tuticano *(Pónticas*, IV, 12, vs. 3-4). Tan completa es la fe de Ovidio en su poder de otorgar memoria eterna que, si promete su verso como recompensa, se vale tam-

bién de su silencio para castigar a los malvados con el olvido, como había hecho Heródoto *(Pónticas*, IV, 3, v. 1 y sigs.):

Conquerar an taceam? ponam sine nomine crimen,
an notum qui sis omnibus esse uelim?
Nomine non utar, ne commendere querela
quaeraturque tibi carmine fama meo.

Muy importante y muy diverso papel tiene la promesa de fama en las elegías dirigidas a su esposa. Al principio, satisfecho de su amor y fidelidad, se duele de no poderle dar toda la nombradía que merece *(Tristes*, I, 6, vs. 21-2, 29 y sigs.). Pero a medida que se alarga el destierro, la impaciencia, el sentimiento de desamparo hacen virar al poeta. Al tercer año del destierro *(Tristes*, IV, 3, v. 63 y sigs.) exhorta a su mujer a merecer gloria que no se gana, cabalmente, si las circunstancias son fáciles: "Por estas asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento". La última de las *Tristes* acentúa el cambio de actitud; lejos de hallarse inferior a su empresa, Ovidio insiste en la envidiable dádiva que otorga a su mujer. Cito, para abreviar, sólo los primeros versos (V, 14, v. 1 y sigs.):

Quanta tibi dederim nostris monumenta libellis
o mihi me coniunx carior, ipsa uides.
Detrahat auctori multum fortuna licebit,
tu tamen ingenio clara ferere meo;
dumque legar, mecum pariter tua fama legetur,
nec potes in maestos omnis abire rogos;
cumque uiri casu possis miseranda uideri,
inuenies aliquas quae quod es, esse uelint...

Las esposas ejemplares como Penélope, Alcestis, Andrómaca, Evadne, Laodamía —continúa predicando (V, 14, v. 31 y sigs.)— deben justamente su renombre a su desdicha. Otras veces, Ovidio recuerda su mujer, con el usual ejemplario mitológico, que él pertenece a los que han ganado notoriedad por sus infortunios y que ella, celebrada en sus versos, debe merecer semejante honor *(Pónticas*, III, 1, v. 43 y sigs.), concepto paralelo al enunciado a un amigo *(Tristes*, I, 5, v. 19 y sigs.), a propósito de que la desgracia acrisola las amistades.

En suma: sea cual fuese la reacción a la fama del letrado medieval, le era dable hallar en uno de sus poetas favoritos la esquematización del modo de pensar antiguo sobre la fama —su

alto valor, inmortalidad del poeta y su poder de otorgarla—, con muchas notas secundarias brillante e insistentemente repetidas.

Séneca

Muy curiosa es la actitud del moralista latino más popular. Corren bajo el nombre de Séneca dos epigramas (*Anthologia Latina*, ed. A. Riese, t. I, 1894, Nos 417 y 418) que señalan lo perecedero de los monumentos fabricados por mano del hombre comparados con las creaciones de su espíritu, y en particular con sus obras poéticas, esto es, dos variantes del concepto ya expresado por Horacio, Propercio y Ovidio. Las reflexiones en prosa son más variadas y originales. Llevado por la lógica de su doctrina estoica, Séneca condena alguna vez rotundamente la gloria, al final de la *Epístola 123* a Lucilio (*Gloria uanum et uolatile quiddam est, auraque mobilius*). Pero tal condena es excepcional. Séneca debate varias veces el problema de la gloria y la medida en que debe buscarla el filósofo, tratando de dar con la solución que satisfaga a su razón y a su deseo; así, en la *Epístola 102* afirma que la alabanza merecida es obra de justicia y, por lo tanto, beneficia a quien la da y a quien la recibe. Muy artificioso es el raciocinio de la *Epístola 52:* es indigno del filósofo, escribe con característico retruécano, ambicionar el aplauso ruidoso del vulgo necio: *Quid laetaris quod hominibus iis laudaris quos non potes ipse laudare?* Pero en sí la alabanza y gloria popular no son reprobables; si las rechaza, no es porque sean indignas del filósofo, sino por insuficientes, concluye con arrogancia poco filosófica: *Relinquantur istae uoces illis artibus quae propositum habent placere populo: philosophia adoretur.* Otras veces declara más terminantemente su opinión sobre la fama. En la *Epístola 79* exhorta a Lucilio a abrazar la vida espiritual, *licet pauci sciant, licet nemo uideat.* Pero tal extremo es demasiado duro y, recordando una bella imagen de las *Tusculanas*, I, 46, 110, se apresura a garantizar a su corresponsal: *Gloria umbra uirtutis est: etiam inuitos comitabitur.* La misma imagen sirve de transición para otra preocupación que ya inquietó a Isócrates, y luego a Horacio, Propercio y Ovidio: la envidia de los contemporáneos amengua la fama merecida, que brilla sin obstáculos en los siglos futuros y, aunque no faltan declaraciones de que la virtud no vale menos por no ser conocida, Séneca no se resigna a lo que era tan fácil para Virgilio: a la vida del espíritu sin gloria ni renombre:

Nulla uirtus latet, et latuisse non ipsius est dammum. Veniet qui conditam et saeculi sui malignitate compressam, dies publicet. Paucis natus est qui populum aetatis suae cogitat. Multa annorum millia, multa populorum superuenient: ad illa respice... Si quod est pretium uirtutis ex fama, nec hoc interit.

Inútil es que indique lo subordinado del valor de la fama de la cual, por supuesto, no puede gozar el muerto: la complacencia en aquellos honores póstumos es irreprimible. La *Epístola 21* contiene un panegírico de la vida intelectual, no desde un punto de vista filosófico, antes bien adoptando intacta la actitud de Píndaro y Teócrito transmitida por los poetas latinos: la vida intelectual que Séneca alaba no es sino la estrecha cofradía poética, ensanchada sólo de nombre, para dar cabida a la actividad del propio Séneca pero, como de antaño, gozosa en el contraste con los poderosos, segura de ser la única que da gloria verdadera y confiada en poseer e impartir inmortalidad:

Quod Epicurus amico suo potuit promittere, hoc tibi promitto, Lucili. Habebo apud posteros gratiam, possum mecum duratura nomina educere... Quoscumque in medium fortuna protulit, quicumque membra ac partes alienae potentiae fuerant, horum gratia uiguit, domus frequentata est dum ipsi steterunt: post ipsos cito memoria defecit. Ingeniorum crescit dignatio: nec ipsis tantum habetur sed quidquam illorum memoriae adhaesit, excipitur.

Si tal es la actitud de un moralista estoico al escribir prosa de pretensión filosófica, no es extraño que los poetas de la Edad de Plata, autorizados por una antigua tradición y reducidos cada vez más, por la situación política del Imperio, a concentrar todas sus energías en el enrarecido ambiente literario, sean férvidos cultores de la fama y poseídos de su papel de otorgadores de eternidad. En su mayoría, estos poetas no representan un enriquecimiento de la poesía latina. Al contrario: esquematizan a los poetas del siglo de Augusto, variando sabiamente algunos aspectos, omitiendo otros, abultando efectos. Tal actitud —más escuela que inspiración, más sentimentalismo que sentimiento —, y principalmente el hecho de presentarse ya como unos antiguos imitadores de los clásicos, debió de sellar su afinidad con sus estudiosos de la Edad Media, quienes verían en ellos —piénsese en el Estacio de la *Divina Commedia*, por ejemplo— más que auto-

rizados maestros, lejanos condiscípulos en la común veneración a Virgilio y a Ovidio. Por eso mismo, los autores tardíos, poco valiosos para la jerarquización estética dentro de la cual la Edad Moderna ha organizado el arte grecorromano, han sido esenciales en el canon de autores sobre el que se apoya el pensamiento medieval.

Lucano

Tampoco en cuanto a la idea de la fama aportan estos poetas nueva visión, aunque sí acentúan las notas que escogen conforme a su distinta personalidad, entre las varias ya fijadas en Ovidio. Así, en propia persona, Lucano teoriza conforme al estoicismo popular sobre la fama verdadera que ha de juzgarse por los méritos y no por el éxito (XI, 593-595). Va narrando su epopeya y, a la vez, parándose a imaginar cómo reaccionará la posteridad ante sus diversos lances (por ejemplo, IV, 575-577). Bastante frecuente es que Lucano mismo adjudique la dosis de gloria, comentando con la superioridad del titiritero ante su tabladillo los dichos y hechos de sus criaturas. Una muestra: concluída la carrera de Curión, el poeta toma la voz para fijar el juicio con que debe conocerle la posteridad (IV, 811 y sigs.):

> *At tibi nos (quando non proderit ista silere,*
> *a quibus omne aeui senium sua fama repellit)*
> *digna damus, iuuenis, meritae praeconia uitae:*
> *haud alium tanta ciuem tulit indole Roma, etc.*

De igual modo, cuando acaba de narrar la vida y fortuna del cesariano Esceva, Lucano le dirige la palabra para poner un reparo a su fama, lamentando que no hubiese empleado su valor contra los enemigos de Roma y no para ganarse amo (VI, 257 y sigs.). Cordo, que da sepultura a los restos de Pompeyo, huye a la aurora, temeroso de ser descubierto: Lucano le increpa, advirtiéndole que al hecho que trata de esconder deberá precisamente su fama (VIII, 781-782). Acabadas de contar las tristes circunstancias del funeral de Pompeyo, acumula con fatigosa retórica argumentos destinados a probar que el carecer de sepulcro digno antes aumenta que disminuye la fama de su héroe (VIII, 793 y sigs.). Todos los personajes padecen de la misma fiebre que aqueja al autor: en el paralelo entre los dos rivales (I, 129 y sigs.) describe a Pompeyo como

famae petitor
multa dare in uulgus, totus popularibus auris
impelli plausuque sui gaudere theatri.

Y, en efecto, a lo largo del poema, la atención a la fama es uno de los más eficaces resortes, si no del carácter (pues los tiesos figurones de la *Farsalia* no lo poseen) de Pompeyo, a lo menos de sus discursos. Con alarde de la gloria que le trajeron sus campañas de Oriente, recomienda a su hijo reclutar tropas en el escenario de sus antiguas victorias (II, 633 y sigs.); modera la aflicción de su mujer por la derrota, recordándole (con la implícita autoridad de Ovidio) que esa desgracia le abre camino a la fama de esposa ejemplar (VIII, 74 y sigs.):

Habes aditum mansurae in saecula famae.
Laudis in hoc sexu, non legum iura nec arma;
unica materia est coniunx. Erige mentem,
et tua cum fatis pietas decertet; et ipsum
quod sum uictus ama: nunc sum tibi gloria maior, etc.

Entre jactancioso y calculador, Pompeyo cuenta su renombre como uno de los recursos que le quedan después de Farsalo (VIII, 274-276). Bajo la estocada de su asesino, contiene el aliento, para no empañar con gemido indigno su fama eterna (VIII, 616-617) aunque, por supuesto, el poeta no escatima a sus lectores las meditaciones amplificatorias que Pompeyo formula *in pectore* (vs. 616-636). En el paralelo señalado (I, 129 y sigs.), Lucano contrapone a Pompeyo, *famae petitor*, a César con sus recursos más sólidos, pero luego le pinta no menos complacido con la fama ya ganada (V, 654-671) que ávido de la por ganar. César cambia de estrategia inquieto por lo que la fama pueda pensar de él (IX, 1080); sitiado en Alejandría, le sirve de acicate el recuerdo de Esceva *perpetuae meritum iam nomina famae*. Dos veces Lucano enfrenta a César con las glorias del pasado; una, con motivo de su visita al sepulcro de Alejandro (X, 19 y sigs.): absorbido por su invectiva contra el macedonio, Lucano no permite a su personaje expresar su conocida admiración. En la otra, con motivo de su paso por Troya, le designa como *famae mirator* (IX, 961) y, en efecto, le presenta prendado de las glorias de la Antigüedad, aunque aquí no sea César, sino las ruinas mismas lo que ocupa el centro del relato. Ocasionalmente, los personajes episó-

dicos acreditan también su amor a la fama. Vulteyo, capitán de una nave cesariana vencida por los pompeyanos, exhorta a todos los suyos a darse muerte, pintándoles con morboso exhibicionismo el gran número de testigos que tendrá su glorioso fin y anhelando con desbocada exageración las más patéticas coyunturas para que redoble la fama de su muerte (IV, 490 y sigs.).

También ocupa gran lugar en la *Farsalia*, como era de suponer, el capítulo de la gloria literaria. La orgullosa seguridad de haber escrito una obra eterna se expresa a propósito de los agüeros que preceden la batalla de Farsalo (VII, 207 y sigs.):

> *Haec et apud seras gentes populosque nepotum*
> *siue sua tantum ueniet in saecula fama,*
> *siue aliquid magnis nostri quoque cura laboris*
> *nominibus prodesse potest cum bella legentur*
> *spesque metusque simul, perituraque uota mouebunt;*
> *attonitique omnes, ueluti uenientia fata*
> *non transmissa, legent; et adhuc tibi, Magne, fauebunt.*

El pensamiento de que a los poetas, como tales, compete asignar fama, se desprende de la caracterización de los bardos galos (I, 447-448):

> *Vos quoque, qui fortes animas, belloque peremptas,*
> *laudibus in longum uates demittitis aeuum...*

En la *Farsalia* alcanza su más bella y compleja expresión el contraste entre la gloria poética como lo único duradero y el resto de las obras del hombre y de la Naturaleza, contraste pindárico introducido por Horacio, adoptado y variado por Propercio, Ovidio y Séneca. Pues por una instructiva ironía Lucano, quien como poeta veraz se profesa desdeñador de las antiguas fábulas (IX, 359-360), escribe su más exquisita poesía, no lograda en parte alguna de su epopeya, gracias a la evocación de las antiguas fábulas que ennoblecen el desolado paisaje de lo que fué Troya (IX, 961 y sigs.). El verdadero tema de la digresión se insinúa al caracterizar en ella al odiado César como *famae mirator* y al designar su visita como una búsqueda de las *multum debentes uatibus umbras* (IX, 963). Pero no sólo los héroes de Troya deben a los poetas su fama y su existencia. El verso siguiente, *circuit exustae nomen memorabile Troiae*, contrapone densamente el memorable nombre —duradero— a la ciudad abrasada y des-

aparecida. Aun las ruinas han perecido, pero en esa soledad no hay árbol, piedra ni cauce seco sin nombre ilustre, sin la graciosa o conmovedora aureola que le ha otorgado Homero. Rara vez la poesía ha captado con más honda simpatía la nobleza de los lugares que han sido asiento de larga historia humana, el hechizo de las ruinas, la tristeza ante lo transitorio de todo lo humano y la exaltación ante lo perpetuo de las obras del espíritu. Pues, en efecto, del melancólico espectáculo de las ruinas apenas identificables, el poeta resurge afirmando con brío juvenil el don mágico de su arte, y asegurando —no ya en términos de poderío romano— la duración de su poema en un apóstrofe sólo afeado por la adulación a Nerón (IX, 980):

> *O sacer et magnus uatum labor! omnia fato*
> *eripis, et populis donas mortalibus aeuum.*
> *Inuidia sacrae, Caesar, ne tangere famae:*
> *nam si quid Latiis fas est promittere Musis,*
> *quantum Smyrnaei durabunt uatis honores,*
> *uenturi me teque legent: Pharsalia nostra*
> *uiuet, et a nullo tenebris damnabitur aeuo.*

Estacio

A pesar del notable éxito que le halagó en vida (según Juvenal, VII, 82 y sigs., *Tebaida*, XII, 812 y sigs.), Estacio no comparte con Horacio, Propercio, Ovidio y Lucano el arrogante sentimiento de gloria duradera. Sus equivalentes del *Exegi monumentum* están templados por una duda modesta (*Silvas*, II, 3, vs. 62-63) que sabe a Virgilio y que, cabalmente, logra su más sentida expresión en el famoso epílogo de la *Tebaida*, XII, 810 y sigs., el cual fijó para la *Divina Commedia* (Purgatorio, XXI) el papel de Estacio como satélite respetuoso de Virgilio:

> *Durabisne procul, dominoque legere superstes,*
> *o mihi bissenos multum uigilata per annos*
> *Thebai?...*
> *Viue, precor, nec tu diuinam Aeneida tempta,*
> *sed longe sequere et uestigia semper adora.*

Todavía al comienzo de su segunda epopeya, si bien el tono es más seguro, se percibe siempre cierta delicada reserva (*Aquileida*, 9 y sigs.), y quizá por este mismo sentimiento el poeta, a pesar de su popularidad, confía más en su fama póstuma, vencidas ya las nieblas de la envidia (*Tebaida*, XII, 812 y sigs.). En estos

versos la personificación de la envidia *(Liuor)* no sobrepasa a la de Propercio y Ovidio; pero no se trata en Estacio de un eco casual sino de una modalidad muy suya a la que debe buena parte del prestigio de que gozó en la Edad Media: su afición a la personificación alegórica.[20] A ella recurre también en otros varios pasajes en que promete disipar la oscuridad del pasado o fijar la gloria del futuro, esquivando así lo que esas promesas suelen tener de arrogancia personal *(Tebaida*, IV, 32 y sigs.; IX, 317 y sigs.). Tales promesas quedan también paliadas por evitar el aserto categórico y expresarse virgilianamente, ya con interrogación retórica *(Tebaida*, II, 629-630; III, 102-104), ya con modesto tono condicional *(Silvas*, V, 1, v. 10 y sigs.), contraponiendo la duración de la poesía a lo efímero de las demás artes. Véase *Tebaida*, X, 445 y sigs., al final de un episodio trazado a semejanza del de Niso y Euríalo, como francamente lo declara el autor:

> *Vos quoque sacrati, quamuis mea carmina surgant*
> *inferiori lyra, memores superabitis annos.*
> *Forsitan et comites non aspernabitur umbras*
> *Euryalus Phrygiique admittet gloria Nisi.*

Y con todo, no se desprende de los versos de Estacio repulsa o indiferencia hacia la fama, ni siquiera la duda acerca de su valor, nota singular de la *Eneida*. Al contrario; con toda claridad se advierte que el poeta juzga la fama como fin valioso en sí, móvil de toda suerte de nobles acciones, y así alaba en el epicedio de su padre *(Silvas*, V, 3, v. 134 y sigs.) lo precoz de su sensibilidad a ella. Demasiado modesto para alardear de su propia fama o de su poder de otorgarla, Estacio expresa, sin embargo, la valoración corriente en sus poemas, como un motivo épico que a él no le es dado variar. Vale por siniestra anomalía el que Polinices y Tideo luchen en los umbrales del rey de Argos *alacres odio nullaque cupidine laudis (Tebaida*, I, 425). Lo normal es, como Corebo y los suyos, posponer la vida para alargar la fama, conforme al precepto de Júpiter en la *Eneida (Tebaida*, I, 605 y sigs.), o marchar al combate con brío proporcional a la celebración poética esperada *(Tebaida*, VII, 288-289). Seducido por la gloria novel acude al sitio de Tebas el bisoño Partenopeo *(Te-*

[20] Por ejemplo, *Tebaida*, III, 125 y sigs., IV, 661 y sigs., VII, 40 y sigs., X, 780 y sigs., XI, 90 y sigs., 465 y sigs., XII, 481 y sigs., 642 y sigs. Ver C. S. Lewis, *The Allegory of Love*. Oxford, 1932, págs. 49-56.

baida, IV, 246-248); es tan notorio el móvil del joven guerrero que Diana lo menciona, compadecida de su muerte temprana (IX, 715 y sigs.):

> *haecne ultro properasti in proelia, saeue*
> *ac miserande puer? cruda heu festinaque uirtus*
> *suasit et hortatrix animosi gloria leti.*

Hasta el enemigo que se apresta a herirle le reconoce por ludibrio esa misma ambición (IX, 786-787), por otra parte no peculiar, pues se encuentra igualmente en los demás personajes. Cuando Anfiarao está por morir, Apolo, su patrono, atenúa el aviso de la muerte inminente impulsándole a ganar fama en lo que le resta de vida (VII, 772) y, en efecto, el augur rehace a los derrotados argivos merced a su visión profética y a su pregunta (X, 215-216):

> *Ecqui aderunt quos ingenti se attollere fama*
> *non pigeat, dum fata sinant?*

Entre las causas que pueden explicar el arrojo impío de Capaneo figura desde luego su temerario deseo de gloria (X, 834). Para dejar la mención casi trivial del estímulo de la gloria en los certámenes (VI, 653, 826-827, 834-835), hasta los padres, cuando lloran a sus hijos muertos, pesan la gloria adquirida. Como las palabras de la *Electra* de Sófocles, tal cálculo parece al lector moderno un traspié del poeta, pero sin duda no lo es: hartas pruebas hay de que el deseo de fama no era en la Antigüedad rareza de literatos; la reacción de Virgilio, que hoy parece la norma, fué en sus tiempos, y aun mucho después, enteramente nueva y excepcional. En la *Tebaida*, III, 160 y sigs., Ide al llorar a sus hijos, muertos en una infructuosa emboscada, lamenta que no les haya cabido la gloria del campo abierto:

> *sed nec bellorum in luce patenti*
> *conspicui fatis aeternaque gentibus ausi*
> *quaesistis miserae uulnus memorabile matri,*
> *sed mortem obscuram, numerosa ubi funera, passi,*
> *heu quantus furto cruor et sine laude iacetis!*

Gráficamente el poeta pone ante los ojos la aspirada gloria al describir el aplauso y los honores con que reciben los tebanos el cadáver de Meneceo (X, 783 y sigs.) y sus exequias (XII, 60

y sigs.), pues por darse muerte voluntaria, conforme a un oráculo, ha asegurado la victoria de Tebas. En el último pasaje vale la pena subrayar cómo se identifican en las palabras del doliente padre virtud y gloria, ya que en lugar de dar como fin de la acción de Meneceo el amor a la patria da lo que, por lo visto, juzga equivalente:

> *O nisi magnanimae nimius te laudis inisset*
> *ardor, Echionios mecum uenerande penatis*
> *atque ultra recture, puer...*

El autor consuela al poeta Corimbo, que cae en la batalla a que ha concurrido para celebrarla luego en su canto, señalándole que se ha convertido él mismo en gloriosa materia de verso (VIII, 551 y sigs.). El caso más paradójico es el de las mujeres de Argos, que se han propuesto dar sepultura a sus muertos, y a quienes Juno protege evitando que las descubran los argivos mismos que les prohibirían partir, con lo que se frustraría no su tentativa —dice el poeta sustituyendo aquí también la hazaña por la recompensa— sino la gloria de su tentativa (XII, 136). Cuando al fin llegan a Tebas, Argía que da con el cadáver insepulto de Polinices echa de menos los cuidados de sus parientes, y sobre todo los de la famosa Antígona (XII, 332): evidentemente la fama trae aparejada también sus obligaciones. Por último, ante la prohibición de Creonte, las mujeres imploran el socorro de Teseo. La *captatio beneuolentiae* de Evadne, que habla en nombre de las demás, consiste en inducir a Teseo a ayudarlas no por piedad, sino por la gloria que obtendrá al socorrerlas (XII, 546-547). Así, pues, por su fisonomía moral, se coloca Estacio más cerca de Virgilio que ningún otro romano en lo que concierne a la reacción ante la fama, pero en lo literario carece de la fuerza necesaria para desasirse de las pasiones y convenciones de su medio y de su oficio. Quizá valga por una no deliberada confesión el pasaje de la *Aquileida*, II, 380 y sigs., en que el héroe, invitado a hablar de sí mismo, responde con modestia aunque no sin complacencia.

Marcial

Marcial, en cambio, se presenta, desde este punto de vista, como un representante del mundo antiguo no menos típico que Horacio. No deja lugar a dudas sobre su pasión de fama, expresada profusamente y, dado el género que cultiva, en forma variada y directa. Quizá la más

franca y enérgica se encuentre en las líneas de prosa con que dedica a Domiciano el libro VII de sus epigramas: *Omnes quidem libelli mei, domine, quibus tu famam, id est, uitam dedisti...* El máximo cumplido que puede tributar a Silio Itálico es asegurar dos veces en una línea la inmortalidad del poeta y su obra (VII, 63): *Perpetui nunquam moritura uolumina Sili.* A diferencia de Estacio, Marcial goza y alardea de su popularidad: recuerda sin rodeos a sus paisanos de Bílbilis que él es "el honor, el renombre y la gloria" de la ciudad (X, 103); si el buen amigo Cesio cuida de dar a conocer el último libro de Marcial, el poeta paladea en esperanza la ruidosa difusión de sus versos (VII, 97). Más de una vez pinta complacido los vivos y varios afectos con que Roma devoraba sus epigramas (VI, 60). La atención de la capital del Imperio es a sus ojos la máxima distinción (X, 2), lograda a no bajo precio (V, 16); pero también es halagüeño título de gloria el ser leído por todo el Imperio (V, 13; VIII, 3). Otras veces señala los puntos remotos hasta los que se extiende su público (XI, 3), para inferir de su distancia la realidad de su mérito (VII, 88). Por otra parte, es característico de su alerta humorismo el zaherir la notoriedad que tan en serio le complace (X, 9), y contraponer ya con resignada bonhomía, ya con altivez su celebridad a su indigencia: varios epigramas de corte vivaz y realista, a la manera de Catulo, presentan al poeta dialogando con su lector sobre su ruinosa popularidad, o con un admirador sobre el deplorable estado de sus ropas (VI, 82), o lanzando contra el rico oscuro (V, 13) la orgullosa afirmación que se alinea tras el precedente de Horacio, *Odas*, II, 16, Propercio, III, 2 y Ovidio, *Amores*, I, 10, v. 59 y sigs.; II, 17, v. 27 y sig., *Arte de amar*, III, 403 y sigs.:

Sum, fateor, semperque fui, Callistrate, pauper,
sed non obscurus nec male notus eques,
sed toto legor orbe frequens et dicitur "Hic est,"[21]
quodque cinis paucis hoc mihi uita dedit.
At tua centenis incumbunt tecta columnis
et libertinas arca flagellat opes,

[21] Alusión al verso de Persio, I, 28: *At pulchrum est digito monstrari ac dicier "Hic est,"* a su vez versión irónica de la jactancia de Horacio, *Odas*, IV, 3, v. 22 *(Quod monstror digito praetereuntium)*, asociada a una anécdota de Demóstenes que recuerda Plinio el mozo, IX, 23, 4-5.

magnaque Niliacae seruit tibi gleba Syenes,
tondent et innumeros Gallica Parma greges.
Hoc ego tuque sumus. Sed quod sum non potes esse.
Tu quod es e populo quilibet esse potest.

Otras veces Marcial medita con cierta amargura en la alta gloria que podría alcanzar si se le hiciese menos penosa la vida: si el magnate solicitado le socorre, intentará labrar versos que venzan los siglos y arrebatar su nombre a las llamas funerarias (I, 107). La falta de patronazgo es culpable, para el poeta famélico, de la decadencia de la poesía (VIII, 55; cf. Juvenal, VII, 56 y sigs.):

Sint Maecenates, non deerunt, Flacce, Marones,

bien que al final del prolijo epigrama reconoce con una sonrisa de sensata mesura que, ni aun recibiendo los dones de Mecenas, llegaría él a ser un Virgilio. En el citado epigrama XI, 3, vuelve a echar de menos, con tono muy sincero, los beneficios de un Mecenas. Aparte la hacienda, también el amor —asimismo suministrado por un próvido Mecenas (cf. VIII, 55, v. 12 y sigs.)— es condición para la inspiración y, luego, para la fama en el epigrama VIII, 73:

da quod amem, si uictura carmina petis.

Tal concepto deriva sin duda de Propercio, I, 7, v. 9 y sigs., pues a este pasaje preciso se refiere en la enumeración de los obsequios de las Saturnales, al presentar un ejemplar del libro I de Propercio (XIV, 189):

Cynthia, facundi carmen iuuenale Properti
accepit famam, non minus ipse dedit.

Los envidiosos y maldicientes ocupan bastante lugar en sus epigramas; en uno de ellos (IX, 97), las notas de prosperidad que hacen estallar al envidioso son, en primer término, sus éxitos literarios:

Rumpitur inuidia quidam, carissime Iuli,
quod me Roma legit, rumpitur inuidia.
Rumpitur inuidia quod turba semper in omni
monstramur digito, rumpitur inuidia.

Marcial, aunque alardea de su popularidad, es muy sensible, como Horacio y Propercio, a la mezquindad de los contemporá-

neos que escatiman la fama a los poetas vivos para prodigarla a los muertos; él es quien da más completa elaboración a ese contraste (V, 10 y también X, 35). Uno de sus títulos de gloria es que, cabalmente, a él le ha sido deparada en vida la fama que a pocos llega después de muertos (I, 25 y V, 13). Horacianamente, Marcial tiene alta opinión de su originalidad como renovador y creador de un género lírico; varias composiciones suyas teorizan sobre las dificultades del epigrama, que críticos tradicionalistas o pomposos fingían desdeñar como ejercicio frívolo, y subrayan la popularidad de su innovación en contraste con los grandes géneros, admirados, pero no leídos (X, 4; epigrama sin número que da como inscripción para su retrato en el prólogo en prosa del libro IX y, sobre todo, IV, 49, que acaba en altercado entre el defensor de las epopeyas y tragedias mitológicas y el propio autor):

Illa tamen laudant omnes, mirantur, adorant.
Confiteor: laudant illa, sed ista legunt.

No por ufanarse tanto de la fama que le brindan sus contemporáneos, desecha Marcial la póstuma, antes bien expresa fielmente sus varios aspectos, puestos en circulación por Horacio en las letras latinas. No vacila, por ejemplo, en cuanto a la opinión de la posteridad (I, 61; X, 78), y afirma la duración de su obra poética, superior a la de cualquier artífice en los epigramas VIII, 3 y X, 2, muy semejantes entre sí y semejantes, además, a los dos ya citados de Séneca, según puede juzgarse por las últimas líneas de ambos:

Et cum rupta situ Messalae saxa iacebunt
altaque cum Licini marmora puluis erunt,
me tamen ora legent et secum plurimus hospes
ad patrias sedes carmina nostra feret.
. . . . . .
At chartis nec furta nocent et saecula prosunt,
solaque non norunt haec monumenta mori.

Como sus predecesores, Marcial confía en eternizar los personajes a quienes recuerda en sus versos; por ejemplo, epigrama VIII, 84, acerca del retrato pintado por encargo de Plinio el mozo; IX, 76, acerca del retrato de un joven muerto que hallará mayor retrato en sus páginas; V, 15, en que señala la benignidad de su musa:

Quintus nostrorum liber est, Auguste, iocorum,
et queritur laesus carmine nemo meo,
gaudet honorato sed multus nomine lector
cui uictura munere fama datur.

En dos epigramas sucesivos (VII, 44 y 45) promete fama a cierto Ovidio (quien se había desterrado voluntariamente para acompañar a Máximo Cesonio, desterrado por Nerón), evitando la presunción de un aserto categórico:

Si uictura meis mandantur nomina chartis
et fas est cineri me superesse meo,
audiet hoc praesens uenturaque turba...
.....
o mullis, Ouidi, tacende linguis.

Pero a diferencia del caso de Virgilio y Estacio, ello más parece deberse a un deseo de variedad de expresión que a un juicio modesto sobre su papel de dador de fama. En efecto: no sólo promete vida eterna en sus versos, a un amigo muerto (X, 26), sino, a la manera de Ovidio, presenta sus excusas por no haber mencionado a un amigo cuyo nombre era incompatible con la versificación (IV, 31), y da a entender hasta qué punto está seguro de la consagración que otorgan sus versos, al castigar a un enemigo no nombrándole (V, 60):

Certum est hanc tibi pernegare famam,
olim quam petis in meis libellis
qualiscumque legaris ut per orbem.
Nam te cur aliquis sciat fuisse?
Ignotus pereas miser, necesse est.

Plinio el mozo

Pocos hombres ha habido que abrigaran más vanidad que Plinio el mozo y, sobre todo, que más cándidamente exhibieran su pueril vanidad; el contento con que aprueba sus virtudes y el celo con que las pregona para beneficio de sus amigos y de la posteridad serían conmovedoramente hilarantes si no dejasen entrever a veces una personalidad bastante sórdida: no hay lector bien nacido que pueda digerir sus cacareadas limosnas a Marcial (III, 21) y a Quintiliano (VI, 32) y el tonillo de superioridad con que las consigna. En razón de tan morboso afán de gloria y publicidad —nada heroico, y sí muy típico de la pobreza y debilidad de carácter que,

pese a todo su prestigio, a sus discursos y a sus magistraturas, es más que evidente en su epistolario—, no puede Plinio pasar por representante medio de sus tiempos, aunque sí vale como el extremo de lo que sus tiempos podían tolerar. Para apurar el matiz cómico de su actitud, no deja Plinio de declarar, muy a lo estoico —y tan sinceramente como cuando adopta su insufrible aire de modestia—, que la gloria no debe perseguirse por sí misma y que hay que atender más a la conciencia que a la fama (I, 8, 14; III, 20, 9). Pero su tono general es muy otro: interminable sería transcribir todos los pasajes en que habla de los elogios, marcas de respeto y de popularidad que se le tributan. Basta entresacar algunas declaraciones típicas sobre el valor de la gloria, como la que escribe en la carta en que comunica la muerte de Marcial (III, 21, 6):

Tametsi quid homini potest dari maius quam gloria et laus et aeternitas?

Nada le preocupa tanto —confiesa en otra ocasión (V, 82)— como el amor y el ansia de perdurar, preocupación la más digna del hombre, a sus ojos. Acerca de Plinio el viejo, escribe con estudiado retruécano (VI, 15, 3):

Equidem beatos puto quibus deorum munere datum est aut facere scribenda aut scribere legenda, beatissimos uero quibus utrumque.

Pero la dicha completa es la del que saborea en vida las mieles del aplauso futuro (IX, 3), como fué deparado a Virgilio Rufo, de quien escribe con envidiosa admiración (II, 1, 1-2):

Triginta annis gloriae suae superuixit. Legit scripta de se carmina, legit historias et posteritati suae interfuit.

Contemplarse retratado en prosa y verso es la gloria del hombre de acción; la del hombre de letras consiste en la concurrencia, admiración, vocerío, profundo silencio del auditorio (II, 10, 7); pero a veces Plinio, en busca de razones para ennoblecer su pasión, apunta el valor ejemplar, no sólo honorífico, de la estatua levantada para celebrar a un joven guerrero (II, 7), o halla acicate para ganar fama en la contemplación de lo efímero de la vida humana encarnado en la anécdota del Jerjes herodoteo (III, 7, 13-15). Como tan amigo de gozar en vida del halago de la fama, no deja de repetir la condena contra la envidia que niega aplauso a los grandes hombres del presente (I, 16, 8-9). Su ta-

lento oratorio —sobre el que él, por lo menos, no abriga duda— le permite asumir el papel de dador de fama (IX, 9, 2-3) y, coincidiendo con Marcial, encarece la duración de su retrato, superior a la de pintores y escultores (III, 106). Pero a sus ojos es la historia el género panegírico por excelencia, y él se inclina a escribirla precisamente porque así la concibe (V, 8, 1):

> *mihi pulchrum in primis uidetur non pati occidere quibus aeternitas debeatur, aliorumque famam cum sua extendere.*

De hecho, sin embargo, parece que se contentó con ejercitar su ingenio en la elocuencia, la poesía (si, por las muestras, así puede llamarse) y las cartas, dejando prudentemente el cultivo de la historia a su amigo Tácito, por quien parece profesar admiración sincera, aunque no desinteresada (I, 20, 24; II, 1, 6; VI, 16, 1-3). Se aferra, en efecto, a su amistad para compartir su gloria segura (VII, 20) y, sobrepasando la desenvoltura de la carta de Cicerón a Lucceyo, pide muy sin ambages lugar en la historia que Tácito está componiendo para un *bon mot* suyo que reviste a sus ojos las proporciones de una hazaña.

Ausonio

Preciso es llegar al siglo IV, con Ausonio, para hallar una figura literaria de cierto relieve, conocida e influyente durante la Edad Media. El cambio es ahora muy grande. Aunque Ausonio sea más que nadie el hombre de letras profesional, nada reacio a hablar de sí mismo y de sus obras, carece por completo de la arrogante confianza en su fama póstuma y en el poder de su verso para conferir inmortalidad. Las menciones de la fama, muy exiguas comparadas con el volumen total de su obra, se concentran particularmente en la serie recordatoria titulada *Commemoratio professorum Burdigalensium*. Varias de estas poesías terminan apuntando la bien ganada fama del difunto profesor (I, verso último; II, 19 y sigs., 31-32). Pero aun en esta misma serie sorprende una valoración nueva de la gloria, ya veladamente ascética *(Coronis, 5: Viuentum inlecebra est laudatio)*, ya devota, para la cual la fama es etapa transitoria entre la vida terrenal y la eterna, que se iniciará en el Juicio final *(Poeta, 12)*:

> *Memoria uiuat nominum*
> *dum remeat illud, iudicis dono dei*
> *commune cum dis seculum.*

Ya parecería hallarse aquí en germen la concepción cristiana de Jorge Manrique, aunque la equívoca palabra que se le desliza *(commune cum dis seculum)* deja traslucir la vacilación entre paganismo y cristianismo característica del genio de Ausonio. Hasta en versos tan convencionales como los *Epitafios de los héroes de Troya*, traducidos del griego, se yuxtaponen ecos del mundo antiguo —la fama, al modo de Ennio, como un vivir póstumo entre los hombres— con modos de pensar probablemente cristianos (XI):

Gunea pontus habet, tumulus sine corpore nomen,
fama homines inter, caelum animus repetit...[22]

En su composición de mayor aliento, la dedicada al Mosela, asoma fugazmente la idea de que la fama depende del talento de los poetas más bien que de los méritos objetivos de las cosas (v. 374 y sigs.):

Quod si tibi, dia Mosella,
Smyrnae suum uatem uel Mantua clara dedisset,
cederet Iliacis Simois memoratus in oris
nec praeferre suos auderet Thybris honores.

No más que asomar, pues en rigor la divergencia de actitud es profunda. Al final del poema, Ausonio se nombra indicando su origen y residencia y refiriéndose a su obra, pero donde un poeta, de Horacio a Marcial, hubiese afirmado con seguro alarde la inmortalidad de su renombre y del renombre conferido por su verso, Ausonio revela una modestia nueva (443 y sigs.):

audax exigua fide concino. Fas mihi sacrum
perstrinxisse amnem tenui libamine Musae.
Nec laudem affecto, ueniam peto.

Sinceras o no, tales palabras son una nota desconocida en poesía, no desmentida en los últimos versos, que contienen una larga promesa de gloria para el río (474 y sigs.):

Si quis honos tenui uolet aspirare Camenae,
perdere si quis in his dignabitur otia Musis,
ibis in ora hominum laetoque fouebere cantu.
Te fontes uiuique lacus, te caerula noscent

[22] El original griego dice sencillamente sin aludir a la fama ni al retorno del alma al cielo: "Estás viendo el sepulcro de Guneo: el alma del muerto se fué al húmedo aire, y el mar posee su cuerpo."

flumina, te ueteres pagorum gloria luci;
te Druna, te sparsis incerta Druentia ripis
Alpinique colent fluuii, duplicemque per urbem
qui meat et dextrae Rhodanos dat nomina ripae;
te stagnis ego caerulis magnumque sonoris
amnibus, aequoreae te commendabo Garumnae.

Con exquisito artificio Ausonio, en contraste con el modo antiguo, disminuye su papel en la glorificación del río y, con intencionada vaguedad de expresión, hace que la glorificación no sea pura materia literaria: el poeta no recomienda su río a un lector o a un auditorio, sino a las fuentes, a los lagos, a los bosques sagrados y, sobre todo, a los ríos caudales y sonoros. De tal modo, la exaltación del Mosela rebasa el mezquino ámbito del gabinete de lectura, y se convierte en un como himno de la naturaleza, para el que apenas cuenta la individualidad del poeta o la fama de los hombres.

Claudiano

Semejante es la posición de Claudiano. Aunque no peca de modesto[23] y aunque el tema de la mayoría de sus composiciones hace inevitable la frecuente presencia de conceptos como gloria y renombre, falta la concentrada atención a la fama que la poesía latina registra de Horacio a Marcial. El poeta ya no se muestra lleno de orgullo y de preocupación por su gloria, sobre todo por su gloria póstuma, ni se siente responsable ante la posteridad de la fama de sus patronos. En lugar de la antigua arrogancia prefiere ostentar ahora su timidez, sus escrúpulos de no hallarse a la altura del asunto y del auditorio, como en el prefacio del *Panegírico de Manlio Teodoro*, 1 y sigs.:

Audebisne, precor, tantae subiecta cateruae,
inter tot proceres, nostra Thalia, loqui?...
Omnibus audimur terris mundique per aures
ibimus. Ah, nimius consulis urget amor!

A lo sumo el poeta reconoce objetivamente la gloria de los personajes que celebra sin sentirse creador de ella en su verso: por ejemplo, *Sobre el consulado de Probino y Olibrio*, 31 y sigs.; *Panegírico del cuarto consulado de Honorio*, 410; *La guerra gé-*

[23] Testigo el prefacio del *Panegírico del tercer consulado de Honorio Augusto*: *Me quoque Pieriis temptatum saepius antris / audet magna suo mittere Roma deo. / Iam dominas auris, iam regia tecta meremur / et chelys Augusto iudice nostra sonat.*

tica, II, y sigs.; *Los pios hermanos*, verso último. Más interesante es el comienzo del Panegírico pronunciado ante el cónsul Manlio Teodoro que comienza afirmando de modo altisonante que la virtud no depende de los bienes accidentales de fortuna, tales como popularidad, riqueza o gloria, y que, lejos de buscar honores, es perseguida por ellos. Así Claudiano, entusiasta de Roma, a la que consagra sus más fervientes versos (*Sobre el consulado de Estilicón*, III, 130 y sigs.), presenta una actitud negativa ante la gloria, muy en contradicción con las voces más importantes de la literatura romana.

Sidonio Apolinar

Sidonio Apolinar, todo orientado a la imitación de la literatura pagana (a pesar de ser cristiano y de que, con posteridad a sus obras conservadas, fué prelado ejemplar), apenas demuestra más pasión por la gloria que Ausonio y Claudiano. Su indiferencia resalta por ser los géneros que cultiva —la carta, el panegírico, la descripción encomiástica— de suyo propicios a la idea de la fama.

El haber tomado a Estacio y a Claudiano como modelos para la descripción y el panegírico podría explicar hasta cierto punto tal tibieza. Pero lo curioso es que en sus cartas, escritas, reunidas y artificiosamente aderezadas con miras al público (I, 1; IV, 10; VII, 8; VIII, 1; IX, 1), siguiendo las huellas de Plinio, a quien no cede en vanidad ni en afectada modestia (VII, 2; IX, 7 y 13 y, sobre todo, VIII, 16, donde se refiere a su alambicado estilo, principal mérito a ojos de su círculo, como a una prosa aldeana), las alusiones a la fama son escasas y poco expresivas. Lo que más abunda es el vanidoso consignar los cumplidos que recibe (IV, 10; VII, 2; VIII, 6, 10, 11 y 16; IX, 16 y 18) y, en un esfuerzo de amistad, los que reciben sus amigos (V, 1; VI, 12). Alguna vez, hablando más como patricio habituado a las altas magistraturas que como hombre de letras, juzga obligación de su casta dilatar un nombre ilustre (VIII, 7); otra, deja ver su deseo de alabanza póstuma (VIII, 16 fin) o su convicción de la inmortalidad de la fama (V, 8). El temor a la envidia de los coetáneos, la invitación a celebrar las glorias del presente, en que tanto insisten poetas y prosistas de Horacio a Tácito, halla un eco apagado (I, 1; III, 8; VIII, 1). La única declaración enfática del poder inmortalizador de sus escritos es la breve carta VIII, 5, comenzada, por lo demás, en tan convencional estilo poético

que trasluce sin posible equívoco su carácter de puro remedo literario. En suma: también en este aspecto se cumple la extraña característica de toda la obra de Sidonio Apolinar. Aunque venerador del arte pagano a punto de mostrarse reacio a todo influjo literario del cristianismo (el tópico rechazo de las Musas en XVI, 1 y sigs., es la excepción que confirma la regla), sin embargo, el estancamiento intelectual de su época le impide reflejar el espíritu de los dechados que nombra sin cesar y mantener la clara elegancia de sus formas.

San Jerónimo

No es uno de los menos curiosos contrastes de estos tiempos de desmoronamiento y transición el que no sean los últimos paganos sino los más ilustres autores latinocristianos quienes expresen la actitud romana tradicional acerca de la fama. San Jerónimo, que desde su ermita de Belén predica con el ejemplo el renunciamiento a los bienes del mundo, no renuncia a su formación literaria pagana —hecho de incalculables consecuencias para la cultura medieval— y, con ella, a su ambición de fama. Al consolar a una discípula favorita, Paula, por la muerte de su hija Blesila, concluye señalando la fama extensa y duradera que la muerta deberá a sus escritos (XXXIX, 7):

> *quocunque sermonis nostri monumenta peruenerint, illa cum meis opusculis peregrinabitur... Breuis uitae spatium aeterna memoria compensabit.*

A pedido del joven Nepociano, escribe sobre los deberes del clérigo (LII), y en el *Epitafio de Nepociano* (LX, 11) se refiere a ese escrito:

> *Feci ergo quod uoluit, et breui libello amicitias nostras aeternae memoriae consecraui.*

De igual modo, la larga carta en que narra la vida de Paula, exaltándola por su perfecto ascetismo, acaba con la horaciana declaración de que ha levantado a su memoria un monumento *quod nulla destruere possit uetustas.*

Juvenco

Si una inteligencia tan agresivamente vigilante como la de San Jerónimo no percibe la contradicción implícita en su actitud, es menos extraño que los poetas cristianos enlacen a sus nuevos temas las antiguas ambiciones. El español Juvenco, autor de la primera epopeya cristiana —trans-

posición poética del Evangelio según San Mateo—, le antepone un curiosísimo prefacio que comienza afirmando lo deleznable de la naturaleza, de las instituciones humanas y de Roma, imagen de lo duradero para los contemporáneos de Constantino como lo había sido para los de Augusto. Esta afirmación, así como la del incendio final del mundo, sirve de contraste a los hombres celebrados por largos siglos con ayuda de los poetas, los cuales, a su vez, perduran con fama "semejante a la eterna" (ed. J. Huemer, Viena, 1891, v. 6 y sigs.):

Sed tamen immumeros homines sublimia facta
et uirtutis honos in tempora longa frequentant,
adcumulant quorum famam laudesque poetae...
Nec minor ipsorum discurrit gloria uatum,
quae manet aeternae similis, dum saecla uolabunt.

Tal es el punto de arranque de Juvenco, sostenido con firme convicción. Si poemas fabulosos han merecido tan larga fama, no puede dudar de la recompensa de sus versos verídicos (21 y sigs.):

Nec metus ut mundi rapiant incendia secum
hoc opus; hoc etenim forsan me subtrahet igni,
tunc cum flammiuoma descendet nube coruscans
iudex, altithroni genitoris gloria, Christus.

Juvenco mantiene aquí el antiguo módulo de pensamiento y aun las imágenes mismas de Ovidio, *Amores*, I, 15, v. 41 y sigs.:

Ergo etiam cum me supremus adederit ignis,
uiuam parsque mei multa superstes erit.

Pero, como bien observó el P. Faustino Arévalo, los desvía en sentido cristiano: la obra poética es mérito para la vida eterna; el fuego al que sobrevive el orgulloso poeta no es el de la pira, sino el de la consumación de los siglos. Sabido es el extraordinario aprecio de que gozaron los *Evangelios* de Juvenco desde su aparición hasta el Renacimiento inclusive. A juzgar por la frecuencia con que se citan, glosan y adaptan precisamente estos versos del prefacio, difícilmente pudieron dejar de mantener y prestigiar la antigua idea de la fama y, en particular, la de la fama poética.

Prudencio

Pero es Prudencio, el más grande de los poetas latinocristianos, quien expresa con fogosa energía el antiguo ideal de fama terrena. La más somera lectura muestra de modo concluyente cómo coexistía en Prudencio, junto con su encendida devoción cristiana, el culto a Roma, a sus instituciones y tradiciones, exacerbado por dos circunstancias personales: su posición de provinciano —siempre más deslumbrado por la metrópoli que el nativo de ella—, y su posición polémica de cristiano. Pues uno de los argumentos esgrimidos por el paganismo contra su rival era acusarle de la evidente decadencia del Imperio, como consecuencia de la desecración de las antiguas deidades bajo cuyo amparo había prosperado Roma. Para el lector moderno, familiarizado ante todo con el aspecto ascético del cristianismo, la respuesta obvia es que el advenimiento del orden espiritual bien vale la ruina de un imperio temporal. Muy lejos de tal ascetismo, Prudencio arguye (*Contra Símaco*, II, 551 y sigs.) con vehemente elocuencia y deleznable lógica que Roma nunca estuvo más próspera (648 y sigs.), y que es menoscabar su gloria legítima atribuir cada uno de sus triunfos a la intercesión de una divinidad; es el Dios del cristianismo quien la ha hecho victoriosa a fin de que unificara las naciones diversas del orbe para someterlas a Cristo (583 y sigs.), interpretación que sin duda estaba en el aire ya que, con corte estoico, aparece también en boca de paganos.[24]

Consecuencia de su extrema atención a la prosperidad material del Imperio es que sea fiel custodio de su antiguo amor a la gloria. Prudencio, en efecto, desconoce casi por completo la gloria en el sentido judeocristiano de presencia o esplendor de Dios (por ejemplo, en *Éxodo*, 16, 10) y en el sentido cristiano de bienaventuranza (II Epístola de San Pablo a los corintios, 4, 17; I

[24] CLAUDIANO, pasaje citado del *Consulado de Estilicón*, III, 150 y sigs.: *Haec est in gremium uictos quae sola recepit / humanumque genus communi nomine fouit / matris, non dominae ritu, ciuesque uocauit... / Huius pacificis debemus moribus omnes... / quod cuncti gens una sumus.* RUTILIO NAMANCIANO, *Poema sobre su regreso*, 13 y sigs., a propósito del Senado, que admite extranjeros; 63 y sigs.: *Fecisti patriam diuersis gentibus unam / ...dumque offers uictis proprii consortia iuris, / urbem fecisti quod prius orbis erat.* Hay que aclarar que la misión igualitaria y unificadora de Roma, derivada, al fin, del cosmopolitismo estoico, no pasa en Prudencio de ser convicción puramente teórica. Un pasaje de su poema *Contra Símaco*, II, 816 y sigs., expresa con menos caridad su celo arrogante por la superioridad de Roma sobre las naciones "bárbaras": *Sed tantum distant Romana et barbara quantum / quadrupedes bipedi adiunctae, mutaeue loquenti, / quantum etiam qui rite Dei praecepta sequuntur / cultibus a stolidis et eorum erroribus absunt.*

Epístola de San Pedro, I, 11, pasajes todos en que los Setenta habían usado la palabra δόξα y la Vulgata, *gloria)*. El uso de *gloriosus* aplicado a un santo o a sus hechos (por ejemplo, *Peristephanon*, X, 65) no tiene en Prudencio la menor connotación de vida celestial o de efulgencia divina.[25]

Para él, *gloria* como *fama* y *laus* es renombre, alabanza que resuene por todos los siglos, y la concibe exactamente conforme a los modelos de la vida pública romana, civil y militar. Así, San Lorenzo *(Peristephanon*, III, 555, 556) luce en la corte celestial la corona cívica, o sea la más alta distinción militar, según Plinio, XVI, 4 y Aulio Gelio, V, 6, 11; el cuerpo de San Vicente, abandonado en los carrizales, se yergue como un trofeo glorioso que ni fiera ni ave osan tocar *(Peristephanon*, V, 397 y sigs.).[26] Cierto ingenuo deslumbramiento provinciano ante la augusta jerarquía del *cursus honorum* asoma en la comparación que se propone exaltar la gloria del martirio equiparándola a la de la magistratura romana *(Peristephanon*, X, 131-132):

Honos deinde stemmati accedit nouus
et splendor ingens ut magistratus uenit.

La madre cristiana se representa a la de los Macabeos, que asistió

25 La poesía latina medieval, aunque muy principalmente eclesiástica, perpetúa la concepción clásica de la gloria con este uso, nada místico, de *gloriosus* como epíteto decorativo que trasmite a las lenguas romances. Baste recordar el celebérrimo himno de Venancio Fortunato con sus metáforas, muy dentro de la tradición de Prudencio, tomadas de la práctica militar antigua: *Pange, lingua, gloriosi praelium certaminis / et super crucis tropaeo dic triumphum nobilem.* Las imitaciones mantienen el epíteto aunque lo apliquen a otros objetos: *Pange, lingua, gloriosi corporis mysterium* dice el himno de Santo Tomás de Aquino para Corpus Christi, y *Pange, lingua, gloriosi dogmatis mysterium*, el anónimo en honor de Santo Tomás de Aquino. El himno a la Virgen atribuído a Venancio Fortunato la invoca: *O gloriosa femina*; el anónimo *Missus sacer a supernis...* pone en boca del ángel la salutación: *Ave virgo gloriosa.* Cf. en francés la *Chanson de Roland*, vs. 123 y sig.: *Salvet seiez de Deu, / le Glorius que devuns aürer*, y también vs. 429, 2196, 2253. En provenzal la canción de Guiraut de Bornelh que empieza *Reis glorios, verais luns e clartatz, / Deus poderos*; la de Pons de Capduelh que llama a María *Gloriosa, en cui merces / es e vera virginitatz*, y el *Cathalogus dels apostolis de Roma* (ap. RAYNOUARD, *Lexique roman*, s. v.): *Tro que foro gloriosa ment martiriatz.* En italiano, Santa Catalina de Siena, *Lettere*, 166: *ottene glorioso martirio:* Petrarca, canción *Vergine bella che di sol vestita...: Vergin gloriosa.* Para el castellano baste recordar *Mio Cid*, 218: "Gloriosa Santa María" (y también vs. 221, 330, 3665) y, sobre todo, la predilección de Berceo y del *Libro de los tres reyes de Oriente* por el epíteto "la Gloriosa", para designar a la Virgen. Es claro que la asociación con la gloria de la vida eterna no dejó de producirse muchas veces, como en la *Chanson de Roland*, v. 2899: *en parëis, entre les glorius.*

26 Probablemente rondaba el pensamiento de Prudencio el voto fatídico de Mezencio *(Eneida*, X, 774-776) de hacer a su hijo Lauso trofeo de Eneas.

al martirio de sus siete hijos, como gloriosa con tantos triunfos como hijos había dado a luz *(Ibidem*, v. 778). En la *Psychomachia*, vs. 38-39, la Fe decora a los mártires con las flores y púrpura del triunfo pagano; no escasean las alusiones a los lauros y palmas triunfales incorporados de hecho al lenguaje figurado cristiano *(Peristephanon*, V, 537 y sigs.; XII, 5-6). Sólo tan entrañable identificación con el pasado romano explica que Prudencio no vacile en proyectar su muy terrena valoración de la fama en el mundo celestial. En la *Psychomachia*, 21 y sigs., la Fe, abrasada por el amor a la gloria, se lanza al combate sin acordarse de tomar armas:

> *Prima petit campum dubia sub sorte duelli*
> *pugnatura Fides, agresti turbida cultu,*
> *nuda humeros, intonsa comas, exerta lacertos.*
> *Namque repentinus laudis calor ad noua ferucns*
> *praelia, nec telis meminit nec tegmine cingi.*

No puede pensarse en más violento contraste con el espíritu de los Evangelios —"en el mundo estaba... y el mundo no le conoció": San Juan, I, 10— que el Cristo de Prudencio, cubierto de gloria o autor de gloriosas hazañas *(Apotheosis*, V, 672; *Cathemerinon*, IX, 1 y sigs.; 104-105):

> *Quid diuersa memorem facta inclyta Christi?*
> *Da, puer, plectrum, choreis ut canam fidelibus*
> *dulce carmen et melodum, gesta Christi insignia.*
> *Arduum tribunal alti uictor ascendit Patris,*
> *inclytam caelo reportans passionis gloriam.*[27]

[27] Pienso que el punto de partida de imagen tan chocante hoy es la vieja concepción del cristiano como soldado de una milicia espiritual (San Pablo, II Epístola a los corintios, 10, 4; I A los tesalonicenses, 5, 8; A los efesios, 6, 11, conforme a Isaías, 59, 17) la cual, lógicamente, recibió particular desarrollo concreto a raíz de las persecuciones; es, por ejemplo, la imagen predilecta de San Cipriano, repetida en su epistolario con infinidad de variantes: X, 1, 2 y sigs.; XII, 1, 2 y sigs.; XXVIII, 1, 2 y sigs.; XXXVII, 3, 1; XXXVIII, 1, 2; XLVI, 2, 1; LV, 4, 1; LVIII, 4, 2 y 9, 1 sobre el tema particular de la "loriga"; LIX, 16, 3; LX, 2, 1. Cf. el largo símil continuado en la *Carta LIV*, 1, 2, escrita a unos disidentes reconciliados con la Iglesia: *repetere eadem castra unde prodistis, unde ad gerendum praelium et aduersarium subigendum fortissimis uiribus prosilistis. Illuc enim erant de acie tropaea referenda unde ad aciem fuerant arma suscepta*, y en la *Carta LVIII*, 8, 1 el paralelo entre el certamen secular y el de los mártires. Precisamente la frecuente presentación de los mártires como gloriosos triunfadores pudo sugerir la del Cristo triunfador de Prudencio la cual, a su vez, parece haber presidido a la que ofrece Venancio Fortunato en sus dísticos sobre la Pascua, III, 9, v. 86: *belliger ad caelos ampla tropaea refers.*

Es que esta gloria terrena, concretamente visualizada en atuendo romano, es para Prudencio altamente apetecible por sí; como que, dejando atrás los escrúpulos de Cicerón y Séneca, no titubea en afirmar su desdén por la gloria no celebrada (*Hamartigenia*, 691 y sigs.):

> *Atqui nec bonus est nec conlaudabilis ille*
> *qui non sponte bonus: quoniam probitate coacta*
> *gloria nulla uenit, sordetque ingloria uirtus.*

El himno para el ayuno acaba elogiando la caridad mediante un contraste que destaca vívidamente cómo para Prudencio el ansia de gloria nunca podía ser excesiva (*Cathemerinon*, VII, 216 y sigs.):

> *Satis beatus quisque dextram porrigit*
> *laudis rapacem, prodigam pecuniae.*

La avidez de fama se colora con tinte moral al figurar en la enseñanza con que San Cipriano adoctrina su grey al martirio (*Peristephanon*, XIII, 74 y sigs.):

> *Non trepidare docens, nec cedere nec dolore uinci,*
> *laudis amore rapi, Christum sapere et fidem tueri.*[28]

[28] Aquí no parece haber exagerado Prudencio, ya que los escritos de San Cipriano corroboran su alta valoración de la gloria terrena. Pululan en sus cartas expresiones sobre los mártires como "gloriosa confesión", "gloriosa muerte", "gloriosa conciencia", "gloriosa marcha" (la del martirio), "gloriosa sangre de los mártires", "gloriosa voz", "gloriosa cárcel", "gloriosos confesores", "glorioso cuerpo", "gloriosos soldados de Cristo", "testimonios gloriosos", "glorioso martirio", "gloriosa iglesia", esto es, un uso de "glorioso" tal como el de Prudencio. Notable también es que coincida con éste —tan fuerte es todavía la presión de la Roma pagana— en no hallar colores distintos para pintar la gloria del mártir cristiano. Entre los muchísimos ejemplos que proporcionan sus cartas (VI, 3, 1 y 4, 1; X, 1, 1 y 2, 1; XIV, 2, 2; XXXVII, 3, 1; XXXIX, 2, 3; 3, 1 y 3, 2; LIV, 1, 1 y sig.; LX, 1, 1; LXVIII, 5, 1; LXXVI, 1, 1 y sigs. etc.), baste destacar algunas afirmaciones características, como la felicitación a unos fieles que no habían temido proclamar su credo (XIII, 1, 2 y sigs.): *non aliud in primis uox nostra complectitur quam ut laeto animo frequenter ac semper gloriam uestri nominis praedicemus... Hortamur ...ut... gloriam uestram forti ac perseueranti uirtute teneatis... Perseuerandum nobis est in arto et in angusto itinere laudis et gloriae.* La admiración de la muchedumbre aquilata la gloria ganada; acerca de cierto Aurelio, desterrado primero y luego atormentado en público, declara la *Carta XXXVIII*, 1, 2: *Parum fuerat sub oculis ante paucorum, quando extorris fiebat, congressum fuisse: meruit et in foro congredi clariore uirtute.* Acerca del regreso a Roma del obispo Lucio, conjetura (LXI, 4, 2). *ad hoc uos fortasse reuocauit* [Dios], *ne gloria esset occulta.* Otras veces subraya lo ejemplar de la fama que, por cierto, aumenta su valor (VI, 3, 1): *Beatas etiam feminas quae uobiscum sunt in eadem confessionis gloria constitutae, quae... non solum ipsae ad coronam proximae sunt, sed et ceteris quoque feminis exemplum de sua constantia praebuerunt.* Y subrayando más el enlace entre lo público y lo edificante de la gloria (XXXIX, 5, 1): *oportebat... gloriosos uultus in loco altiore*

La fama es la recompensa a que todos francamente aspiran, ya sean personajes históricos o alegóricos. Por ella *(ad spem potentis gloriae)* la piadosa obstetriz salvó a Moisés niño *(Cathemerinon*, XII, 151); por ella la Sobriedad anima repetidamente al combate a su virtuosa hueste *(Psychomachia*, v. 382 y sigs.):

Quae sit uestra tribus, quae gloria, quis Deus et rex
quis Dominus, meminisse decet...
Excitet egregias mentes celeberrima Dauid
gloria...

Los tormentos infligidos a los mártires y descritos con truculenta fruición son otros tantos preciosos medios de adquirir gloria *(Peristephanon*, IV, 85 y sigs.); explícitamente, en el himno a San Vicente, el patíbulo en que el santo sufre el suplicio lleva el nombre de *palaestram gloriae (Peristephanon*, V, 213), y los instrumentos de tortura reciben esta invocación final (v. 549 y sigs.):

Per te, per illum carcerem
honoris augmentum tui,
per uincla, flammas, ungulas,
per carceralem stipitem,
per fragmen illud testeum
quo parta creuit gloria...

A pesar de los milagrosos presentes enviados desde el cielo a los santos Emeterio y Celedonio, el verdugo no deja de herirles; así lo dispone una Providencia que atiende ante todo a no defraudar a los mártires de su gloria *(Peristephanon*, I, 91 y sigs.):

Vidit hoc conuentus adstans,
ipse uidet carnifex,
et manum repressit haerens
ac stupore oppalluit:
sed tamen peregit ictum
ne periret gloria.

Al ver cortar la lengua *(pars optima)* a su hijo, la madre cristiana clama satisfecha *(Peristephanon*, X, 767 y sigs.):

satis
iam parta nobis gloria est...

---

constitui, ubi ab omni circumstante conspecti incitamentum gloriae uidentibus praebeant. Cf. también LXI, 4, 2. . El contenido y vehemencia de tales afirmaciones no desentonarían en las páginas de Cicerón, con la sola diferencia de que San Cipriano no admite otro camino a la fama que el de la Iglesia.

Los santos mártires no esconden su cálculo de fama; así cotiza San Román la forzosa inversión de su vida *(Peristephanon,* X, 526 y sigs.):

> *lactura nilis mordet et dampnum leue*
> *si quo carendum est perdere extimescimus.*
> *Cur quod necesse est non uoluntas occupat,*
> *natura cur non uertit in rem gloriae?*
> *Legale dampnum deputemus praemiis.*

Amargamente se duele Prudencio de la perfidia de Diocleciano, quien destruyó las actas de los mártires, con el maligno propósito de privar a los santos de su legítima gloria *(Peristephanon,* I, 73 y sigs.):

> *O uetustatis silentis obsoleta obliuio!*
> *Inuidentur ista nobis, fama et ipsa extinguitur:*
> *chartulas blasphemus olim nam satelles abstulit*
> *ne tenacibus libellis erudita saecula*
> *ordinem, tempus modumque passionis proditum*
> *dulcibus linguis per aures posterorum spargerent.*

Y de igual modo, se consuela de la pérdida de algunos pormenores de la pasión de San Emeterio y San Celedonio, con la publicidad y larga fama de otros *(Peristephanon,* I, 82 y sigs.). Con la curiosa fascinación por el libro como símbolo místico —modalidad semítica que contrasta violentamente con la actitud romana que Prudencio gusta de asumir, y que tan fecunda habría de ser para el arte y el pensamiento medieval[29]—, cierra la larga leyenda del martirio de San Román *(Peristephanon,* X, 113 y sigs.) la visión del registro donde está anotada la fama eterna del santo, y que constituye frecuente lectura de Dios:

> *Hic in regestis est liber caelestibus,*
> *monumenta seruans laudis indelebilis,*
> *relegendus olim sempiterno iudici.*

Cuando exhorta a Honorio a abolir los juegos circenses, le pone ante los ojos la recompensa de codiciable gloria, exactamente como en la epístola ovidiana Paris intentaba ofuscar a Helena con promesa de fama poética *(Contra Símaco,* II, 1122-1123). Pero entre las muchas promesas de fama hay una en que Prudencio funde en su verso el recuerdo consciente de la tradición

[29] Ver pág. 153 y sigs.

antigua con la anticipación de nuevos modos de pensar. El pasaje pertenece al mismo poema *Contra Símaco*, II, 750 y sigs., en el cual, para exaltar el triunfo sobre Alarico, el poeta retoma el antiguo concepto de la gloria, más duradera que obra de pintura, escultura u orfebrería:

> *His ego pro meritis quae praemia digna rependam*
> *non habeo. Membra statuis effingere uile est:*
> *uirtutem nil uile decet: nam uile quod aetas*
> *eripit: aera cadunt aut fluuum defluit aurum,*
> *aut candor perit argenti, si defuit usus,*
> *et fuscata situ corrumpit uena colorem.*

Pero, si rechaza la inmortalidad de las bellas artes, la que Prudencio ofrece en cambio no es la poética, según hacían Horacio, Ovidio y Marcial, sino —fusión única que yo sepa, entre la antigua poesía y la nueva devoción— es la vida eterna en el más allá cristiano (v. 756 y sigs.):

> *Viua tibi, princeps, debetur gloria, uiuum*
> *uirtutis pretium, decus immortale secuto.*
> *Regnator mundi Christo sociabere in aeuum...*

Aun en este pasaje, con su singular alusión a la gloria como vida eterna en unión de Dios, el contraste entre los monumentos materiales y la gloria ultraterrena es de filiación estoica y aparece formulado con la máxima claridad en el fragmento de la *República*, conservado por Macrobio, II, 4, en que Cicerón introducía su brillante fábula del *Sueño de Escipión:* a tal punto el pensamiento de Prudencio, hasta el que se presenta con más intenso colorido cristiano, se sustenta en los modos de pensar de la Roma pagana.

III

ROMA: NEGACIÓN

Así, pues, a lo largo de toda la Antigüedad grecorromana alienta vivísima la pasión de la gloria y, desde Píndaro, el hombre de letras ve como provincia suya peculiar la gloria que ambiciona para sí o que otorga a otros mediante su obra. Los grandes cambios políticos y sociales de la edad helenística, directamente continuada por Roma, imprimen huella muy perceptible en este nexo de ideas. La decadencia de la ciudad y surgimiento de reinos o del Imperio trae aparejado el derrumbe de la ambición y la gloria política individual, y de ahí que, acentuando la tendencia visible desde Píndaro, los hombres se inclinen a considerar la gloria como gaje propio de la vida del espíritu, más bien que de la vida activa (recuérdese la insistencia de Séneca, *Epístola 21* a Lucilio). Hasta en la misma *Eneida*, la obra más homérica del autor más modesto de la literatura latina, Virgilio, contrariamente a Homero, deja oír su esperanza personal de inmortalidad.

Cicerón

A la vez, desde la edad helenística surgen voces ascéticas —estoicas sobre todo— que, al fin de cuentas, representan una moral de raíz semítica y no puramente helénica. El desprecio a la más cara y más alta pasión era, en efecto, un tema de la diatriba estoica al que Cicerón alude no pocas veces (así en el citado pasaje *De finibus*, III, 17, 57) y muy particularmente en las citadas palabras del *Pro Archia*, XI, 26:

> *Ipsi illi philosophi etiam illis libellis quos de contemnenda gloria scribunt...*[1]

Con versatilidad de artista, el mismo Cicerón, tan ávido de fama, comparte también sinceramente dos posiciones estoicas. Una es la que, con la arrogancia propia del Pórtico, pone el testimonio de la propia conciencia por encima de circunstancias externas tales como éxito, desgracia, opinión de los demás hombres. Este contraste es bastante frecuente en Cicerón, y nunca más lapida-

[1] Cf. *Disputationes Tusculanae*, I, 34. Eco de la difusión de esta prédica es su ocasional presencia en la obra de artistas tan prendados de la gloria como Horacio, *Sátiras*, I, 6, v. 23, II, 3, v. 179 y sigs., y Ovidio, *Fastos*, I, v. 303, por ejemplo.

riamente expresado que en carta íntima a Ático (XII, 28, 2): *mea mihi conscientia pluris est quam omnium sermo.* La otra posición es la que admite el testimonio de la conciencia como recompensa del sabio en vida, pero postula para después de su muerte una como apoteosis cósmica, conforme a la escatología estoica. Así la anuncia Escipión Emiliano en el libro IV de *La República:*

> *Sed quamquam sapientibus conscientia ipsa factorum egregiorum amplissimum uirtutis est praemium, tamen illa diuina uirtus non statuas plumbo inhaerentes nec triumphos arescentibus laureis, sed stabiliora quaedam et uiridiora praemiorum genera desiderat.*

Tal es la actitud que sirve de punto de arranque al bellísimo *Somnium Scipionis* donde, identificado con el ascetismo estoico, y tomando como medida el tiempo y el espacio sideral, Cicerón subrayó lo infinitamente estrecho y efímero de la gloria humana (6 y 7):

> *Tu enim quam celebritatem sermonis hominum aut quam expetendam gloriam consequi potes?... Ex his ipsis cultis notisque terris, num aut tuum aut cuiusquam nostrum nomen uel Caucasum hunc quem cernis transcendere potuit uel illum Gangen transnatare? quis in reliquis orientis aut obeuntis solis ultimis aut aquilonis aut austriue partibus tuum nomen audiet? quibus amputatis, cernis profecto quantis in angustiis uestra se gloria dilatare uelit. Ipsi autem qui de nobis loquuntur, quam diu loquentur?... Non modo aeternam sed ne diuturnam quidem gloriam assequi possumus... Igitur, alte spectare si uoles atque hanc sedem et aeternam domum contueri, neque te sermonibus uulgi dederis nec in praemiis humanis spem posueris rerum tuarum: suis te oportet illecebris ipsa uirtus trahat ad uerum decus.*

Pero como Cicerón opone muchas veces, principalmente en sus escritos forenses, lo breve de la vida mortal a lo duradero de la fama,[2] al señalar aquí que la preciada fama es transitoria comparada con la eternidad de la escatología estoica, viene a trazar en esquema la concepción de las tres vidas —la mortal, la de fama, apenas más duradera y valiosa, la celestial— que había de formular Jorge Manrique; sólo que, a diferencia de Manrique, el Cicerón ascético de este tratado desdeña la vida de fama.

[2] *Pro Archia*, 28 y sig., *Pro Rabirio perduellionis reo*, 30, *Pro Sestio*, 143, *Philippica XIV*, 32; cf. también Salustio, capítulos iniciales de la *Conjuración de Catilina* y de la *Guerra de Yugurta* y, sobre todo, la concentrada formulación de la *Eneida*, X, 468 y sigs.

Tito Livio

Otro autor latino que ostenta no sin altanería, expresada con eco epigramático de Salustio, su desdén a la fama es, por extraño contraste, el glorificador de la historia romana, Tito Livio, quien en algunos dramáticos pasajes opone el concepto vulgar de la gloria a su concepto aristocrático. Es el primero el que cuenta cómo los romanos ganan la batalla decisiva contra Veyos, bien que con pérdidas de calidad; el senado concede el triunfo al cónsul sobreviviente, pero éste lo rehusa, con el siguiente comentario del historiador (II, 47, 11): *Omni acto triumpho depositus triumphus clarior fuit: adeo spreta in tempore gloria interdum cumulatior rediit.* Terminante es la confesión de Fabio el Contemporizador (aquí, vocero evidente de Tito Livio) al aconsejar al cónsul patricio Lucio Paulo Emilio que continúe su estrategia (XXII, 39, 9):

> *Nec gloriandi tempus aduersus unum est, et ego contemnendo potius quam appetendo gloriam modum excesserim, sed ita res se habet: una ratio belli gerendi aduersus Hannibalem est qua ego gessi.*

Luego le previene que no deberá ceder a las instancias del otro cónsul, el plebeyo Publio Terencio Varrón (XXII, 39, 18-19):

> *Duobus ducibus* [a Aníbal y a Varrón] *unus resistas oportet. Resistes autem, si aduersus famam rumoresque hominum satis firmus steteris, si te neque collegae uana gloria neque tua falsa infamia mouerit. Veritatem laborare nimis saepe aiunt, exstingui nunquam; uanam gloriam qui spreuerit, ueram habebit.*

Y sentimientos análogos expresa en otro discurso del mismo personaje (XXVIII, 41, 6). Verdad es que no hay aquí rechazo de la gloria sino, en cierto modo, un cálculo refinado, pero así y todo, ese mismo cálculo subraya el divorcio entre la gloria verdadera y la nombradía vulgar.

Persio

Son los satíricos latinos quienes, no de pasada sino con pleno intento, meditan sobre la vanidad de la fama como voz del consenso de la muchedumbre ignorante. El menos valer de la fama no estriba para Persio —como para Cicerón— en que refleja la opinión de un auditorio siempre limitado y efímero, sino en que esa opinión es superficial e imperita, y en nada importante para la perfección interior del hombre. En versos vigorosos y amargos, desnudos de retórica, Persio fustiga el ansia de publicidad del artista *(Sátira I,* v. 26 y sig.):

En pallor seniumque! O mores usque adeone
scire tuum nihil est nisi te scire hoc sciat alter?

El poeta vanidoso responde como Horacio en su oda a Melpómene:

At pulchrum est digito monstrari ac dicier: "Hic est",

y, más sensible que Horacio a cualquier forma de renombre (*Sátiras*, I, 10, vs. 74-75), aprecia el dudoso honor de ser estudiado como clásico en las escuelas. El interlocutor traza una implacable caricatura de la gloria poética: de sobremesa, ante un círculo de convidados ahitos, un romano opulento recita afectadamente algún antiguo poema que llora amores mitológicos, y el aplauso consuela y vivifica las cenizas del autor (v. 30 y sigs.):

Ecce inter pocula quaerunt
Romulidae saturi quid dia poemata narrent.
Hic aliquis, cui circum umeros hyacinthina laena est,
rancidulum quiddam balba de nare locutus,
Phyllidas, Hypsipylas, uatum et plorabile si quid
eliquat ac tenero subplantat uerba palato.
Adsensere uiri: nunc non cinis ille poetae
felix? Non leuior cippus nunc imprimit ossa?
Laudant conuiuae: nunc non e manibus illis,
nunc non e tumulo fortunataque fauilla
nascentur uiolae?

La irrisión se acentúa porque aun en las palabras del poeta la codiciada gloria está designada caricaturescamente, no como la inmortalidad convencional que sobrevive a la piedra y al bronce, sino como el feliz destino de escapar a la polilla y de no envolver pescado o especias (v. 41 y sigs.; cf. Catulo, 95, vs. 7-8, y Horacio, *Epístolas*, II, 1, 269). Encarándose con el interlocutor, Persio expone su criterio estoico, que no admite la gloria como fin en sí mismo (v. 45 y sigs.):

Non ego cum scribo, si forte quid aptius exit
quando haec rara auis est, si quid tamen aptius exit,
laudari metuam, neque enim mihi cornea fibra est,
sed recti finemque extremumque esse recuso
"euge" tuum et "belle".

El tema vuelve a aflorar rápidamente en la *Sátira IV*. ¿Qué crédito debe darse a la opinión vulgar? La incisiva respuesta es (v. 52):

Tecum habita: noris quam sit tibi curta suppellex.

La crítica austera de Persio rechaza la gloria, fundada en la incertidumbre del juicio ajeno, pues su moral se inscribe toda bajo el precepto estoico (I, 7): *nec te quaesieueris extra.*

Juvenal

Con menos concisa hondura, pero con tumultuosa elocuencia y con ejemplificación histórica familiar, Juvenal condena implícitamente la ambición de fama en su *Sátira X*, sobre la vanidad de los deseos humanos. Su crítica apunta al apetito vulgar que no estima la virtud sino por su aplauso (X, 140 y sigs.):

tanto maior famae sitis est quam
uirtutis; quis enim uirtutem amplectitur ipsam
praemia si tollas?

Los daños de la ambición de fama se contraponen a su breve y risible recompensa (v. 143 y sigs.):

patriam tamen obruit olim
gloria paucorum et laudis titulique cupido
haesuri saxis cinerum custodibus, ad quae
discutienda ualent sterilis mala robora fici,[3]
quandoquidem data sunt ipsis quoque fata sepulchris.

Ejemplo de la vanidad de la gloria es la carrera de Aníbal, la de Jerjes, la de Alejandro. Juvenal contrasta sus esfuerzos y sus caídas, para concluir desdeñosamente (v. 159 y sigs.):

Exitus ergo quis est? o gloria! uincitur idem
nempe et in exilium praeceps fugit...
...i demens et saeuas curre per Alpes
ut pueris placeas et declamatio fias!
Vnus Pellaeo iuueni non sufficit orbis,
aestuat infelix angusto limine mundi...
Cum tamen a figulis munitam intrauerit urbem,
sarcophago contentus erit. Mors sola fatetur
quantula sint hominum corpuscula. Creditur olim
uelificatus Athos et quidquid Graecia mendax
audet in historia...
Ille tamen qualis rediit Salamine relicta?...
Sed qualis rediit? nempe una naue, cruentis

[3] El mismo concepto —un árbol inútil como el cabrahigo basta para hendir un monumento imponente— se halla en el epigrama X, 2 de su coetáneo Marcial, para destacar lo perecedero de la gloria no literaria y servir, por supuesto, de realce a la gloria duradera, conferida exclusivamente por los poetas.

fluctibus ac tarda per densa cadauera prora.
Has totiens optata exegit gloria poenas.

Aunque la condena de la gloria es enérgica y la posición ascética está eficazmente expresada como corolario de la historia del héroe (que, como se ha visto, producía en Ovidio efecto cabalmente opuesto), Juvenal, menos riguroso y puro que Persio, no parece criticar tanto esas vidas por lo descaminado de su conducta —por el buscarse fuera de sí mismas—,[4] como por lo desastrado de su fin: los últimos versos de las semblanzas de Aníbal y de Jerjes revelan que Juvenal condena la ambición de fama porque la considera un mal trueque, un lujo vano y demasiado costoso.

Macrobio

Reflexiones sobre la vanidad de la gloria no faltan en moralistas más tardíos del Imperio: el presuntuoso sofista Dión Crisóstomo le consagra dos ensayos; Plutarco la reprueba en muchos lugares de sus *Morales* (*Cómo deben los jóvenes leer poesía*, 13, 14; *Sobre el escuchar*, 7; *Preceptos sanitarios*, 22, 15 etc.), aunque alguna vez muestra también apreciación positiva de la gloria (por ejemplo, *Sobre el escuchar*, 13); uniformemente la rechazan Epicteto (Arriano), III, 24, 68 y 71, y Marco Aurelio, II, 11; II, 17; III, 10; IV, 3, 19, 33; V, 33; VI, 16, 18; VII, 6, 34; VIII, 21, 44; IX, 30; X, 34. Pero por ser el griego la lengua de estos tratados, su influjo no ha sido continuo en Occidente. Muy importantes, al contrario, por su resonancia medieval son dos obras, directamente conectadas ambas, en cuanto a su actitud ante la fama, con el *Somnium Scipionis*. La primera en orden de tiempo es el *Comentario al sueño de Escipión* de Macrobio. Como más interesado en escudriñar la doctrina recóndita que en meditar sobre lo claro, Macrobio sólo dedica dos párrafos a las reflexiones de Cicerón sobre la gloria. Es digno de nota que en uno de ellos formula, como cosa consabida, un distingo, nada corriente antes, entre la verdadera y la falsa recompensa de la virtud (II, 10, 2):

Virtutis fructum sapiens in conscientia ponit, minus perfectus in gloria, unde Scipio perfectionem cupiens infundere nepoti, auctor est ut contentus conscientiae praemio gloriam non requirat.

[4] Lupercio Leonardo de Argensola, soneto que empieza "Ni opinión, Carlos, ni esperanza fundo..." y acaba "¿Cuándo has visto volver con buen suceso / a quien se busca fuera de sí mismo? " Sin duda versión del citado hemistiquio de Persio: *nec te quaesiueris extra.*

En el otro párrafo (II, 12, 3-4), Macrobio acentúa, quizá más netamente que Cicerón mismo, la distancia entre la gloria terrena y la gloria verdadera que no es ahora *conscientiae praemium*, válido sólo en vida, sino en términos absolutos, la visión cósmica ultraterrena:

> *nec prius eum [Scipionem] terram patitur [Africanus] intueri quam caeli ac siderum naturam, motum ac modulamen agnoscat, et haec omnia sciat praemio cessura uirtutum. Ac postquam mens firmata Scipionis alacritate tantae promissionis erigitur, tum demum gloria, quae apud indoctos magnum uirtutis praemium creditur, contemni iubetur, dum ostenditur ex terrarum breuitate uel casibus arta locis, angusta temporibus.*

Boecio

La otra obra, cuya diatriba contra la gloria deriva también del *Somnium Scipionis*, es el tratado *De consolatione philosophiae* de Boecio. La Prosa VII del Libro II concentra en elegante imitación nada servil todos los argumentos del Africano. El comienzo parecería indicar que Boecio no ignoraba el *Comentario* de Macrobio:

> *Tum ego, "Scis, inquam, ipsa minimum nobis ambitionem mortalium rerum fuisse dominatam: sed materiam gerendis rebus optauimus, quo ne uirtus tacita consenesceret". Et illa [Philosophia]: "Atqui hoc unum est quod praestantes quidem natura mentes, sed nondum ad extremam manum uirtutum perfectione perductas adlicere possit, gloriae scilicet cupido et optimorum in rem publicam famam meritorum, quae quam sit exilis et totius uacua ponderis, sic considera."*

Sigue ahora, tras la huella de Cicerón, la consideración de la tierra, diminuta entre los demás cuerpos celestes, de lo exiguo de su región habitable, mermada por mares y lagos,[5] de la diversidad e incomunicación de las naciones, de la disparidad de opiniones y, aun ciñéndose a un solo pueblo, de lo brevísimo de su duración, por larga que sea, comparado con la infinitud del tiempo. A esta altura, Boecio añade a su imitación ciceroniana fiel hasta aquí, un comentario que sabe a la vez a Persio y a Macrobio:

[5] También Plinio el viejo, en su *Historia natural*, II, 68, al tratar de las partes habitadas del mundo, pasaba a señalar con ascético menosprecio: *Hae tot portiones terrae, immo uero, ut plures tradidere, mundi punctum (neque enim est aliud terra in universo), haec est materia gloriae nostrae, haec sedes.*

Vos autem, nisi ad populares auras inanesque rumores, recte facere nescitis, et relicta conscientiae uirtutisque praestantia de alienis praemia sermunculis postulatis.

El capítulo acaba con un nuevo argumento en forma de dilema igualmente excluyente para el valor de la fama póstuma:

Nam si, quod nostrae rationes credi uetant, toti moriuntur homines, nulla est omnino gloria, cum is cuius esse dicitur non extet omnino. Sin uero bene mens sibi conscia, terreno carcere resoluta, caelum libera petit, nonne omne terrenum negotium spernit, quae se caelo fruens terrenis gaudet exempta?

El Metro siguiente (paralelo poético de la Prosa previa, en el plan de la *Consolación)* comienza condensando los argumentos ciceronianos (vs. 1-12) y continúa desarrollando su dilema original, al que introduce con una nota de incalculable trascendencia, la interrogación retórica —de abolengo a la vez clásico y bíblico— dirigida a los grandes del pasado, con enumeración de nombres ilustres[6] (vs. 12-18):

Mors spernit altam gloriam,
inuoluit humile pariter et celsum caput,
aequatque summis infima.
Ubi nunc fidelis ossa Fabricii manent,
quid Brutus aut rigidus Cato?
Signat superstes fama tenuis pauculis
inane nomen litteris.

Otra vez vuelve a ocuparse por extenso de la gloria en el Libro siguiente, al reseñar los diversos bienes que los hombres se proponen equivocadamente como fin supremo y felicidad total, tales como riquezas, honores, poderío, renombre. Todos yerran, y el error consiste en separar estos fines: el verdadero fin será el que reúna como atributos todos estos fines parciales, o sea, será Dios. La parte más prolija del razonamiento es la consagrada a probar la insuficiencia de los fines señalados. Al examinar la gloria, Boecio insiste en su criterio favorito —el de Macrobio—, contrastando el juicio de la propia conciencia con la opinión incierta del vulgo, y agregando muy abreviadas las referencias a lo reducido y transitorio de la gloria humana (III, 6):

[6] Ver É. GILSON, *Les idées et les lettres*. París, 1932, pág. 10 y sigs.

Gloria uero quam fallax saepe, quam turpis est!... Plures enim magnum saepe nomen falsis uulgi opinionibus abstulerunt, quo quid turpius excogitari potest? Nam qui falso praedicantur, suis ipsi necesse est laudibus erubescant. Quae si etiam meritis conquisitae sint, quid tamen sapientis adiecerint conscientiae, qui bonum suum non populari rumore sed conscientiae ueritate metitur?

Como ejemplo de los inconvenientes a que se exponen los que siguen aquellos fines equivocados, Boecio recuerda brevemente los peligros de la fama (III, 8):

Gloriam petas? sed per aspera quaeque distractus securus esse desistis.

Boecio, el primer escolástico, lega a la Edad Media una refutación de la fama basada en el pensamiento antiguo (estoico, principalmente) y desarrollada en presentación racionalista en su prosa y en presentación intuitiva en sus versos. Pero si el primer escolástico, es también Boecio el último romano y, cuando no enfoca la gloria como centro de su severa crítica, se le desliza la antigua afirmación de su valor; así, en los ejemplos breves del Libro IV, 6 y 7, notable este último por repetir en imagen el concepto, caro a Ovidio, de que el valiente agradece los peligros sin los cuales no se extendería su gloria:

Nonnulli uenerandum saeculi nomen gloriosae pretio mortis emerunt. ...ita uir sapiens molesta ferre non debet quotiens in fortunae certamen adducitur, ut uirum fortem non decet indignari quotiens increpuit bellicus tumultus. Utrique enim, huic quidem gloriae propagandae, illi uero confirmandae sapientiae, difficultas ipsa materia est.

En suma: el pensamiento de la Antigüedad clásica, fijado en la literatura romana, transmite a la Edad Media su apreciación entusiástica de la fama, reflejada en unos pocos motivos en las obras de autores muy leídos e influyentes (Ovidio, Lucano, Estacio, Prudencio, por ejemplo).[7] Y, por otra parte, transmite también en algunas pocas obras de gran prestigio (el *Somnium Scipionis* con el comentario de Macrobio, las *Sátiras* de Persio y de Juvenal, la *Consolación* de Boecio) una apreciación negativa, muy semejante a la que profesa el cristianismo ascético.

[7] Omito a Virgilio, cuya actitud ante la fama, como se ha visto, es excepcional: muy moderada en cuanto a la fama como gloria, y muy original en cuanto a la fama como honor; y a Horacio, no popular, y menos como lírico, en la Edad Media.

EDAD MEDIA

I

GENERALIDADES

a) La clerecía

Si en la Antigüedad, desde la época helenística, la monarquía paraliza la vida pública y contribuye así activamente a situar la esfera de la fama en la vida del espíritu —y sobre todo en la artística—, no en la de la acción, la relación queda invertida en la Edad Media. Pues en ésta el poder centralizado, efectivo y prestigioso, es la Iglesia, y su dominio es en esencia espiritual. Por enconada que haya sido su codicia de señorío temporal, por importante que resulte para la historia social su organización jerárquica y para la económica sus diezmos y primicias, su papel de colonizadora o de agente bancario, infinitamente más importante es su hegemonía intelectual, celosamente defendida, y que sólo muy despacio comienza a perder terreno ante la pujanza nacionalista del siglo XII. Ahora bien: por su raíz judaica, la Iglesia está muy lejos de compartir el fervor individualista de la Antigüedad grecorromana. El ascetismo (que no constituye de modo total o uniforme su actitud ante la vida, pero que es uno de sus más peculiares e importantes elementos) rechaza en principio el ansia de gloria individual terrena, la pasión de *uolitare uiuos per ora uirum*. Entre los muchísimos ejemplos que pudieran aducirse baste recordar el Salmo 115, 1:

> No a nosotros, oh Jehová; no a nosotros sino a tu nombre da gloria,[1]

o las palabras de Jeremías, IX, 23-24:

> Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría,[2] ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia y juicio y justicia en la tierra.

[1] En la versión de los Setenta, 113, 9, así como en los pasajes del Nuevo Testamento aducidos más abajo la palabra empleada es siempre δόξα.

[2] Cf. Eclesiastés, II, 8: "Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria para siempre; pues en los días venideros ya todo será olvidado y muere el sabio como el necio." Vale la pena recordar que al comentar este versículo en sus obras latinas, el alma renacentista de fray Luis de León se rebela ante tal extremo de ascetismo y altera el texto para hallar en él la deseada glorificación de la sabiduría: "con las

Y esa misma actitud está enérgicamente confirmada en el Nuevo Testamento; los príncipes, intimidados por los fariseos, no confiesan su fe en Jesús (San Juan, XII, 43)

> porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

Herodes Agripa, que acepta la adulación impía del pueblo, muere repentinamente (Hechos de los apóstoles, XII, 23) "por cuanto no dió la gloria a Dios". San Pablo alude dos veces a las citadas palabras de Jeremías (I Epístola a los corintios, I, 31 y II Epístola a los corintios, X, 17) y por dos veces contrapone la gloria entre los hombres a la aprobación de Dios (I Epístola a los tesalonicenses, II, 4 y 6), bien que en la Epístola a los romanos, II, 7 y 10, admite la gloria y honra como directivas de la vida virtuosa.

San Agustín

No escapa a la perspicacia de San Agustín la importancia de la idea de la fama en el mundo pagano y su atractivo, y por eso la debate muy prolijamente en *La ciudad de Dios*, V, capítulos 12 a 20, meditando y volviendo a meditar sobre algunos testimonios antiguos tomados como representativos (criterio que explica la omisión de los testimonios de tipo ascético como el *Somnium Scipionis* y las sátiras de Persio y Juvenal), repitiendo objeciones y conclusiones y fijando la actitud cristiana ortodoxa. Parte San Agustín (capítulo 12) de las consideraciones que halla en *La conjuración de Catilina* de Salustio, 6 y 7, según las cuales el deseo de gloria impulsó a los romanos a asegurar la libertad y señorío de la ciudad. Entre los hombres —prosigue— Salustio elogia particularmente a César y a Catón. El mérito alabado en César es su afán de dominio y guerra que le permitía lucir su esfuerzo, aunque tanto en la conducta de César como en otros imperialismos (ejemplificados con varios pasajes de la *Eneida)* ello redundara en la desgracia de los pueblos sometidos. En fin, al trazar su retrato de la antigua Roma *(Ibidem,* 11), Salustio da por sentado que la gloria es el blanco de la virtud. Pero —arguye San Agustín— Salustio mismo ha escrito en el elogio de Catón *quo minus pete-*

---

cuales palabras no afirma, como algunos creen ligeramente, que la memoria de uno y otro no ha de permanecer... La negación debe repetirse: 'Y *no* muere, como yo mismo creía falsamente, el sabio como el necio.'" *Ap.* A. F. G. Bell, *Luis de León,* Barcelona, 1928, pág. 236, nota 25.

bat gloriam, eo illum magis sequebatur, y este elogio es más acertado, porque conforme a San Pablo (II Epístola a los corintios I, 12, y Epístola a los gálatas, VI, 4) "nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia." La celebridad, pues, no es un fin en sí que pueda anteponerse a la virtud. Más aún, aclara el capítulo 13: verdad es que el amor de la gloria puede apartar de vicios graves, como sucedió en la antigua Roma, pero en sí es también vicio, y los mismos paganos así lo reconocieron: testigo Horacio (*Epístolas*, I, 36-37), que como tal lo enumera entre la avaricia y la envidia. Nuevos textos en pro y en contra (Cicerón, *De re publica*, V, 7, 9; *Tusculanae disputationes*, I, 2, 4, y el Evangelio según San Juan, V, 44, y XII, 43) apoyan esta conclusión. Ejemplos de verdadera gloria, explica el capítulo 14, no son los héroes de la historia romana, sino los apóstoles y los mártires, quienes no consideraron como meta la gloria que adquirían entre sus correligionarios, sino remitían a Dios todos sus merecimientos. En el capítulo siguiente, toma San Agustín como texto las palabras irónicas del Sermón de la Montaña (San Mateo, VI, 2) sobre los hipócritas que dan limosna en público para ser estimados de los hombres: *perceperunt mercedem suam*. Pues, en efecto, conforme a la justicia de Dios, los romanos que practicaron la virtud por un fin terreno —el engrandecimiento de su ciudad— recogieron una recompensa terrena: dominio, honores, larga fama literaria. Tal recompensa no puede parangonarse con la admisión en la Ciudad Eterna, destinada a la verdadera virtud, pero no ha sido inútil, no sólo para hacer justicia a la relativa virtud de los romanos sino, principalmente, como ejemplo edificante para los cristianos (capítulo 16):

> *ut ciues aeternae illius ciuitatis, quamdiu hic peregrinantur, diligenter et sobrie illa intueantur exempla et uideant quanta dilectio debeatur supernae patriae propter uitam aeternam, si tantum a suis ciuibus terrena dilecta est propter hominum gloriam.*

En los dos capítulos siguientes, San Agustín insiste (reelaborando estos mismos argumentos y pasando revista al repertorio anecdótico) en el valor ejemplar *a fortiori* de la gloria alcanzada por los romanos. Luego (capítulo 19) pasa a formular su conclusión general: el hombre de virtud cabal no necesita del aliciente de la gloria y desdeña el juicio de los que le alaban aunque, cuidadoso de salvarles, les induce a alabar al Único que lo merece:

in laudatoribus autem suis, quamuis paruipendat quod eum laudant. non tamen paruipendit quod amant, nec eos uult fallere laudantes ne decipiat diligentes; ideoque instat ardenter ut potius ille laudetur a quo habet homo quidquid in eo iure laudatur.

Por último, utilizando una imagen empleada por los antiguos en la polémica contra los epicúreos (Cicerón, *De finibus*, II, 21, 69), concluye que es tan vergonzoso subordinar la virtud a la fama como al placer y, avanzando más allá de la posición estoica y más allá de las palabras de San Pablo que él mismo cita, niega también que la gloria esté en el testimonio de la propia conciencia que, al fin de cuentas, es testimonio humano y falible (capítulo 20):

Nec illi se ab ista foeditate defenderint qui, cum aliena spernant iudicia uelut gloriae contemptores, sibi sapientes uidentur et sibi placent. Nam eorum uirtus, si tamen ulla est, alio modo quodam humanae subditur laudi; neque enim ipse qui sibi placet, homo non est.

Bien entendida, la verdadera gloria es la referencia última a Dios. Como se ve, San Agustín ha dejado muy atrás el desdén estoico de la fama, expresado desde Cicerón hasta Boecio y basado, como todo el ascetismo estoico, en una amarga renuncia determinada por lo mezquino y efímero de la gloria, por cualidades negativas de las cosas antes que por una actitud valiosa del hombre.

Santo Tomás de Aquino

El planteo positivo de San Agustín, en consonancia con los principios del cristianismo, fué la actitud formal de la Iglesia, refrendada por Santo Tomás y por ello, a pesar del salto cronológico, conviene recordar juntas las dos formulaciones. Ante todo, Santo Tomás, muy alejado de la Antigüedad, no alude siquiera —a diferencia de San Agustín[3]— a la fama póstuma que, con su sustitución de inmortalidad, seducía al artista grecorromano, y se ocupa en términos generales en la *inanis gloria*, o sea, la vanidad, la sed de honores, cuyo fin es la *manifestatio propriae excellentiae*. Más desapasionado que San Agustín y otros Padres de la Iglesia (San Juan Crisóstomo, San Gregorio Magno), no condena redonda-

[3] Cf. *La ciudad de Dios*, V, 14: *Sed cum illi essent in ciuitate terrena..., non in uita aeterna, sed in decessione morientium et successione morituorum, quid aliud amarent quam gloriam, qua uolebant etiam post mortem tamquam uiuere in ore laudantium?*

mente el sentimiento de la fama y admite que, sin ser un bien en sí, puede serlo accidentalmente (*Summa theologica*, *Secunda secundae*, *quaestio CXXXII*, art. I):

> *etiam homo laudabiliter potest ad aliorum utilitatem gloriam suam appetere, secundum illud Matthaei, V, 16: "Videant opera uestra bona et glorificent Patrem uestrum qui in caelis est..." Prouocantur etiam aliqui ad uirtutum opera ex appetitu gloriae humanae, sicut etiam ex appetitu aliorum terrenorum bonorum.*

Pero inmediatamente viene la necesaria aclaración:

> *Non tamen est uere uirtuosus qui propter humanam gloriam opera uirtutis operatur.*

Sin ser pecado mortal, es el amor a la gloria pecado peligroso, pues predispone al hombre a olvidar el verdadero fin de sus buenas acciones (*Ibidem*, art. III):

> *opus uirtuosum amittit uim merendi uitam aeternam si propter inanem gloriam fiat, etiam si illa inanis gloria non sit peccatum mortale... Dicendum quod inanis gloria dicitur esse periculosum peccatum: non tantum propter grauitatem sui, sed etiam propter hoc quod est dispositio ad grauia peccata.*

Como tal, Santo Tomás, siguiendo las *Morales* de San Gregorio Magno (XXXI, 45), califica la *inanis gloria* de vicio capital, vástago inmediato de la soberbia y causa o agravante de otros muchos vicios (art. IV). Éste es, en suma, el dictamen oficial de la Iglesia y, si se tiene en cuenta que no equivale a una opinión libresca más o menos difundida (como las reflexiones del *Somnium Scipionis*, de Persio, Marco Aurelio y Boecio), antes bien constituye la opinión intelectual, por excelencia, en la Europa medieval, forzoso es admitir que no yerra la idea vulgar de la Edad Media como clima poco propicio para el vuelo de la fama, comparada con la Antigüedad y con el Renacimiento.

Sulpicio Severo y Salviano

Explícitamente el repudio de la gloria literaria aparece asociado con la profesión de ignorancia, tan frecuente como convencional en los Padres de la Iglesia. Sulpicio Severo demuestra en la excepcional elegancia de su prosa y en sus melindres de modestia, que evocan los de Plinio el mozo, su familiaridad con la enseñanza retórica. Sin embargo, en su obra más conocida, la *Vida de San Martín*, redactada en los últimos años del siglo IV,

se finge persuadido de la imperfección formal de su escrito, que sólo da a luz a ruego de un amigo, pidiéndole suprima su nombre, y hace gala de despreciar todo primor de estilo por indigno de la austeridad cristiana (Carta dedicatoria, I, 3 y sigs.):

> *a lectoribus postulabis ut res potius quam uerba perpendant, et aequo animo ferant si aures eorum uitiosus forsitan sermo perculerit, quia regnum Dei non in eloquentia sed in fide constat. Meminerint etiam, salutem saeculo non ab oratoribus, cum utique si utile fuisset, id quoque Dominus praestare potuisset, sed a piscatoribus praedicatam esse. Ego enim, cum primum animum ad scribendum appuli, quia nefas putarem tanti uiri latere uirtutes, apud me ipse decidi ut soloecismis non erubescerem...*

En el párrafo siguiente, con el que comienza la biografía misma, Sulpicio Severo niega uno a uno todos los rasgos propios del afán pagano de gloria literaria. Vanidad es querer inmortalizarse por sus escritos, como pretendían los gentiles; vanidad alabar a hombres célebres que no pueden edificar con su ejemplo; vanidad perseguir la fama duradera más bien que la vida eterna:

> *Plerique mortales studio et gloriae saeculari inaniter dediti exinde perennem, ut putabant, memoriam nominis sui quaesierunt, si uitas clarorum uirorum stilo inlustrassent... Sed tamen nihil ad beatam illam aeternamque uitam haec eorum cura pertinuit. Quid enim aut ipsis occasura cum saeculo scriptorum suorum gloria profuit? aut quid posteritas emolumenti tulit legendo Hectorem pugnantem aut Socraten philosophantem? Cum eos non solum imitari stultitia sit, sed non acerrime etiam impugnare dementia: quippe qui humanam uitam praesentibus tantum actibus aestimantes spes suas fabulis, animas sepulcris dederint: siquidem ad solam hominum memoriam se perpetuandos crediderunt, cum hominis officium sit, perennem potius uitam quam perennem memoriam quaerere, non scribendo aut pugnando uel philosophando, sed pie sancte religioseque uiuendo.*

Por su parte, declara Sulpicio Severo no hacer cuenta de la recordación de los hombres sino de la recompensa divina al trazar la vida de San Martín, desdeñoso él mismo, según su biógrafo, de la gloria terrena (I, 8, y III, 5).

En forma bastante semejante procede Salviano en el prefacio de su tratado *De gubernatione Dei*, escrito a mediados del siglo v. Con toda ostentación afirma tener puesta la mira en el provecho de sus lectores y no en la gloria que pueda seguírsele de su estilo. Lo convencional de estas declaraciones salta a la vista por

hallarse expresadas con artificio retórico mucho más basto que el de Sulpicio Severo (3):

> *Nos autem, qui rerum magis quam uerborum amatores, utilia potius quam plausibilia sectamur, neque id quaerimus ut in nobis inania saeculorum ornamenta sed ut salubria rerum emolumenta laudentur, in scriptiunculis nostris non lenocinia esse uolumus sed remedia, quae scilicet non tam otiosorum auribus placeant quam aegrotorum mentibus prosint...*

Con ese alarde de sencillez apostólica, desmentido en sus propias palabras, corre parejas el afear a los escritores la vanidad de anteponer las gracias externas a los asuntos mismos, por importarles más la propia fama que el general provecho (2):

> *Omnes enim in scriptis suis causas tantum egerunt suas et propriis magis laudibus quam aliorum utilitatibus consulentes, non id facere adnisi sunt, ut salubres atque salutiferi sed ut scholastici ac diserti haberentur. Itaque scripta eorum aut uanitate sunt tumida aut falsitate infamia aut uerborum foeditatibus sordida aut rerum obscenitate uitiosa, ut uere cum ingeniorum tantum laudem aucupantes tam indignis rebus curam impenderent, non tam inlustrasse mihi ipsa ingenia quam damnasse uideantur.*

El moralista y el poeta ya no miden, pues, con la antigua ufanía cuánto más duradero es el renombre literario que las obras de los arquitectos y escultores; adoptando como medida la eternidad, la fama apenas resulta menos efímera que la vida humana. Virgilio, Horacio, Ovidio daban como término de la duración de su renombre la duración del Imperio romano, pero los autores que habían presenciado u oído su derrumbe no podían concebir argumento más eficaz para subrayar lo transitorio del hombre y sus obras.[4]

Vie de Saint Alexis

Uno de los primeros textos romances de insigne belleza, *La Vie de Saint Alexis* (mediados del siglo XI) es representante extremo de esta huída del mundo y de sus valores, llevada en la leyenda hasta cierta exquisita perversidad. La noche de sus bodas el santo advierte a su desposada (v. 69): *La vide est fraiele, n'i at durable onour.* Pues ése es su último desgarramiento: no es que le importe la honra mundana; es que lamenta su brevedad, recono-

[4] Véase la reacción de San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio ante la decadencia de Roma en G. G. COULTON, *Medieval Panorama*. Cambridge, 1947, pág. 9 y sigs.

ciendo implícitamente su precio, lo que hace más grandiosa la rotunda renuncia. Con igual refinamiento se declara luego que San Alejo sirve a Dios diecisiete años en *Alsis la citet* y que no quiere volver a su ciudad natal ni por las más altas tentaciones caballerescas: amistad, amor y honor (v. 163 y sigs.). Maravilloso ejemplo, pues, es que el santo muestre tan esquivo horror a los preciados honores y que, precisamente, abandone su ciudad de refugio y vuelva a Roma cuando los ciudadanos de Alsis, guiados por voz sobrenatural, honran su santidad (v. 184 y sigs.):

Trestuit l'onourent, li grant e li petit,
e tuit li prient que d'els aiet mercit.
Quant il ço veit quel vuelent onorer:
"Certes," dist il "ni'i ai mais ad ester;
d'iceste onour nem revueil encombrer."
En mie nuit s'en fuit de la citet.

Pero el temor de sucumbir a la honra mundana no cesa con la huída; en Roma teme que sus padres le reconozcan y le restituyan a su posición (v. 199 y sig.); mendigo en la casa de sus padres, se complace en infligir a su orgullo de barón medieval indecible infamia que el poeta clérigo subraya con comentario edificante (v. 250): *Plus aimet Deu que trestot son lignage.* Es sobre todo la bellísima queja del padre, cuando después de muerto el santo, descubre su identidad, lo que más eficazmente realza el sacrificio de San Alejo. Porque el padre, asido a su ideal mundano, ve amargamente cómo pudo ser la vida "normal" del hijo muerto (v. 401 y sigs.):

O filz, cui ierent mes granz ereditez,
mes larges terres dont jo aveie assez,
mi grant palais en Rome la citet?
Empor tei, filz, m'en esteie penez:
puis mon deces en fusses onorez...
Tei covenist helme e bronie a porter,
espede a ceindre come tui altre per;
ta grant maisniede deusses governer,
le gonfanon l'emperedour porter,
com fist tes pedre e li tons parentez.

Sólo en la peroración final asoma el codiciable término por el cual San Alejo trueca sin vacilar las honras del mundo y preeminencias de su alto linaje: la gloria de que se harta ahora el

alma del santo es bienaventuranza celeste, visión de Dios (v. 613 y sigs.). Y al convidar a los oyentes a ella, el poeta, de tan austera dicción, le aplica el adjetivo clave de la conducta del santo (v. 624): *la plus durable glorie*, por la que es mero cálculo razonable abandonar la gloria efímera del siglo.

Teatro medieval

Ya en las postrimerías de la Edad Media, cuando en casi todos los géneros literarios se hace sentir la seducción del Renacimiento humanístico, el teatro, directamente inspirado por la Iglesia, mantiene todavía un riguroso ascetismo. En la tragedia griega las heroínas que se ofrecen en sacrificio —Antígona, Alcestis, Evadna, Ifigenía, Macaria— mueren lisonjeadas por la gloria, prometiéndose u oyéndose prometer inextinguible aplauso. Pero en el *Mystère de la Passion* de Jean Michel de Angers, Jesús, con horror de la Virgen, se complace adustamente en cada deshonrosa coyuntura que sella el cumplimiento del plan divino expuesto en las Escrituras:

Notre Dame. *Au moins veuilliés, de vostre grace*
Mourir de mort breve et legiere.
Jésus. *Je mourray de mort tres amere.*
Notre Dame. *Non pas fort villaine et honteuse.*
Jésus. *Mais très fort ignominieuse.*
Notre Dame. *Doncques bien loing s'il est permis.*
Jésus. *Au millieu de tous mes amis.*
Notre Dame. *Soit doncques de nuyt, je vous pry.*
Jésus. *Mais en plaine heure du midy.*
Notre Dame. *Mourés donc comme les barons.*
Jésus. *Je mourrai entre deux larrons.*
Notre Dame. *Que ce soit soubz terre et sans voix.*
Jésus. *Ce sera hault pendu en croix...*
Notre Dame. *A mes maternelles demandes*
Ne donnés que responces dures.
Jésus. *Accomplir fault les escriptures.*

Bernardo de Cluny

Ese espíritu es el que combina las reflexiones de Job sobre la brevedad de la vida humana (VII, 9-10; XIV, 1-12) y las preguntas de Baruc sobre los príncipes[5] con el contraste, no raro en autores antiguos, entre la muerte y las ambiciones humanas (Ovidio, *Metamorfosis*, XII, 615 y sigs.; Juvenal, X, 172-173; Boecio, *Consola-*

[5] "¿Dónde están los príncipes de las gentes y los que dominan las bestias que están sobre la tierra, que hacen juego de las aves del cielo, que atesoran plata y oro?... Han sido exterminados... y otros se alzaron en su lugar."

ción de la filosofía, II, Metro 7), y conduce al tipo poético del *ubi sunt?* Pero sus más bellas versiones, la de Villon y la de Manrique, están muy profanizadas, artísticamente reducidas a unidad, concentradas en un solo contraste y, desde el punto de vista de su contenido de pensamiento, empobrecidas. Una de las versiones poéticas más antiguas y ricas, que medita no sólo sobre el destino de toda carne, sino también sobre la fama, es el poema *De contemptu mundi* del monje desconocido Bernardo de Cluny (primera mitad del siglo XII), libro I, vs. 769-774 y 887-892:

Qui modo flos fuit in spatio ruit unius horae
mox rapitur, licet ingenio micet atque decore...
Gleba reconditur atque recluditur hospite tumba;
laus stat imaginis, umbraque nominis, immo nec umbra...
Laude superstite, nomine diuite diues habetur;
urna putredine, patria nomine tota repletur.
Fama fit, est sonus hic probus, hic bonus, hic fuit ille
clarus origine, fortis imagine, plenus Achille.
Fama uirum dabat, ipsaque mox labat, aret et ipsa,
ad breue florida, post breue marcida, scissa, remissa.

Y, en particular, la magnífica amplificación de los citados versos de Boecio (I, 899 y sigs.):

Mors uia maxima, mors patet ultima linea rerum...
Quae tibi culmina, quae tibi nomina, quid tibi laudis?
Culmina, nomina, laus quoque pristina quod ruit audis...
Est ubi gloria nunc Babylonia? nunc ubi dirus
Nabuchodonosor, et Darii uigor illeque Cyrus?...
Nunc ubi curia pompaque lulia? Caesar, obisti;
te truculentior, orbe potentior ipse fuisti.
Orbis ut extera sanguine, sidera laude subires,
mota furentia sunt tibi bracchia, praelia, uires...
Nunc ubi Marius atque Fabricius inscius auri?
Mors ubi nobilis et memorabilis actio Pauli?...
Nunc ubi Regulus, aut ubi Romulus aut ubi Remus?
Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus.

De todo el tumulto y la belleza del pasado sólo quedan los nombres vacíos.

Muy semejante, quitando la rara perfección que logra en sus difíciles hexámetros el monje de Cluny, es la admonición del

poema también titulado *De contemptu mundi* o *De monachis* de Roger de Caen (atribuído a Alejandro Neckam en una obra de Thomas Wright, *The Anglo-Latin Satirical Poets*, t. 2. Londres, 1872, págs. 193-194):

Roger de Caen y otros

Omnis habet subitum terrena potentia finem,
atque fuga celeri deserit illa suos...
Et cecidit Babylon, cecidit quoque maxima Troia
olim mundipotens, aspice, Roma iacet.
Ecce diu res nulla manet mortalibus, ecce
nullus honor prohibet, gloria nulla, mori...
Quid penetrasse iuuat naturae arcana Platonem,
et mundi studio multa dedisse suo?
Solis iter, caelique plagas, lunaeque meatus,
et uaga seu summo sidera fixa polo,
multaque praeterea satis ardua nouerat, et nunc
philosophus cinis est, nomen inane manet.

Más trivial, no menos firme, es el repudio de la fama, entre otras vanidades humanas, del epigrama con que cierra el canónigo Serlón de Bayeux su invectiva contra los hijos de los sacerdotes (Wright, *Obra citada, Versus Serlonis de filiis presbyterorum*, pág. 212):

Respice quid transis, in me circunspice qui sis,
exemplo num sis te memor ipse tui.
Sum quod eris, quod es ipse fui, mundoque superstes
florueram mundo, terra cinisque modo.
Quid probitas? quid opes? quid honor? quid gloria mundi?
Omnia quid fuerint, cum cecidere docent.

En la tediosa comedia elegíaca *De Paulino et Polla libellus*, compuesta entre 1230 y 1233 por Ricardo de Venosa, el tercero Fulcón se consuela de sus desventuras reflexionando sobre lo transitorio de todo lo humano *(ap.* É. de Meril, *Poésies inédites du moyen âge*. París, 1854, pág. 395):

Transit honor, pereunt pretiosa, iuuenta senescit,
deficiunt uires, gloria quaeque perit.

Más elocuente que toda condena es el olvido de Inocencio III en su *De contemptu mundi:* al descubrir con fruición de moralista todas las miserias, todos los vicios y pecados del hombre, aunque habla de la soberbia, ambición y pompa (libro II, 26 y sigs.), ni menciona siquiera el ansia de gloria.

En el mundo de la fábula y de la alegoría que puebla el *Félix* de Raimundo Lulio, se encuentran dos curiosas figuras: don Poco-me-importa sabe, conforme a las Escrituras, que sólo a Dios pertenece la honra, mientras don Qué-dirán-de-mí usurpa el privilegio divino y pende neciamente de la opinión de los hombres (*Obras*, ed. J. Rosselló. Palma de Mallorca, 1903, t. 4, pág. 3 y sigs.):

Raimundo Lulio

> *E en Quemdiriahom dix a en Pochmopreu aquestes paraules: "En tot lo mon no ha neguna cosa tan plasent como honor e bona fama que hom haja de les gents; car per hauer honor treballen les gents de aquest mon, lo qual treball los es plasent, per ço que honrament pusquen hauer, e que hom lou lurs fets e lurs gests..." De la altra part parla en Pochmopreu, e dix aquestes paraules: "A Deu tan solament se coue honrament, e no a neguna altra cosa; car sols Deus es per si mateix, e tot l als es esdeuengut de no res, e tornaria a no res si Deus no ho sostenia..."*

Tras la exposición objetiva de la antinomia, característica del método luliano, el autor expresa su juicio a través de las peripecias, a la vez grotescas y trágicas, en que envuelve a sus criaturas. Pues al acercarse a una ciudad, don Qué-dirán-de-mí "*se calça calçes vermelles..., e unes sabates pintades, les quals se triga a calçar longamen, per ço car eren estretes..., se vesti una bella gonella... e anaua per la carrera de aquella ciutat a gran nota e ufana.* Su arrogancia irrita a dos mancebos que le arrancan las galas por afrenta. Don Qué-dirán-de-mí no puede resignarse al agravio:

> *dix que si ell no se n venjaua, que les gents ne parlarien, el tendrien per volpeyl.*

Se lanza a la venganza; mata a uno de los mancebos y muere a manos del otro. Así, pues, el honor es, para el Beato Lulio, puro pecado de vanagloria.

Aun un poema tan rico en elementos personales como el *Roman de la Rose*, sobre todo en la continuación de Jean de Meun —en la que tantas veces el poeta se asoma para explicar su punto de vista profesional—, no contiene nada semejante a las afirmaciones de fama de Horacio, Ovidio y sus secuaces. Movido por obvio resentimiento social y por la sincera veneración del hombre de

El Roman de la Rose

la Edad Media al saber y a sus depositarios, Jean de Meun exalta su clase, la clerecía, como la verdadera y única nobleza y, apoyado en Ovidio (*Arte de amar*, III, 405 y sigs.), echa de menos la rica recompensa antes otorgada a los poetas (ed. E. Langlois, París, 1922, v. 18635 y sigs.), pero ni le vemos alardear de su fama venidera ni de la inmortalidad que pueden otorgar sus versos ni, en una palabra, emprender su tarea poética con los ojos puestos en el qué dirán contemporáneo ni, sobre todo, futuro.

La Divina Commedia

La misma apreciación negativa, primero insinuada por los hechos, luego explícita, sostiene la voz más excelsa de la poesía medieval, a pesar de ser la *Divina Commedia* tan rica en historias particulares a las que ciertamente ha salvado del olvido, y a pesar de que en el Paraíso, XVIII, 82, invoca a la Musa por el poder de dar gloria eterna a los poetas, así como con su ayuda éstos la dan a ciudades y reinos. La fama aparece como especie de la soberbia en el primer círculo del Purgatorio: el miniaturista Oderisi d'Agobbio, castigado como sus compañeros de pecado con un peso que le impide erguirse, medita sobre el alternado brillo y eclipse de la fama artística, reflejando con las imágenes familiares del Libro de Job los vaivenes de su propia celebridad y la de su sucesor Franco Bolognese, de Cimabue y Giotto, de Guido Guinizelli y Guido Cavalcanti (Purgatorio, XI, 91 y sigs.):

O vanagloria dell'umane posse,
com'poco verde in su la cima dura,
se non è giunto dall' etati grosse!
Credette Cimabue nella pittura
tener lo campo, ed ora ha Giotto il grido,
sì che la fama di colui è oscura.
Così ha tolto l'uno all'altro Guido
la gloria della lingua; e forse è nato
chi l'uno e l'altro caccerà di nido.
Non è il mondan romore altro che un fiato
di vento, ch'or vien quinci ed or vien quindi,
e muta nome perche muta lato.

El poeta, por boca de Oderisi, concluye su razonamiento sobre la vanidad de la fama siguiendo la huella de la diatriba estoica, del *Somnium Scipionis* a la *Consolación de la filosofía*, más bien que de la teología ortodoxa: la fama es despreciable no como juicio humano y relativo referido al valor absoluto de Dios y de su

justicia, sino por su brevedad material frente a la eternidad cósmica:

Che voce avrai tu più, se vecchia scinde
da te la carne, che se fossi morto
innanzi che lasciassi il "pappo" e il "dindi",
pria che passin mill'anni? Ch'è più corto
spazio all'eterno, che un mover di ciglia
al cerchio che più tardi in cielo è torto.[6]

Gonzalo de Berceo

Es bien sabido que los dos poetas castellanos más antiguos que se conozcan como autores individuales, muy dados a hablar de sí mismos y de las dificultades y méritos de su tarea poética, no aluden jamás a la fama, presente o futura, que sus obras puedan ganarles. Nada justifica mejor la idea corriente de la Edad Media como clima hostil a la fama que el contraste entre poetas como Píndaro, Horacio y Ovidio, con su conciencia de otorgar una merced al mortal, héroe o dios a quien celebran, y un Gonzalo de Berceo que concibe su labor poética como un servicio devoto que Dios o la Virgen o el santo celebrado tendrán en cuenta:

Aún merced te pido por el tu trobador
qui este romançe fizo, fué tu entendedor;
seas contra tu fijo por elli rogador,
recábdali limosna en casa del Criador.
Loores de Nuestra Sennora, 232 (ed. Janer, Madrid, 1864).

Madre, del tu Golzalvo sey remembrador,
que de los tos miraclos fué dictador;
tú fes por él, sennora, preces al Criador,
ca es tu privilegio valer al peccador.
Milagros de Nuestra Sennora, 866 (ed. A. G. Solalinde, Madrid, 1922).

En el nombre de Dios que nonbramos primero,
suyo sea el preçio, yo seré su obrero;

[6] Pero ya en uno de los más antiguos comentarios de la *Divina Commedia*, el de Benvenuto da Imola, tratando de explicar la atención de Dante a esos miniaturistas (anómala en el hombre medieval, que considera artes mecánicas la pintura, la escultura y la arquitectura), se interpreta la actitud del Dante como un sutil artificio para demostrar *a fortiori* el aliciente universal de la gloria (ed. J. P. Lacaita, Florencia, 1887, t. 3, pág. 310): *Poeta fecit hoc cum magna arte et iure optimo, quia per hoc dat tacite intelligi quod appetitus gloria ita indifferenter occupat omnes, quod etiam parui artifices sunt solliciti circa illam acquirendam.*

gualardón del lazerio yo en él lo espero,
qui por poco seruiçio da galardón larguero.
Vida de Santo Domingo de Silos, 4 (ed. J. D. Fitz-Gerald, París, 1904).

Sennor Sancto Domingo, yo bien estó creído
por este poco serviçio que en él e metido,
que fará a don Christo por mí algunt pedido,
que me salue la alma cuando fuero transido...
Quiérote por mí mismo, padre, merced clamar,
ca oui grant talento de seer tu iuglar,
esti poco seruiçio tú lo deña tomar,
et deña por Gonçalo al Criador rogar.
Padre, entre los otros a mí non desenpares,
ca dizen que bien sueles pensar de tus ioglares.
Dios me dará fin buena sy tú por mí rogares,
guaresçré por el ruego delos tus paladares.
Ibidem, 758, 775-776 (ed. citada).

Quiero en mi uegez, maguer so ya cansado,
de esta sancta uirgen romançar su dictado,
que Dios por el su ruego sea de mí pagado
e non quiera vengança tomar del mi pecado.
Vida de Sancta Oria, 2 (ed. C. Carroll Marden, Madrid, 1928).

Y otras veces, sin mira de retribución, como humilde adorante, manifiesta su deseo de poetizar por amor a Santo Domingo o a la Virgen:

En tu loor, sennora, querría entender,
de las tus largas faldas una fimbria tanner...
Loores de Nuestra Sennora, 2 ab.

Yo, Gonçalo, que fago esto a su honor...
Vida de Santo Domingo de Silos, 109a (ed. citada).

Berceo no sólo se muestra ajeno a la idea de su propia fama como artista, sino también a la idea de fama en general; claro que los milagros de Santo Domingo y San Millán corren de boca en boca para gloria de sus autores y de sus ermitas o monasterios, por provisión divina y juicio de prudentes religiosos (*San Millán*, 40, 69d, 81d), pero el piadoso biógrafo cuida de apuntar cómo Santo Domingo no se gloriaba de las visiones con que le privilegiaba Dios (249), y cómo San Millán huye disgustado cuando las gentes, atraídas por la fama de su santidad, rodean su ermita (41-47).

Tal repulsa a la idea de la fama en general no es consecuencia forzosa de su inspiración devota, ya que Prudencio con temas muy semejantes no disimula su avidez de gloria: es consecuencia de que Berceo pertenece a la época en que la Iglesia alcanza en todos los órdenes su supremacía, mientras Prudencio pertenece a la de sus primeros triunfos y, a pesar de su proselitismo consciente y polémico (o por eso mismo), participa en muy honda proporción de las formas de vida del adversario que fustiga.

Otros poetas de la cuaderna vía

Los autores del *Libro de Apolonio* y del *Libro de Alexandre*, aunque abundan en precisiones técnicas sobre la novedad de sus procedimientos literarios, no se muestran por ello ambiciosos de renombre. El autor del *Alexandre* acaba su largo cantar no con el *Exegi monumentum* con que acaban las *Metamorfosis*, o la *Tebaida* (y la *Alexandreis)* sino, como Berceo *(Vida de Santo Domingo*, 760; *El sacrificio de la misa*, 297) y tanto artista medieval, implorando la oración de quien usufructúe su esfuerzo[7] (ed. Willis 2674, ms. O):

> Pero pedir uos querie, çerca de la finada,
> quiero por mio seruiçio prender de uos soldada:
> dezir el Pater Noster por mí una uegada;
> a mí faredes proe, uos non perderedes nada.

El más personal de los poetas de la cuaderna vía, que alude complacido a la cantidad y difusión de sus composiciones líricas *(Libro de Buen Amor*, 1513 y sigs.), y ha legado tantos curiosos pormenores de actualidad literaria ("En quáles instrumentos no convienen los cantares de arábigo," 1515-1517; lecturas de moda, 1703 ab), compone todo un epílogo para concluir su "librete," y en él insiste repetidamente en lo valioso de su contenido, en los edificantes efectos de su lectura y en el uso liberal que de él debe hacerse. Y a pesar de tanto esmero en su obra, Juan Ruiz achica antes que agranda su mérito literario (1633 ab):

> Señores: hévos servido con poca sabidoría,
> por vos dar solaz a todos fablévos en juglería,

[7] Cf. J. Pérez de Urbel, *Las grandes abadías benedictinas*, Madrid, 1928, págs. 467-468: "El escriba Florencio [de San Pedro de Valeránica] escribe al pie de un manuscrito: «Instantísimamente os ruego a todos los que leyereis en este códice que no dejéis de dirigir vuestra fervorosa oración al Señor por el pobre Florencio ... todos los que os aprovecháis de esta obra dignaos recordar [en vuesetras oraciones] al obrero»."

y acaba por solicitar también las oraciones de su público (1633 cd):

> yo un gualardón vos pido: que por Dios en romería
> digades un Pater Noster por mí e Ave María.

El *Libro de miseria de omne* (¿fines del siglo XIV?), menos terminante que su modelo latino, el citado *De contemptu mundi* de Inocencio III, agrega de su cuenta una reflexión sobre el pronto olvido que cubre al impío por ensalzado que haya sido. Verdad es que el breve pasaje apenas hace más que entretejer varios recuerdos bíblicos, desde Isaías, XXXIII, 13, pero no por ello es menos evidente su intención condenatoria (153):

> El omne non piadoso que mucho es ensalçado,
> después que él es muerto su lugar non es trobado;
> con poquilleio sonido su nombre es oluidado,
> así commo faz el polvo que del viento es levado.

Gómez Manrique

Todavía Gómez Manrique, a pesar de pertenecer a una época en que los gustos y tendencias de la Italia renacentista invaden triunfalmente las letras castellanas, repite la bien aprendida lección al continuar las *Coplas contra los pecados mortales* de Juan de Mena: vanidad es la gloria humana, tronchada por la muerte; sin rastro han desaparecido los pueblos ilustres —griegos, troyanos, romanos, godos—, y los hombres ilustres —sabios, oradores, poetas—; palacios y tesoros se han desvanecido también, y el olvido ha ocultado sus altos hechos.[8] La amargura ascética de estos versos, que hoy saben a rudo boceto de varias de las *Coplas* más hermosas de Jorge Manrique, ha pasado sutilmente moderada a los versos de éste. Pues también Jorge Manrique da por igualmente lejano y desvaído el recuerdo de los troyanos, romanos y "lo de ayer, / que tan bien es oluidado / como aquello," y también, al representar la agresión arrolladora de la muerte, da por deshechas las "claras hazañas" de sus víctimas.

Tal es, pues, la actitud ortodoxa de la clase pensante en la sociedad medieval y, en momentos de gran tensión de alma, no es extraño que se extienda a otros sectores. Mio Cid anuncia su victoria sobre Alcocer en actitud estrictamente "clerical" (830-831):

[8] R. FOULCHÉ-DELBOSC, *Cancionero castellano de siglo XV*, t. I, 1912, pág. 149 y sigs.

A nuestros amigos bien les podedes dezir:
"Dios nos valió, e vençiemos la lid."

Por lo demás, de ese modo se explica el poeta la génesis de una victoria (1721):

Plogo al Criador, e ovieron de arrancarlos.

Es fama que ganada la batalla de Agincourt el victorioso Enrique V hizo entonar a sus soldados las palabras del Salmo 115: *Non nobis, Domine, non nobis sed tibi gloria.*[9] Una vez más surge el significativo contraste con la devoción antigua. Cuando hacia el año 450 antes de la era vulgar los pobladores de Selinunte derrotan a los de Egesta y ajustan paces ventajosas, inscriben en su templo de Apolo:

> Por medio de estos dioses vencen los selinuntios: vencemos por medio de Zeus, y por medio de Febo, de Héracles, de Apolo, de Posidón...[10]

El guerrero antiguo agradece debidamente la intercesión divina pero, al fin de cuentas, en la empresa de vencer él es sujeto y los dioses, el instrumento. En cambio, la importantísima esfera de la Iglesia, y todo cuanto cae bajo su dominio, se mantiene en principio ajena u hostil a la pasión de la gloria y justifica la idea corriente de la Edad Media como época cerrada al cultivo de la fama.

b) La esfera profana

Por importante que sea en la Edad Media la esfera eclesiástica, es fácil en nuestros días exagerar su importancia, ya que de ella provienen en abrumadora mayoría los testimonios escritos. La Iglesia no es, al fin, toda la vida medieval; fuera de ella existe, por ejemplo, una esfera cortesana cuyo ideal de vida no es el eclesiástico,[11] y que trata de expresarse no sólo o no primaria-

[9] En España semejante actitud es artísticamente verosímil muchos siglos después. En la comedia de Lope de Vega, *Valor, fortuna y lealtad*, III, 2 (segunda parte de *Los Tellos de Meneses*), Tello comunica al rey su triunfo con esta versión a lo divino del *Veni, vidi, vici:* "No os diré, Señor, a vos / que miré, que vi y vencí, / sino que vine y que vi, / pero que ha vencido Dios."

[10] M. N. Tod, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century B. C.*, Oxford, 1933, pág. 73, núm. 37.

[11] Como clérigos o empapados en ambiente clerical son todos los autores cultos, particularmente antes del siglo XII, la división de la vida medieval en esfera profana y eclesiástica pertenece muchas veces al orden lógico más bien que al material.

mente en formas literarias, sino en formas refinadas de vida[12]: banquetes, entradas de príncipes, procesiones, fiestas, ceremonial

Tal es el caso de los poetas que componían versos en honor de reyes, grandes señores y prelados, en los cuales asoma obligatoriamente el punto de vista mundano. Baste recordar a Venancio Fortunato y a Teodulfo, para ejemplificar con sólo dos figuras la época merovingia y la carlovingia. Venancio Fortunato, mucho más ortodoxo que su muy imitado Prudencio, tiene muy presente la vida eterna como recompensa última, y la opone con frecuencia a la vida mortal (por ejemplo, I, 8, ed. F. Leo, 1881). Pero, a la vez, en elogios y epitafios, y aunque sean eclesiásticos los personajes encomiados, reconoce implícitamente los tradicionales valores: prosapia, riqueza, honores, talento militar o técnico (por ejemplo, I, 6; I, 15; III, 8; y, en general, el libro IV). Preeminente entre estos valores es el reconocimiento del mérito por las gentes, que da por valioso hasta para los santos (I, 3; I, 8; I, 9 y II, 12), aunque subordinándolo a la mansión celeste (II, 10, v. 25 y sig., II, 16, v. 23 y sig.), con lo que viene a repetirse la concepción de las tres vidas, como ya vagamente lo habían hecho San Cipriano y Prudencio. Naturalmente, la exaltación más franca de la gloria se despliega en las poesías dirigidas a personajes cortesanos. Por ejemplo: VI, 2, al rey Cariberto; VI, 3, a la reina Teudequilda; VII, 1, a Gogón, valido de Sigeberto; VII, 5, al magnate Bodegisilo; VII, 7 y 8, a Lupo, que eclipsa a los romanos ilustres en la excelencia tipificada por cada uno; VII, 16, al palaciego Condán, a quien consuela por la pérdida de dos hijos, muertos en batalla, v. 52: *Nam pro laude mori, uiuere semper erit;* IX, 16, al duque Crodino y, sobre todo, la pomposa retahila honorífica enderezada al rey Chilperico, IX, 1: *Inclyte rex armis et regibus edite celsis... / quidquid habet mundus peragrasti nomine, princeps... / transit et Oceanum fulgida fama sopho,* etc. Y es esta ingenua valoración la que le autoriza, tras las huellas de Prudencio, a repetir la incongrua imagen de Cristo, visualizado como guerrero romano (III, 9, v. 86: *belliger ad caelos ampla tropaea refers).* No menos clara es la situación de Teodulfo, eclesiástico regular, con importantes obras en prosa y verso de reflexiva moral y devoción; en sus escritos, quizá aun más decididamente que en los de Venancio Fortunato, prevalece el punto de vista eclesiástico: *totius haec fragilis uilescit gloria mundi* afirman sus dísticos *De contemptu mundi.* No obstante, en sus no muy numerosas poesías de circunstancias reaparecen en toda su hipérbole los convencionales tributos de gloria. Recuérdese el comienzo de la larga elegía dirigida a Carlomagno (XXV, ed. E. Duemmler, 1881): *Te totus laudesque tuas, rex, personat orbis, / multaque cum dicat, dicere cuncta nequit. / Si Mosa, Rhemus, Arar, Rhodanus, Tiberisque Padusque / metiri possunt, laus quoque mensa tua est: / Res satis immensa est tua laus, immensa manebit, / dum pecori atque homini peruius orbis erit.* O la dirigida a Ludovico Pío (LXXVI) que comienza: *Inclite Caesar, aue... / Orbis te totus laudat, ueneratur amatque* y acaba: *Teque tuas laudes liquido depromere nulla / uox potis est quas nunc nostra Camena tacet.* Interesantes son los himnos de bienvenida, en sáficos, dedicados al mismo Ludovico Pío con motivo de su llegada a Orléans y a Tours (XXXVII y LXXVII). Horacio *(Odas,* IV, 2; IV, 5; IV, 14; IV, 15 y sobre todo III, 14) ha sido el modelo evidente, y a su ejemplo, Teodulfo conjura a toda la población a aclamar al monarca, a la vez que llueve encomios sobre éste y su primogénito. Pero aun en estas odas horacianas la preeminencia de lo divino es clara y particularmente visible en la primera (XXXVII) a lo largo de toda la composición y en la invocación final a las tres personas divinas, para quienes se proclama *splendor aeternus honor atque perpes* mucho más solemnemente que para los sucesores de Carlomagno. En suma: no hay en estos poetas apreciación nueva u honda de los valores no eclesiásticos, lo que trasluce por lo demás en lo trillado de la expresión. El hecho de que las lisonjas señaladas representen muy poco dentro de la obra de Fortunato y Teodulfo —de quienes no sobrevive la poesía palaciega sino la devota: *Vexilla regis prodeunt, Pange lingua, Gloria, laus et honor*— prueba irrefutablemente el escaso volumen desplazado por lo profano en el pensamiento de sus autores.

12 J. HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media,* Madrid, 1930, tomo I, pág. 98

de la corte. Para este sèctor de la sociedad, muy consciente de su artificio y selección, florece la competencia en el palacio y en el torneo, y con ella el deseo de sobresalir, la ambición de honra y alabanza: el mito de los Nueve de la Fama, bastante flúido y provisto de su correspondiente tabla femenina, prueba la pujanza de ese deseo. Ni qué decir tiene que las damas y caballeros aspirantes a honra y alabanza fuesen buenos hijos de la Iglesia; lo que hace al caso es que su actividad típica nada tenía que ver con la Iglesia, y los mismos coetáneos señalaron más de una vez la independencia y hasta oposición entre ambos ideales.

Poesía provenzal

La expresión poética de esta esfera, no regida en su pensamiento por la clerecía, es, por excelencia, la poesía trovadoresca provenzal que, con sus tres rasgos negativos —ni devota, ni didáctica ni veneradora de la Antigüedad grecorromana—, aparta su rumbo del marcado hasta entonces por la única clase culta, la eclesiástica. Un Guilhem Montanhagol (primera mitad del siglo XIII), quien señala como deber del individuo la realización de su máximo valor (ed. J. Coulet, Tolosa, 1898, pág. 139):

Nulhs om no val ni deu esser prezatz,
s'aitan quan pot en valor non enten,

no puede menos de protestar contra la recién establecida Inquisición que condena el ideal caballeresco de la acción movida por la gloria (*Ibidem*, pág. 87)[13]:

Del tot vey remaner valor,
qu'om no · s n'entremet asi ni lai,
ni non penson de nulh ben sai
ni an lur cor mas en laor.
E meron mal clerc e prezicador,
quar devedon so qu' az els no · s cove,
que om per pretz no do ni fassa be.
E om qui pretz ni do met en soan
ges de bon loc no · lh mou, al mieu semblan.

---

y sigs. Claro es que la emulación con la Antigüedad atiza la ambición de gloria, particularmente al final de la Edad Media. Cf. la famosa semblanza de Carlos el Temerario en las *Mémoires* de Commynes (ed. J. Calmette - G. Durville. Paris, 1925), V, 9: *Il desiroit grant gloire, qui estoit ce qui plus le mectoit en ces guerres que nulle autre chose, et eust bien voulu resembler à ces anciens princes dont il a tant esté parlé aprés leur mort.*

[13] Debo este, así como otros muchos testimonios y sugerencias concernientes a la poesía provenzal, a la exquisita generosidad del Dr. Kurt Lewent.

Quar Dieus vol pretz e vol lauzor;
e Dieus fo vers om, qu'ieu o sai,
e om que vas Dieu res desfai,
e Dieus li a fag aitan d'onor
qu'al sieu semblan l'a fag ric e major
e pres de si mais de neguna re,
doncx ben es fols totz om que car no·s te.
E que fassa en aquest segle tan
que sai e lai n'aya grat ou que·s n'an.

Así, pues, casi es pecado de ingratitud, según Montanhagol, no buscar el hombre su honra, ya que Dios le ha honrado tan señaladamente. Este y otros textos semejantes (por ejemplo el de Pons de Capduelh —fines del siglo XII— en su canción de cruzada, ed. M. von Napolski, Halle, 1879, pág. 68) no son un discurrir abstracto; la polémica debió de ser real, y reales los argumentos alegados: así lo corrobora su eco en la *Summa theologica*.[14] Aun más; para el poeta identificado con sus caballerescos patronos, no hay incompatibilidad entre los dos mundos, según declara Pons de Capduelh (*Ibidem*, pág. 50):

Ja mais no·s gab negus bars qe pros sia,
s'ar no socor la crotz e·l monumen;
c'ab gent garnir, ab pretz, ab cortezia
et ab tot cho q'es bel et avinen
podem aver honor e jauzimen
en paradis...

Bien sabido es que si los poetas cantan la autonomía de su mundo con respecto de la absoluta hegemonía espiritual que la Iglesia se arrogaba, ésta expresó por la más violenta vía de hecho su reprobación de tal conato de autonomía: al fin, la ambición —escandalosa para el clérigo medieval— del mercader Pedro Waldo de leer la Biblia en su lengua vulgar para entenderla por sus propias luces está en el mismo nivel que la protesta de Guilhem

[14] *Secunda secundae, quaestio CXXXII, art. 1: Illud per quod aliquis prouocatur ad bonum, non uidetur esse peccatum. Sed per appetitum gloriae homines prouocantur ad bonum... Ergo appetitus gloriae non est peccatum.* Santo Tomás lo rebate en las líneas citadas arriba: *Prouocantur etiam aliqui, etc.* El argumento de la segunda copla, *Quar Deus vol pretz e vol lauzor*, que legitima esa ambición en el hombre, es uno de los enunciados en ese mismo lugar de la *Summa* para ser refutados luego: *Nullus enim peccat in hoc quod Deo assimilatur...; sed in hoc quod homo quaerit gloriam, uidetur Deum imitari, qui ab hominibus gloriam quaerit...; ergo appetitus gloriae non est peccatum.* Santo Tomás responde muy moderadamente: *Deus suam gloriam non quaerit propter se, sed propter nos. Et similiter etiam homo laudabiliter potest ad aliorum utilitatem gloriam suam appetere.*

Montanhagol para salvaguardar la esfera caballeresca. Como quiera que sea, la lírica provenzal es poesía cortesana, panegírico de la dama o del patrono; como tal está impregnada de la idea de honor, alabanza y prez, de eminente sentido social, como que refleja la actividad antes social que intelectual de una corte que no ha proyectado más allá de su estrecho ámbito su deseo de loor y para la cual, por consiguiente, el ansia de vivir en boca de los hombres futuros es ajena, y ajena la función inmortalizadora del poeta, tan cara a la Antigüedad.

Así lo prueba, ante todo, la rareza de *fama* frente a la frecuencia de *lauzor*, *onor*, *pretz*, *valor*. Por modo semejante, aunque los trovadores se declaran hasta la saciedad voceros de los méritos de *midons* o del patrono, es muy excepcional que se muestren conscientes de su poder de ensalzar o rebajar a su albedrío dama y señor.[15] Por otra parte, como en la mitad más típica de la lírica provenzal prevalece la convención de mantener secreto el nombre de la dama, el concepto de la celebridad que el poeta otorga al objeto de su amor, en el sentido de Teognis, Propercio y Ovidio, queda excluído. Probablemente el elogio trovadoresco no sería menos eficaz para promover su gloria que el de los antiguos poetas, ya que dentro del reducido mundillo para el que componían los trovadores, la identidad de la dama celebrada debía de ser un secreto a voces: nuevo indicio de que la *lauzor* provenzal es más bien nota de honor cortesano que título de fama para la posteridad.

[15] En forma muy general parecen hacerlo Guillermo IX de Aquitania, el más antiguo de los trovadores (ed. A. Jeanroy, Tolosa, 1913, pág. 23): *Si · m vol midons m' amor donar, / pres suy del penr' e del grazir / ...e de son pretz tener en car / e de son laus enavantir;* Marcabru (ed. J.-M.-L. Dejeanne, Tolosa, 1909, pág. 113) al dirigirse a la emperatriz Berenguela, esposa de Alfonso VII: *Emperairiz, pregatz per mei, / qu'en farai vostre pretz richir;* y el anónimo panegirista de Juana de Este (ed. K. Lewent, *ZRPh*, XXXIX, 1919, pág. 621): *per q'ieu en terra lontana / farai son bon pretz audir / los set iors de la setmana.* Muy explícitamente declara por excepción Jordan de l'Isla de Venaissi en su única poesía conocida (Napolski, *Obra citada*, pág. 99): *Ben sai, si · m part de lleis ni · m vir aillor, / que no · ill er greu ni par que · l teign a dan; / e si cug en saber e valer tan / c'aissi, co · l suoill enantir sa valor, / li saubria percassar son dampnatge.* Llama la atención el que la lírica provenzal, coincidiendo en cierta medida en su ideal de gloria con el de la Antigüedad, no lo haya modelado bajo su tutela. Esa desatención es bastante anómala en la literatura medieval que, como dirigida por la Iglesia, está en relación muy viva, amistosa u hostil, con la Antigüedad grecorromana. Junto con la casi total prescindencia del aderezo mitológico, tan importante en las letras medievales en latín y romance, constituye una prueba más de cómo la lírica provenzal se desentiende de la vida del espíritu dominada por la clerecía.

Las poesías destinadas más o menos enteramente a celebrar a nobles tienden a darles posición destacada en su círculo —determinada corte, los demás príncipes o reyes—, señalando cómo poseen los requisitos del ideal caballeresco. De las muchas que podrían citarse[16] sirva de ejemplo la tornada de una canción de Guilhem Montanhagol que acaba alabando a Alfonso el Sabio *(ed. citada,* pág. 139 y sig.):

Als Castellas fai Dieus tan d'onramen
que totz temps an rei de pretz et d'onransa
e·l mielhs del mon, mas er n'an melhoransa,
qu'el es joves de jorns e vielhs de sen,
a cui platz mai donars qu'a sel que pren.

De igual modo, los *planhs*, a la vez que ruegan por la vida eterna del difunto a quien lloran, le colman de las marcas terrenales de gloria y evocan el esplendor mundano de su actuación. El más antiguo es el que compuso Cercamon en honor de Guillermo X de Aquitania (ed. A. Jeanroy, París, 1922, pág. 9):

Remazut son li prez e·ill lau
qi solon issir de Peitau...[17]

El sobresalir y ganar nombre en un círculo muy atento al honor mundano es una nota insistente en poesías que incitan a la guerra en general o a la cruzadas, como en varios serventesios de Ber-

[16] Entre ellas las de Marcabru dirigidas a Alfonso VII, "el buen emperador," ed. citada, págs. 107-112; los cánticos de cruzada de Bertran de Born, que celebran a Conrado de Monferrato, ed. A. Thomas, Tolosa, 1888, págs. 80 y sigs., 84 y sigs.; el largo encomio del Marqués de Monferrato formado por las tres cartas de Raimbaut de Vaqueiras; el elogio de Federico II por Aimeric de Pegulhan. También los hay dirigidos a damas, como el de Jausbert de Puycibot a María de Ventadorn (ed. W. P. Shepard, París, 1924, pág. 38 y sigs.), y los tres anónimos dedicados a Juana de Este, citados más arriba.

[17] Otros ejemplos: Guiraut de Bornelh deploró la muerte de Ricardo Corazón de León (ed. A. Kolsen, Halle, 1910, pág. 466) con sentida alusión a *sos pretz e sas onors*, de igual modo que la del noble a quien llama Ignaure o Lignaure *(Ibidem*, pág. 485) y la del vizconde Ademar de Limoges *(Ibidem*, pág. 486). Bertran de Born lloró repetidamente la muerte del "Rey joven," o sea, el primogénito de Enrique II Plantagenet *(ed. citada*, págs. 24 y sigs., 28 y sigs.). Según el planto de Folquet de Marseilla (ed. S. Stronski, Cracovia, 1910, pág. 74), su señor Barral forzaba a encaminarse al honor el pesado talante de muchos, así como el imán atrae el hierro. Gaucelm Faidit echa de menos, con la muerte de Ricardo Corazón de León, su valor, su bravura, su liberalidad y la magnificencia de su corte (E. Lommatzsch, *Provenzalisches Liederbuch*, Berlín, 1917, pág. 155 y sigs.). Bertolome Zorzi no se maravillaría de que se acabase el mundo *puois Quonratz reis per cui renhet valhenza / e valc jovenz / e rics pretz e totz bes, / e d'Austorica l'auz ducs Federics, / qui d'onrat pretz e valor fon rics, / tan malamenz / son mort* (ed. E. Levy, Halle, 1883, pág. 81 y sigs.).

tran de Born, que atizan las querellas entre facciones o entre reyes enemigos *(ed. citada*, págs. 66 y sigs.; 70 y sigs., 93 y sigs., 95 y sigs.), o en la exhortación a la guerra por la guerra misma, atribuída con verosimilitud al mismo Bertran de Born, *Be·m platz lo gais temps de pascor*, o en el serventesio que dirige Guilhem Montanhagol al Conde de Tolosa *(ed. citada*, pág. 77). Los llamados a la cruzada evocan el esplendor de la hueste medieval y trazan el ideal caballeresco, que el poeta amonesta poner al servicio de Dios, valorándolo implícitamente como inferior al de la clerecía. Muy instructivo es el cántico de cruzada de Aimeric de Pegulhan, que acaba con una coletilla ascética sobre la vanidad de las obras del siglo, briosamente desmentida en el resto (C. Appel, *Provenzalische Chrestomathie*, Leipzig, 1920, pág. 110 y sigs.):

Ara parra qual seran enveyos
d'aver lo pretz del mon e·l pretz de Dieu,
que be·ls poiran guazanhar ambedos...

Con la misma afirmación ingenua del consorcio entre Dios y caballería se abre el cántico de cruzada de Raimon Gaucelm de Beziers[18] y se anima con raro fervor el cántico escrito por Raimbaut de Vaqueiras para el Marqués de Monferrato, exaltando la honra de que rebosa el Marqués y que irradia sobre sus actos y allegados.[19] Otro tipo de canción provenzal que evoca compla-

[18] C. Appel, *obra citada*, pág. 111.

[19] K. Bartsch, *Chrestomathie provençale*. Elberfeld, 1880, pág. 126. Este servir a la vez a Dios y al mundo es típico del prolijo relato de las cruzadas, conocido como *La gran conquista de Ultramar*, donde no hay exhortación que no vaya a parar a "honra e servicio a Dios, e... honra e buena fama para siempre" (ed. Gayangos, pág. 14a; cf. 137b: Bohemundo se esforzaba "por hacer servicio a Jesucristo e hacer cosas por que más valiese"; 139a: "aquel que ende muriese iría derechamente a parayso, e aquel que ende escapase fincaría por bueno e habría siempre buena fama, e cuantos dél viniesen"; cf. también 169a, 192a, 195a, 207b, etc.). El tópico recibe curiosa elaboración en las palabras con que Rogel de Barnavila esfuerza a sus caballeros (pág. 239b): "... que se les membrase cómo eran hijos de Jesucristo..., e como él muriera en la santa cruz penado e deshonradamente, que ellos otrosí que muriesen por él; por la muerte que ellos allí tomarían, que ganarían el paraíso... e serían nombrados para siempre jamás, como fué la de Roldán e de los doce pares que mataron en Ronzasvalles en servicio de Dios." El noble barón siente la muerte "deshonrada" como el mayor dolor de Jesús, y refuerza sus palabras, semejantes a las del arzobispo Turpín en la *Chanson de Roland*, con una referencia a la epopeya, muy presente en el anónimo compilador de *La gran conquista:* cf. pág. 265a mención de paladines carolingios. Como en la epopeya, se da también por sentada la pasión caballeresca de la gloria entre los nobles del campo enemigo, pág. 134a, por ejemplo. En cambio, es muy significativo que Gautier-sans-avoir, caudillo de la cru-

cida la pompa, honra y nombradía del mundo caballeresco localizándolo en el pasado es la lamentación por la decadencia del presente y contraste con los buenos tiempos de antaño. Tal el serventesio en que Bertran de Born lamenta *(ed. citada,* pág. 148) *que pretz es mortz, onors e bés,* y varias canciones de Guiraut de Bornelh, quien parece haber tenido predilección por el tema.[20] Es evidente, pues, que la lírica provenzal está actuada por una ardiente ambición de honra mundana y de renombre individual, aunque atiende más a su extensión en el espacio, por así decirlo, que a su perduración en el tiempo. Del todo excepcional es la declaración de Raimbaut de Vaqueiras quien, al final de su segunda carta al Marqués de Monferrato y como paso previo a un pedido de recompensa, subraya la eficacia inmortalizadora de sus versos (ed. O. Schultz-Gora, Halle, 1893, pág. 51):

e plus ancar vos vueill far mensio
que per maint vers e per mainta chanso
ai ieu dicha tan gran meillurazo
al vostre pretz, que bela retraisso
n'er per tostems tro a la fenizo.[21]

Aunque ese aprecio de la fama póstuma es la excepción y no

---

zada del pueblo menudo, disuada ascéticamente a sus hombres de obtener satisfacciones de honra (pág. 16b). Cuando el espíritu de cruzada revive a mediados del siglo XV, bajo la amenaza del imperialismo turco, volvemos a hallar idéntico exhorto a servir a Dios y a ganar fama en los versos del dominico catalán fray Pedro Martínez (ed. M. de Riquer, Barcelona, 1946, pág. 127): *Per vos morir en tant devot mester / deveu cercar los amadors de ffama.*

[20] *Ed. citada,* págs. 244 y sigs., 402 y sigs.; 430 y sigs., y sobre todo 412 y sigs.; la que comienza *Per solatz revelhar / que s'es trop endormitz, / e per pretz, qu'es faiditz, / acolhir e tornar...* Cf. también las primeras coplas de una canción amorosa de Bernart de Ventadorn (ed. C. Appel, Halle, 1915, pág. 118) que contrastan el antiguo empeño en *pretz, onor e lau* con el actual descuido de *pretz e cortezia;* el serventesio de Peire Vidal (ed. J. Anglade, París, 1923, pág. 101: *A per pauc de chantar no · m lais, / quar vei mort joven e valor / e pretz...;* algunas canciones de Guilhem Montanhagol y señaladamente la que lamenta *(ed. citada,* pág. 139): *Mas ges li pro, el temps que n'es passatz, / no cercavon d'amor mas l'onramen...*

[21] La carta continúa así: *e quant hom ser a senhor bon e pro, / pretz l'en rema et a · n bon guizardo, / per qu'ieu n'esper de vos esmend' e do, / senher marques.* Eco de estos versos parecen los que compone en el siglo XVI Ramenat de Montaut, con su excepcional alusión al pervivir póstumo del patrono que ha hecho largueza a un trovador (ed. A. Jeanroy, *Annales du Midi,* LII, 1940, pág. 246): *car negus homs qu'am bon seynor espenda / son temps no · l pert, ans lui fay tal esmenda / que n'er honrat cent ans aprop sa vida.*

la regla en la poesía provenzal, tal clima anímico es muy propicio a su nacimiento. Sin querer establecer una relación causal que atropellaría las fechas, forzoso es reconocer que, cuando el selecto círculo cortesano, a quien los trovadores destinaban sus encomios, se quiebra y extiende —no ya la corte sino la nación—, aparece en la épica popular una situación paralela a la de la epopeya homérica: los héroes atienden celosamente a su fama y los poetas la exaltan, refocilándose en su efulgencia, sin pensar jamás en la gloria que se les pueda deber por la excelencia de su arte o en su poder de inmortalizar a los hombres de acción. Enteramente análogo a los elogios trovadorescos es el primero de los que Ganelón pronuncia ante el rey Marsilio acerca de Carlomagno en la *Chanson de Roland* (ed. J. Bédier, París, 1937, v. 530 y sigs.):

La Chanson de Roland

N'est hom kil veit e conuistre le set
que ço ne diet que l'emperere est ber.
Tant nel vos sai ne preiser ne loer
que plus n' i ad d'onur e de bontet.
Sa grant valor, kil purreit acunter?
De tel barnage l'ad Deus enluminet,
meilz voelt murir que guerpir sun barnet.

La nota del honor caballeresco, identificada en muchos momentos con la de la fama, es uno de los ejes trágicos de la acción del poema. Al primer aviso de la batalla con los sarracenos, Roldán formula el código caballeresco (v. 1117 y sigs.), pero luego, al exhortar a su compañero en lo más áspero de la refriega, se sobrepone la preocupación de la fama póstuma (v. 1466): *Male chançun n'en deit estre cantée.* De igual modo proclama el arzobispo Turpín (v. 1515 y sigs.):

Seignors barons, n'en alez mespensant!
Pur Deu vos pri que me seiez fuiant,
que nuls prozdom malvaisement n'en chant.
Asez est mielz que moerium cumbatant.

Si en su fatal obstinación de valiente, Roldán desoye el consejo de Oliveros de llamar a Carlomagno, lo hace por un temor claramente expresado en la primera respuesta (v. 1054 "*En dulce France en perdreie mun los,*" y variado por la evocación de un círculo cada vez más extenso de árbitros de su fama (vs. 1062 y sigs., 1073 y sigs.):

Respont Rollant: "Ne placet Damnedeu
que mi parent pur mei seient blasmet
ne France dulce ja cheet en viltet!..."
"Ne placet Deu," ço li respunt Rollant,
"que ço seit dit de nul hume vivant,
ne pur paien, que ja seie cornant!
Ja n'en avrunt reproece mi parent..."

A su vez, cuando la derrota es inevitable, Oliveros se niega a llamar a Carlomagno, para salvar su fama (vs. 1701, 1705 y sigs., 1734):

"Mielz voeill murir que hunte nus seit retraite..."
Dist Oliver: "Vergoigne sereit grant
e repruver a trestuz voz parenz;
iceste hunte dureit al lur vivant!..."
"Vos i murrez e France en ert hunie."

El afán de fama está presente en cada momento de la batalla, tanto en cristianos como en paganos. Roldán piensa en la alabanza póstuma que le tributará el guerrero que empuñe tras él su espada Durindana (v. 1121 y sigs.):

ma bone espee, que li reis me dunat.
Se jo i moerc, dire poet ki l'avrat
...que ele fut a noble vassal.

Aelroth, sobrino del rey Marsilio, escarnece a los franceses, amenazándoles entre otros oprobios (v. 1194): *enquoi perdrat France dulce son los*,[22] lo que apena tanto a Roldán (v. 1196: *Quant l'ot Rollant, Deus! si grant doel en out!)* que no sólo le deshace a lanzadas sino que, aun viéndole muerto, se siente obligado a la rectificación (v. 1205 y sigs.):

en dous meitiez li ad briset le col.
Ne leserat, ço dit, que n'i parolt:...
"Oi n'en perdrat France dulce sun los."

Roldán, consciente de su incomparable bravura, tributa el mayor elogio a Oliveros al verle asestar golpe tras golpe (v. 1559): *Encuntre mei fait asez a preiser* pero, a diferencia de los héroes homéricos, su valor le es dictado como responsabilidad individual para la nación toda (v. 1927): *que dulce France par nus ne seit hunie!*

[22] Es también la amenaza del duque pagano Falsaron, v. 1223: *Enquoi perdrat France dulce s'onur!*

Varias veces la *Chanson de Roland* menciona "la Gesta" como autoridad para varias noticias de hecho, sobre todo numéricas (vs. 1685, 2095, 3263, 3742), pero otras como opinión ya fijada, del más alto crédito, que garantiza el valor de ciertos personajes y que citan con igual gravedad el arzobispo Turpín (v. 1441 y sigs.):

Dist l'arcevesques: "Nostre hume sunt mult proz;
suz ciel n'ad home plus en ait de meillors.
Il est escrit en la Geste Francor
que vassals est li nostre empereür,"

y el emir Baligant (v. 3180 y sigs.):

Dist Baligant: "Oïl, car mult est proz [Carlomagno].
En plusurs gestes de lui sunt granz honurs..."

Así, pues, no sólo los héroes proceden dentro del poema movidos por su ansia de fama, sino que el autor sugiere la existencia de otros escritos —históricos más bien que literarios, dado lo fidedigno de su testimonio—, que establecen autorizadamente su gloria: espejismo tan grato como necesario para el hombre medieval éste del grave libro anterior que legitima la veracidad del ameno libro presente.

Queda señalado más arriba el devoto reconocimiento de la victoria como obra de Dios en el *Cantar de Mio Cid*. No por eso son en él menos importantes los conceptos de renombre y honor, integrados en un sistema de virtudes que, según se ha demostrado, es el de la poesía provenzal: *cortezia*, *largueza*, *joi*, *mezura*,[23] y no el de las virtudes cardinales de la Iglesia. No es que el *Cantar*, eminentemente popular, practique la imitación literaria de la artificiosa lírica trovadoresca, sino que al narrar las andanzas de un caballero noble, el poeta no dispone de otros módulos que los reflejados literariamente en la poesía provenzal y en la naciente épica. Por más que, en contraste con la *Chanson de Roland*, el *Cantar* no trate su materia como mito simplificado y simbólico, por más que sea tan evidente su rechazo de la vida cortesana —el poeta contrapone a la corte ociosa que rodea al flojo rey[24] el esfuerzo

Mio Cid

[23] E. KULLMANN, *Die dichterische und sprachliche Gestalt des Cantar de Mio Cid. Romanische Forschungen*, XLV, 1931, pág. 6 y sigs.

[24] Pintura que viola audazmente la verdad histórica, como es notorio. Cf. R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*. Madrid, 1929, pág. 324 y sigs.

guerrero del Cid y de los suyos, ahondado como un elemental ganarse el pan— y por más que sea tan deliberado el aburguesamiento del personaje central en su cálculo de ganancia, con todo, la honra y la gloria no son menos esenciales aquí que en la *Chanson*. El *Cantar* comienza cuando el Cid, por obra de sus calumniadores, ha perdido posición y honra. Recobrarla y acrecentarla es el fin de su actividad, declarado en la explicación de los agüeros a la entrada de Burgos (v. 14 y v. 146, conjetural, basado en la *Primera crónica general*, pág. 523b, línea 25):

> ¡Albricia, Álvar Fáñez, ca echados somos de tierra!
> Mas a grand ondra tornaremos a Castiella.

Por eso, entre los móviles de conducta del Cid y de sus vasallos figura muy señaladamente el de forzar la corte hostil de Alfonso VI a reconocer sus hazañas. El primer pensamiento de Álvar Fáñez, victorioso en la batalla contra el rey Galve, es para ese escenario ideal de su gloria, siempre presente en el ánimo de los desterrados (v. 782 y sigs.):

> Dize Minaya: "Agora so pagado,
> que a Castiella irán buenos mandados
> que Mio Cid Roy Díaz lid campal a arrancado."

De igual manera procede el Cid, quien remata la promesa de dádivas a sus yernos con el deseo de que se entere de sus larguezas todo el ámbito territorial sobre el que reina Alfonso VI (v. 2579 y sigs.):

> Que lo sepan en Gallizia e en Castiella e en León
> con qué riqueza enbío mios yernos amos a dos.

Todo el poema no es sino la progresiva búsqueda de honra del infanzón (v. 3298) que parte deshonrado al destierro. Lo único que quiebra esa recta ascendente es la peripecia de los Infantes de Carrión en la afrenta de Corpes. Subsanada gracias a las cortes y al juicio de armas, la honra del Cid prosigue su curso y se enaltece merced a las bodas de las hijas con los infantes de Navarra y Aragón. El *Cantar* acaba triunfalmente subrayando cómo el héroe ha alcanzado honra casi regia, que desciende, a su vez, sobre todos los suyos (v. 3722 y sigs.):

> ¡Veed quál ondra creçe al que en buen ora nació,
> quando señoras son sues fijas de Navarra e de Aragón!

Oy los reyes d'España sos parientes son;
a todos alcança ondra por el que en buena nació.

La expresión de este celoso afán de honra es mucho más frecuente en el *Cantar* que en la *Chanson de Roland*, por lo mismo que el Cid tiene muy dolorosa conciencia de inferioridad en este punto. El poeta no se cansa de subrayar cómo, contra lo que pudiera pensarse, cada acto del héroe y de sus allegados está lleno de honra. Así comenta la victoria sobre el fanfarrón Conde de Barcelona (v. 1011):

I venció esta batalla por o ondró su barba.

Mio Cid piensa traer mujer e hijas a su recién ganada Valencia (v. 1280):

de guisa irán por ellas que a grand ondra vernán,

y más adelante instruye a los suyos (v. 1469):

con grand ondra aduzídmelas delant.

Tanto agasaja el Rey a las damas y su séquito que ello redunda en honra del Cid (v. 1537 y sigs.):

ondrado es mio Çid en Valençia do estava
de tan grand conducho commo en Medínal sacaran.

La lealtad del moro amigo Abengalbón se mide también por este tributar honra (v. 1554, 1558):

a Minaya e a las dueñas ¡Dios, cómmo las ondrava! ...
Con estas alegrías e nuevas tan ondradas...

En la gloriosa entrada en Valencia de la familia del desterrado, el poeta da su nota al comienzo (v. 1578):

Recebidas las dueñas a una grant ondrança,

y la repite al final de la misma *laisse* (v. 1609):

A tan grand ondra ellas a Valençia entravan.

Los infantes de Carrión piensan que en sus bodas con hijas del Cid, ellos aportan la honra y Mio Cid, el provecho (v. 1888):

casar queremos con ellas a su ondra y a nostra pro,[25]

[25] La primera vez que se les ocurre a los Infantes el proyecto de emparentar con el Cid, suena cínicamente su motivo (v. 1374): "bien casariemos con sus fijas

y no sólo el Rey, a quien tal dicen, cree sinceramente lo mismo (vs. 1905, 2077), sino también el propio Cid, a pesar de su íntimo recelo (vs. 2085, 2188, 2198):

> perteneçen pora mis fijas e aun pora mejores...
> Hyernos vos adugo de que avremos ondrança...
> deste vuestro casamiento creçremos en onor.

Ya sabemos que estas palabras del Cid obran como verdadera ironía trágica. De hecho son los infantes, infamadores del héroe, los que ganan honra por entroncar con él (v. 2174):

> Grant ondra les dan a ifantes de Carrión.

Pero, a pesar de la afrenta de Corpes, cuando Mio Cid entra en las cortes convocadas para juzgarla (v. 3111):

> a grant ondra lo reçiben al que en buen ora naçió.[26]

El Cid enrostra a los Infantes la generosidad y buena fe con que les ha tratado (v. 3261 y sig.):

> A la salida de Valençia mis fijas vos di yo,
> con muy grand ondra e averes a nombre.

Cuando los enviados de Navarra y Aragón aparecen providencialmente en las Cortes para pedir la mano de doña Elvira y doña Sol, el Rey autoriza las nuevas bodas (v. 3413):

> ca créçevos i ondra, e tierra e onor.

Como eco resuena la voz jubilosa del fiel Álvar Fáñez (v. 3452 y sigs.):

> ¡Grado a Dios del çielo e aquel rey don Alfons!
> assí creçe la ondra a mio Cid el campeador!

---

pora huebos de pro." Pero por el momento vacilan en llevarlo a la práctica; el último verso que pronuncian entonces da la razón de esa repugnancia (v. 1376): "mio Çid es de Bivar e nos, de condes de Carrión." ¿Será distracción del poeta el v. 1883 que los Infantes dicen a solas: "creçremos en nuestra ondra e iremos adelant"? Menéndez Pidal no lo explica en su edición del *Cantar*, Madrid, 1944-1946, págs. 829 y 1096.

[26] Podría objetarse que en los dos últimos versos citados (y lo mismo en los versos 1952 y 2015) no se trata de verdadero honor u honra sino de mero agasajo cortés. Es que, a decir verdad, no parece que estos dos matices de "honra" anduviesen netamente apartados en la mente del poeta. Es claro que el buen recibimiento del Rey (v. 2015) anuncia su intención de devolver al desterrado su gracia y con ella la honra. El notable énfasis con que se enumera quiénes se ponen en pie y quiénes no cuando el Cid llega a las cortes demuestra sobradamente que el poeta (y, luego, su público) no veía en ello formalidad hueca, sino acto simbólico henchido de intención.

Y ante las aposturas del Cid, caballero en Babieca, el Rey declara (v. 3521):

ca por vos e por el cavallo ondrados somo' nos.

Esa honra está ligada por esencia a la sociedad y cae, por consiguiente, bajo el dominio jurídico; se halla escrupulosamente regulada, y hay pocos documentos más instructivos sobre su delicado funcionamiento que el *Cantar*. El Rey, fuente de honra,[27] es quien la quita al héroe y éste, con su lealtad, con sus hazañas y con sus donativos, gana honra por sí —una honra muy semejante a la gloria—, y mueve a Alfonso a cambiar su actitud, a devolverle y acrecentarle su honra, entendida como reputación en la sociedad. El poeta se complace en pintar al Cid como vasallo modelo, ansioso de la gracia de su señor (vs. 1950 y sigs.), y registra con exacta minucia los pormenores de su "omildança" jurídica (v. 2019 y sigs.) y el rendido acatamiento con que siempre acoge al Rey (vs. 3024 y sigs., 3117 y sigs.). También aparecen escrupulosamente delineadas las obligaciones de honra entre señor y vasallo (vs. 2905 y sigs.; 2984 y sigs., 3149 y sigs., 3541) y entre señores rivales: el Conde de Barcelona quiere darse la muerte, no tanto por la derrota en sí como por la villanía de sus vencedores (vs. 981, 1021 y sigs.); don García, el Crespo de Grañón, teme que la honra creciente del Cid achique la suya (v. 1859 y sigs.).

Pero junto a su aspecto social y jurídico, la honra en el *Cantar* implica también una exaltación individualista que estalla en la lacónica jactancia de los héroes (v. 721, cf. v. 1140, casi idéntico):

¡Yo soy Roy Díaz, el Çid, de Bivar Campeador! [28]

De igual modo clama su "diestro braço" en las cortes de Toledo (v. 3456):

¡Hyo so Álbar Fáñez, pora tod' el mejor!

El epíteto "contado" aplicado al Campeador (vs. 142, 152, 493, 502, 1246: conjetural, 1780, 1787: conjetural, 2433; una vez, v. 193, a Martín Antolínez) difícilmente puede separarse de aquellas gestas en que el Arzobispo y el Emir leían las alabanzas de

[27] A. Castro, *Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII*. RFE, III, 1916, págs. 31, 45 y sigs.

[28] Cf. el precepto de don Juan Manuel en el *Libro de los estados*, Parte I, cap. 72 (ed. Gayangos, pág. 322a): "et si entraren de las feridas, débese [el caudillo] nombrar muchas veces a sí et a su apellido."

Carlomagno: también aquí el poeta adopta una actitud de admiración hacia el héroe, anticipadamente ilustre por su figuración literaria. Acciones grandes y menudas se cumplen con los ojos puestos en el escenario ideal más amplio y duradero: España, moros y cristianos, el mundo. Al proponer su plan de ataque a Castejón, concluye Minaya (v. 453):

D'aqueste acorro fablará toda España.

Acerca del Poyo sobre Monreal en que acampa el Cid después de dejar Alcocer, dice el poeta en propia persona (v. 901 y sigs.):

Mientra que sea el pueblo de moros e de la yente cristiana,
el Poyo del mio Çid asil dirán por carta.

Desterrado por el rey, Mio Cid hace voto público de no cortarse la barba, y prevé que todo el mundo comentará su promesa (v. 1242):

e que fablassen desto moros e cristianos.

El galope de Babieca maravilla a todos los presentes (vs. 1588 y 1590), pero el ámbito de los presentes no basta, y el poeta agrega (v. 1591):

des día se preçió Bavieca en quant grant fo España.

La amenaza de venganza de Abengalbón, dolido por la alevosía de los Infantes (v. 2678: "tal cosa vos faría que por el mundo sonás"), no parece identificable con la frase familiar con que la reemplaza una versión moderna ("haría con vosotros una sonada"), antes bien posee en pleno toda su fuerza significativa. Ejemplo elocuentísimo de esta contagiosa sed de nombradía es la actitud de las hijas del Cid, sumisas y tímidas como las mujeres todas del *Cantar*, por quienes el Cid vela como por un ganado caro e indefenso (v. 2002 y sigs.). Sin embargo, ante la afrenta inminente, doña Sol suplica a los Infantes que las degüellen, más bien que infligirles golpes deshonrosos, y se consuela con su fama póstuma como mártires y con el testimonio que sobre su inocencia dará todo el mundo (v. 2729 y sigs.):

cortandos las cabeças, mártires seremos nos.
Moros e cristianos departirán desta razón,
que por lo que nos mereçemos no lo prendemos nos.

El roman courtois

Por otra parte, si se tomara el coetáneo *roman courtois* como material de estudio exclusivo, fácilmente se caería en el peligro de exagerar el alcance de la fama en el pensamiento medieval: tan frecuente y decisivo es en este género literario como poderoso móvil de acción. En el *Cligés* de Chrétien de Troyes, Alejandro, príncipe de Constantinopla, oyendo las nuevas de Artús, aspira a que éste le arme caballero y justifica con varias reflexiones tópicas su pretensión (ed. W. Foerster, Halle, 1901, v. 86 y sigs.): *Biaus pere, por enor aprandre / et por conquerre pris et los...* (cf. también 68 y sigs., 151 y sigs., 154 y sigs., 166 y sigs.). En el *Yvain*, del mismo autor, el héroe pide a la doncella y a los jóvenes a quienes ha salvado que cuenten la aventura a don Galván (ed. W. Foerster, Halle, 1913, v. 4278 y sigs.):

et comant il s' est contenuz
viaut que li soit dit et conté,
car por neant fet la bonté,
qui ne viaut qu' ele soit seüe.

Quien pudiese cazar el jabalí blanco —dice la Reina para picar la ambición de Guingamor— ganará mil libras de oro y *merveillus los (Guingamor*, ed. E. Lommatzsch, Berlín, 1922, v. 161). Varios pasajes del *Galeran de Bretagne* de Jean Renart tratan del merecer o adquirir fama como deber del caballero novel y ocupación del caballero andante (ed. L. Foulet, París, 1925, vs. 1154, 3604, 5489, y sobre todo 5121 y sigs., y 5481 y sigs.):

Nous sommes nouviau chevalier,
si nous devrïons esveillier
en acquerre los et proesce...
de ceulx qui sont par terre errant,
et los et renom acquerant.

Con igual fuerza, la idea de la fama puede en el *roman courtois* paralizar la acción. Por ella el rey Marco no mata a Tristán, al hallarle dormido e inerme, en el poema de Béroul (ed. E. Muret, París, 1928, v. 2017 y sigs.):

Et se g'esvel cest endormi
et il m'ocit ou j'oci lui,
ce sera laide reparlance.

Por ella Fenice, en situación semejante a la de Iseo, rechaza con horror la idea de adulterio *(Cligés*, ed. citada, v. 3145 y sigs.):

Miauz voldroie estre desmanbree
que de nos deus fust remanbree
l'amors d'Iseut et de Tristan,
don tantes folies dit l'an...

Así, pues, no falta siquiera, como en la épica, aunque de modo más vivo y eficaz, la fama literaria de unos personajes que viene a moldear positiva o negativamente la de otros.

Gloria caballeresca

En la Edad Media el terreno propicio para el culto de la fama no es, según hemos visto, el dominio del pensamiento, regido por la Iglesia, sino el de la acción, el ambiente caballeresco y cortesano que, a diferencia del eclesiástico, no cultiva como especial medio de expresión el ejercicio literario. Quizá a esta misma independencia de la hegemonía eclesiástica, representante de una tradición multisecular, se deba la originalidad y calidad artística de la lírica provenzal y de la épica romance en que se reflejó literariamente aquel ambiente mundano. Como quiera que sea, en el glorioso siglo XII la pujanza del sector profano de la vida reobra sobre la clerecía de varios modos. Uno de ellos es la represión violenta de esa Occitania, razonadora y poco clerical (aunque devota), la extirpación de las herejías que postró el Mediodía de Francia y determinó la decadencia de su creación peculiar, la lírica provenzal. Otro modo, de incalculable importancia para las letras romances, es el propósito de la Iglesia de encauzar dentro de sus propias vías el despertar intelectual que se había expresado en aquella literatura y en aquellas herejías. En contraste con la antigua regla de San Benito, la Iglesia, lejos de huir del siglo y refugiarse en el convento, sale, con las órdenes mendicantes, a buscarle, a atraerle y darle el modo de pensar que estima ortodoxo. Para que tal enseñanza fuese eficaz, como ciertamente lo fué, la Iglesia debió atender, a su vez, a las aficiones y tendencias de su grey. Resultado de esa actitud contemporizadora son las obras profanas (bien que mechadas de toda suerte de doctrinas), como el *Apolonio* y el *Alexandre*, con que la Iglesia condesciende a entretener el vulgo; pero más importante es quizá el hecho de que las ideas profanas invaden su propia esfera y por

momentos tiñen con su colorido antiascético las más grandes obras literarias de los siglos XII y XIII. No se puede pensar, por ejemplo, en alma más deliberadamente ortodoxa que la del devoto poeta lugareño que fué Gonzalo de Berceo. Sin embargo, aunque venera con tanto celo las virtudes monacales de Santo Domingo, los rigores de ermitaño de San Millán o las visiones de Oria, la niña serrana, se le ha filtrado en sus rimas piadosas buen número de expresiones del mundo caballeresco. Reflejan el orden feudal los sentenciosos versos con que Berceo excusa el enojo del Rey con su desobediente concejo de Hita *(Vida de Santo Domingo de Silos,* 740cd):

> Vasallo que traspasa mandado de sennor,
> nol deuía valer a cuyta nul fiador,

y aquellos con que comenta los dolores de Jesús crucificado *(Loores de Nuestra Sennora,* 73cd):

> Sennor que por vassallos façe tal satisfaçión
> debía ser servido con grant devoçión.

Gracias a Cristo y, luego, a la Virgen queda levantada la acusación o reto que pesaba sobre el hombre *(Ibidem,* 111d):

> Por ti es tu linage, sennora, desreptado.

La culpa de Adán, que la Virgen contribuye a expiar, recibe una designación técnica del derecho feudal *(Ibidem,* 215b):

> toda la vieia sanna por ti fué perdonada,

mientras la vida humana, llena de riesgos, se asimila a la maniobra típica de la guerra medieval *(Ibidem,* 215, cd):

> acórrenos, sennora, sey nuestra pagada,
> ca yace en grant peligro la nuestra cabalgada.

Una imagen feudal ensalza la devoción de San Pablo *(Milagros de Nuestra Sennora,* 860b):

> que fué leal vassallo de Dios nuestro Sennor.

El uso de las imágenes caballerescas es singularmente propio y eficaz. Santo Domingo, novicio ejemplar, es caballero novel en la milicia de Dios *(Vida de Santo Domingo de Silos,* 84a); en la perfección de su vida de ermitaño, San Millán recibe el título

de "el buen campeador" (*Vida de San Millán*, 123a, ed. C. Carroll Marden, Madrid, 1928) y su triunfo sobre el demonio es una victoria en el torneo (*Ibidem*, 174b); San Sixto papa profetiza a San Lorenzo su martirio, concebido como prueba caballeresca (*Martirio de Sant Laurençio*, 72, ed. Janer):

> Antes de quinto día, desto yo te mesturo
> que te verás en priessa en torneo muy duro,
> mas tú terrás el campo, esto seas seguro;
> ganarás grant chorona, mejor de oro puro.

Varias veces se compara la fama de los santos con el ganar prez de los caballeros.[29] Cuando Santo Domingo evoca a los gloriosos moradores del yermo, recuerda en primer término a San Juan Bautista, quien (55 cd):

> fuyó a los desiertos, ende ganó tal prez
> qual non dizrie nul omne, nin alto nin rafez.

La misma imagen indica que los milagros de San Millán después de su muerte superan a los que ha obrado en vida (*Vida de San Millán*, 319ab, ed. Janer):

> Después fezo vertudes el confessor onrado,
> porque ganó grant preçio, maes que auie ganado,

y designa su más sonado milagro, la intervención en la fabulosa batalla contra Abderramán (*Ibidem*, 363 cd):

> mas aún XXVIII menos de mil era
> quando ganó el preçio rico de grant manera.

Más expresa es la imagen en boca del diablo, que interpreta malignamente la amistad del anciano San Millán con unas santas mujeres (*Ibidem*, 265 cd):

> en la fin iaze el preçio de la caballería,
> la qual as tú tornada en pura garzonía.[30]

[29] El cual queda reconocido como móvil normal de bravura en la *Vida de San Millán*, 291 ab: "Yssieron los de dentro por con ellos lidiar, / Abundançio primero, por el preçio ganar."

[30] Muy curiosos son los resabios no ya del mundo épico caballeresco, sino de su literatura. Ante todo, el uso de la voz "gestas" trasladado de su acepción normal, '[relato de] hazañas guerreras' al de 'vida de santo.' Así, al referirse a lo mucho que le queda por contar después de la muerte de Santo Domingo, dice Berceo (*Vida de Santo Domingo de Silos*, 487 cd, ed. citada): "Aun después nos finca vna gesta cabdal, / de que farie el omne vn libro general." O al aludir a la fuente de su poema (*Ibidem*, 571 cd): "Juhan avie nomne, si otri non mintió, / el que primera-

La largueza o liberalidad, alabada sin cesar por los trovadores (personalmente interesados en su cultivo), pone en movimiento la acción del *Milagro XXIII*. Berceo describe así a su burgués de Constantinopla (copla 627, ed. A. G. Solalinde, Madrid, 1922):

> Era esti burgés de muy grand corazón,
> por sobir en grand precio fazíe grand missión,
> espendíe sos averes, dávalos en baldón,
> quiquier que li pidiesse, él non dizríe de non.

No es la caridad[31], subraya sin proponérselo Berceo, lo que impulsaba al burgués a ser liberal, sino su deseo de "preçio," señalado no menos de tres veces. En efecto, la copla siguiente declara sin dejar duda:

> Por exaltar su fama, el su preçio creçer,
> derramaba sin duelo quanto podíe auer:
> sil menguaba lo suio, aun por más valer
> prendíe de sus veçinos mudado volunter.

Cuando le "falleçió la pecunia" no ruega a Dios que le permita restituir a sus vecinos lo que les ha tomado, ni que le devuelva la riqueza para continuar socorriendo a su prójimo. Lo que le atormenta y lo que enrostra amargamente a Dios es el torcedor de la fama perdida (633):

---

mente la gesta escriuió." O al darle por terminado (*Ibidem*, 574 c): "La gesta del confessor en cabo la tenemos." También emplea el término "gesta" en matiz más vago de 'explicación,' 'significado' (*Del sacrificio de la missa*, 245 a, ed. Solalinde, Madrid, 1913): "Las tres cruçes tras éstas retraen otra gesta." Testimonio de familiaridad con la épica de asunto carlovingio es la comparación entre el Rey de León y los dos héroes más caracterizados de aquellos poemas (*Vida de San Millán*, 412 ab): "El rey don Remiro, un noble caballero / que non venzrien de esfuerzo Roldán ni Olivero..." Y testimonio de familiaridad con la épica castellana es conferir al rey David la aposición ornamental de Galín García y de Álvar Fáñez Minaya en el *Cantar de Mio Cid* (vs. 443 b y 489; cf., también v. 79): *Vida de Santo Domingo de Silos*, 29 c: "Dauid, tan noble rey, vna fardida lança..." Cf. 264 a.

[31] Como podría suponerse interpretando anacrónicamente el "muy grand corazón" al tenor de la frase moderna "¡Qué gran corazón!" En la Edad Media, el "gran corazón" está más cerca del *magnanimus* latino que del "magnánimo" romance. Cf. *Mio Cid*, v. 1655 en que refiriéndose a la batalla inminente el héroe dice "créçem' el coraçón" no por caridad, pues, sino por coraje y ánimo. Menéndez Pidal en el *Vocabulario* del *Cid*, *s. v.* cita ejemplos de las *Partidas* y la *Primera crónica general*. Por lo demás, el "gran corazón" es también nota del ideal caballeresco: el *Alexandre*, P 587 c presenta a Ayax como "caballero de preçio e de grant coraçón" y, por supuesto, al protagonista (O 5ab): "vn rey noble pagano / que fué de grant esforçio, de coraçón loçano", esto es, de ánimo altivo. Cf. también P 12c, P 14a, P 2275b; *Poema de Alfonso Onceno*, 715, 1713, 1817d, 1837c; la *Gran conquista de Ultramar*, ed. Gayangos, pág. 189b.

Sennor, hasta agora tú me has cabtenido,
so ia por mis peccados en falliment caído.
El preçio que auía todo lo e perdido,
mucho más me valiera que non fuese naçido.

La Alexandreis

De igual modo, el ansia de gloria, propia del sector profano, invade el gabinete del clérigo y le hace abrir los ojos, con nueva atención, a los héroes de la *Eneida*, con su original sentido de honor, a los de Ovidio, Lucano y Estacio, ávidos de renombre. Típica de esta interferencia es la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon, la mejor imitación medieval de la epopeya clásica; su muchedumbre de personajes, devorados por el amor a la fama, no se presentan como creaciones objetivas cuyos sentimientos el poeta puede o no compartir, sino como proyección de sus propios sentimientos, muchas veces impetuosamente expresados. Es, en efecto, el poeta en propia persona quien comienza por asegurar que, de no haber muerto Alejandro prematuramente, su fama hubiera eclipsado la de César y la de todos los romanos *(Alexandreis,* ed. F. A. W. Mueldener, Leipzig, 1863, I, 5 y sigs.):

qui si senio non fractus inermi
pollice fatorum iustos uixisset in annos,
Caesareos numquam loqueretur fama triumphos,
totaque Romuleae squaleret gloria gentis.

El poeta insiste en la superioridad de su héroe sobre los emperadores romanos (V, 491 y sigs.); echa de menos en el trono de Francia un Alejandro que ultime la Reconquista en Oriente y en Occidente (V, 510 y sigs.); da como defensora de Alejandro, cuando combate solo dentro de la ciudad enemiga, su misma fama (IX, 387 y sigs.), y a todo lo largo del poema se muestra entusiasta de la "fama resplandeciente" (III, 244) del héroe; él es quien contrapone la innoble muerte de Ciro con su larga fama (II, 537), quien presenta a la Gloria como compañera de la Victoria (IV, 415) y quien acuña en un verso lapidario (X, 48) la perversidad peculiar de la maledicencia *(Detractio)* de rebajar la debida alabanza. No hay en esta epopeya diferenciación dramática de caracteres y, particularmente con respecto a la fama, todos convienen —con el autor— en darle altísimo precio. Aristóteles acaba su exposición doctrinal engolosinando a su regio

pupilo con la promesa de renombre eterno (I, 182 y sigs.). El flautista Cleadas intenta mover a clemencia a Alejandro recordando las antiguas glorias de Tebas y principalmente a Alcides, cuya fama eclipsa la de todos y se extiende por el mundo entero (I, 338 y sig.). El respeto a la propia fama impide huir al vencido Darío (V, 290 y sig.), el cual, al arengar a sus pocos soldados fieles, les señala la gloria que recordará su lealtad (VI, 330 y sigs.):

non erit ulla
nescia tam recti, tam non obnoxia iustis
surdaque posteritas, quae uos non efferat aequis
laudibus in caelum, quae non memoranda loquatur,
quae uos et meriti taceat praeconia uestri.
Viuere per famam dabitur post fata sepultis,
sola mori nescit eclipsis nescia uirtus,

y, por la gloria de sus antepasados, les exhorta a empeñarse en no vulgar batalla (VI, 330 y sigs.). Nicanor y Símaco, descendientes directos de Euríalo y Niso, de Dimante y Hopleo, emprenden su hazaña con la mira puesta en su fama particular más bien que en el provecho general (IX, 96 y sigs.):

Audendum est aliquid quod nos, de margine ripae
hostibus expulsis nostra uirtute, coronet
uictrici lauro, uel si quid fata minantur,
induat aeterna nudatos corpore fama.

Para detener a Alejandro, los macedonios alegan, entre otras razones, no su menor deseo de gloria sino el temor de sucumbir oscuramente, sin poder hacer alarde de su mérito (IX, 538 y sigs.). La Naturaleza aguija a Lucifer a atacar a Alejandro recordándole la antigua *laus* y *gloria* que ha ganado en su triunfo sobre el primer hombre (X, 102). Hasta a la asamblea infernal, que delibera sobre la muerte del héroe, acredita Gautier el mismo sentimiento, ya que a la propuesta de Traición de envenenar a Alejandro, sigue general aclamación y alabanza (IX, 159 y sigs.).

No obstante, ninguno de estos personajes puede compararse en su hambre de gloria con el protagonista. El verso que el poeta le aplica en sus mocedades (I, 189): *mens igitur laudum stimulis sibi credula feruet* es igualmente adecuado para toda su carrera: el aguijón de la fama es el eje de su carácter caballeresco, y a él se subordinan los otros rasgos, tales como valor, clemencia, libe-

ralidad. Altamente instructivo es observar la amplificación con que Gautier glosa varias anécdotas célebres, todas ellas reelaboradas de tal modo que cada situación sirve de punto de partida para una fogosa tirada sobre la gloria, en la mayor parte de los casos, ajena a la anécdota original. En VI, 478 y sigs., Alejandro envidia a Aquiles haber tenido a Homero por heraldo de su valor; en II, 484 y sigs. (cf. IV, 575 y sigs.) abandona el botín a los suyos a cambio de su ración de gloria;[32] en IV, 131 y sigs. rechaza el consejo de aceptar una paz ventajosa; en IV, 353 y sigs., de sacar partido de la noche para asegurar su victoria; en VII, 350 y sigs., llora ante el cadáver de Darío; en VII, 525 y sigs., promete vengarle de sus asesinos; en IX, 504 y sigs., alterca con sus tropas, reacias a continuar la marcha. Esta última es una de las más complejas reelaboraciones de la *Alexandreis*, ya que Gautier se ha esforzado por amalgamar por lo menos tres situaciones distintas de Quinto Curcio (IX, 2, 11 y sigs., IX, 4, 19 y sigs.; IX, 5, 6 y sigs.), tomando de la primera la observación sobre su peculiar amor a la gloria y su amenaza de partir sin sus soldados; de la segunda el entusiasmo con que los soldados se pliegan a su ambición, y ateniéndose esencialmente a la estructura dramática de la tercera, entre los capitanes y el rey convaleciente, al agradecimiento por su solicitud, al teorizar sobre la vida y la gloria, a la búsqueda de otro mundo (IX, 551 y sigs.):

Verum non est mihi prorsus
mens ea quae uobis, neque enim desistere coeptis
aut bellum finire uolo: non me capit aetas.
Sed neque me spatio aetatis uel legibus huius
metior: excedit aeui mea gloria metas.
Haec sola est uestrum metiri qua uolo regem.
Degeneres animi pectusque ignobile summum
credunt esse bonum diuturna uiuere uita.
Sed mundi rex unus ego, qui mille triumphos,
non annos uitae numero, si munera recte
computo fortunae, uel si bene clara retractem
gesta, diu uixi.[33] *Thracas Asiamque subegi,*

[32] Aquí Gautier ha sustituído sencillamente la esperanza de poseer el Asia, que es lo que Alejandro reserva para sí según Justino y Plutarco, por la esperanza de gloria, sin duda más notable y desinteresada a sus ojos.

[33] Cf. la larga elegía anónima *Consolatio ad Liuiam*, v. 445 y sigs. *(Poetae Latini Minores*, ed. E. Baehrens, 1879, t. 1): *Ipse* [Druso, el hijo menor de Livia, muerto prematuramente] *tibi emissus nebulosi litore Auerni, / si liceat, forti uerba tonore sonet: / "Quid numeras annos? uixi maturior annis: / acta senem faciunt:*

proximus est mundi mihi finis, et absque deorum
ut loquar inuidia, nimis est angustus et orbis,
et terrae tractus domino non sufficit uni.
Quem tamen egressus postquam subiecero mundum,
en alium uobis aperire sequentibus orbem
iam mihi constitui. Nihil insuperabile forti!
Antipodum penetrare sinus aliamque uidere
naturam accelero. Mihi si tamen arma negatis,
non possunt mihi deesse manus: ubicumque mouebo
in theatro mundi totius me rear esse,
ignotosque locos uulgusque ignobile bellis
nobilitabo meis, et quas natura remouit
gentibus occultas calcabitis hoc duce terras.
His operam dare proposui, nec renuo claram,
si fortuna ferat, et in his exstinguere uitam.
Dixit, et ad naues socios inuitat: at illi
ducat eos quocumque uelit hortantur, et ecce
nauticus exoritur per fluminis ostia clamor.

Gautier ha querido imprimir a este episodio absoluta unidad de tónica heroica que, por cierto, no le brindaba Quinto Curcio. Allí es el Rey quien, desesperando de que los macedonios compartan su *auaritia gloriae et insatiabilis cupido famae*, les reúne, trata muy razonablemente de disipar sus temores por los elefantes y pueblos desconocidos de la India, e incurre en la falacia artística de asegurarles que ya no están al principio, sino al fin de sus trabajos, de encandilarles con la promesa de rico botín *(non tam ad gloriam uos duco quam ad praedam)*, y de suplicarles que no le abandonen, en tanto que los soldados le dan la callada por respuesta (IX, 2, 11 y sigs.). No pequeño acierto del poeta francés es que en sus versos sea Alejandro quien proponga la intrépida navegación por el Océano desconocido (IX, 504 y sigs.), lo que motiva la protesta de sus capitanes, mientras en Quinto Curcio es Ceno, uno de sus subordinados, quien le aparta de su rumbo primitivo y le impone este nuevo (IX, 3, 13 y sigs.). Por la misma intención artística ha omitido Gautier un nuevo pánico y rebeldía de las tropas (IX, 4, 15 y sigs.), así como todos los prolijos pormenores alusivos a los padres y carrera de Alejandro en

haec numeranda tibi, / his aeuum fuit implendum, non segnibus annis: / hostibus eueniat longa senecta meis..." La evidente imitación, por parte de Gautier de Châtillon, parecería garantizar la autenticidad de la elegía, no conservada en ningún manuscrito y dada a conocer por primera vez en las ediciones príncipes de Ovidio, Boloña y Roma, 1471.

su discurso de IX, 6, 17 y sigs. No es de extrañar que, logrando perfilar firmemente la pasión de gloria del héroe, no fuera el poeta tan feliz en otros aspectos de su reelaboración, en la trabazón lógica de la réplica citada (IX, 551 y sigs.), por ejemplo, menos rigurosa que la de casi todos los trozos oratorios de la *Alexandreis*.

Precisamente dos situaciones no ofrecidas por los historiadores antiguos son las que con más hipérbole expresan el sentimiento de la gloria: cuando Alejandro propone la conquista de los antípodas (IX, 562 y sigs., X, 314 y sigs.: en Quinto Curcio, IX, 6, 20, el sentido figurado de las palabras *aliam naturam, alium orbem* es evidente, ni hay la menor alusión a la conquista de los antípodas o de otro planeta), y cuando, sintiéndose morir, Alejandro se sospecha llamado al Olimpo para asistir a Júpiter en la administración del Universo o para dirigir las fuerzas de los dioses en una nueva gigantomaquia (X, 399 y sigs.). Por añadidura, Gautier especifica sin dejar lugar a dudas que la gloria ambicionada no es el reconocimiento presente —como en la lírica provenzal y, en parte, en la épica popular— sino, inequívocamente, la fama antigua, la que alarga la breve vida humana con toda la posteridad. Ésa es la que Aristóteles promete a Alejandro niño (I, 182 y sigs.): *si sic / uixeris, aeternum extendes per saecula nomen*, y la que Alejandro envidia a Aquiles (I, 484 y sigs.):

> *O utinam nostros resoluto corpore tantis*
> *laudibus extollat non inuida fama triumphos!*
> *Nam cum lata meas susceperit area leges,*
> *cum domitus Ganges et cum pessumdatus Atlas,*
> *cum uires Macetum Boreas, cum senserit Ammon,*
> *et contentus erit sic solo principe mundus*
> *ut solo sole, hoc unum mihi deesse timebo,*
> *post mortem cineri ne desit fama sepulto,*
> *Elysiisque uelim solam hanc praeponere campis.*

Si se niega a combatir de noche, es porque cuida de su gloria y del póstumo qué dirán (IV, 365 y sigs.):

> *Vincere non tanti est, ut me uicisse dolose*
> *posteritas legat et minuat uersutia famam.*

Compañera eterna de la Victoria en la suntuosa visión romana de IV, 401 y sigs., es:

in aeuum Gloria uiuax.

Como ya se ha visto, Darío expresa su gratitud a los leales asegurándoles la memoria de la posteridad (VI, 330 y sigs.), y a su vez Alejandro tiende a su asesinado rival la compensación de la fama (VII, 355 y sigs.):

miseris mortalibus, inquit,
hoc solum releuamen inest, quod gloria mortem
nescit, et occasum non sentit fama superstes.
Si uitae meritis respondet gloria famae,
nulla tuos actus poterit delere uetustas,
nec te posteritas, rex Persidis, inclite Dari
obtinet, aut ueterum corrodet serra dierum.
Claresces titulis, totoque legeris in orbe,
ausus Alexandro Macetumque resistere fatis.

Y con ese mismo incentivo Alejandro arrastra a los suyos a dar caza al traidor Beso (VII, 525 y sigs.):

uicina est et in ipso limine palma.
Vincendi restant pauci: memoranda per aeuum
gloria, cum seruos uestro mediante labore
audierit domino poenas soluisse perempto
credula posteritas...

Aparte este vivo deseo de gloria sentido como móvil del hombre de acción y expresado mediante la imitación de la epopeya antigua, la *Alexandreis* desarrolla otros aspectos de la idea de la fama, excepcionales más bien que normales en la lírica provenzal y en la epopeya popular. Uno es el concebir la gloria en grado eminente como gloria literaria. Partiendo de la anécdota antigua, Gautier subraya la deuda de Aquiles para con Homero (I, 478 y sigs.):

O fortuna uiri superexcellentior, inquit,
cuius Maeonium redolent praeconia uatem,
qui licet exanimem distraxerit Hectora, robur
et patrem patriae, summum tamen illud honoris
arbitror augmentum, quod tantum tantus habere
post obitum meruit praeconem laudis Homerum.

No menos elocuente es la perífrasis *aliquid carmine dignum*, dos veces empleada con el sentido de "hazaña, proeza" (III, 56, VIII, 82). La palabra de los poetas aparece coordinada con el simple sustantivo "fama" como su total equivalente (III, 331 y sig.):

si praeclara merentur
uatum dicta fidem, famae si credere dignum est.

Alejandro, ya se ha visto, se estremece a la idea de que la posteridad *lea* que ganaba sus victorias con astucias (IV, 365 y sigs.) y tributa la mayor honra a Darío al prometerle que será *leído* su caso en todo el mundo (VII, 362). En la citada visión alegórica de IV, 401 y sigs., la Gloria está representada como poeta en acto de conferir inmortalidad con su verso (IV, 414 y sig.):

lyrico modulamine carmen
immortale canens et in aeuum Gloria uiuax.

El héroe y el poeta que le otorga la gloria van tan íntimamente unidos en el ánimo de Gautier que reprocha a los poetas romanos —señaladamente a Lucano y Claudiano— la gloria exagerada de César y Honorio (V, 498 y sigs.). La víspera de su muerte, Alejandro planea nueva campaña (X, 315 y sigs.) para no dejar sin intentar nada *quo perpetui mereatur carminis odas.*

Corolario de esta venerada gloria literaria es otra curiosa faceta de la *Alexandreis:* su presentación del poeta como inmortalizador y como digno, por su arte, de la inmortalidad de la fama. Ya en la proposición del poema, tras invocar a la Musa antigua (I, 5), se dirige a su patrono, Guillermo, arzobispo de Reims, a quien dedica "su Camena" pidiéndole inspiración y lauro poético (I, 25 y sigs.). Al comentar la conducta del fiel Patrón, jefe de los mercenarios griegos de Darío, introduce la promesa de eternizarle, con un eco virgiliano, pero añade de suyo la arrogante confianza en su propia inmortalidad (VI, 506 y sigs.):

Inclita Patronem seruandi gloria regis
fecerat insignem: si quis tamen haec quoque, si quis
carmina nostra legat, numquam Patrona tacebit
Gallica posteritas: uiuet cum uate superstes
gloria Patronis nullum moritura per aeuum.[34]

Puede variar el destinatario o las circunstancias de la promesa, pero lo que sin duda era esencial para Gautier —la seguridad de lo duradero de su obra— se repite inalterablemente. Así, al di-

[34] Cf. *Égloga VI*, 9 y sigs., en que Virgilio se exime de la obligación de celebrar a Varo: *si quis tamen haec quoque, si quis / captus amore leget, te nostrae, Vare, myricae, / te nemus omne canet...*

rigirse a Darío (más la implícita equiparación con Lucano: VII, 344 y sigs.):

> *Te tamen, o Dari, si quae modo scribimus olim*
> *sunt habitura fidem, Pompeio Francia iuste*
> *laudibus aequabit: uiuet cum uate superstes*
> *gloria defuncti nullum moritura per aeuum.*

Así, al acabar el poema en exacta simetría con su comienzo: tras la despedida de las Musas (X, 458 y sigs.), Gautier se encara con el arzobispo Guillermo dedicándole su obra con un nuevo recuerdo virgiliano, para concluir con la consabida fórmula (X, 463 y sigs.):

> *suscipe Gualtheri studiosum, magne, laborem,*
> *praesul, et hac uatis circum tua tempora sacrae*
> *non dedigneris hederam coniungere mitrae.*[35]
> *Nam licet indignum sit tanto praesule carmen,*
> *cum tamen exuerit mortales spiritus artus,*
> *uiuemus pariter: uiuet cum uate superstes*
> *gloria Guillermi nullum moritura per aeuum.*

Baudri de Bourgueil

La de Gautier no es la única voz de la clerecía que con tanta pasión toma orgullosa conciencia de su papel. Lo mismo había hecho ya Baudri de Bourgueil, precursor de los grandes poetas latinos del siglo XII, a quienes es muy inferior en inspiración y elegancia. Sus obras le retratan como letrado que, sin especial mensaje que expresar, profesa verdadera pasión por el pasatiempo de versificar entretejiendo reminiscencias laboriosas de poetas antiguos, Ovidio en primer término. Es muy sintomático que los numerosos epitafios que compuso no hablen de la fama del muerto, excepto cuando éste es poeta, como en el caso de Godofredo de Reims (XCIX y CI, ed. Ph. Abrahams, París, 1926), y que los elogios dirigidos a contemporáneos mencionen la fama sólo en relación con el mecenazgo que el celebrado dispensa a los poetas (CCXXX). Baudri, fiel a la letra de sus leídos Horacio, Ovidio, Lucano y Marcial, asocia muy estrechamente la gloria con el ejercicio de la literatura. Como ellos, contrapone lo duradero de la recordación literaria a lo transitorio de la monumental (CXXXI).

[35] Esta vez son los conocidos versos de la *Égloga VIII*, 12 y sigs., que también adoptó Garcilaso: *atque hanc sine tempora circum / inter uictrices hederam tibi serpere lauros.*

Su motivo característico es la promesa de inmortalidad, gracias a sus versos (II, a su amigo Pagano; CXLVI, a su escriba; CLIV, a su punzón; CLXXIX, a su amigo Máyolo; CXCVII, a la condesa de Blois, Adela, solicitándole una capa a cambio de sus promesas de eternización poética, en parte humorísticas; CCXXX, al duque Rogelio; CCXXXII y CCVXLIV a Odón, obispo de Ostia). El ejemplo elaborado con mayor detenimiento (CLXI) corresponde a una situación algo distinta pero que redunda igualmente en la exaltación del oficio literario; aquí Baudri es postulante de su admirado Godofredo de Reims a quien implora con extravagantes loores para que le inmortalice en sus versos (vs. 71 y sigs., 83 y sigs., 111 y sigs.):

O utinam per te meruissem perpetuari,
meque perennaret musa canendo tua,
me uelles utinam super astra locare beatum;
si uelles, inter astra locarer ego...
Tunc morerer laetus, morerer cum non moriturus,
cum me non sineret postera fama mori.
O ter felicem celebrat quem fama superstes,
atque superstes erit quem tua musa canit...
Ipsum [su obispo] *carminibus, ipsam* [Reims] *quoque perpetuasti*
et quicquid captas carmine perpetuas.
Te quoque quandoquidem potes aeternare tuosque,
aeterna quaeso nomen in astra meum.

A su vez, parece que algún docto prelado solicitó el honor de figurar en los versos de Baudri, según se desprende de la epístola de cierto Odón (CCXLII), si es que ese Odón, de identidad discutible, no es un corresponsal imaginario, por el estilo de las devotas admiradoras, Emma, Muriel, Constanza, que le sirven para prodigarse fervientes elogios a sí mismo (CCXXXIX, v. 20 y sigs.). Real o fingida, la epístola, como todos los versos de Baudri, refleja no sólo vanidad personal, sino apreciación antes inusitada de las letras profanas, que contrasta enérgicamente con la postura de humildad (cuando no el eclipse completo) del poeta en las obras coetáneas en lengua vulgar.

Enrique de Avranches

Por esa misma convicción, difícilmente poeta alguno escribió a su patrono con más ingenua vanidad (y menos fundamento) que Enrique de Avranches a Federico II:[36]

[36] CURTIUS, *Obra citada*, pág. 480.

Cum tua sic alios premat excellentia reges
simque poesis ego supremus in orbe professor,
dicendi, licet equiuoce, sumus ambo monarchi,
et summum reputo quod in hoc communico tecum.

Menos exagerada, la epopeya *De bello Troiano* de José de Exeter, compuesta a fines del siglo XII, presenta sumariamente los rasgos distintivos de la actitud de la clerecía de su época ante la gloria. Como móvil de acción impulsa a los guerreros que inician la guerra de Troya a mostrar el género de combate en que cada cual sobresale (V, 21 y sigs.):

José de Exeter

sua quaelibet angit
gloria; qui iaculis longe, qui commimus ense,
qui pede, qui curru fidit uel classe mereri
promptior, agnosci petit, expectatque uidentem
percussura manus, et si quid nobile possit,
in tenebris sepelire pudet.

En cuanto a la gloria como recompensa del poeta, José de Exeter, si no se la promete abiertamente como Gautier de Châtillon y tantos otros coetáneos, de hecho la da por segura al prevenir a su libro contra los ataques de la envidia, que concibe como un reconocimiento negativo del mérito (VI, 962 y sigs.):

Viue liber, liberque uige; sed si qua nocebunt,
disce libens liuore nihil sublimius esse.
Cum tibi mordaces obliquent laeua cachinnos
murmura, cum cupiant linguis lacerare profanis,
sis utinam inuidia dignus, quae summa lacessit,
quam pascit praesens, extremaque terminat aetas.

Estos versos finales de la docta epopeya reflejan ya citadas opiniones antiguas sobre la envidia literaria y equivalen, en cierto modo, al "envío," cada vez más frecuente desde el siglo XII, en que el poeta declara su nombre y solicita aplauso para el presente y el futuro.

Vale más que hipérboles y motivos convencionales el testimonio de hombre tan crítico y agudo como Walter Map quien, en su briosa querella contra los antiguos, destaca un hecho que debió de imponerse a más de un letrado medieval al reflexionar sobre la gloria: el presente ofrece materia no inferior a la de Grecia y Roma; es la incuria

Walter Map

o la malicia de los escritores modernos la que desvanece la memoria de los hechos coetáneos. De donde se colige —subraya Map— la importancia capital de los poetas para rescatar del olvido a los héroes *(De nugis curialium, Distinctio quinta,* Prologus, ed. M. R. James, *Anecdota Oxoniensia,* XIV, 1914, pág. 203):

> *Antiquorum industria nobis pre manibus est; gesta suis eciam preterita temporibus nostris reddunt presencia et nos obmutescimus... Habet et nostra tempora forsitam aliquid Sophoclis non indignum cothurno. Iacent tamen egregia modernorum nobilium et atolluntur fimbrie uetustatis abiecte... Lucerna non defectu materie sopitur, sed succumbunt artifices, et a nostris nulla est autoritas. Cesar in Lucani, Eneas Maronis, multis uiuunt in laudibus, plurimum suis meritis et non minimum uigilancia poetarum. Nobis diuinam Karolorum et Pepinorum nobilitatem uulgaribus ritmis sola mimorum concelebrat nugacitas, presentes uero Cesares nemo loquitur.*[37]

A este último comento que revela atención, siquiera desdeñosa, a la épica popular, sigue la anécdota de Alejandro ante el sepulcro de Aquiles, glosada en estos términos:

> *Hic magnus Alexander mihi testis est quod multi secundum scriptorum uiuunt interpretacionem, quicumque meruerunt inter homines uiuere post mortem.*

Es muy verosímil que en la queja de Map haya influído el contraste de Salustio (historiador favorito de la Edad Media) entre la historiografía griega y la romana *(Conjuración de Catilina,* 8), como en la creación del sentimiento de la importancia del poeta y en su expresión han influído sin duda varios pasajes de Propercio y de Ovidio. Pero, sin rebajar la importancia de este influjo, no creo que haya sido eficaz sino porque expresaba, con el prestigio de la Antigüedad, lo que quería expresar el hombre del siglo XII,[38] el clérigo que quiere arrogarse, también él, la glo-

[37] CURTIUS, *Obra citada,* pág. 173, reúne varios ejemplos de Eginardo y poetas de la época carlovingia para documentar cómo la personalidad de Carlomagno actualiza la defensa del presente, expresada desde Isócrates, Horacio, Ovidio, Tácito, Marcial. De igual modo, el entusiasmo que el Cid inspira al autor del *Carmen Campidoctoris* le lleva a exaltar las hazañas contemporáneas por sobre las decantadas proezas de la Antigüedad, v. 5 y sigs.: *Sed paganorum quid iuuabunt acta, / dum iam uilescant uetustate multa? / Modo canamus Roderici noua / principis bella.*

[38] La concurrencia de testimonios es prueba irrecusable de que es este siglo el decisivo para tal sentimiento y su expresión. Que en los siglos anteriores de la Edad Media se encuentre uno que otro pasaje aislado sobre el punto —por añadidura, en poetas muy medianos a los que de ningún modo puede tomarse como exponentes de su época— es harto natural, ya que la variación retórica de trozos latinos clásicos

ria de que hace tanto caudal la otra parte del mundo, ahora hasta culturalmente importante. Y, en efecto, no es difícil descubrir ahora, en la clerecía más ortodoxa, un doble tratamiento de la idea de la fama: desprecio categórico hacia la *fallax gloria rerum*, esto es, hacia los bienes mundanos —poderío, riqueza, belleza, salud— a la vez que apreciación entusiástica del renombre ganado por méritos intelectuales.

Ascetismo en la Alexandreis *y en* De bello troiano

Así, la exposición de la idea de la fama en la *Alexandreis*, con su fervor literario, no sería completa si no registrase también la condena ortodoxa de los honores y gloria del mundo, muy lógica en el satírico que fué, aparte su epopeya, Gautier de Châtillon. Ante la caída espectacular de Filotas, el poeta exclama (VIII, 332 y sigs.):

Quam friuola gloria rerum,
quam mundi fugitiuus honor, quam nomen inane!

O al recordar la muerte infame de Ciro (II, 533 y sigs.):

Proh gloria fallax
imperii, proh quanta patent ludibria sortis
humanae!

---

fué siempre practicada en las aulas medievales. No creo, en suma, que puedan entenderse como afirmaciones de poetas que han cobrado conciencia del valor de su oficio versos como los de Coripo (mediados del siglo VI) en el Prefacio de su poema *Iohannis* que amplifican, según E. R. Curtius, *Obra citada*, pág. 471, los de Ovidio, *Amores*, I, 10, v. 62 y de Lucano, *Farsalia*, IX, 980: *Omnia nota facit longaeuo littera mundo / dum memorat ueterum proelia cuncta ducum. / Quis magnum Aeneam, saeuum quis nosset Achillem, / Hectora quis fortem, quis Diomedis equos, / quis Palamedeas acies, quis nosset Ulixem; / littera ni priscum commemoraret opus? / Smyrnaeus uates fortem descripsit Achillem, / Aeneam doctus carmine Virgilius: / meque Iohannis opus docuit describere pugnas / cunctaque uenturis acta referre uiris.* Dígase lo mismo del enigma de Aldelmo (m. 709), *De pena scriptoria*, v. 6 y sigs. (T. Wright, *Obra citada*, pág. 556): *Nec satis est unum per campos pandere callem; / semita quin potius milleno tramite tendit, / quam non errantes ad caeli culmina uexit.* Y, por supuesto, no valen más los ridículos versos atribuídos a Wido de Ivrea (segunda mitad del siglo XI), en los que es visible la zafia imitación de lugares ya estudiados de Propercio y Ovidio, 285 y sigs. (ap. E. R. Curtius, *Obra citada*, pág. 479): *Sum sum sum uates, Musarum seruo penates, / subpeditante Clio quaque futura scio. / Me minus extollo quamuis mihi cedit Apollo, / inuidet et cedit, scire Minerua dedit. / Laude mea uiuit mihi se dare quaeque cupiuit, / immortalis erit ni mea Musa perit. / Musa mori nescit nec in annis mille senescit, / durans durabit nec quod amauit abit... / Ut semper dures, mihi te subponere cures, / quod si parueris, carmine perpes eris.* Aun en estas ramplonerías, hay que tener presente que Coripo no se refiere en primer término a la poesía sino al artificio de la escritura *(littera,* no *litterae)*, que salva las memorias de la humanidad. En cuanto a Aldelmo, la idea de que el ejercicio literario pueda llevar *ad caeli culmina* escandalizó a un lector medieval quien glosó al margen: *i. iustos uel fideles (ed. citada, ibidem).*

Y muy en particular en las reflexiones inspiradas por la muerte de Alejandro (pero esmaltadas de alusiones satíricas al presente, a la simonía de Roma), que señalan las ambiciones con las que se atormenta el hombre, olvidado de su efímero destino (X, 437 y sigs.):

dum quaeruntur opes, dum fallax gloria rerum
mortales oculos uanis circumuolat alis,
dum petimus profugos qui nunc uenduntur honores...
ecce repentinae modicaeque occasio febris
dissoluit toto quaecumque parauimus aeuo.
Magnus in exemplo est: cui non suffecerat orbis,
sufficit exciso defossa marmore terra...[39]

De igual modo, la epopeya de José de Exeter presenta un par de rápidas expresiones de la concepción ascética de la gloria. Con motivo de la muerte de Héctor, el poeta deplora en abstracto la instabilidad de los bienes humanos (V, 516 y sigs.):

Si tibi res, fallit casus; si forma, senectus;
si uires, morbus; si nomen grande, litura
postera.

Cuando, a su vez, cae el matador de Héctor, señala cómo perece juntamente la arrogancia de su gloria (VI, 139 y sigs.):

Dux ruit, et tenues iactatrix gloria fructus
cum luctu lucrata perit.

Bernardo de Cluny y la gloria literaria

En otros autores del siglo XII el entusiasmo por la gloria intelectual no suele adoptar, como en Gautier, el arquetipo antiguo o sea la confianza del poeta en la eternidad de su arte, sino que se presenta bajo el atavío de la excelencia espiritual, más duradera y valiosa que la corporal. Así procede el más ascético de los poetas de este siglo, el ya citado Bernardo de Cluny. Su invectiva ataca la *terrea gloria, terrea copia plena fauillae* (I, 719), la *terrea gloria, nunc quasi lilia, cras quasi uentus* (I, 819),

[39] Es notable que estas reflexiones de Gautier, decididamente más satírico que ascético, estén expresadas con palabras antiguas: *gloria fallax* parece eco de Boecio, *Consolación de la filosofía*, III, 6: *gloria uero quam fallax saepe!* El contraste entre Alejandro, descontento en la vida con la redondez del mundo y sosegado después de muerto en su exiguo sepulcro, aparece en Juvenal, X, 168 y sigs.: *Vnus Pellaeo iuueni non sufficit orbis... / sarcophago contentus erit*, quizá como recíproca de los versos en que Ovidio contraponía la pequeñez de la urna de Aquiles a lo inmenso de su nombradía, *Metamorfosis*, XII, 615 y sigs., y que también parece recordar Bernardo de Cluny.

siempre entendida como esplendor material. La tragedia del hombre consiste, a sus ojos, en que tanto esplendor desaparece para convertirse en nombre (I, 887 y sigs.):

Laude superstite, nomine diuite, diues habetur,
urna putredine, patria nomine tota repletur.

Y, para mayor tragedia, aún esta sombra es efímera. Pero no en todos los casos. Hay una gloria duradera: la del literato cristiano, según se desprende del famoso pasaje (III, 295 y sigs.) que reprueba la boga de los autores paganos, Virgilio, Horacio, Lucano, Estacio, y la afición al saber laico. A estas culpables modas, Bernardo opone el verdadero valor de los escritos de San Gregorio Magno (III, 309 y sigs.):

Gregorius meus, immo tonans Deus illius ore,
sero reuoluitur et cito clauditur absque fauore.
Sed sua gloria secla per omnia fine carebit,
mundus eum canet et sua laus manet atque manebit.
Iam stylus aureus eius et igneus haud morietur,
aurea pagina per sua germina suscipietur.

Verdad es que luego contrapone el triste fin de Platón y Cicerón, *ad Styga raptis* (a tal punto el monje poeta, aun atacando la poesía antigua, está empapado de sus mitos), con el felicísimo de Gregorio, elevado al seno de Dios, pero la *gloria* y *laus* de que habla no es teológica, sino mundana y literaria, como se echa de ver por los versos en que opone epigramáticamente la literatura pagana y la cristiana (III, 319 y sigs.):

Dant sibi turpiter oscula Iupiter et schola Christi;
laus perit illius, eminet istius, est honor isti.

Libros Sapienciales

Pienso asimismo que debió de legitimar el amor a la gloria intelectual, incluso ante los ojos más escrupulosos, el alto valor reconocido a la fama en los Libros Sapienciales. Por ejemplo:

> De más estima es la fama que las muchas riquezas (Pr., XXII, 1).
>
> Mejor es la buena fama que el buen ungüento (Eclesiastés, VII, 1).
>
> Cuida de tu buen nombre, pues éste te durará más que mil tesoros preciosos y grandes. Dura la buena vida su número de días, pero el buen nombre durará eternamente (Eclesiástico, XLI, 15).[40]

[40] El buen nombre como fruto de obras pías es un lugar común de los moralistas árabes. Cf. *Los buenos proverbios, Bocados de oro* y otras obras citadas por H. Knust

Base de ese buen nombre es la virtud. Así contrapone la Sabiduría de Salomón los píos e impíos (IV, 19):

> Los impíos caerán sin honra... Y gemirán, y su memoria perecerá.

Otro pasaje (IV, 1 y sigs.) contrasta lo efímero del nombre mantenido por los hijos a lo duradero del nombre mantenido por el recuerdo de la excelencia:

> Más vale no tener hijos y tener virtud, porque la inmortalidad está en el recuerdo de la virtud, porque la reconocen Dios y los hombres..., y marcha coronada para toda la eternidad, victoriosa en el certamen cuyos premios son limpios de mancha.

En sentir del Eclesiástico, X, 21, la fama duradera es don meditado de Dios, quien "hizo perecer la memoria de los soberbios y dejó la memoria de los humildes de ánimo." Y en la recapitulación final (XLIV: "Alabemos a los gloriosos varones, y a nuestros padres en su generación") por dos veces enumera los varones virtuosos.[41] Pero también la sabiduría, concebida con fuerte colorido moral y devoto, suscita por sí sola las más exaltadas alabanzas (Job, XXVIII; Proverbios II, III, 13-20, IV, 5-9, VIII) y asegura a su posesor larga recordación póstuma:

> Además tendré por ella [la sabiduría] inmortalidad y dejaré memoria eterna a los que vinieren después de mí (Sabiduría de Salomón, VIII, 13).
>
> [Si adquieres sabiduría] vestirás manto de gloria y te colocarás corona de congratulación (Eclesiástico, VI, 32).
>
> Y le vestirá [la sabiduría a su devoto] manto de gloria..., y le dará en posesión renombre eterno (*Ibidem*, XV, 5, 6).
>
> Mi memoria [habla la sabiduría], por las generaciones de los si-

en su edición del *Conde Lucanor*, Leipzig, 1900, pág. 344 y sigs. Cf. también la historia de Nidamolmolc en la *Lámpara de los príncipes* de Abubéquer el Tortosí, trad. M. Alarcón, Madrid, 1930, t. 2, pág. 11 y sigs.

[41] Para Sem Tob de Carrión —quien lleva como nombre personal, justamente, el 'buen nombre' preciado en la Biblia—, es la virtud concebida esencialmente como caridad lo que gana buena fama. Cf. *Proverbios morales*, ed. I. González Llubera (Cambridge, 1947), copla 260 y sigs.: "Non a tan buen tesoro como el bien fazer, /nin aver tan segoro, nin con tan gran plazer / como el que tomará aquel que lo fizyere: / en vida le onrrará e después que muriere... / Fyncar la buena fama quando fueren perdidos / los algos e la cama e los buenos vestidos. / Por él será onrrado el linaje que fyncare, / quando fuere acabado lo que dél eredare. / Jamás el su buen nomre non se acabará, / que lengua de tod omre / syenpre lo nomrará." Y a la inversa, copla 308: "Lo ál eredará alguno que non te ama: / para ty fyncará sola la mala fama."

> glos... Quienes me explican tendrán vida eterna *(Ibidem,* XXIV, 28, 31).
>
> El varón sabio se llenará de bendiciones y los que le vean le alabarán... El sabio entre el pueblo poseerá honra y su nombre vivirá en la eternidad *(Ibidem,* XXXVII, 27, 29).
>
> Muchos alabarán su sabiduría y no será destruída hasta la eternidad; su memoria no desaparecerá y su nombre será buscado de generación en generación. Las gentes contarán de su sabiduría y la congregación proclamará sus alabanzas *(Ibidem,* XXXIX, 12-14).

En la mentada recapitulación del capítulo XLIV reciben alabanza muchos sabios, doctores de las Escrituras, estudiosos, músicos. Notable es también la profecía de Daniel, XII, 3:

> Los que hayan sido doctos brillarán como esplendor del firmamento, y los que adoctrinan a muchos en la justicia lucirán como estrellas en perpetuas eternidades.

Reginaldo de Canterbury y otros

Varios autores del siglo XII atestiguan cómo su pensamiento sobre la gloria intelectual descansa en la autoridad de tales pasajes bíblicos. El más explícito es el monje Raginaldo de Canterbury:[42]

> *Flos, decor omnis abit, docti sapientia stabit;*
> *ut firmamentum stabilis uigor est sapientum:*
> *testis scriptura quia permanet immoritura*
> *fama uiri clari nec morte potest uiolari;*
> *id quoque testatur Daniel quia perpetuatur*
> *gloria doctorum, laus et doctrina bonorum...*

Aunque con extraño maridaje de recuerdos paganos, también sabe a estas alabanzas bíblicas el reconocimiento del poder eternizador de la poesía (designada muy en estilo sapiencial como *bona lingua bonorum)* que expresa el abad Lamberto de Saint Bertin al mismo Raginaldo de Canterbury por su vida en verso de Malco:[43]

> *Non moritur, uiuit, loquitur bona lingua bonorum;*
> *ergo deos dicamus eos uitaque fruentes*
> *qui scribunt artesque bibunt ratione uigentes.*

También Abelardo, en los dísticos dirigidos a su hijo, asocia el pensamiento grecorromano y el bíblico para defender la fama

42 *Ap.* E. R. CURTIUS, *Obra citada,* pág. 471.
43 *Ap.* E. R. CURTIUS, *Obra citada,* pág. 479.

intelectual; comienza, en efecto, por asegurar, a la zaga de Horacio, la inmortalidad conferida por los poetas; luego, fiel al espíritu del Antiguo Testamento, afirma que gracias a su fama el sabio sobrevive a su muerte, y acaba por presentar a la naturaleza vencida por el saber:[44]

Qui pereunt in se, uiuunt per scripta poetae;
quam natura negat, uita per ista manet.
Per famam uiuit defuncto corpore doctus,
et plus natura philosophia potest.

Esta *philosophia*, nombrada después del poeta y del sabio,[45] parece abarcar toda la actividad de la clerecía. Es característico de la mentalidad medieval, nada desinteresada, el no contentarse con la sola poesía, como garantía para evadirse de la muerte, y recurrir a todas las artes del letrado.

Además, debió de fomentar el amor a la fama póstuma, otorgada por poetas e historiadores, la excepcional valoración que la clerecía medieval, mantenedora de la tradición judeocristiana, concede al libro, y que constituye uno de sus más elocuentes contrastes con la Antigüedad clásica y con el Renacimiento.[46] Como es sabido, Platón juzga desdeñosamente el libro (*Fedro*, 274c y sigs., *Protágoras*, 329a, *Carta VII*, 341cd) por ser artificio mnemónico, y nunca expresión cabal del pensamiento, y previene gravemente contra el peligro de tomar como verdad última lo que en sí no es sino una notación abreviada que requiere el desciframiento y comentario del autor. Por su parte, la Edad Moderna levanta una de sus más características creaciones, la ciencia, sobre la base empírica de la observación y la experimentación, de modo que el saber transmitido en los libros no es para ella ni el único ni el principal método de conocimiento. Pero para el hombre medieval "libro" y "conocimiento" son términos coextensivos; el saber no es sino memorizar textos antiguos: "de cuer sey los actores, de liuro non he cura" declara el protago-

44 *Ap.* E. R. CURTIUS, *Obra citada*, pág. 471.

45 Por otra parte, *doctus* forma muy sutil puente entre la poesía y la filosofía, ya que en latín clásico es frecuente epíteto de *poeta:* Catulo, XXXV, 17; Tibulo, III, 6, v. 41; Ovidio, *Heroidas*, XXI, 182; *Amores*, III, 9, v. 62; *Arte de amar*, II, 181; Marcial, I, 61, v. 1.

46 E. R. CURTIUS, *Obra citada*, cap. 16: *Das Buch als Symbol.* Recuérdese lo observado acerca de Prudencio en la pág. 80 y sigs. Tal actitud invade hasta la esfera práctica; cf. G. G. COULTON, *Five Centuries of Religion*, Cambridge, 1936, t. 3, págs. 45, 606 y sigs.

nista, satisfecho de su educación perfecta, en el *Libro de Alexandre* (O 40c, ed. R. Willis); el pensar no es sino armonizar racionalmente textos contradictorios. La fe se funda en el libro santo, equiparado con la Creación como obra gemela de un mismo Autor, que irradia su prestigio sobre todo libro. Heredero de la plegaria judía, el cristiano de la Edad Media también ruega ser inscrito en el libro de la vida (Berceo, *El sacrificio de la misa*, 141bc):

> ruega [el sacerdote] por la familia de Christo aclamada,
> del libro de la vida que non sea echada,

y se prepara para comparecer el día del juicio, ante el Juez y el libro que todo lo registra *(Dies irae*, v. 13 y sigs.):

> *Liber scriptus proferetur*
> *in quo totum continetur*
> *unde mundus iudicetur.*

Dios mismo, en quien reside la suma sabiduría, es para Richard de Bury *(Philobiblon*, ed. M. Besso, Roma, 1914, pág. 9) *lumen luminis, liber uitae.*

Si el hombre medieval se detiene a contemplar la naturaleza, la ve como libro preñado de alegorías docentes, en las palabras de Alano de Lila:

> *Omnis mundi creatura*
> *quasi liber et pictura*
> *nobis est et speculum...*

Si, por el contrario, bucea en su propia conciencia, la introspección y el recuerdo se le presentan como un libro material, con su texto y títulos; así comienza Dante:

> *In quella parte del libro della mia memoria, dinanzi alla quale poco si potrebbe leggere, si trova una rubrica, la quale dice:* Incipit Vita Nova.[47]

Si don Pero López de Ayala se duele de que la mala vida de los cristianos desacredite su ley ante los infieles, piensa en un texto viciosamente comentado *(Rimado de Palacio*, N 210c, ed. Kuersteiner):

[47] Cf. el *rondeau* de Charles d'Orléans que comienza: *Dedens mon Livre de Pensee / J'ay trouvé escripvant mon cueur / La vraye histoire de douleur / De larmes toute enluminee.*

por nuestras malas glosas ellos niegan el testo.

Si el Marqués de Santillana quiere tributar a la Virgen la máxima alabanza, la invoca como *(Cancionero castellano del siglo xv*, Madrid, 1912, N. 218, coplas 1 y 5):

por mano de Dios escrita...
biblioteca copiosa,
texto de admirable glosa.

Si el resentido Jean de Meung se empeña en reivindicar para su casta la verdadera nobleza, se apoya en el privilegio de la clerecía de poseer fijados en sus libros el saber y los ejemplos que guían la conducta humana *(Le Roman de la Rose*, ed. E. Langlois, París, 1922, v. 18.636 y sigs.):

Si ront clerc plus grant avantage
d'estre gentill, courteis et sage,
e la raison vous en lirai,
que n'ont li prince ne li rei,
qui ne sevent de letreüre;
car li clers veit en l'escriture,
avec les sciences prouvees,
raisonables et demontrees,
touz maus don l'en se deit retraire,
et touz les biens que l'en peut faire;
les choses veit dou monde escrites
si come eus sont faites e dites;
il veit es ancienes vies
de touz vilains les vilenies,
e touz les faiz des courteis omes,
e des courteisies les somes.
Briement il veit escrit en livre
quanque l'en deit foïr e sivre.

No puede concebirse contraste más radical que el que existe entre la *Carta VII* de Platón (o a él atribuída) sobre la insuficiencia de la instrucción por el libro, comparada con la educación intuitiva obtenida por la convivencia con el maestro, y este ideal en que el perfecto *clers* tiene prescrito en sus folios *quanque l'en deit foïr e sivre.* Es que más que el pensamiento en sí, vivo y flúido, sobrecoge al hombre medieval la maravilla casi mágica de fijarlo para siempre en negro sobre blanco. De ahí los ingenuos y fervientes elogios al arte de la escritura en los ya cita-

dos versos de Coripo y de Aldelmo, por ejemplo, o en éstos de Benzo de Alba:[48]

Fortium quidem uirorum nulla foret notio,
si periti litterarum torpuissent otio;
defuisset exemplorum aurea memoria,
nisi eos propalaret aliqua hystoria.
Moyses iubente Deo scripsit mundi fabricam,
alii scribae dixerunt heroum prosapiam...
Nam si litteras celassent res aeui praeteritas,
quem, rogo, deberet sequi succedens posteritas?

No es un azar que, de todos estos elogios al libro escrito, el del Rabino de Carrión sea el único que haya alcanzado rara belleza (ed. citada, copla 460 y sigs.):

La palabra a pueca / sazón es olvidada,
e la escritura fynca / para syenpre guardada.
E la rrazón que puesta[49] / non yaze en escryto,
tal es commo saeta / que non llega al fyto.
Los vnos de vna guisa / dizen, los otros de otra;
nunca de su pesquisa / vyene çierta obra:
delos quy estobieron, / pocos se acordarán
de cómo lo oyeron, / e non conçertarán.
Sy quier brava, quier mansa, / la palabra es tal
como sonbra que pasa / e non dexa señal.
Non a lança que false / todas las armaduras,
nin que tanto trespase, / como las escribturas.
Que la saeta lança / fasta vn çierto fyto,
e la letra alcança / de Burgos a Aibto.
E la saeta fyere / al byvo, que se syente,
e la letra conquiere / en vida e en muerte.

A los ojos de la clerecía medieval, ser "metido en escripto" es un honor que consagra para siempre al hombre o al hecho que lo han merecido. Berceo mismo, tan ortodoxo, llega a emplear libremente, con simple valor elativo, aquella fórmula para subrayar la importancia de varios milagros a los que su fuente adjudica origen oral, pero que para él tenían sin duda mérito suficiente como para obtener la fijación escrita.[50] Valga como último

[48] *Ap.* E. R. Curtius, *Obra citada*, pág. 472.

[49] Otro manuscrito trae *prieta*: 'negra'.

[50] Al comenzar el *Milagro VIII*, Berceo declara: "Sant Ugo lo escripso, de Grunniego abbat" y al terminar insiste: "Don Ugo, omne bueno, de Gruniego abbat, / varón religioso de muy gran santidat, / contaba est miraclo que cuntió en verdat, / methiólo en escripto, fizo grant onestat." Ya Sánchez había observado que

testimonio la palabra del ferviente bibliófilo que fué Richard de Bury quien, en el capítulo primero de su citado *Philobiblon*, pág. 10, exalta (con las consabidas reminiscencias antiguas) el poder del libro, única obra mortal capaz de conservar la gloria de los héroes que celebra y de asegurar la de sus autores:

> *Omnia corrumpuntur et intabescunt in tempore; Saturnus quos generat deuorare non cessat: omnem mundi gloriam operiret obliuio, nisi Deus mortalibus librorum remedia prouidisset. Alexander, orbis domitor, Iulius et Vrbis et orbis inuasor, qui et Marte et arte primus in unitate personae assumpsit imperium, fidelis Fabricius et Cato rigidus hodie caruissent memoria, si librorum suffragia defuissent. Turres ad terram sunt dirutae; ciuitates euersae; putredine perierunt fornices triumphales; nec quicquam reperiet uel Papa uel Rex quo perennitatis priuilegium conferatur commodius quam per libros. Redit auctori uicissitudinem liber factus ut, quamdiu liber supererit, auctor manens athanatos nequeat interire...*

La eternidad del pensamiento fijado por escrito, el prestigio casi divino del libro, explican el orgullo de la clerecía, por su papel casi exclusivo de autor, precisamente a partir del siglo XII, de fe-

---

no se encuentra tal relato en las obras de San Hugo, sexto abad de Cluny, ni en las de su sucesor, Pedro el Venerable. El ms. de la Biblioteca de Copenhague, Thott 128, fuente muy posible de los *Milagros*, escribe: *Neque hoc silere debemus quod beate marie dominus hugo, abbas cluniacensis ecclesie,* solet narrare *de quodam fratre sui monasterii.* Análogamente la segunda copla del *Milagro XVI* asegura: "Un monge la escripso, omne bien verdadero, / de Sant Miguel era de la Clusa claustero: / era en essi tiempo en Borges ostalero, / Peidro era su nomne, so ende bien çertero." Según el ms. Thott 128: *Contigit quondam res talis in civitate bituricensi, quam* solet narrare *quidam monachus sancti michaelis de clausa, nomine petrus, dicens se eo tempore illic fuisse.* La introducción del *Milagro XXII* afirma con solemne énfasis: "Leemos un miraclo de la su santidat / que cuntió a un bispo, omne de caridat, / que fo omne cathólico de gran autoridat: / violo por sus oios, bien sabie la verdat. / Assín commo lo vio, assín lo escribió; / non menguó dello nada, nada non ennadió..." Y lo mismo al final: "Contaron el miraclo de la madre gloriosa... / fiçieron end escripto, leienda muy sabrosa... / La fama desti fecho voló sobre los mares; / non la retovo viento, pobló muchos solares; / methiéronla en libros por diversos logares, / ond es oi bendicha de muchos paladares." La introducción del ms. Thott 128 se refiere a este milagro y al siguiente, que Berceo no incluyó: *Duo beate dei genitricis marie miracula narrare disposui, quorum unum unius, alterum alterius cuiusdam religiosi abbatis* relacione agnoui... *Hoc ergo narro primum, quia hoc* audisse *me contigit primum.* Y al comenzar el milagro siguiente: *Aliud quoque dei genitricis marie miraculum narro, quod ab ipso* didici *abbate...* En la última copla del *Milagro XXIII* el archidiácono peregrino en Constantinopla, tras oír el milagro de la deuda pagada, "disso: laudetur Deus et la Virgo gloriosa; / metiólo en escripto la su mano cabosa." Ahora bien: el ms. Thott 128 ofrece aquí, como marco narrativo del milagro, una situación bastante dramática que Berceo desechó casi en su totalidad; tanto más significativo es que, reduciendo las circunstancias que le presentaba su fuente, agregase de suyo el dato sobre la redacción escrita, totalmente ajeno al ms. Thott 128.

bril actividad literaria. Por eso, contra la argumentación expresa de San Agustín y de Santo Tomás, el letrado medieval acaba por admitir como fin valioso en sí el ser "metido en escripto," esto es, pasa a reconocer el deseo de fama como móvil de la acción virtuosa, y la veneración judeocristiana al libro viene a sumarse, por distintas vías, a la fama poética que, para el griego y el romano, aseguraba la inmortalidad.

II

CASTILLA

Tales son los principales hilos cuyo intrincado cruce explica la vehemente expresión del amor a la fama en la literatura medieval castellana desde el siglo XIII. Una de sus más antiguas muestras es el encabezamiento de la versión del *Sendebar*, ejecutada por orden del Infante don Fadrique en 1253 (*Libro de los engaños*. Ed. Á. González Palencia, *Versiones castellanas del Sendebar*. Madrid, Granada, 1946, pág. 3).

Libro de los engaños

> El ynfante don Fadrique... por cuanto nunca se perdiese el su buen nombre, oyendo las rrasones de los sabios, que quien bien fase nunca se le muere la fama, e sabyendo que ninguna cosa ay mejor para aver de ganar vida perdurable si non el bien obrar y el saber...

Es evidente que un nuevo contenido se ha infiltrado en las antiguas palabras, a primera vista escritas muy al arrimo de los Libros Sapienciales: la "vida perdurable" aparece coordinada con la inmortalidad de la fama, y ésta (o el buen nombre), por cargada que esté de sobretonos morales, es lo que se alega como impulso para la labor literaria, y no la edificación de los lectores.[1]

Honor, fama y afán por el recuerdo de la posteridad son motivos muy importantes en el *Libro de Apolonio*, y no por azar, ya que el poema está entretejido de emociones y aspiraciones cortesanas y caballerescas, totalmente ausentes de su original latino, la *Historia Apollonii regis Tyri*. Á. Valbuena Prat en su *Historia*

Libro de Apolonio

[1] Por la misma época, el *Libre de saviesa* del rey don Jaime I de Aragón trae un aforismo, atribuído al segundo de los trece filósofos, en el que el buen nombre parece darse como premio de la obra sapiencial, no de las acciones virtuosas, es decir, exactamente como en el encabezamiento de don Fadrique (ed. J. M. Castro y Calvo, Barcelona, 1946, pág. 37): *No morí qui bon nom leuá e dix paraules de sapiencia, per que hom les haja en ment.* En el primer prólogo el regio compilador declara rotundamente (pág. 12): *E per aquestes dues coses deu hom viure en aquest mon: per aver la gloria de Deu e per haver bona fama en aquesta vida terrenal.* No se especifica aquí cuáles sean las raíces de la fama terrenal, pero el alto precio en que se la tiene al presentarla como fin paralelo a la vida eterna revela un rumbo nada ascético. Y, en efecto, las instrucciones que Aristóteles imparte a Alejandro comienzan por afirmar con energía el valor del renombre terrenal y profano del caballero (pág. 59): *la primera manera del seyn es voler bon preu...; lo primer grau de seyn es, donchs, nominadía, e per lo regne ve amor de nominadía.*

de la literatura española, segunda edición, Barcelona, 1946, t. 1, pág. 74, ha señalado una primera situación de honor calderoniano, esto es, del honor como sanción social y colectiva, no como sentimiento moral que atañe al individuo solamente. En efecto, el ama aconseja a la princesa deshonrada (ed. C. Carroll Marden, Baltimore-París, 1917, copla 10bcd):

> Al rey vuestro padre vos non lo enfamedes;
> maguer grant es la pérdida, más val que lo calledes
> que al rey e a vos en mal preçio echedes.

Es una de las muchas mejoras con respecto de la *Historia*, que cuenta crudamente (ed. A. Riese, Leipzig, 1893, cap. II):

> *Nutrix ut uidit puellam mortis remedium quaerere, uix eam blando sermonis conloquio reuocat, ut a propositae mortis immanitate excederet, et inuitam patris sui uoluntati satisfacere cohortatur.*

El deshonor de Apolonio por no haber salido con su demanda en Antioquía desencadena la larga serie de peripecias de la movida novela, pues no le permite sosegar en su tierra (33 y sigs.):

> Pero mucho tenía que era mal fallido
> en no ganar la duenya e ssallir tan escarnido.
> Quanto más comidía quel auia conteçido,
> tanto más se tenía por peyor confondido.
> Dixo que non podía la vergüença durar
> mas quería yr perder sse o la ventura mudar.

La *Historia*, cap. V, reduce a estas pocas palabras el desenlace de la demanda fallida:

> *luuenis conturbatur, accepto commeatu nauem suam ascendit, tendit in patriam suam Tyron.*

En la amargura del naufragio Apolonio repasa cómo no le ha sido posible ganar honra desde que ha abandonado Tiro (115 y sigs.):

> Dexé muy buen reyno do biuía onrrado,
> fuy buscar contienda, casamiento famado;
> gané enamistat, sallí dende aontado...
> Mouió me el pecado, fizo m'ende sallir
> por fer de mí escarnio, su maleza complir...
> Biuía en my reyno viçioso e onrrado
> non sabía de cuyta, biuya bien folgado,
> tenía me por torpe e por menos cabado
> porque por muchas tierras non auía andado.

Ni una palabra acerca de honra o de escarnio en el soliloquio correspondiente de la *Historia*, cap. XII; lo que aflige aquí al náufrago es el desamparo material en que ha caído:

> *O Neptune, rector pelagi, hominum deceptor innocentium, propter hoc me reseruasti egenum et pauperem, quo facilius rex crudelissimus Antiochus persequatur! Quo itaque ibo? quam partem petam? uel quis ignoto uitae dabit auxilium?...*

Otro indicio del ambiente cortesano y caballeresco del poema es el respeto a la jerarquía social, que se tiene por inmanente, de tal modo que, aun en la miseria, el noble da señas inequívocas que permiten reconocer su verdadera condición. Apolonio se muestra tan hábil jugador de pelota, que el poeta concluye (146d): "entendrie quien se quiere que non era villano" y, en efecto, así lo entiende el rey Architrastes que primero presencia y luego media en el juego (149c, 151ab):

> semeiol ome bueno de buen entendimiento...
> Ouo gran pagamiento Architrastes del juego,
> que grant omne era entendió ge lo luego.

En la *Historia*, cap. XIII, el rey y todos los circunstantes admiran la destreza de Apolonio, sin inferir de ella que es hombre de gran nobleza:

> *Tunc rex Archistrates, cum sibi notasset iuuenis uelocitatem et quis esset nesciret et ad pilae lusum nullum haberet parem, intuens famulos suos ait 'recedite, famuli; hic enim iuuenis ut suspicor mihi comparandus est.' Et cum recessissent famuli, Apollonius subtili uelocitate manu docta remisit pilam: ut et regi et omnibus, uel pueris, qui aderant, miraculum magnum uideretur. Videns autem Apollonius se a ciuibus laudari, constanter appropinquauit ad regem.*

En la escena del convite regio, infinitas precauciones aseguran de una y otra parte el respeto a la inviolable categoría social. Architrastes, por ejemplo, no quiere asignar asiento al desconocido Apolonio por temor de no acertar con el que le corresponda, y Apolonio vela muy solícito por sus propias preeminencias (158 y sigs.):

> Dixo el rey: "Amigo, tú escoie tu logar,
> tú sabes tu fazienda, con quién deues posar;
> tú cata tu mesura como deues catar,
> ca non te connyosçemos e podriemos errar."

Apollonio non quiso con ninguno posar;
mandó sse en su cabo hun escanyo poner,
de derecho del[2] rey non se quiso toller.

En cuanto entra Luciana, su padre el Rey le ruega que averigüe la situación de Apolonio para ajustar a ella su comportamiento (166cd):

"sabet de su fazienda quanto pudierdes saber,
contra ell que sepamos cómo nos captener."

Todo cuanto se lee en la *Historia*, caps. XIV y XV, son estas sencillas frases, bien ajenas a los delicados manejos que inspira en el *Apolonio* la reverencia por la categoría social:

Et ingresso Apollonio triclinium, ait ad eum rex: 'discumbe, iuuenis, et epulare. Dabit enim tibi dominus quidquid: damna naufragii obliuiscaris'... 'Sed si uis, interroga illum; decet enim te, filia sapientissima, omnia nosse. Et forsitan, dum cognoueris, misereberis illi.'

Como se ve, motivos enteramente distintos se asignan a unas mismas acciones en la *Historia* y en el *Apolonio*, en correspondencia con los distintos intereses de los respectivos autores. El ejemplo extremo se halla en el gracioso pasaje en que Apolonio no se aviene a tañer la vihuela sin llevar la corona puesta (185c y sigs.):

Dixo que sin corona non sabríe violar:
non quería maguer pobre su dignidat baxar...
Quando el rey de Tiro se vyo coronado
fué de la tristeza ya quanto amansado.

En la *Historia*, cap. XVI, el héroe antes de tañer la lira reviste el atuendo propio del citaredo antiguo que, como el del actor, requería la guirnalda, no por cierto la corona real:

Et induit statum, et corona caput coronauit, et accipiens lyram introiuit triclinium.

Lo positivamente interesante no es que el autor del *Apolonio* ignorase el detalle arqueológico consignado en la *Historia*, sino que la explicación de la ignorada usanza que juzgó satisfactoria demuestra hasta qué punto estaba imbuído de veneración a la jerarquía social.

[2] *Sic.* Pienso que hay que leer "de derecho *de* rey," pues el verso anterior declara que Apolonio se sienta solo ("en su cabo"), no a la derecha del rey Architrastes, como parece haberlo entendido quien agregó el artículo.

Otras notas revelan particular conexión con el mundo trovadoresco. La primera copla introduce el poema como un contar (1d) "del buen rey Apolonio e de su cortesía" lo cual, por supuesto, no tiene equivalente alguno en la *Historia* latina, que presenta a su protagonista muy prosaicamente, como (cap. IV) *quidam adulescens locuples ualde, genere Tyrius, nomine Apollonius*... La virtud trovadoresca de la *cortezia* es tan inherente al dechado de caballeros que es Apolonio que, para marcar cuánto le ha demudado la pérdida de su mujer, el poeta advierte sin la menor sugerencia de la *Historia* (330c): "los sus dichos corteses auya los ya oluidados."

En el festín, Luciana reprocha a Apolonio su excesivo duelo partiendo del código trovadoresco que acata la alegría como una de sus virtudes cardinales, íntimamente unida a la virtud de *largueza* o liberalidad, a la que también alude la princesa (168c y sigs.):

> semeia que non amas gozo nin alegría;
> tenemos te lo todos a muy gran villanía.
> Si lo fazes por pérdida que te es auenida,
> si de linage eres, tarde se te oluida;
> es toda tu bondat en fallençia cayda,
> pócol mienbra al bueno de la cosa perdida.

La *Historia*, XV, pone aquí en boca de Luciana un vago cumplido:

> *Licet taciturnitas tua sit tristior, generositas autem tuam nobilitatem ostendit.*

Tarsiana, niña de pocos años, estudia con ahinco, no por el estudio mismo, que el hombre medieval concibe como un penoso tormento,[3] sino por una razón netamente trovadoresca (355cd):

> Maguer mucho lazdraua cayó le en plaçer,
> ca preçiaua se mucho e querie algo ualer.

Naturalmente falta tal razón en la *Historia*, cap. XXIX:

> *Interea puella Tharsia facta est quinquennis, mittitur in scholam, deinde traditur studiis liberalibus.*

Cierta tenue insinuación de galantería cortesana (184b):

[3] Testigo la conocida descripción de Aristóteles en el *Libro de Alexandre*, ed. Willis, 32 y sigs.

por amor, si la as, de la tu dulçe amiga,

totalmente ausente en la *Historia*, confirma la conexión del *Apolonio* con el mundo profano y caballeresco, influyente ahora en la clerecía que, por lo demás, ha dejado en el poema huellas patentes y bien conocidas de su enseñanza edificante.

En relación con tales notas cortesanas y caballerescas no resulta incoherente el afán de fama en el mundo, expresado en el breve *Libro* con singular insistencia y también libremente creado, con escaso o ningún apoyo en la *Historia* latina, lo que prueba su particular actualidad y urgencia al redactarse nuestra versión romance. Sirva de ejemplo el motivo de las estatuas con inscripción honorífica, al que es grotescamente aficionado el autor de la *Historia*. La primera se le erige a Apolonio en Tarso por haber regalado trigo (cap. X):

> *Ciues uero his tantis beneficiis cumulati optant ei statuam statuere ex aere et eam collocauerunt in foro, in biga stantem, in dextra manu fruges tenentem, sinistro pede modium calcantem et in base haec scripserunt:* TARSIA CIVITAS APOLLONIO TYRIO DONVM DEDIT EO QVOD STERILITATEM SVAM ET FAMEM SEDAVIT.

Descripción e inscripción son demasiado exóticas para pasar al romance en el siglo XIII; el poeta del *Apolonio* se contenta con anunciar sumariamente (96b y sigs.):

> fiçieron en su nombre hun ydolo labrar,
> fizieron en hun márbor el escrito notar
> del bueno de Apolonio, qué fizo en ese logar.

Pero sí agrega de suyo solemnes palabras para señalar la intención inmortalizadora del "ydolo" (97):

> Pusieron lo derecho en medio del mercado,
> sobra alta columna por seyer bien alçado,
> fasta la fin del mundo e el sieglo pasado
> que el don de Apolonio non fuese oluidado.

En la inscripción de la estatua que levantan los de Mitilena, la *Historia* misma es algo más explícita (cap. XLVII):

... VNIVERSVS POPVLVS OB NIMIVM AMOREM AETERNVM DECVS MEMORIAE DEDIT,

y el poema, que simplifica como en el primer caso la descripción, amplía en cambio cuanto se refiere a la intención de perpetuar el recuerdo (570 c y sigs.):

Fablaron quel fiçiessen guallardón ssenyalado,
por el bien que él fizo que non fuesse oluidado...
quanto el sieglo dure fasta la fin venida,
será en Mitalena lá su fama tenida.

La erección de las estatuas en la *Historia* proporciona aquí un punto de partida para la insistencia del poema en la fama eterna otorgada a su protagonista. No hay empero en la *Historia* el menor punto de partida para la fama de los médicos que cuidan de Luciana, a quienes el poeta ha tratado con singular simpatía, pintando con multitud de finos pormenores su estudioso retiro, la entrañable amistad entre maestro y discípulo, su saber, su honradez, su abnegación. Uno de los muchos rasgos agregados al seco cuadro de la *Historia* es, precisamente, el estímulo de la fama. En la *Historia*, el maestro admite el talento del discípulo, que ha resucitado a la presunta muerta ¡y le premia con el dinero de ella! (cap. XXVII):

Magister introiuit cubiculum et ut uidit puellam iam uiuam, quam mortuam putabat, ait discipulo suo: 'probo artem, peritiam laudo, miror diligentiam. Sed audi, discipule: nolo te artis beneficium perdidisse; accipe mercedem. Haec enim puella secum attulit pecuniam.' Et dedit ei decem sestertia auri, et iussit puellam salubribus cibis et fomentis recreari.

El poema suprime la conducta jactanciosa del discípulo que no dice palabra al maestro hasta darle la sorpresa de la curación total. Apenas siente en Luciana "espirament de vida," corre a anunciarlo a su maestro, quien le cubre de alabanzas y promesas de gloria imperecedera (304 y sigs.):

Fijo, dixo el maestro, dizes me grant amor,
nunca fijo a su padre podrie dezir meior;
si tú esto fazes acabas gran honor,
de quantos metges oy biuen tú eres el mejor.
Nunca morrá tu nombre si tú esto fizieres,
de mí aurás gran honrra mientre que tú visquieres;
en tu vida aurás honrra, e después que murieres
fablarán de tu seso varones e mugieres.

Acabada la cura y establecida la reina en el templo de Diana, los médicos desaparecen definitivamente de la *Historia*. No así en el poema. Cuando llega la hora de los felices encuentros, el poeta

no olvida al médico que ha salvado a Luciana, para subrayar una vez más su generoso desinterés y ansia de gloria (592):

> Non sse tenie el metge del ffecho por repiso
> porque en Luciana tan gran ffemençia miso;
> dieron le presentes quantos él quiso,
> mas por ganar buen preçio él prender nada non quiso.

Algo semejante sucede en el breve episodio de "el omne bueno," quien da aviso a Apolonio de que Antíoco le ha proscrito, y parte rechazando la dádiva que aquél le ofrece *(Historia*, cap. VIII). A diferencia de la narración latina, el *Apolonio* no resiste a la tentación de comentar la nobleza de tal conducta, apuntando a su recompensa en boca de las gentes (77cd):

> Demás omne nin fembra que deste omne oyere
> deue tener su loa demientre que visquiere.

Por último, también aparece (y con total independencia de la *Historia)* el peculiar encarecimiento de un personaje, que consiste en estimarle digno de incorporarse a un libro y gozar así de la inmortalidad ejemplar inherente a la palabra escrita. Dícese, por ejemplo, a propósito de los médicos (322cd):

> la bondat de los metges era atán granada,
> deuya seyer escripta, en hun libro notada,

y del noble Antinágora, por quien de buen grado rezaría el poeta, si no hubiese sido pagano (551):

> Bien deuie Antinágora en escripto iaçer,
> que por saluar vn cuerpo tanto pudo ffaçer;
> si cristiano fuesse o sopiesse bien creyer,
> deuiemos por su alma todos clamor tener.

Palpamos en esta copla, tan compleja en su ingenuidad (al principio, profano amor a la gloria velado por la veneración de la clerecía al libro; al final, actitud estrechamente devota), lo mismo que en el constante contraste, en cuanto a la fama, entre la *Historia* latina y el *Libro de Apolonio*, cómo la expresión literaria del deseo de fama surge sola, por un nexo de peculiares circunstancias ya señaladas en los últimos siglos de la Edad Media, y no es en manera alguna un motivo ornamental que pueda ilustrarse con una cadena de textos todos de igual alcance.

Libro de Alexandre

Sin duda alguna, el texto de la España medieval más importante para la idea de la fama es el *Libro de Alexandre*, en parte porque su fuente principal, la *Alexandreis*, revive con impetuosa pasión el antiguo afán de gloria, en parte porque la figura del héroe se presta de suyo a la elaboración caballeresca, como lo prueba la abundante floración de poemas que suscitó en diversas lenguas. Tanto más curioso es observar (y el *Libro* lo permite mejor que la *Alexandreis*, la cual, como más sabia, vela arqueológicamente el Alejandro caballeresco presente en la mentalidad coetánea) el hondo consorcio entre esta fama, concebida enteramente al modo antiguo en cuanto a su valor de inmortalidad, y los ideales caballerescos de los que Juan Lorenzo de Astorga se muestra totalmente impregnado. Que los héroes de la historia y de la mitología clásicas pertenecieran a la única clase social capaz de ejecutar hazañas dignas de recuerdo era tan obvio para el poeta que no precisaba declararlo; sólo una que otra vez señala de pasada la jerarquía social que les corresponde, cuando, por ejemplo, Alejandro reconoce el mérito de Héctor (ed. R. Willis, Princeton, 1934, P 719b): "nunca finó en siglo fidalgo más complido," o cuando exhorta a sus hombres a luchar contra Darío (P 789c): "esforçad, fijos dalgo..." El poeta rodea a Alejandro, en su entrada en Babilonia, con la pompa de las magistraturas romanas (P 1543):

> Vinien aprés del rey todos sus senadores,
> cónsueles e perfectos vinien por aguardadores,
> después los caualleros que son sus defensores,[4]
> que los pueblos a éstos acatan por señores.

Estos caballeros, defensores y señores del pueblo, nada tienen que ver con el pasado romano al que pertenecen senadores, cónsules y prefectos: emanan de una vieja visión sociológica presente ya en la versión anglosajona que Alfredo el Grande hace de la *Consolación de la filosofía* (según H. St. L. B. Moss, *The Birth of the Middle Ages*, Oxford, 1935, pág. 271) y geométricamente formulada a comienzos del siglo XI por Adalberto de Laon en su poema satírico dirigido a Roberto, rey de Francia (v. 297 y sigs.):

[4] Ms. O: "después los caualleros que son defensores."

Triplex Dei ergo domus est, quae creditur una,
nunc orant, alii pugnant aliique laborant,

visión que obtuvo increíble eco en toda clase de escritos medievales, aun en los siglos XIV y XV, entre escritores que eran a la vez estadistas y que muy bien debían de palpar el desacuerdo entre la tripartición de la fórmula y la compleja realidad.[5] De igual modo, la veneración del medieval por el orden de la sociedad, inmanente en su sentir, confiere particular eficacia a la alocución de Darío (O 949bc):

demás que se uos uienen dura mente aontar,
de uassallos que eran quieren seuos sennorar,

mientras en la *Alexandreis*, VI, 365 y sig., Darío se reduce a mencionar la sujeción y tributo que los macedonios pagaban a los persas:

uiros, quibus haec subiecta tributum
gens Macetum toties et uectigalia soluit,

sin hacer hincapié en el agravio al orden social, tan enérgicamente expresado en los versos últimos de la copla.

De gran trascendencia literaria es el hecho de que los adaptadores de las historias de Apolonio y de Alejandro, imbuídos en los modos de pensar de la caballería, reinterpretan como aventuras caballerescas las peripecias geográficas de la novela griega

[5] Algunos ejemplos: el *Poema de Fernán González*, en su semblanza idealizada del reino visigótico, enumera como elementos de la sociedad española "las yglesias," "los labradores" y "las grandes potestades" (copla 38 y sig.). En *Elena y María*, 23 y sig., la amiga del caballero dice a la del clérigo: "El mío es defensor, / el tuyo es orador." Entre los textos en prosa recuérdense las *Partidas*, II, 21: "Defensores son uno de los tres estados por que Dios quiso que se mantuviese el mundo: ca bien así como los que ruegan a Dios por el pueblo son dichos oradores, et otrosí los que labran la tierra et fazen en ella aquellas cosas por que los hombres han de vevir et de mantenerse, son dichos labradores, et otrosí los que han a defender a todos son dichos defensores..." Don Juan Manuel, *Libro del Caballero y del Escudero*, XVII: "Ca los estados del mundo son tres: oradores, defensores, labradores." Gutierre Díez de Games, *El Victorial*, Proemio: "...estas cosas todas binieron así a ser hechas por dispensaçión de la potençia diuina, que le plugo ansí de hordenar el mundo, que oviese tres estados de gentes: oradores e defensores e labradores, e que cada vno vsase de su ofiçio." *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, XIX: "...el dicho señor Condestable le avía mandado que de su parte les dixese [*sic*] cómo cosa conosçida era, segund que por los sabios antiguos estaua escripto, en todo el mundo ser tres estados: el primero de los oradores, el segundo de los defensores, el terçero de los labradores." Gómez Manrique acaba su continuación de las *Coplas contra los pecados mortales* de Juan de Mena con amonestaciones que el copista ha agrupado bajo el epígrafe: "Cómo da forma de biuir a todos los tres estados e comiença por los eclesiásticos"; luego, en efecto, se dirige a los reyes y "alos de estado": "O vosotros, defensores, que seguís cauallería," para concluir con un duro llamado al orden a los labradores.

y las expediciones de Alejandro, por cierto no líbradas a la ventura. El poeta del *Apolonio* menciona ya en la proposición del poema lo que es para él la explicación verosímil del intrincado argumento de la novelita (2ab):

> El rey Apolonio, de Tiro natural,
> que por las aventuras visco gran temporal.[6]

Análogamente, al narrar varias campañas de Alejandro, ya ficticias, ya históricas, el poeta español las amolda muy escrupulosamente a su arquetipo de aventura caballeresca. La guerra con Nicolao, episodio originario del *Liber de praeliis* que en el *Romans d'Alixandre* de Lambert li Tors y Alexandre de Bernay es un frondoso relato con embajada y desafío formal, está aquí reducido a un casual encuentro (P 127 y sigs.):

> Non quiso esa vida el caboso durar,
> que buscar querie venturas e su esfuerço prouar...
> Fíçolo mayor mente por las tierras veyer,
> los pasos e los puertos de las sierras saber,
> e por los caballeros noueles emponer,
> que se fuesen abesando guerra a mantener.
> Falló en luengas tierras vn rey muy estreuudo,

el cual le interroga sobre su origen, condición y propósito. A lo último Alejandro responde en estos términos (P 132ab):

> Andamos por las tierras los cuerpos delectando,
> por yermos e poblados auenturas buscando...

También la expedición histórica al templo de Júpiter Ammón no puede ser para Juan Lorenzo sino una temerosa aventura (P 1180). En tales episodios, acomodados al troquel caballeresco, reaparece por momentos el clérigo y su ingenua vocación didáctica, que introduce en esas aventuras en "luengas tierras" un deseo de saber (*Apolonio*, 125cd; *Alexandre*, P 128ab, 1134cd y cf.

[6] Otros ejemplos: después del desagradable percance con Antíoco, Apolonio, en la *Historia* latina, se vuelve a Tiro y allí se embarca secretamente, temeroso de que el rey le persiga. En el *Libro*, el héroe, para desquitarse de su enfado, va deliberadamente a buscar aventuras (copla 34) y, al naufragar en Pentápolis, deplora su indiscreto amor a los viajes, de lo cual lógicamente no hay huella en la *Historia*. Cuando el poeta deja a Luciana en su convento y prosigue con las andanzas de Apolonio, caracteriza a su héroe con la relativa (325d) "que por las auenturas levó tan gran lazerio," por supuesto libremente agregada. En una situación dramática, también libre invención del poeta, los vasallos fieles de Apolonio se conduelen de sus peregrinaciones (645b): "Buscando auenturas mucho mal as sofrido."

más adelante, pág. 190) totalmente ajeno al pensamiento del caballero andante.

Muchas veces se ha señalado en el *Alexandre* la presencia de notas caballerescas anacrónicas para el Alejandro Magno histórico: el protagonista profesa antipatía casi innata a los villanos (O 7)[7] y es armado caballero (89 y sigs.); acaudilla a Atenas el Conde don Demosteo (211); a la zaga de Benoît de Sainte-Maure, las batallas de la guerra de Troya se convierten en escenas de torneo, atentamente seguidas por las damas troyanas (O 463abc, P 477)[8]. Los ejemplos pueden multiplicarse fácilmente, pero mucho más interesante que la irrupción de lo vivido en lo leído es observar lo vasto y coherente del ideal caballeresco del poeta y su considerable alejamiento del reflejado en el *Libro de Apolonio*. En éste predomina el cariz cortesano y provenzal, con su cortesía, alegría, liberalidad señoril y gracias palaciegas. El ideal caballeresco del *Alexandre* es decididamente menos cortesano y más guerrero y, en este sentido, se halla más cerca de la épica popular. Por eso, las virtudes elementales del caballero no son aquí las mismas que en el *Apolonio* y, en particular, integran una concepción del hombre más grandiosa y austera. Si en la proposición del poema, el *Apolonio* menciona la cortesía, el *Alexandre* enumera otros méritos (O 6 y sigs.):

Del príncipe Alexandre que fué rey de Greçia,
que fué franc e ardit e de grant sabençia...
En mannas de grant preçio fué luego entendiendo,
esforçio e franqueza fué luego decogiendo,
ygual con la edat el coraçón creçiendo,
aun abés faulaua, ya lo yuan temiendo...
El infante magar ñino auie grant coraçón,
[y]azie en corpo chico braueza de león...

[7] "El infante Alexandre luego en su ninez / començó a demostrar que serie de grant prez: / nunca quiso mamar leche de mugier rrafez / se non fué de linage o de grant gentilez." Cf. también el consejo de Aristóteles sobre los villanos (P 55 y sigs.), infaltable en los moralistas medievales (= *Alexandreis*, I, 85 y sigs.), y el reproche a Darío por haber dado "tal poder a villanos mendigos" (1650). El reproche no se halla en la *Alexandreis*, pero deriva sin duda de la frecuencia con que Gautier trata de "esclavos" a los sátrapas traidores (VI, 427, 429, 479, 486; argumento del Libro VII, 1; VII, 82, 90, 527 y VIII, 357).

[8] "Paris, por demostrar se de quál esforçio era / e por fer pagamiento a la su compannera, / partiós de los otros, priso la delantera... / Ixió del otro cabo Paris galopeando, / de vnas armas frescas su pendón meneando, / yua a Menalao vista le demandando; / seyen las dueñas de los muros mirando."

En el instructivo discurso *de regimine principum* que dirige a su regio discípulo, Aristóteles no se contenta con aludir de pasada (como Luciana en el *Apolonio)* a la liberalidad caballeresca, sino insiste en ella como en un importante resorte de las artes de conquista, según había hecho ya Gautier de Châtillon (O 62 y sigs.):

> Si quisieres por forçia tódol mundo uençer,
> non te prenda cobdiçia de condesar auer...
> El príncepe auariente non sabe quél contez,
> armas nin fortaleza de muerte nol guarez,
> el dar defende las penas e lieua todo prez:
> si bien quisieres dar, Dios te dará qué des...
> quien es franc e ardido a ésse tienen por cortés,
> qui puede e non da non ual nulla res.

El embajador que, a pedido de Darío, describe a Alejandro, declara (O 151cd):

> sabe de clerizía quantas artes hy son,
> esforçio e franqueza non ha comparaçión.

Por supuesto, la cobardía es inconcebible en el caballero, cualesquiera sean las circunstancias (O 66cd):

> non deue por dos tantos nin por más foyr,
> mas yr cab adelantre, o uençer o morir.

Asimismo, la vana jactancia, según se desprende de la reacción de Alejandro ante el "filisteo" fanfarrón (P 1370ab):

> Entendió Alixandre que fablaua follía,
> e dizie vanedat e non cauallería...

Ya Aristóteles le había prevenido contra la vanagloria del torneo contrapuesta al esfuerzo en el campo de batalla, propia palestra del caballero (P 69cd):

> éste es nuestro menester e nuestra merchantería,
> que tablados feryr non es barraganía.

El primer mandamiento del caballero, aquí mucho más expresamente que en el *Apolonio*, es buscar cómo acrecentar su reputación, de tal manera que varios son los pasajes en que la prez se siente como el fin natural y primero de la caballería. Para atraerse a Paris, Minerva le promete (P 374abc):

Avn a otra cosa que deues tú asmar,
tú por cauallería as presçio de ganar,
e yo so la maestra que te he de gidar...

La conducta de Aquiles, quien primero se abstiene de combatir y luego depone su ira y vuelve al combate, es oscura para Juan Lorenzo; por eso se la explica, sencillamente, en términos de las instituciones que le son familiares (P 614cd):

luego se vino dexa [*sic*] de la ermitanía,
por acabar el presçio de su cauallería.

Y con todo, a pesar de que su venerado ideal caballeresco le sugería ya el culto de la gloria, huelga decir que la singular importancia del *Alexandre* para la historia de la idea de la fama en el medioevo español radica, en primer lugar, en la pasión que alienta el propio autor, y que es quizá el rasgo más personal de cuantos componen su vivaz y original fisonomía poética. Esa pasión no se aplica, según queda dicho, a su propia fama de poeta, y ello, a primera vista, no deja de ser sorprendente, ya que Juan Lorenzo no tiene escasa estima del valor de su empresa. Omito por archisabida la copla 2 en que llama la atención sobre la calidad técnica del poema ("Mester trago fermoso, non es de joglaría..."), pero vale la pena recordar la copla siguiente, en que señala lo ameno y lo provechoso de su libro, y acaba por prometer al oyente la recompensa que no osa prometerse a sí mismo (O 3):

Qui oyr lo quisier, a todo mio creer,
aurá de mí solaz, en cabo grant plazer,
aprendrá bonas gestas que sepa retraer,
auer lo an por ello muchos a connosçer.

Las razones de ese silencio no son difíciles de rastrear. Gautier de Châtillon, que escribe en latín y en metro docto, puede hablar, al modo de los poetas romanos, de sí mismo y de su obra: por actuales que sean sus sentimientos, por sincera que sea su vanidad de autor, al expresarlos en la fórmula antigua, enlazada con la dedicatoria a su Mecenas (X, 463 y sigs.), adquieren un brillo convencional y remoto, equiparable a la invocación a las Musas (X, 458 y sigs.). Tan delicado juego no es posible en un poema redactado en lengua vulgar y destinado a recitarse al pú-

blico general. Para éste el poeta "clérigo" se proponía aumentar cuidadosamente la materia edificante y eliminar, conforme a la tendencia de la épica popular, la aparición del autor como autor. La exaltación de la fama sufre además un breve eclipse al final del poema tanto en la *Alexandreis* como en el *Alexandre*, y por el mismo motivo. Es sabido que en la leyenda de Alejandro convergen dos puntos de vista: el mundano, que le admira como parangón de hazañas, y el ascético, que le condena como ejemplo de la vanidad y desmesura terrenales. Juan Lorenzo de Astorga, "bon clérigo e ondrado," sabe muy bien —tan bien como "Galtier el bono"— que, en su calidad de clérigo, le corresponde estrictamente adoptar el punto de vista ascético y, en efecto, al concluir el poema, declara apresuradamente, como lo había hecho Gautier de Châtillon, que Alejandro es ejemplo del ningún valor de la gloria mundana (P 2671 y sigs.):

> La gloria desti mundo quien bien quiere asmar
> más que la flor del campo non la deve preçiar,
> que cuando ome cuyda más seguro estar
> échalo de cabeça en el peor lugar.
>
> Alixandre que era rey de grant poder,
> que en mares nin en tierras non podíe caber,
> en una foya ovo en cabo a caher
> que non pudo término de doze pies tener.

Es que, como en los poetas latinos medievales ya indicados, *gloria* significa 'poderío, prosperidad material' y no incluye el renombre, apreciado como recompensa de jerarquía más espiritual. El poeta despacha, pues, a toda prisa el aspecto que no le interesa de la grandeza de Alejandro, declarándose en esa moraleja muy de acuerdo con el punto de vista ascético, y queda así en salvo para expresar a lo largo de todo el poema el más vehemente fervor por la fama, la vida en la memoria de los hombres, conforme al sentir antiguo, que asocia y matiza con todos los nuevos móviles a tono con el despertar de sus propios tiempos.

No por renunciar a sus laudes de autor, deja Juan Lorenzo de asomarse a su animado retablo (como comentador aun más frecuente, más apasionado y más verboso que el mismo Gautier), para señalar la medida de fama ganada o perdida por sus personajes. En ese carácter condena enérgicamente a los secuaces de Darío que se rinden a Alejandro sin combatir (P 1077cd):

los que podien lidiando honrrada mente moryr,
murieron en prescio malo por amor de beuir,

y a los ciudadanos de Tiro que mataron a los enviados de Alejandro (P 1103cd):

mas fueron en aqueso dura ment errados:
mientre dure el mundo siempre serán rebtados.

Al acabar de describir las maravillas obradas por Apeles en el sepulcro de la mujer de Darío, rinde homenaje a su talento (P 1249d):

el seso de Apelles será siempre contado.

Interesante es el elogio de Héctor, puesto en boca de Alejandro (P 719cd):

su presçio nos podreçe maguer él yes podrido,
mientres omes ouiere non caherá en oluido,

y el de Nicánor (P 1400):

Asy finó Nicánor vn cuerpo tan complido;
sano es el su nombre, maguer él sea podrido;
mas fizo tales daños ante que fues caydo,
que será mientre dure el mundo rretraydo.

Estos dos últimos elogios, no sugeridos en la *Alexandreis*, recuerdan el alto valor concedido a la fama como contraparte espiritual del cuerpo corruptible en el *De contemptu mundi* de Bernardo de Cluny (I, 888): *urna putredine, patria nomine tota repletur*. La indignación para con los vasallos desleales de Darío se vierte en maldiciones realzadas por giros de colorido bíblico más un latinajo que da solemnidad litúrgica a la imprecación (P 1744):

Narboçones e Belsus, malditos vayades,
por do nunca fuerdes mal apresos seades;
el comer que comierdes con dolor lo comades
que por a *secula cunta* mal enxenplo seades.

Como era de esperarse, la maldición más enconada cae contra el "conde Antipater," que envenena a Alejandro; el poeta fulmina contra él lo que evidentemente juzgaba como máximo anatema (P 2456cd):

será fasta la fin el tu mal retraydo,
más te valdría a ti que non fueses nasçido.

Alejandro mismo es quien, por supuesto, suscita el más entusiástico aplauso del autor (O 1557):

> El rey Alexandre, tesoro de proeza,
> arca de sauieza, exemplo de nobleza,
> que siempre amó prez más que otra riqueza...,

renovado ante cada uno de los infinitos despliegues de arrojo en batalla campal (P 1357cd):

> allí fizo Alixandre colpes tan señalados,
> mientre omes ouiere syenpre serán contados,

y ante cada coyuntura de su biografía. Cuando Alejandro despacha a Grecia carta con la noticia de sus triunfos y bodas (P 1967):

> Las dueñas greçianas, con grandes alegrías,
> renouaron las bodas otros tantos de días,
> metieron en cançiones las sus cauallerías,
> por que serán contadas fasta que venga Elías.

Para compendiar en un solo verso los dones que le acumula Ventura antes de su muerte temprana, menciona el más valioso (P 2516):

> Grande era la su fama por el mundo sallida.

A continuación de los versos en los que, llevado del amor a su héroe, llega a escribir, con eco del *Apolonio* (P 2667cd):

> sy non fuese pagano de vida tan seglar,
> deuielo yr el mundo todo a adorar,

asegura gravemente, repitiendo ahora a propósito del protagonista el contraste de Bernardo de Cluny, que debía de serle muy grato, pues lo expresó tantas veces (P 2668ab):

> Sy murieron las carnes, que lo han por natura,
> non murió el buen presçio [que] oy encara dura...

El comentario emotivo con que el autor festonea su relato no cesa cuando delega su papel narrativo en el protagonista. Alejandro, narrador de la historia troyana, muestra la misma vivaz participación en el relato que Juan Lorenzo y la expresa a su imagen y semejanza, distribuyendo reproche y loor. Si Diomedes, con un golpe maestro, pasa de parte a parte a su desdichado adversario, comenta el regio juglar (P 520d):

en Greçia oy en día lo trahen por fablilla.

Ya se ha visto el elogio de Héctor (P 719cd); ahora, dentro del episodio de la güerra de Troya, los griegos aparecen actuando con los ojos puestos en la posteridad, exactamente como Alejandro dentro del poema entero (P 760):

Desque fué toda ardida, ant que dend partiesen,
destruyeron los muros, que nunca pro touiesen,
que quanto el mundo dure, quantos que lo oyesen
de gerrear con Gresçia nunca sabor ouiesen.

Es harto evidente, pues, la enérgica insistencia con que Juan Lorenzo proyecta en el futuro, y aun en la eternidad, la fama buena o mala de sus criaturas. Por añadidura, debido a la insuficiente caracterización, todos los personajes revelan igual ansia de la alada recompensa. En sus largas instrucciones sobre los deberes del buen conquistador, Aristóteles espolonea a Alejandro como luego Alejandro, aprendida la lección, espoloneará a sus capitanes (P 70 y sigs.):

Étor e Diomedes, por su cauallería,
ganaron pres que fablan dellos oy en día;
non farían de Archilles tan luenga ledanía,
sy sopiesen en él alguna couardía.
Diçen que buen esfuerço vençe mala ventura,
meten al que bien lidia luego en escriptura;
vn día gana ome presçio que sienpre dura,
de ffablar de couarde ninguno non ha cura.
Pues que de la muerte ome non puedé estorçer,
el algo deste mundo todo es a perder,
sy ome non gana pres por deçir o por fer,
valdria más que fues muerto o fues por nacer.

Las tres coplas son altamente significativas y exponen modos de pensar que se repiten en el poema atestiguando así la importancia que tenían para su autor. Como buen predicador medieval Aristóteles autoriza su sermón con ejemplos de la venerable Antigüedad (Héctor, Diomedes, Aquiles); otra nota de los tiempos, en la que convergen factores ya estudiados, es el aspirar a la consagración literaria. Por último, Aristóteles formula, con rigor digno de los *Primeros analíticos*, las premisas que conducen obligatoriamente al ganar prez, reforzando la obligatoriedad con una hipótesis negativa que prescinde extrañamente de la moral orto-

doxa.[9] Mucho habla Aristóteles en la *Alexandreis* sobre las calculadas ventajas de las dádivas oportunas (I, 146 y sigs.): Juan Lorenzo tuvo presente la arenga, pero la elaboró más en el sentido de largueza caballeresca que como expediente para comprar la adhesión de sus soldados, y agregó como precepto (O 82) la renuncia a la ganancia que de hecho Alejandro practica en la *Alexandreis* (II, 485; IV, 575; *Alexandre*, O P 974cd):

> Quando Dios quisier que la lide fuer rancada,
> parte bien la ganançia con tu gente lazdrada;
> non te prenda cobdiçia a ty de prender nada:
> tú leuarás el preçio, que ual ración doblada.

Aristóteles prevé las victorias de Alejandro, y descuenta sin la restricción condicional de la *Alexandreis* su fama eterna (P 85 cd):

> sallirá Gresçia de premia, tú fincarás honrrado
> e será el tu presçio fasta la fin contado.

El parecer de los contemporáneos y el juicio de la posteridad presiden a cada acto y a cada propósito. No le basta a Paris castigar a su rival sin incluir en el castigo el comentario de una muchedumbre eterna (P 495cd):

> yo faré en su cuerpo vn exemplo atal
> que siempre fablen dello en Greçia por señal.

Héctor se resuelve a atacar a Aquiles por esta reflexión (P 694c):

> sy él me acomete, él se yeua el prez.

Conforme al hábil proceder de Gautier de Châtillon, el poeta español pinta con toda simpatía al antagonista Darío, siendo uno de sus rasgos favorables su no escaso afán de gloria en el presente y en el futuro, que alienta hasta en la derrota (P 1448):

> Ésy solo non cahe que non quiere luchar,
> ésy non fué vençido que non quiso lidiar;
> todos los que quisieron buen presçio ganar
> siempre dellas e dellas ouieron a tomar.

Y lo mismo tras nueva derrota (P 1665):

> Los que fasta agora me avedes guardado,
> guardat bien vuestro presçio que avedes ganado

[9] Cf. P 2456d, el mismo verso en la imprecación contra el traidor Antípatro.

faziendo commo el bueno que muere aguisado:
ése aue acabada vida e presçio acabado.

Semejante afán cobra cierto patético brillo cuando, a merced de los sátrapas traidores, el rey cautivo alza su oración y decide anticiparse a sus asesinos (P 1709):

Quando de la muerte non puedo escapar,
quiero me yo mismo con mi mano matar:
de mano de vil ome non devo yo finar:
rrey mató a Dario, dirán en el cantar.

En el elocuente soliloquio de Darío en la *Alexandreis*, VII, 17 y sigs., que guió el del *Alexandre*, falta por completo este motivo: Juan Lorenzo lo traspuso ingeniosamente de otro episodio de su modelo, el del adivino Zoroas quien, sabedor de su muerte (III, 160 y sigs.):

penetrare audebat ad ipsum
rectorem Macetum, toto conamine poscens
a tanto cecidisse uiro,

episodio que, a su vez, se remonta a las palabras que pronuncia Eneas, apiadado de su enemigo Lauso, el guerrero novel juvenilmente prendado de la gloria (*Eneida*, X, 829 y sigs.):

Hoc tamen, infelix, miseram solabere mortem:
Aeneae magni dextra cadis.

Pero la nota peculiar de Juan Lorenzo, no sugerida por Gautier ni por Virgilio, es que su personaje decide morir pensando en la obra poética —"el cantar"— que fijará su recuerdo. La situación del adivino Zoroas debió de impresionar hondamente al autor del *Alexandre*, pues ha alargado el episodio, exponiendo hasta tres veces la pretensión del agorero, primero al justificar su presencia en el campo de batalla (O 1053):

Auielo entendido, ca lo sabie bien catar,
que auie en essa lid es día a finar;
por ende querie a Alexandre fallar,
ca querie se podiés de su mano finar.

Luego, cuando Zoroas para realizar su propósito se dirige al Rey (O 1055cd):

fué lo coniurar por Dios e por su ley
que quisiés emplegar la su lança en él.

Ante la sorpresa de Alejandro, Zoroas explica su demanda (O 1061):

> Conosçílo anoche por mi sabedoría
> quem sacarien ell alma hue en este día;
> sepas bien por uerdat que por end querría
> morir de la tu mano e graçir te lo ya.

Además, Juan Lorenzo ha recordado este morir honroso, a manos del más alto enemigo, no sólo en el señalado soliloquio de Darío sino en otras dos situaciones más en las que no figura en la *Alexandreis*. Es la una el combate entre Alejandro y el vanidoso filisteo "fijo de padre negro e de vna giganta," quien dice al Rey (P 1368):

> Pero por de ventura vos deuedes tener
> que tan honrrada muerte auedes a prender,
> ca morredes de tal mano que vos deve plaçer,
> que non so de los moços que soledes vençer.

En la otra, Alejandro mismo (como Eneas) elogia generosamente a su enemigo muerto y declara que no es deshonra caer a sus manos (O 1783):

> Dario, el to presçio siempre será contado,
> sol de lidiar comigo fuste tan osado;
> non te cae en onta maguer fuste arrancado,
> ca yo soe Alexandre, el del nombre pesado.

Como en la *Alexandreis*, IX, 96 y sigs., también aquí el pensamiento de ganar fama en vida o en muerte mueve la hazaña de Nicánor y Símaco (P 2001):

> Alguna maestría avemos a buscar
> que podamos a Poro de la rribera rredrar;
> si cumplir lo pudiésemos podemos nos honrrar,
> podremos, si muriemos, con grant presçio finar.

Por su parte, Poro, otro noble adversario, llama al deber a sus súbditos en fuga aterrándoles con la deshonra de que están a pique de cubrirse, y atrayéndoles con la honra que está en sus manos ganar (O 2079c y sigs.):

> Amigos, en mal presçio uos queredes meter,
> nunca en este mundo lo podedes perder.
> Amigos, uestro rey no lo desamparedes;
> si Poro aquí fica, uos mal prez leuaredes.

Tornad a la fazienda, rafez los uençeredes,
en quantol mundo dure uos oy uos onrraredes.

Aquí Juan Lorenzo demuestra haberse apropiado la técnica de Gautier para la pintura favorable de un enemigo de Alejandro, y demuestra también manejarla con independencia creadora pues la *Alexandreis*, aunque retrata con trazos simpáticos a Poro, no le atribuye tal amor a la fama.

Lógicamente es el protagonista quien se muestra poseído de la más ávida sed de gloria. En ello, tanto Gautier de Châtillon como Juan Lorenzo de Astorga se hallan autorizados por la historia, pero la versión que ambos —y, sobre todo, el último— elaboran de cada tradicional anécdota para subrayar la pasión del héroe, no es ya un dato, objetivamente ofrecido por la historiografía antigua: es la proyección de las propias ambiciones y preferencias de los poetas, esto es, de las de su época, de la que son exaltados, quizá extremos, representantes. Alejandro, dechado de caballeros, da muestra de su temple ejemplar cuando, niño todavía, se siente afrentado por el vasallaje de su patria (P 47ab):

non seria pora rey vida tan aontada,
terníame por mejor en morir muerte honrada.

Gautier, creador de la situación, no ha destacado con tanto tesón el sentido de honra de Alejandro. Otro ejemplo: partiendo de los pocos versos en que Gautier pinta cómo zarpan las tropas macedonias, al fin de cuentas gustosas de la aventura (I, 370):

tamen reuocat patriae dulcedo uolentes,

Juan Lorenzo ha diseñado una elocuente y sentimental escena: llanto de las mujeres en el puerto, pesar de los soldados en las naves; Alejandro toma entonces la palabra para confortar a sus hombres; les señala cómo el amor de la tierra puede poner en peligro la fama, y apoya su precepto en varios casos mitológicos, conforme a la socorrida técnica del sermón medieval, con su ristra de autoridades y ejemplos (P 255 y sigs.):

Qui al sabor quisiere de su tierra catar,
nunca fará bernaje niṇ fecho de prestar,
mas es en vna vez todo a oluidar
sy ome quisier presçio que aya a prestar.
Elçides si non ouiés a España pasado,
maguer era valiente non serie tan contado;

Bacus si non ouiés el su lugar lexado
non ouiera el regno [del] India ganado...
El sabor de la tierra façe muchos mesquinos
e que a grant rrepoyo biuen de sus veçinos.
Nasón [*sic*] si non ouiese abiertos los caminos
non auría ganado tan ricos velleçinos.

Probablemente el único pasaje de la *Alexandreis* concerniente a la gloria del héroe que ha sido abreviado en el *Alexandre* es aquel que, a la zaga del *Pro Archia*, presenta al joven conquistador envidiando a Aquiles la celebración de Homero (I, 478 y sig.). Juan Lorenzo no parece haber comprendido la intención de la anécdota pues, contrariamente a su costumbre, la compendia trivializándola y convirtiendo a Homero en autor del epitafio de Aquiles. Según él, Alejandro halla entre los túmulos de Troya un sepulcro con inscripción que realiza lo que el letrado medieval propone siempre como ideal estilístico, aunque por lo general practica el extremo opuesto (O 330c y sigs.):

quien uersificó fué ome bien letrado,
ca puso grant razón en poco de ditado.
Achildes soe que iago so este mármol cerrado,
el que ouo a Éctor el troiano domado;
matóme por la planta Paris el perjurado,
a furto, sin sospecha, seyendo desarmado.
Quando ouo el rey el pitafio catado,
dezie que de dos viessos[10] nunca fué tan pagado;
touo que fué Achildes ome auenturado,
que ouo de su gesta dictador tant onrrado.

La excepcional reducción queda compensada con creces cuando Alejandro "aplica" su relato de la historia troyana, al modo de los predicadores, según puntualiza el poeta mismo (O 763):

Por commo es costumbre de los predicadores
en cabo del sermón aguisar sus razones,
fué él aduziendo unas estrannas conclusiones
con que les maduró todos los coraçones.

Esas "estrannas conclusiones" muestran con la máxima transparencia cómo pensaba acerca de la fama el letrado del siglo XIII. Como epílogo de la historia troyana, Alejandro recuerda a sus soldados que el propósito general de tales relatos es aleccionar a

[10] Juan Lorenzo piensa en los dos hexámetros que el epitafio ocupa en la *Alexandreis*, I, 473 y sig.

los hombres venideros. A la vez, los héroes, así exhibidos a la admiración de las generaciones futuras, han llegado a ganar la fama más codiciable y, como antes su maestro (copla 72), Alejandro concluye por sostener no muy ortodoxamente el valor supremo de la gloria mundana (O 764 y sigs.):

Amigos, —diz— las gestas que los bonos fezioron
los que saben la leenda en escripto las posioron;
algún proe entendien por qué las escreuioron,
cada uno quáles fueron o quál preçio ouioron.
Los maestros antigos fueron de grant cordura;
trayan en sus faziendas siso e grant mesura;
por eso lo metien todo enna escritura
pora los que ueniessen meter los en ardura.
Vlixes e los otros que fueron tan lazdrados
se tanto non lazdrassen non se uieran uengados;
mas por end fueron firmes e denodados,
fezioron tales fechos que siempre serán contados...
Parientes e amigos, se uos preçio amades,
sólo que nos entendan firmes las uoluntades,
esto será uerdat, bien seguros seades,
ganaredes tal preçio que nunca lo perdades.
Tant grant será el preçio que uos alcançaredes,
que quanto fezioron éstos por poco ternedes,
saluaredes a Greçia, el mundo conquiriredes,
orar uos an bon sieglo los que uiuos lexaredes.
Desque ome de morte non puede estorçer,
el bien daqueste mundo todo loa a perder,
se non gana preçio por dezir o por fazer,
valer lia mucho más que ouiés por naçer.

Tan larga arenga que Juan Lorenzo pone de suyo en boca del protagonista (pues en la *Alexandreis* Alejandro ni narra la historia de Troya ni pronuncia tales "conclusiones") revela cuánto debía de preocupar al "bon clérigo" de Astorga la gloria particularmente cara a la clerecía —su fijación en libros—, ya enunciada en las enseñanzas de Aristóteles (70 y sig.), minuciosamente explicada en el más exaltado momento del poema (2288 y sigs.) y recordada por última vez en el conmovido final (copla 2668). En esta literatura, obra peculiar de la clerecía y como tal empapada, a diferencia de la épica popular, de espíritu didáctico, la veneración al libro irrumpe en infinitos pasajes y situaciones; por ejemplo, en las numerosas referencias al escrito o al autor que

le guía, análogas a las de Berceo[11] y en los lugares en que Alejandro asume el papel docente,[12] algo extraño en un caballero. Juan Lorenzo subraya con evidente complacencia la condición excepcional de su héroe, flor y nata a la vez de caballería y clerecía, detallando su perfecto aprendizaje (16 y sigs., 38 y sigs., 52). Cleor, el "juglar" que quiere salvar a Tebas —y según P 232b: "ombre bien razonado que sabia bien leer"—, lo declara así explícitamente (P 235ab):

> En ty son ayuntados seso et clereçía,
> esfuerço e franqueza e grant pal[a]çianía.

También el agorero Zoroas reúne la doble excelencia (P 1054):

> Soreas auie nombre e era bien letrado,
> auie de las siete artes escuela gouernado;
> pora en cauallería era bueno prouado:
> por tales dos bondades auie presçio doblado.

Y, como agorero, las propias dotes no escapan a sus ojos sagaces, según declara a Alejandro (P 1060):

> Iaçen todos los sesos en esta arca mía:
> aquí fiçieron las artes toda su cofadría;
> demás por todo esto pora en cauallería
> non conesco a ome nasçido mejoría.

Lógicamente, el didacticismo, la veneración a todo escrito, explica que el introducirse en la sustancia eternizadora de un libro,

[11] Cf. 10a, 11d, 27a, 531b, 583c, 1244d, 1364b, 1476d, 1494c, 1847a, 1854d, 2161d, 2209c, 2469c, 2478d, 2508a, 2604a, 2664a.

[12] Alejandro compara el inmenso ejército que de nuevo le opone Darío a la hidra de Lerna y racionaliza el mito (O 1196 y sigs.): "Por uno que matemos [*sic* por "matamos," como trae P] más de .C. naçioron, / ressuçitaron todos quantos nunca morioron, / creo a los actores que esto tal entendioron / quando de las cabeças del sierpe dixioron. // Cantan [*sic* por "contan", como trae P] elos actores que dizen muchas befas / que fué una serpiente que auie VII cabeças, / quando únal togien VII naçien espessas: / semeian estas nueuas a éssas." Cuando sus hombres quedan "mal escandalizados" por las nunca vistas alteraciones de sol y luna, Alejandro, muy racionalmente (O 1208): "Mandó uenir los sabios que sabien las naturas, / que entendien los signos e las cosas escuras; / mandóles que mostrassen segunt las escripturas / qué signos demostrauan estas tales figuras." Y, en efecto, el más letrado de estos sabios, el egipcio Aristander, expone a la falange macedónica la naturaleza de los eclipses según (P 1211b) "los actores encara así nos lo escriuen." En cuanto a P 2289ab: "Dicen las escripturas, yo ley el tratado, / que siete son los mundos que Dios ouo dado," el poeta español sigue con bastante fidelidad una anécdota antigua (Valerio Máximo, VIII, 14, *Ext.* 2) que la *Alexandreis* también recogió (X, 320 y sigs.), pero es suyo, evidentemente, el énfasis medieval en la certificación libresca del dato científico. Ver pág. 190.

para ejemplo y doctrina de la posteridad, fuese uno de los aspectos más codiciables de la gloria a ojos del autor. Eso es lo que Alejandro promete a sus tropas fatigadas, y lo que mueve la obediencia de sus soldados en el brillante episodio que supera en mucho al de la *Alexandreis*, ya poéticamente recreado con independencia de la historiografía antigua (P 229d):

> serán las nuestras nuevas en corónicas metidas.

Y eso es lo que, al final del poema, promete también Juan Lorenzo a su admirada criatura (P 2668cd):

> qui muere en buen presçio es de buena ventura,
> que lo meten los sabios luego en escriptura.

Según queda señalado, este "meter en escriptura" de Sem Tob, del *Apolonio* y del *Alexandre*, como la veneración medieval al libro, apunta a una inmortalidad doctrinal: el personaje glorioso se trasmutará en ejemplo o anécdota, en una parcela del saber edificante que las generaciones futuras puedan memorizar dócilmente; apenas si el libro figura como creación estética, inmortalizadora por el don mágico de la poesía. Con todo, este tipo de sobrevivencia, tan exaltado por los antiguos y que vuelven a encarecer los poetas latinos del siglo XII (Gautier de Châtillon más que ningún otro), quizá explique las frecuentes alusiones del *Alexandre* a la inmortalidad en el "cantar," con referencia probable a la difusión principalmente oral de la epopeya y la lírica en lengua vulgar. Ya se ha visto que Darío decide quitarse la vida pensando en la sanción de póstumos cantares (P 1709d), y que las hazañas de Alejandro suscitan —con reminiscencias de las de David— el cántico de alabanza de las mujeres (P 1967). A la trasmisión oral, vehículo por excelencia de la épica, es verosímil que se refiera también el adjetivo "contado," fijado como epíteto en el *Mio Cid* (142, 152, 193, 493, 502, 1246: conjetural, 1780, 1787: conjetural, 2433) y en Berceo, *Santa Oria*, 46a: "estas dueñas contadas," pero construído en el *Alexandre* de modo que refleja cómo el autor se explicaba su actual acepción de 'famoso' (P 256ab, 388c, 766d, 1783a):

> Elçides sy non ouiés a España pasado
> maguer era valiente non serie tan contado... [O: tan nombrado]
> era por todo el mundo la su [de Helena] beldad contada...

fiçieron tales cosas por que son oy contados...
Darío, el tu presçio siempre sea [O: siempre será] contado.

La gloria de la que Juan Lorenzo ase tan varios perfiles —caballeresca, fijada en el escrito docto, contada en el cantar popular— no es tema episódico en el *Alexandre:* un gran número de breves alusiones mantienen viva la urgencia de su estímulo. Como por dos veces en la *Alexandreis* (II, 484 y sigs.; IV, 575 y sigs.), el héroe cede a sus soldados la ganancia para quedarse con sola la honra pero, más artístico que su modelo, Juan Lorenzo transforma la primera situación en precepto dictado por Aristóteles (copla 82) que refuerza su aplicación en la realidad (O 974cd):

de toda la ganançia me uos quiero quitar,
assaz he yo en el preçio, non quiero ál leuar.

El rey vigila cuidadosamente su propia conducta, con miras al eventual acrecentamiento o merma de fama; por eso no accede sin más al pedido de Zoroas de morir a sus manos (P 1056 cd):

serie mi presçio todo aquí menoscabado
sy yo contra el vençido fuese tan denodado.

Por el mismo motivo, la ciudad de Tiro, que no quiere dársele, provoca una pronta acometida (P 1108):

Sy asy nos escanpan éstos esta vegada,
quantos esto supieren por nos non darán nada;
la nuestra buena fama que es leuantada
a nada e a nula seria luego tornada.

La extensión de la fama en vida y su perduración póstuma son las dos obligaciones que Alejandro recuerda a sus hombres en vísperas de combate (P 1342 y sigs.):

Asás auedes fechas façiendas muy granadas,
ya son por todo el mundo vuestras nueuas sonadas;
son todas sobre nos las tierras acordadas,
onde es menester que traygamos las espadas.
Agora nos deuemos por varones preçiar
quando con todo el mundo avemos a lidiar:
nos pocos, ellos muchos, podremos nos honrrar,
avrán por contasella[13] de nos qué fablar.

[13] *Sic;* en el ms. O falta el texto de estas coplas. Sin duda "contasella" está por *cuncta saecula;* cf. el verso último en la maldición de Nabarzanes y Beso,. O 1744d: "ca per *cuncta secula* mal enxenplo dexades"; P: "que por a *secula cunta* mal enxenplo seades."

Restablecer el orden jerárquico de la sociedad castigando a los vasallos traidores a su señor merece tanta fama como infamia el descuidarlo, y por eso Alejandro vuela a vengar al asesinado Darío (P 1730a y sigs.; 1855cd):

> Valámosle, amigos, sy Dios vos bendiga,
> grant presçio nos acaesçe por valer a tan grand enemiga...
> por Dios que non fagades ninguna demoranҫa,
> caher nos ha a nos todos, si muriere, en viltanҫa...
> sy éstos estruymos yremos más honrrados,
> serán nuestros bernajes todos bien acabados.

Siguiendo la pauta de Gautier (IV, 131 y sigs., 353 y sigs.), Juan Lorenzo se vale de anécdotas antiguas para explayar incansablemente la ambición de gloria desinteresada del héroe. Muy diluída está la de Parmenión que aconseja aceptar la oferta de Darío —la mano de su hija y la mitad del reino— para evitar la arriesgada batalla; Alejandro responde irónicamente (P 1281a):

> Grant honrra me acresçe en tal dona tomar,

y señala que lo errado del consejo está cabalmente en aceptar algo del enemigo (P 1283 y sigs.):

> Demás sy por su mano tomás nin migaja,
> suyo serie el presçio e toda la aventaja;
> serien todas mis nuevas caydas en la paja,
> por do vuestro conseio non valdrie vna meaja.
> Si todo su inperio me quisiese dexar,
> yo non gelo querría de tal guisa tomar,
> ca, como en Dios fío, a todo su pesar,
> a mejor nuestro presçio lo podremos ganar.

Pero, a la vez, Alejandro rehusa el rescate para la familia de Darío (P 1266a y sigs.):

> Nobleza nunca quiso entender en mercado...
> plus gent nos paresçerá en dárgelas en grado...

La segunda anécdota aparece muy elaborada en el *Alexandre*, a fin, sin duda, de lograr variedad dramática. Para simplificar la situación,[14] el consejo de atacar de noche corre por cuenta de Parmenión —apabullado antagonista de tanta gloriosa anécdota— quien, en una sentida *captatio benivolentiae*, lamenta el "sosaño"

[14] Quinto Curcio, IV, 13 y la *Alexandreis*, IV, 348 distribuyen la responsabilidad del consejo entre Parmenión y Poliperconte.

que siempre acaba por recibir de su señor. Satisfecho con este original aditamento, Juan Lorenzo concentra la réplica de Alejandro que halló en Gautier (P 1321 y sigs.):

Dixo: Non me semeja desta tal rraçón,
que esti tal engaño maña es de ladrón...
de la mi couardía avrien qué rretrayer,
podría en mi presçio grant menoscabo fer.
Nunca por a rrey fué engaño nin çelada,
façienda de tal guisa nunca fué bien rrancada:
metérgelo por escusa Dario e su mesnada,
e nos victoria luego menoscabada.[15]

El pasaje donde el amor a la fama se despliega con máxima amplitud, revelando el mayor número de matices y alcanzando una original belleza que, a juzgar por su influencia, debió de conmover hondamente a un vasto público, se encuentra en la dramática escena en que los capitanes de Alejandro, movidos de puro amor a su persona, le ruegan modere su deseo de aventuras, y tocan como último argumento el punto de la honra. Aquí, Juan Lorenzo sigue las pisadas de su admirada *Alexandreis*, aunque no servilmente. Mientras Gautier discurre en abstracto (IX, 540 y sigs.) sobre el tema *gloria quantalibet uili sordescit in hoste*, su imitador condensa en dos versos las premisas abstractas, y las refuerza con un pintoresco caso concreto, característico de la acogida que dispensa por igual al mundo de la mitología y al de todos los días (P 2279):

Non es honrra nin presçio pora ome honrrado
meterse a ventura en lugar desaguisado;
non li cayera presçio a Étor el famado
de yr se abraçar[16] con vn puerco lodado.

Se ha visto ya que la respuesta del rey en la *Alexandreis* peca de algo confusa o incoherente, en contraste con la bien articulada elocuencia de tales trozos oratorios dentro del mismo poema. En cambio, la amplificación de Juan Lorenzo es la suma y culminación, como pensamiento y como belleza, de los numerosos pasajes que tocan este tema y que, por su parte, dan testimonio de lo sincero de la inspiración que enciende la réplica del

[15] *Sic*, sin verbo en modo personal en los dos últimos versos. Estas coplas faltan en el ms. O.

[16] Ms. O: "Por querer se yr iustar..."

conquistador. Como en el poema latino, Alejandro comienza por agradecer la solicitud de su hueste, desarrollando con eficacia sentimental los secos versos de Gautier, 549 y sigs.: *Sed quod ab introitu regni uel origine belli / erga me nullum pietatis opus uel amoris / pignus omisistis* (P 2284 y sig.):

> Gradesco esto mucho que agora dixestes,
> mas mucho más gradesco lo que siempre feçistes,
> los fijos, e las mugeres por mi los aborreçistes,
> nunca lo que yo quis non lo contradixestes,
> Dexastes vuestras casas e vuestras heredades,
> pasados ha dies años que comigo lazrades;
> mucho vos he cansado [O: ha costado] e cansados andades.
> Por mi seruicio nada non menoscabades.

La adversativa del último verso sirve de transición para introducir un nuevo y original argumento de Juan Lorenzo (P 2286):

> Maguer a mí seruistes quando a Poro domastes,
> quando a Dario viniestes [O: uençistes] e las bestias rrancastes,
> la estoria troyana con esto la çegastes,
> honrrastes a vos mismos, nuestro presçio alçastes.[17]

El excelso valor reconocido a los dechados antiguos induce a medir las propias hazañas por las de ellos,[18] y hace brotar en aventureros afortunados la sospecha de haber sobrepasado las glorias antiguas. Cuando Juan Lorenzo pone en escena un Alejandro seguro de que su ejército ha cegado la guerra de Troya, se anticipa imaginativamente a la idea que las circunstancias objetivas habían de sugerir tantas veces a los descubridores y conquistadores de la Edad moderna y, sobre todo, a los poetas y cronistas de sus viajes y batallas.[19] De aquí reanuda Juan Lorenzo el discurso re-

[17] Como el evidente sentido de este argumento es "Luchasteis en mi servicio, pero os cubristeis de gloria a vosotros mismos," parece preferible para el último hemistiquio la lección del ms. O.: "e preçio alcançestes".

[18] El relato de la azarosa navegación por los mares de la India acaba con esta misma nota (P 2304ab): "Vlixes en dies años que andudo errado / non vio mas peligros nin fué mas ensayado." La descripción de los trabajos de Hércules y de la guerra de Troya, figurados en la tienda de Alejandro, presenta a lo vivo la alta función didáctica que el clérigo medieval asignaba al cotejo con los antiguos parangones (P 2575): "Quando el rey Alixandre estas gestas veye, / creciel' el coraçón, grant esfuerço cogíe; / diçie que por su pleito vn clauo non daríe; / sy non se mejorase, morir se dexaríe."

[19] Cf. *Dido y su defensa en la literatura española. RFH*, IV, 1942, pág. 59 y sigs. Pueden agregarse los numerosos pasajes en que Francisco López de Gómara y Gonzalo Hernández de Oviedo, tras relatar una proeza o describir un monumento,

dundante de la *Alexandreis* en el que, en suma, Alejandro declara que, pues él no mide su vida por el tiempo sino por la gloria, se da por satisfecho con lo que ha vivido; lo que ahora quiere —sojuzgado ya el mundo conocido— es conquistar los antípodas (IX, 553 y sigs.). Aquí la versión muy independiente del *Alexandre* permite vislumbrar el original perfil del poeta español, que ha condensado en los dos primeros versos de la bellísima copla 2288, sorprendente por su movimiento y musicalidad, lo que Gautier desparrama por tanto balbuciente hexámetro, y ha aducido en los otros dos la suma autoridad poética de la Antigüedad, reinterpretada con anacronismo medieval, esto es, con ajuste a lo vivo y actual del mundo de la Edad Media (P 2288):

> Non conto yo mi vida por años nin por días
> mas por buenas façiendas e [por] cauallerías:
> non escriuió Omero en sus alegorías
> los meses de Archiles mas las cauallerías [O: sus barraganías].

Más interesantes que las alegorías de Homero, de antigua alcurnia y que no habían de perder su validez ni en pleno siglo XVII,[20] son estas "buenas façiendas" coordinadas paralelamente con las

---

anotan escrupulosamente en cuánto sobrepasa a tal proeza referida por Valerio Máximo o a tal monumento señalado por Plinio.

[20] El valor de alegoría moral es el único o el principal que Baltasar Gracián veía en los poemas homéricos. La advertencia *A quien leyere* de *El Criticón* reza (ed. M. Romera-Navarro, University of Pennsylvania Press, 1938, t. 1, pág. 97 y sigs.): "En cada uno de los autores de buen genio he atendido a imitar lo que siempre me agradó: las alegorías de Homero..., lo doctrinal de Séneca..., las moralidades de Plutarco..." Y al juzgar a Ariosto (t. 2, pág. 133): "Si el Ariosto hubiera atendido a las morales alegorías como Homero, de verdad que no le fuera inferior." Dentro de su propia novela alegórica, Gracián ha intercalado muestras de su interpretación de Homero; la mejor guía para valerse en la Corte no es ninguno de los libros contemporáneos compuestos a ese fin, sino (t. 1, pág. 346 y sig.) "la célebre *Ulisíada* de Homero... ¿Qué, pensáis que el peligroso golfo que él describe es aquel de Sicilia, y que las sirenas están acullá en aquellas Sirtes con sus caras de mujeres y sus colas de pescados, la Circe encantadora en su isla y el soberbio ciclope en su cueva? Sabed que el peligroso mar es la corte, con la Scila de sus engaños y la Caribdis de sus mentiras. ¿Veis essas mugeres que passan tan prendidas de libres y tan compuestas de disolutas? Pues éssas son las verdaderas sirenas... ni basta que el cauto Ulises se tapie los oydos: menester es que se ate al firme mástil de la virtud y encamine la proa del saber al puerto de la seguridad, huyendo de sus encantos. Ay encantadoras Circes que a muchos que entraron hombres los han convertido en brutos..." Evidentemente, aquí como en la oda de fray Luis *Las serenas, a Cherinto* y como en el soneto *Ulises* de don Juan de Arguijo (Bibl. Aut. Esp., t. 32, pág. 394b), Horacio ha dado la pauta con su exegesis estoica *(Epístolas,* I, 2, v. 17 y sigs.). Nueva alegorización del episodio de Circe, independiente de Horacio, se halla más adelante (t. 1, pág. 370): "Las camaradas de Ulises estavan rematadas fieras, y comiendo las rayzes amargas del árbol de la virtud cogieron el dulce fruto de sus personas."

"cauallerías" del conquistador. Pues no creo que el resabio bíblico de aquella expresión sea puro azar léxico, sino que, así como la buena fama, encarecida en los Libros Sapienciales, llega a coincidir con la fama mundana, de igual modo las buenas obras, que aseguran la vida eterna, acaban por designar paradójicamente —no sólo en este pasaje— la excelencia en armas que gana renombre en este mundo.

A continuación, el héroe en la *Alexandreis* pasa a recordar lo que ha conquistado y, con insoportable bravata, lo que planea conquistar (IX, 562 y sigs.). De nuevo Juan Lorenzo se aparta decididamente de la *Alexandreis*, y su razón es evidente. ¿Por qué, roto ya el "vasallaje" de Grecia, vencido Darío y sometido prácticamente todo el mundo, Alejandro se obstina en continuar sus conquistas? Gautier acumula hipérboles declamatorias y cae así en el riesgo de que la sed de gloria del Rey aparezca huera y extravagante. En trance de motivar la obstinación de Alejandro, Juan Lorenzo da con un móvil particularmente grato a la literatura doctrinal de su siglo. Alejandro no es sólo conquistador sino explorador; tanto como dominar le interesa descubrir y conocer. Sin duda alguna Juan Lorenzo debió de sentirse históricamente justificado para asignar tal móvil a su héroe (esto es, debió de tener su punto de partida en un escrito latino) y, en efecto, la anécdota antigua, sucintamente vertida por Gautier, de Alejandro que llora al enterarse de la pluralidad de mundos fuera de su alcance, parece haber sido ese punto de partida. En la *Alexandreis* la anécdota[21] es un accesorio dentro de una situación que repite desmañadamente la réplica de Alejandro a sus capitanes (X, 301 y sigs.). Juan Lorenzo tuvo el acierto de refundir los dos discursos semejantes destacando, como nota básica de la réplica, la anécdota reinterpretada para realzar el ansia de saber de Alejandro (P 2289 y sigs.):

> Diçen las escripturas, yo ley el tratado,
> que siete son los mundos que Dios ouo dado;
> de los siete el vno apenas es domado:
> por esto yo non conto que nada he ganado.

21 V. 320 y sig.: *Plures esse refert mundos doctrina priorum: / vae mihi, qui nondum domui de pluribus vnum.* Cuenta Valerio Máximo, VIII, 14, *Ext.* 2: *Nam Alexandri pectus, insatiabile laudis, qui Anaxarcho comiti suo ex autoritate Democriti praeceptoris innumerabiles mundos esse referenti 'heu me' inquit 'miserum, quod ne vno quidem adhuc sum potitus!'*

Quanto avemos visto antes nos [O: no] lo sabiemos,
si ál non anpendremos en balde nos viuiemos;
por Dario e por Poro que vençido avemos
yo por esto non cuydo que grant cosa fiçiemos.
Enbiónos por esto Dios en [O: aquestas] partidas:
por descobrir las cosas que yaçen sofondidas [O: que azien ascondidas]
cosas sabrán por nos que non serian sabidas;
serán las nuestras nueuas en corónicas metidas.

El ansia de conocimiento como móvil de conquista y aventura gloriosa —cuña "clerical" enclavada en el mundo caballeresco— es el eje en torno al cual Juan Lorenzo organiza esta porción de la biografía poética de Alejandro, que en su modelo latino no pasa de confuso alarde de proyectos contradictorios: exploración del Océano, guerra contra los antípodas, conquista de Roma. El *Alexandre* no sólo ordena y modifica juiciosamente los proyectos de los dos discursos similares (*Alexandreis*, IX, 566 y sigs.; X, 314 y sigs.) sino que, a favor de esta pasión que atribuye a su héroe, puede agregar motivadamente las aventuras fabulosas de la leyenda vulgar, que justifican y dilatan el regreso a Babilonia. Desde la última situación histórica que viene narrando —o sea la resistencia de sus tropas a seguir internándose en Asia— Juan Lorenzo hace valer sistemáticamente este motivo. Los capitanes enrostran a Alejandro su avidez de conquistador (P 2274):

La tu fiera cobdiçia non te dexa folgar;
señor eres del mundo, non te puedes fartar.

Equivocadamente, pues su pensamiento —previene el poeta— ha sido muy otro (O 2269):

Asmaua el bon ome la mar atrauesar,
a lo que nunca pudo ome cabo fallar,
et buscar otras yentes de otro semeiar
por sosacar manera nueva pora guerrear.
Saber del sol dó naçe e lagua onde mana,
el mar qué trahe forcia quando fier na montanna...[22]

[22] Los dos últimos versos citados se leen así en P: "Saber el sol dó naçe, Nido e de dó mana, / el mar fuerça trahe quando lo fiere ventana...," lo que sugiere la siguiente enmienda de O: "Saber el sol dó naçe, el Nilo de dó mana, / el mar qué forçia trahe quando fier na montanna..." En efecto, la *Alexandreis* atribuye dos veces (IX, 507, y X, 96 y sig.) a su protagonista el intento de descubrir las fuentes del Nilo, la incógnita que, desde Heródoto, tentó sin cesar a la Antigüedad: cf. Horacio, *Odas*, IV, 14, vs. 21-22; *Metamorfosis*, II, 254 y sigs.; *Farsalia*, X, 191 y sigs.; Plinio, *Historia Natural*, V, 9; Claudiano, *El Nilo*, 10 y sigs., y el ex-

Así gana fuerza y lógica trabazón la magnífica respuesta de 2288 y sigs. Aun las grotescas aventuras de Alejandro por el mar y por los aires cobran cierta dignidad merced al deseo de atesorar conocimientos, que es su primer móvil. Alejandro, caballero en sus grifos hambrientos, ve lo que el poeta, prendado de visiones geográficas (1792 y sigs., 2576 y sigs.), hubiese querido ver (P 2504 y sigs.):

Tanto pudo el rey a las nuues pullar,
veye montes e valles de yus dél estar;
veye entrar todos los ríos en alta mar,
mas cómo yaçie o non, nunca lo pudo asmar.
Sedie [O: Veye] en quáles puertos son angostos los mares,
veye grandes peligros en muchos de lugares;
veye muchas galeas dar en los peñiscales,
otras sallir a puerto, adobar de jantares...
Luengo seria de todo quanto que vio contar,
non podrie a lo medio el día bastar;
más en una ora sopo mientes parar
ya que todos abades non lo sabrian asmar.

Si ordena que lo dejen por quince días en su arca de vidrio, es para satisfacer la misma ansia (P 2309cd):

asás podrie en todo esto saber e mesurar,
e meter en escripto los secretos del mar,

aunque, como buen medieval, le interesa más la aplicación ética que la observación científica. Ya se ha visto que los autores del *Apolonio* y del *Alexandre* interpretan como aventuras caballerescas los hechos diversos que hallan narrados en sus fuentes latinas, novelescas o históricas. La renovada curiosidad del siglo XII sobre Bizancio y Oriente, tan esencial para la génesis de los poe-

---

celente estudio incluído como nota a la octava 18, canto XXVII de *La Araucana* en la traducción de A. Nicolas, París, 1869. Parece que Gautier fué quien atribuyó a Alejandro el proyecto, tomando pie en la invectiva en que Lucano, X, 20 y sig., llevado por su frenesí declamatorio, ve en Alejandro el déspota insaciable de sangre y estragos; cf. 40 y sigs.: *isset in occasum, mundi deuexa secutus, / ambissetque polos, Nilumque a fonte bibisset.* Corrobora esta conjetura el hecho de que los versos siguientes de Lucano, 42 y 43 *(occurrit suprema dies, naturaque solum / hunc potuit finem uesano ponere regi)* son el innegable punto de partida para su personificación de Natura conjurada contra Alejandro, y de que, además, cuando Natura explica a Lucifer su angustiosa situación, nombra aquel proyecto como el primer atentado del Rey *(Alexandreis,* X, 96 y sig.: *caput indagare remotum / a mundo Nili).*

mas sobre Alejandro en lengua vulgar, y la veneración de la clerecía por el saber hacen natural la asociación entre aventura en lejas tierras y sed de conocimiento. Quizá se halle latente tal asociación en el lamento en que Apolonio, náufrago, descubre el motivo de sus viajes (125cd):

> Tenia me por torpe e por menos cabado
> porque por muchas tierras non auia andado.

Pero es ciertamente el *Alexandre* —en contraste con la *Alexandreis*— el libro español que más rotundamente la afirma. Cada expedición del héroe a tierra incógnita está cuidadosamente justificada en el deseo insaciable de arrancar nuevos secretos al mundo y a la naturaleza. Ya en la juvenil aventura con Nicolao, el poeta, según se ha visto, le atribuye en primer término intención de ver tierras y conocer los pasos de la montaña (P 128ab). Concluída la "romería" al templo de Júpiter Ammón, Alejandro prepara su marcha a Etiopía (P 1184):

> Quando a toda su guisa ouieron sojornado,
> por yr a Eçiopia era todo fablado,
> veyer dó el sol nasçe, dó nunca fué poblado...[23]

De igual modo, es el impulso de "descobrir las cosas que yaçien escondidas" lo que da sentido y unidad, a partir de la copla 2296, a tanta correría no autorizada por el "escripto" y "mal de creer" (P 2305b) para el poeta mismo. Y ése es el específico pecado de soberbia que pierde a Alejandro. Muy artísticamente insiste Juan Lorenzo en tan excesivo amor al saber, pues así motiva mejor la ofensa y venganza de Natura (P 2325 y sigs.):

> La Natura que cría todas las creaturas,
> las que son palladinas e las que son escuras,
> tovo que Alixandre dixo palabras duras,
> que querie conquerir las secretas naturas.
> Tovo la rrica dueña que era sobjudgada,
> quel querie toller la ley condo(p)nada...

[23] En el pasaje correspondiente a la *Alexandreis*, III, 404 y sigs., todo es descripción objetiva: *Rex ubi consulto laetus Ioue munera soluit, / regreditur Memphin, licet affectaret adustas / Aethiopum gentes et inhospita Memnonis arua, / Aurorae sedes atque inuia solis adire.* El *Alexandre* no dice que el Rey tuviera todo pronto para ir a la inhospitalaria Etiopía, asiento de la Aurora, etc.; su Alejandro no va a visitar un país más, sino muy precisamente va a ver una tierra no conocida hasta entonces ("do nunca fué poblado"), un fenómeno que se plantea a todo hombre y que nadie ha podido observar ("el sol dó nasçe").

Las cosas que eran secretas quiso él entender,
que nunca ome biuo las pudo saber,
quísolas Alixandre por fuerça conosçer:
nunca mayor soberuia comidió Luçifer.
Auíel Dios dado los regnos en su poder;
non sele podie fuerça ninguna defender;
querie saber los mares, los jnfiernos veyer,
lo que non podie ome nunca acabeçer.
Pesó al Criador que cría la Natura,
ovo de Alixandre saña e grant rencura...

En el angustioso llamado a "don Satanás," Natura antepone con mucho el ansia de saber de Alejandro a su ansia de conquista (P 2432 y sigs.):[24]

Non se tovo por esto [sus victorias] encara por pagado,
el secreto del mar ave todo escodriñado...
Quando non falla cosa quel pueda contrastar
diçe que los infiernos quiere destrañar [O: escodrunnar],
todos los mios secretos quiere despaladinar...

Tal insaciable avidez de saber es la grandeza y, a la vez, el pecado que precipita el fin de Alejandro, como el del Ulises dantesco. Tanto en los maravillosos versos de Dante como en los del oscuro clérigo de Astorga, palpita bajo la ortodoxa condena la evidente fascinación, que hoy se nos antoja profética, de extender el ámbito del saber, simbólicamente identificado con el del mundo geográfico conocido. Y en uno y otro poema, el conflicto entre la razón moral del poeta y su escondida emoción ha aureolado de noble tragedia la figura del descubridor fallido.

También es grande el divorcio entre Gautier y su imitador al narrar los últimos momentos de Alejandro. El poeta francés busca un efecto de contraste entre la insaciable sed de gloria del Rey y la muerte a traición que en un instante anulará todas sus vanidades. Pero Juan Lorenzo está tan prendado de su héroe,[25]

[24] Por el contrario, Gautier, aunque alude al deseo de saber (X, 93 y sigs.: *Eoas / uestigat latebras... / ...caput indagare remotum / a mundo Nili... / antipodumque recessus / alteriusque uolet naturae cernere solem)*, acentúa más el de poderío militar, particularmente en la extraña especie de que Alejandro proyecta conquistar mediante un asedio el paraíso terrenal (v. 97 y sigs.: *et paradisum cingere facta / obsidione parat*; cf. v. 104 y sigs.: *si tam uenerabilis hortus / cedat Alexandro?)*. El piadoso Juan Lorenzo suprimió de raíz esta poco ortodoxa empresa.

[25] Queda señalada la propuesta de adoración (sujeta, claro, a la condición negativa "sy non fuese pagano de vida tan seglar") en los vs. 2667cd, esto es, al fin del poema, inminente ya su peroración edificante. Gautier introduce la entrada de

que no se aviene a utilizarle como odiosa figura de escarnio y, aunque sin renunciar a su afán de gloria, le inyecta cierta desinteresada dignidad desde la cual será fácil el tránsito, en el último momento, a la contrición ascética. En efecto: Alejandro sella su día de gloria en Babilonia, después de recibir las ecuménicas embajadas, con un acto pío del que no hay la menor traza en la *Alexandreis* (P 2601cd):

> enperador del mundo, a proçesión honrrada,
> con "Te Deus laudamos" tornó a su posada.

Muy distintas, pues, son las palabras que en uno y otro poema pronuncia el héroe sintiéndose morir, aunque en ambos sean palabras de gloria. Mientras que Gautier acentúa más que nunca su desmesurada codicia de fama (X, 399 y sigs.) en hipérboles ridículas de puro jactanciosas, Juan Lorenzo le presenta agradecido a sus compañeros de armas y —como sería el caso harto real de tanto caballero coetáneo— obediente a la voluntad de Dios, la cual cuida de justificar (O 2623 y sigs.):

> Parientes e amigos que delante my seedes,
> quiero uos bien e preçio, ca uos lo mereçedes...
> Grado al Criador e a uostros sudores,
> sodes del mundo todo cabeças e sennores,
> de quantos nunca furon uos sodes los meiores,
> nen furon nen serán atales guerreadores...
> Ante tengo que Dios que me faz grant amor,
> que estando ondrado en complida ualor
> assí quier que uaya pora la corte maor
> ante que pessar prenda nin nengún dessabor.
> El ome que se passa mientre está ondrado
> ésse dizen los omes que es bien auenturado...

Pero aunque el héroe del *Alexandre* no se sienta llamado a colaborar con el rey del cielo ni a dirigir sus operaciones estratégicas, como el de la *Alexandreis*, tampoco concibe esa "corte ma-

---

Alejandro en Babilonia con largos reproches a su inmoderada codicia (X, 191 y sigs.). Juan Lorenzo apenas si conserva dos de sus conceptos (2493c, 2495ab), y entre los que agrega de suyo se encuentra la conmovida copla O 2530: "El rey Alexandre, corpo tan acabado, / vas recebir grant gloria, mas eres engañado; / tal es la tu uentura e el to prinçipado / como la flor del lilio qui se seca priuado." La unción bíblica del último verso resuena también en el anuncio del día fatal de Alejandro, quien aparece designado con imágenes tradicionales en la poesía marial (P, 2602b y sigs.): "amaneçió mañana çiega e tenebrosa, / vinie rrobar el mundo de la su flor preçiosa, / que era más preçiada que lirio nin rosa."

yor" como un incesante desfile de suntuosas procesiones, a la manera de Berceo, sino como una corte mundana, donde los méritos ganan reconocimiento y gloria (O 2631):

> Serey del rey del çielo alta miente reçebido,
> quando a mí ouiere tenersa por guarido;[26]
> serey enna corte maor [P: en la su corte] ondrado e seruido;
> todos me loarán por que non fuy uençido.

También el pensamiento de sus honras fúnebres en la tierra sirve de consuelo a Alejandro (P 2632 y sig.):

> En otra cosa prengo esfuerço e pagamiento:
> farán sobre mí todos duelo e plañimiento;
> todos vistrán sayales por fer su conplimiento,
> quando me enmentaren avrán confortamiento.
> En cabo quando serán a sus tierras tornados,
> demandarles han nuevas, dirán estos mandados;
> serán fechos los duelos, los plantos renouados;
> todos dirán: Señor, avedes nos dexados.

Tras de pormenorizar el testamento, Juan Lorenzo describe con truculencia medieval la alteración de los rasgos del moribundo (P 2609ab) e imagina luego su fin como el de un piadoso rey castellano (P 2645c y sigs.):

> dixo a sus varones: Ya lo ydes veyendo,
> arrenunçio el mundo, a Dios vos acomiendo.
> Acostó la cabeça sobre vn façeruelo;
> non serie ome biuo que non ouiese duelo;
> mandó que lo echasen del lecho en el suelo,
> que auie ya trauado del alma el ançuelo.

No sólo las palabras de Alejandro sino su gesto simbólico de aguardar la muerte en el suelo recuerdan la humildad de San Fernando quien, según la *Primera crónica general*, cap. 1132, al ver llegar al fraile con la hostia "dexóse derribar del lecho en tierra" y después de haber comulgado "fizo tirar de sí los pannos reales que uestíe."[27] Así, por modo distinto de Gautier, al simpatizar con su héroe y conformarle *in articulo mortis* con la moral cristiana, Juan Lorenzo viene a otorgar validez a la conducta

[26] Éste es el único rastro de las fanfarronadas que Alejandro moribundo ensarta en el citado pasaje de la *Alexandreis*.

[27] Parecida humildad muestra también el rey Almamún, según el relato de Abubéquer, *Lámpara de los príncipes*, trad. M. Alarcón, Madrid, 1930, t. 1, pág. 89.

toda del héroe, y en particular a su idea de la fama, originada en el mundo caballeresco, pero enriquecida ya con todo el saber y con todas las aspiraciones de su impecable mester de clerecía.

Poema de Fernán González

El clima fuertemente eclesiástico del *Poema de Fernán González* yuxtapone hazañas de Reconquista humanas y divinas subrayando igualmente su ejemplaridad eterna, y narrándolas con una veneración distante que por veces parece convertir la epopeya popular en una leyenda hagiográfica. Así, al contar el esfuerzo de los castellanos en la batalla de Hacinas, antes de la intervención de Santiago y San Millán, tras comparar al Conde con un "ángel de Dios" (v. 525b), habla de los combatientes con el tono dovoto de una recordación de santos mártires (copla 529, ed. C. Carroll Marden, Baltimore, 1904):

> Otrros muchos cristianos por ende y morieron,
> ellos en todo esto en valde non estovyeron;
> en los pueblos paganos grrand mortandat fyzieron,
> fablarán dello syenpre todos quantos lo oyeron.

O al referir cómo se partió el altar de la iglesia en que el Conde hubo de rendirse a los navarros (592 y sig.):

> A salua fe jurando dió se les a presión,
> pesó mucho a Dios fecho tan sin razón.
> Oyeron vna boz commo boz de pauón,
> partió se el altar de somo a fondón,
> Assy está oy día la yglesia partida,
> por que fue atal cosa en ella conteçida;
> cuydo que durará fasta la fin conplida,
> ca non fué atal cosa que sea ascondida.

Sin embargo, tales versos, que no desentonarían en un milagro de Berceo, no deben encubrir el hecho de que no están compuestos en honor de Dios o de la Gloriosa, sino en el del Conde Fernán González. Porque aun en este poema, que tan marcadamente subraya la misión cristiana de Castilla,[28] como es, al fin,

[28] En contraste con el *Mio Cid*, no se concibe en el *Fernán González* la posibilidad de trato pacífico con los moros. Expresión del celo reconquistador es también la designación de los castellanos como "el pueblo cruzado" (253d, 467d, 483b; cf. 464a, 470d, 471c, 507a, este último con "e" de identidad: "Los pueblos castellanos *e* las gentes cruzadas"), exactamente como las huestes angélicas que encabezan en la batalla de Hacinas San Millán y San Diego Matamoros. Véase: R. Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid*, Madrid, 1944-1946, págs. 313, 1166 y 1206.

poema épico, histórico y popular a la manera netamente castellana, las ideas caballerescas y en particular el valor atribuído al alto linaje y a la honra mundana se expresan con frecuencia que acredita su importancia. Cuando el buen carbonero, "amo" del Conde niño (177cd),

> de quál linaje venia fazia gelo entender,
> avya quando lo oya el moco grrand plazèr.

Varones y mujeres responden igualmente al aguijón de la honra entendida como sanción social. De ese medio se vale el Conde lombardo para mover a piedad a la infanta de Navarra (619ab):

> Eres de tu buen precio mucho menoscabada;
> serás por este fecho de muchos denostada.

Los castellanos se ponen en busca de su señor, un tanto resentidos, porque el no poder valerse en su ausencia demuestra la grandeza del caudillo y la poquedad de ellos (659 y sig.):

> Al conde de Castyella muy fuert onrra le damos,
> l puja cada día e nos menoscabamos...
> Que veamos qué preçio damos a vn cavero,
> somos más de trezientos e él solo sennero,
> e syn él non fazemos valía o un dynero,
> pyerde omne buen preçio en poco de mijero.

Nada eclesiástica, asimismo, la arrogante afirmación de la personalidad, como en desafío caballeresco, ya señalada en el *Mio Cid*. Al refutar el consejo de pactar con Almanzor y decidirse por el combate, Fernán González remacha su promesa de victoria con estas palabras (221d):

> él será el vençido, yo seré el vençedor.

En la batalla contra el conde de Tolosa (365)

> Metyó se por las azes muy fuerte espoleando,
> la lança sobre mano, el su pendón aleando.
> "¿Dónde estás, el buen conde?" assy yua vozes dando,
> "¡Sal acá al campo! cata aquí don Fernando!" [29]

El verso 596a marca el caso extremo: al volver de su desmayo, el Conde, cautivo de los navarros, se queja amargamente de Dios a

[29] Más brevemente en la batalla de Hacinas (532c): "Yo so el Conde; esforçad, castellanos."

Dios y acaba por decirle: "si fuesses en la tierra, serías de mí rebtado." Ante el inescrutable misterio de las vías divinas que le entregan aherrojado en poder de sus enemigos ¡qué consolador es simplificar el problema del mal injusto, planteándolo de acuerdo con el sencillo código caballeresco! Es casi superfluo aclarar que no hay en ello intención alguna de irreverencia blasfema: hay sí, con evidencia rayana en la paradoja, la huella que el mundo seglar de la caballería imprime en el pensamiento del siglo, hasta en el del devoto eclesiástico que compuso el *Poema*. Pues, en efecto, el *Fernán González* ofrece una actitud muy comparable a la de las canciones de cruzada provenzales que, sin abandonar en modo alguno su esfera profana, presentan la caballería libremente dedicada al servicio de Dios. Así lo siente el Conde cuando reza en la ermita de San Pedro de Arlanza (399abc):

> Por las tus escripturas que dixo Ysayas,
> que a los tus vasallos nunca los falesçrías,
> Sennor, tu syeruo so con mis cavalleryas.

Que esa devoción no tiene nada de ascetismo monjil lo prueba el pasaje en que el Conde ruega a Dios le otorgue dar muerte a Almanzor, aun a costa de su propia vida: de matar al enemigo de la cristiandad, daría por vengada la propia muerte y la de los suyos, con quienes podría reunirse en el cielo, manteniendo su papel de señor feudal, fuente de honra para sus vasallos (548 y sigs.):

> Si atanta de graçia me quesiesses tú dar,
> que yo a Almançor me pudiés allegar,
> non creo que a vyda me pudiesse escapar:
> yo mismo cuidaría la mi muerte vengar.
> Todos los mis vassallos que aquí son finados,
> serian por su sennor este día vengados;
> todos en parayso conmigo ayuntados;
> faría muy grrand honrra el cond a sus vassallos.

La perduración de la jerarquía feudal hasta en el cielo refleja el hondo arraigo de los ideales caballerescos en el *Poema* y, en particular, de su sentido de honra y su aspiración a la gloria eternizadora. En la oración arriba citada, en el momento de la más humilde postura devota, el Conde, así como no olvida el orden feudal, tampoco olvida las ambiciones que van aparejadas con él (547).

Pero yo non morré assí desanparado,
antes aurán de mí los moros mal mercado;
tal cosa fará antes este cuerpo lazrado,
que en quant el mundo dure sienpre será contado.

Hay dos curiosas circunstancias que condicionan la expresión de este vehemente afán de gloria. La una es el espíritu de Reconquista que llena el *Poema:* la continua situación beligerante, peculiar de Castilla, en contraste con las otras tierras del Occidente europeo, acentúa la necesidad de afirmar el propio valor, el del propio linaje, el de la propia tierra en un desasosegado e incesante contraste con vecinos y rivales. A esa posición a la defensiva del hombre que vive en perpetuo pie de guerra, responde el enfático elogio de los godos, pintados con tintas idílicas como los legítimos posesores, por oposición al usurpador musulmán, y obsequiados con eterna nombradía (24cd):

fueron en tod el mundo pueblo muy escojido,
en quántol mundo dure non cadrán en olvido;

el elogio de España que insiste en su superioridad sobre los otros países (144ab y sigs.):

Por esso vos lo digo que byen lo entendades,
mejor es dotrras tierras en la que vos morades...
syrven se muchas tierras de las cosas d'Espanna...
de çera sobre todas buena tierra provada...
De panes e de vynos tierra muy comunal,
non fallarian en mundo otrra mejor nin tal...
Por lo que ella más val avn no lo dixemos,
de los buenos cavallos mençión non vos fyziemos,
mejor tierra es de quantas nunca vyemos,
nunca tales cavallos en el mundo non viemos.

La afirmación de superioridad crece más y más al reseñar los dones espirituales (153 y sigs.):

Fuerte mient quiso Dios a Espanna honrrar
quand al santo apóstol quiso y enbyar;
d'Inglatierra e Frrancia quiso la mejorar,
sabet, non yaz apóstol en tod aquel logar.
Onrró le dotra guisa el preçioso Sennor:
fueron y muchos santos muertos por su Sennor;
de morir a cochyello non ovyeron temor,
muchas vírgenes santas, mucho buen confessor.

Com ella es mejor de las sus vezindades,
assy sodes mejores quantos aquí morades;
omnes sodes sesudos, mesura heredades,
desto por tod el mundo muy grrand preçio ganades.

Al mismo tiempo, dentro de España, hay una delimitación cada vez más estrecha, hasta llegar al "pequeño rryncón," núcleo de perfecta excelencia (156 y sigs.):

Pero de toda Spanna Castyella es mejor,
por que fué de los otrros el comienço mayor...
Avn Castyella Vieja, al mi entendimiento,
mejor es que lo hal por que fué el çimiento...

Unas cien coplas más arriba, cuando se enumeran los pueblos convocados por el rey Rodrigo para poner en práctica el avieso consejo de don Julián, asoma el mismo ahinco de glorificación localista (57b y sigs.):

Aragón e Navarra, vuena tierra provada,
León e Portogal, Castyella la preçiada:
non serya en el mundo tal prrovynçia fallada.

La otra circunstancia es el influjo de la literatura contemporánea profana, quizá más visible en este poema que en ninguna otra obra de la literatura castellana medieval. Patente es el recuerdo de la Historia de "Turpín," y muy probable el de poemas de materia carolingia como el *Roncesvalles* que, por su asunto, debían de ser especialmente ricos en la expresión del sentimiento de honra caballeresca.[30] La huella más honda y frecuente corresponde al *Libro de Alexandre*, testimoniada además en varias menciones explícitas[31] y en numerosos ecos verbales.[32] Pero apar-

[30] Cf. en el breve fragmento conservado del *Roncesvalles*, cuando Carlomagno repasa su biografía, v. 54 y sig.: "Quando fuí mançebo de la primera edade / quis andar ganar preçio de Françia, de mi tierra natural;" v. 64 y sigs.: "Sallíme de Françia a tierras estrannas morare / por conquerir proveza e demandar linaje... / Naçiestes, mi sobrino; a diezisiete annos de edade, / fizvos cavallero a un preçio tan grande." La religiosidad del *Fernán González*, su presentación del Conde como portador de una "misión" cristiana, bien pudo encontrar apoyo en poemas como la *Chanson de Roland* y sus derivados. Buen ejemplo de la yuxtaposición de lo caballeresco y lo divino de esta atmósfera es el v. 2 del *Roncesvalles* en que Carlomagno tributa este elogio al arzobispo Turpín: "Bueno pora las armas, mejor pora ante Jesuchristo".

[31] Por ejemplo, 273cd: "nunca vyo tal rriqueza nin cristiano nin moro, / serien end abondados Alexandre e Poro"; 345d: "nunca fué Alexandre más grrand de coraçón," y la mención bastante intempestiva de 431cd para encarecer la superioridad numérica de los moros: "traye rrey Alexandre muy grrand pueblo sobejo, / mas nunca en su vyda ayuntó tal conçejo."

[32] Por ejemplo, *Fernán González*, 305cd, y *Alexandre*, 950cd; *Fernán Gon-*

te estos rastros, que denotan íntima familiaridad con el largo *Libro*, el *Alexandre* ejerce una verdadera tutela literaria, mucho más importante que el recuerdo de los personajes o el calco de expresiones, a tal punto que el autor del *Fernán González* configura las situaciones tradicionales de la leyenda conforme a varias situaciones del *Alexandre*. Tales imitaciones constituyen las páginas más inspiradas del *Poema* y contienen todas trozos de elocuente exaltación de la fama. Así, cuando el Conde oye las amenazas de Almanzor (197 y sigs.), convoca a su consejo, y Gonzalo Díaz, "un sesudo varón," ante el inmenso número de la morisma aconseja entregar (o prometer) parias al temido visir, consejo que de rechazo lanza a Fernán González a hacer profesión de su arrojo y deseo de gloria. Como se recordará, semejante situación corresponde exactamente a la de los consejos en víspera de batalla (1268 y sig., 1310 y sigs.), en los que el anciano Parmenión lleva la voz de la prudencia timorata, desde la cual rebotará el brío intrépido de Alejandro. El autor del *Fernán González* imita la situación, pero no copia la respuesta, antes bien recuerda (y reelabora de suyo) otros sentimientos sobre la fama y los trabajos con que merece adquirírsela, expuestos en diversos lugares del *Alexandre*[33] (208 y sigs.):

> Por Dios, dixo el Conde, quem' querades oyr,
> quiero a don Goncalo a todo rrecudyr;
> todo quanto ha dicho quiero contradezir,
> ca tales cosas dixo que sol non son de oyr.
> Dyxo de lo primero d'escusar el lidiar,
> pero non puede omne la muerte escusar,[34]

---

zález, 454b, y *Alexandre*, 2477b; *Fernán González*, 478c, y *Alexandre*, 2598b; *Fernán González*, 511c, y *Alexandre*, 137c; *Fernán González*, 592c, y *Alexandre*, 1727a.

[33] Interesante es una divergencia en la concepción del carácter de los dos héroes. Fernán González gusta tan poco del consejo de Gonzalo Díaz como Alejandro del de Parmenión; sin embargo (207c): "maguer que fué sannudo non fabló desguisado": con tal mesura procede un caballero castellano (cf. 155c: "omnes sodes sesudos, mesura heredades") mientras el descomedido Alejandro llena de "sosaño" al consejero (P 1280b). El cual, antes de dar dictamen en la oportunidad siguiente, previene muy escarmentado (P 1312c): "So en cabo de cosa de ti mal sosañado" y no yerra, pues poco más adelante (1320cd) leemos: "mas el rrey Alixandre non gelo touo en grado, / demostrógelo luego que non fué su pagado."

[34] Cf. el consejo de Aristóteles en el *Alexandre*, 72: "Pues que de la muerte ome non puede estorçer, etc." El sentido de las dos coplas es idéntico, sólo que el poeta del *Fernán González* evita la hipérbole poco ortodoxa del clérigo de Astorga, aunque no la ha desdeñado en otro lugar, 534cd: "Non sé dó falle pan quien oy fuer rretraydo, / mucho le valdrya más que nunca fues nasçido."

el omne pues que sabe que non puede escapar,
deve a la su carne onrrada muerte dar.
..Por enganno ganar non ha cosa peor...
más val ser engannado que non engannador.

Tal sentimiento es natural en el noble guerrero, pero está apoyado en la negativa de Alejandro a robar la victoria atacando de noche, porque (1321b) "esti tal engaño maña es de ladrón." El Conde recuerda luego las virtudes de los antepasados y anima sus hombres a la batalla prometiéndoles repetidamente victoria (cf. *Alexandre* P 1325d), esto es, rica ganancia de honra (223):

Amigos, d'una cosa so yo bien sabidor,
que vençremos syn duda al moro Almozor;
de todos los d'Espanna faredes me el mejor,
será grrand la mi onrra e la vuestra, mayor.

En el encuentro legendario del Conde con el profético monje Pelayo, el poeta observó como marco de referencia el doctrinal de príncipes que Aristóteles recita para beneficio de Alejandro niño: el punto de partida de la imitación debió de ser el hecho de que, en cierto modo, también el venerado Aristóteles profetiza las futuras hazañas del héroe. Como Aristóteles, fray Pelayo no sólo prevé trabajos y triunfos, sino también la gloriosa recompensa (238b):

Non quiero más dezir te de toda tu andança:
será por todo el mundo temida la tu lança.

No menos enciclopédico que "maestre Aristótil," el fraile enseña a Fernán González cómo ha de arengar a su hueste para infundirle valor. Con todo, no hay aquí calco mecánico, sino adaptación ingeniosa al milagro legendario del caballero tragado por la tierra, que acontece luego (240):

Tú confortar los has quanto mejor podieres;
dezir les has a todos que semejan mugeres.
Departe les el sygno quanto mejor sopieres,
perderán tod el miedo quando gelo departieres.[35]

El Conde, en efecto, "departe" el "sygno" que amedrenta a sus hombres, el de la "syerpe rabiosa" (473 y sigs.) y el del caballero

[35] Cf. *Alexandre*, P 67: "Quando los enemigos a ojo los ouieres, / asma su cabtenença quanto mellor podieres; / mas tú atrás non fagas del lugar que souieres, / e díles a los tuyos que semellan mugeres."

desaparecido (254 y sigs.),[36] exactamente como Alejandro disipa con explicación científica el terror que el eclipse ha inspirado en su tropa (1208 y sigs.). También sabe al *Alexandre* (P 694c "sy él me acomete, él se yeua el prez" y P 1343c: "nos pocos, ellos muchos, podremos nos honrrar") la avidez con que Fernán González se apresura a trabar combate con los navarros precisamente por hallarse en inferioridad de condiciones, pues ésa es la coyuntura que glorificará la victoria (301 y sigs.):

> En los acometer es nuestra la mejoría
> por quanto ellos son mayor cavallerya...
> Muchos son más que nos peones e cavalleros...
> Por esto ha mester que nos los cometamos,
> sy ellos nos cometen, mejoría les damos...[37]

La más lograda de estas reelaboraciones de anécdotas tradicionales del héroe castellano, guiadas por situaciones del *Alexandre*, es la que se lee cuando el Conde, no bien concluída la batalla contra Sancho de Navarra, se apronta para salir al encuentro de su vengador, el conde de Tolosa. El poeta construye una dramática escena, minuciosamente paralela a la desplegada en el *Alexandre* entre la batalla en que el Rey es herido de peligro y la partida para la exploración del Océano (P 2268 y sigs.).[38] Ya se ha visto que en el *Alexandre* Cratero encabeza una diputación que ruega al rey convaleciente mire por sí, y se vale, para persuadirle, del argumento de la honra. De igual modo, los vasallos de Fernán González (337ad):

> Ovyeron su acuerdo que gelo departyessen,...
> que por mala codiçia su sennor non perdiessen,...

Nunno Layno[39] lleva la voz de la hueste y, como Cratero, tam-

[36] Lo más de este útimo prodigio falta en el manuscrito único del *Fernán González*, pero no en la *Primera crónica general* que prosifica escrupulosamente el *Poema*.

[37] La copla continúa así: "sy ellos entendieren que nos non os dudamos, / dexar nos han el campo ante que los fyramos," esto es, continúa con dos versos tomados textualmente de la alocución de Darío en el *Alexandre*, 950cd.

[38] Según fray Justo Pérez de Urbel, *Historia del Condado de Castilla*, Madrid, 1945, pág. 568 y sig., este pasaje del *Fernán González* refleja verídicamente el cansancio y abatimiento de los castellanos en el año 960, adverso para el Conde. Nada se opone a que el poeta, si en verdad llegaron a sus oídos las protestas de las fatigadas huestes, las estructurase artísticamente conforme a una atractiva escena de su poema favorito. El Exemplo XXXVII del *Conde Lucanor*, también sobre el conde Fernán González, proporciona quizá un caso paralelo. Ver pág. 217, n. 60.

[39] Personaje ficticio, así nombrado para enlazar la leyenda de Fernán González con la del Cid, según fray Justo Pérez de Urbel, *Obra citada*, pág. 569.

bién hace hincapié en el argumento persuasivo de la honra (340 bcd):

deve aver el omne grrand seso en lidiar,
sy non, podrrá ayna muy grrand yerro tomar:
podrrya tod el grrand prez por y lo astragar.

Como Alejandro, Fernán González recibe cortésmente la súplica de sus hombres, y la rebate con argumentos no menos elocuentes que los de su modelo, tomados en parte de diversos pasajes de éste, y en parte (y no son los menos hermosos) originales, el primero, por ejemplo, sobre la pérdida irreparable del tiempo (347):

Non deve el que puede esta lid alongar,...
vn día que perdemos no l'podrremos cobrar,
jamás en aquel día non podemos tornar.

El segundo argumento refunde hábilmente la copla P 71 del *Alexandre* ("Pues que de la muerte ome non puede estorçer...") y la P 2292 ("Los omes que non saben preçio prender / esto prenden por gloria, en balde se yaçer...") en una sola copla mucho más densa de pensamiento (348):

Sy omne el su tiempo en valde quier passar,
non quiere deste mundo otrra cosa levar
sy non estar viçioso e dormir e folgar,
déste muere su fecho quando vien a fynar.[40]

El tercero, bajo su aparente autoridad sapiencial[41] (la equívoca expresión "buenos fechos" 'buenas obras' —cf. las 'buenas façiendas e cauallerías' del *Alexandre*, P 2288b— presta su sutil matiz piadoso), desarrolla un pensamiento sorprendentemente pro-

[40] Es muy posible que en la oposición del "viçioso" y del "lazdrado" se halle latente el concepto *per aspera ad astra* que, sobre imponerse espontáneamente a cualquiera que reflexione sobre la gloria y su logro (cf. Píndaro, *Olímpica VI*, v. 9 y sigs.), ha sido enérgicamente formulado por Séneca (por ejemplo, *Diálogos*, I, 3, 9: *quanto plus tormenti, tanto plus erit gloriae)* y a su zaga muchas veces repetido, sobre todo a propósito de los mártires, por autores cristianos. San Cipriano escribe a unos mártires y confesores (X, 1, 1): *Confessio tamen praesens quantum in passione fortior, tantum clarior et maior in honore est: creuit pugna, creuit et pugnantium gloria.* Y en otra carta (XXXVII, 3, 1): *Quo longior uestra pugna, hoc corona sublimior.* Prudencio poetiza ese concepto en varios pasajes ya citados del *Peristephanon* (I, 91 y sigs.; IV, 85 y sigs.; V, 213, 549 y sigs.; X, 767 y sigs.). En la literatura castellana, aparte el *Alexandre* (del que puede agregarse la copla O 766), el *Fernán González* y el *Conde Lucanor*, emparentados por la reelaboración de la respuesta de Alejandro, es el *Victorial*, pág. 156, el que con ingenuo brío más subraya la proporción entre gloria y trabajos. Ver más adelante, pág. 235.

[41] Cf. el citado versículo XLI, 15 del Eclesiástico.

fano, que no cuenta con un más allá y sólo pesa por una parte la efímera vida, por otra como única realidad duradera, la ejemplaridad del recuerdo (349):

El uiçioso e el lazdrado amos an de moryr,[42]
el vno nin el otro non lo puede foyr;
quedan los buenos fechos, éstos han de vesquir,
dellos toman enxyenplo los que han de venir.

Las magníficas coplas que siguen prueban la desviación caballeresca de estos "buenos fechos" [43] y de esta ejemplaridad (351 y sigs.):

Non cuentan d'Alexandre las noches nin los días,
cuentan sus buenos fechos e sus cavalleryas,
cuenta del rrey Davyt que mató a Golías,
de Judas Macabeo, fyjo de Matatyas.
Carlos e Valdouinos, Rroldán e don Ojero,
Terryn e Gualdabuey, Arnald e Oliuero,
Torpyn e don Rrynaldos e el gascón Angelero,
Estol e Salomón, el otrro conpannero.
Éstos e otros muchos que non vos he nombrados
por lo que ellos fyzieron serán syempre ementados,[44]
sy tan buenos non fueran oy seryen oluidados,
serán los buenos fechos fasta la fyn contados.

Rara vez se ha rendido más leal homenaje de poeta a poeta que el que tributa el autor del *Fernán González* cuando, al imitar la frase gallarda del *Alexandre*, sustituye las alegorías de Homero y su remoto héroe por personajes bíblicos y caballerescos más fa-

[42] Bien puede ser que esta reflexión pesimista ocurra independientemente a poco que se medite en las vías del mundo y, particularmente, en la guerra. Pero pienso si bajo su aire sentencioso no esconderá un proverbio o máxima de antigua filiación, ya que es curiosa su coincidencia con dos pasajes de la *Ilíada*. En el primero, entre quejas contra Agamenón, Aquileo intercala lo que parece un adagio (IX, 320): "Tanto muere el varón ocioso como el que mucho ha trabajado." Más adelante (XXI, 322 y sigs.), el príncipe licio Sarpedón dirige a su amigo Glauco el desarrollo de aquel adagio: "Buen amigo, si al escapar de esta guerra fuéramos a ser siempre jóvenes e inmortales, ni yo combatiría en las primeras filas ni te enviaría a ti a la batalla, que da renombre a los varones. Pero, por el contrario, puesto que son infinitos los genios de la muerte en acecho, y ningún mortal puede huirles o evitarles, marchemos para dar gloria a alguien, o para que alguien nos la dé a nosotros."

[43] Cf. más adelante, al enumerar las fuerzas cristianas en la batalla de Hacinas (455cd): "De Castyella la Vyeja ovo y castellanos / que muchos buenos fechos fyzieron por sus manos."

[44] Verso conjetural de C. Carroll Marden, basado en la *Primera crónica general*: "...por los sos fechos granados et buenos que fizieron serán ementados et contados fasta la fin del mundo."

miliares al público medieval, comenzando por el protagonista de su modelo, aunque suprimiendo —mesura castellana— la arrogancia de la respuesta de Alejandro. El poeta cierra el brillante episodio insistiendo en su nota peculiar: lo precioso e irreparable del tiempo (copla 354). También es personal en lo que omite: la aventura en el espacio y en el espíritu, el descubrir y el saber, que fascinan a Dante y a Juan Lorenzo de Astorga nada tienen que hacer en la áspera brega por defender y recobrar el terruño. Pero, dentro de semejante ambiente, mucho más austero y devoto que el del *Alexandre* y hasta el de *Mio Cid*, no queda menos clara y exaltada el ansia de perdurar en la tierra por acciones terrenas; aun en este ambiente eclesiástico no se olvida la amargura de que una igual muerte aguarde al esforzado y al ocioso, con sólo la fama inmortal como codiciable recompensa.[45]

Don Juan Manuel

Don Juan Manuel, el primer lego, el primer caballero que alcanza preeminencia en las letras castellanas —ya que la actividad de Alfonso el Sabio no es propiamente literaria y que las más de sus obras ostentan su nombre por puro halago cortesano—, revela muy netamente en sus escritos los dos rasgos dominantes de su perfil intelectual: por un lado, entera adhesión a la religiosidad dominica; por el otro, viva conciencia de su posición social. Atestiguan el primero sus declaraciones expresas,[46] su historia panegírica de la

[45] La prosificación de la *Primera crónica general* correspondiente a las citadas coplas de *Fernán González* (capítulo 696) reduce la enumeración, agrega un curioso comentario que subraya en Judas Macabeo el mérito medieval de ser a la vez "obispo et buen caballero" y destaca más prolijamente que el *Poema* el deber de perdurar en el mundo mediante los "fechos granados et buenos." De igual modo, la *Crónica*, cap. 713, insiste más que el *Poema* (690 y sigs.) en la infamia con que el Conde amenaza a sus vasallos al verles cejar. El mismo reverso de la gloria mundana aparece largamente en otra parte del mismo cap. 713 al que no llega el texto conservado del *Fernán González*. Allí el Conde habla a los castellanos antes de acudir a las cortes de León: "El rey de León me ha enuiado dezir por sus cartas quel dé el condado, et yo quiérogelo dar, ca non serie derecho de ge lo tener por fuerça, porque nos aurie que dezir et retraer, a mí et a quantos uiniessen después de mí, si yo ál ende fiziesse. Demás, non so yo omne de alçarme con tierra, et los castellanos tales fechos como éstos non los suelen fazer; et quando fuesse sonado por Espanna que nos alçáramos con la tierra al rey de León, todos quantos buenos fechos fiziemos, todos serien perdudos por y. Tod esto uos digo por que non menoscabedes del buen prez que auedes; ca si por alguna falla huuiades dél descender, apenas puede ser que lo nunqua podades cobrar. Et, amigos, sobre todo a mester que guardedes lealdad, ca maguer que muere la carne, la maldad que omne faze nunqua muere, et fincan déll sus parientes con muy mal heredamiento."

[46] *Libro de los estados*, cap. último *(Bibl. aut. esp.*, t. 51, pág. 365a): "Esta orden de los pedricadores fizo sancto Domingo de Caleruega, et bien creed que como

orden en el último capítulo del *Libro de los estados*, su pensamiento religioso, caracterizado por la sujeción absoluta a la ortodoxia oficial, su fundación del monasterio dominico de Peñafiel, al que encomendó la custodia del códice revisado de sus obras, y su amistosa relación con fray Ramón Masquefa, prior de ese convento, a quien encargó misiones diplomáticas de confianza. Semejante contacto con la orden de los predicadores, tan activa en la instrucción ortodoxa del vulgo ("han mayor afazimiento con las gentes", nota en el citado capítulo del *Libro de los estados)*, es decisivo para su producción literaria, quizá el estímulo que le indujera a escribir, a su ejemplo, tanta obra en romance para instrucción y edificación del vulgo, como lo declara repetidas veces;[47] y es altamente verosímil que el contacto con los dominicos pusiera en sus manos la mayor parte de su material narrativo: las colecciones latinas de ejemplos morales para uso de predicadores.

Por otra parte, la fisonomía moral que se revela en sus escritos concuerda en un todo con cuanto se sabe de su borrascosa y nada ejemplar vida pública de noble levantisco, poseído de codicia y arrogancia poco comunes aun en su casta. Nacido cerca del trono aunque sin probabilidad de ocuparlo —cercanía que destaca aun más su deslucida situación—, como hijo del hijo menor entre los muchos de San Fernando (hijo de infante rebelde y nada bien heredado), don Juan Manuel halaga con maligno ingenio su vanidad herida de segundón postergado.[48]

---

quier que muchas órdenes ha y en el mundo muy buenas et muy sanctas, que segund yo tengo que lo es ésta más que otra orden..." Cf. también págs. 366ab y 266a.

[47] Prólogo del *Libro infinido (ibidem*, pág. 265a): "Yo non lo fiz sinon para los que non fueren de mejor entendimiento que yo." Prólogo del *Conde Lucanor* (ed. E. Juliá, Madrid, 1933, pág. 2): "Pero Dios sabe que lo fizo [la composición de sus libros] por entención que se aprouechassen de lo quél diría las gentes que non fuessen muy letrados nin muy sabidores. Et por ende fizo todos los sus libros en romançe; et esto es señal cierto que los fizo para los legos et de non muy grand saber..." Cf. también págs. 328, 378 y sigs.

[48] Si Alfonso el Sabio hereda el reino mientras su padre don Manuel sólo obtiene de San Fernando la espada Lobera ("cosa de muy gran virtud") y las alas y leones de su escudo de armas *(Tractado sobre las armas, ibidem*, pág. 263b), don Juan Manuel insinúa la perfidia criminal de Alfonso y de la reina doña Violante, envenenadora de su hermana *(ibidem*, pág. 261 y sigs.), pinta a toda la línea real sin excluir a Alfonso *(ibidem*, pág. 263b) como linaje de maldición, mientras el suyo es linaje bendito por el que "había de ser vengada la muerte de Jesucristo" *(ibidem*, pág. 257b). Para la refutación histórica de estas calumnias, véase A. Giménez Soler, *Don Juan Manuel*, Zaragoza, 1932, pág. 692 y sigs. A propósito de la famosa espada Lobera y de la reacción de los contemporáneos a la jactancia de don Juan Manuel, vale la pena recordar que la *Crónica de Alfonso XI (Bibl. aut.*

Y aunque logró acrecentar considerablemente su patrimonio, su ambición de mando no se vió saciada y buscó satisfacción expresándose con insufrible vanidad[49] y con el más receloso sentido de los privilegios de su categoría social. Esta convicción debió de confirmar su apego a los dominicos, que no sólo hicieron su aparición como defensores de la Iglesia romana, sino también como salvaguarda del orden social, en oposición a las herejías que, predicando la renuncia a la propiedad individual y la comunidad evangélica de bienes, minaban implícitamente las jerarquías de la sociedad medieval. Apoyado, pues, en el pensamiento dominico, respetuoso de la sociedad a la que considera divinamente instituída,[50] don Juan Manuel repite con la insistencia de quien defiende una posición polémica que, aun cuando haya unas clases más cercanas a Dios que otras, cada cual —y señaladamente el príncipe— puede salvarse en su estado.[51] Esta firme creencia demuestra

---

esp., t. 66, pág. 326a), al referir cómo en la batalla del Salado don Juan Manuel desobedece la orden del rey de avanzar, comprometiendo el éxito de las armas cristianas, consigna la sarcástica observación del caballero Garcí Jufré Tenorio "que la su espada Lobera, que él decía que era de virtud, que más debía de hacer en aquel día."

[49] Algunas muestras: *Tractado sobre las armas*, pág. 262a: "cuido que... me sería a mí muy grave de tomar caballería de ninguno, sinon en la manera que la toman los reyes." *Libro infinido*, pág. 269a: "Fijo don Ferando [*sic*]: pues en el capítulo ante déste vos fablé en cuál manera los tales como vos deben pasar con los reyes, sos señores, decirvos he en éste en cuál manera deben facer los tales como vos con sos amigos, que son de mayor grado. Et ciertamente, cuanto al tiempo de agora, loado sea Dios, non ha ome en España de mayor grado que vos sinon es el rey." *Ibidem*, pág. 269b: "Fijo don Ferando: pues en el capítulo ante déste vos fablé en cuál manera los tales como vos deben pasar con sos amigos de mayor grado, decirvos he en éste en cuál manera debedes vos pasar con los amigos que fueren vuestros eguales. Bien vos digo que comoquier que esto pongo generalmente, porque es manera de fablar así, pero desque vengo a cuidar en ello, dígovos que en este capítulo non sé cómo os fable en ello cuanto lo que tañe a vos, ca yo en España non vos fallo amigo en egual grado. Ca si fuere el rey de Castiella o su hijo heredero, éstos son vuestros señores; mas otro infante nin otro home en el señorío de Castiella non es amigo en egual grado de vos, ca loado sea Dios, de linaje non debedes nada a ninguno. Et otrosí de la vuestra heredad podedes mantener cerca de mil caballos sin bienfecho del rey, et podedes ir del reino de Navarra fasta el reino de Granada, que cada noche posedes en villa cercada o en castiello de los que yo he."

[50] Ejemplo claro de ello se lee en el *Libro de los estados*, XIX, pág. 289b: el predicador Julio obedece el mandato del rey pagano Morován, "ca tovo que como quiera que el rey non era cristiano, et con tod eso, pues Dios en estado de rey le pusiera, que tenido era del facer honra et reverencia entanto que non fuese contra la ley et la creencia de los cristianos, que él tenía". También habla en este sentido la presentación caballeresca y simpática de todos los reyes árabes en el *Conde Lucanor*: Abenabet, Alhaquem, Saladín y el rey de Granada que hospeda y protege a Lorenzo Suárez Gallinato.

[51] *Libro de los estados* (pág. 287b): "Et non cuidedes que vos yo digo esto [cómo averiguar el mejor modo de salvar el alma] porque haya talante de dejar

cómo es don Juan Manuel el moralista de máxima ortodoxia y mínimo ascetismo, capaz de dar contenido esencialmente social, en su *Libro de los estados*, al marco, ascético si los hay, del *Barlaam y Josafat*. Hasta en el más ascético de los cuentos derivados de esta novela india *(Conde Lucanor*, XLIX, *De lo que conteçió al que echaron en la ysla desmuyo quandol' tomaron el señorío que tenie)*, tras la pertinente moraleja, el autor añade con particular énfasis su punto de vista mundano, que implica el más rotundo mentís al espíritu del viejo apólogo *(ed. citada*, pág. 287):

> Pero seyendo estas cosas guardadas [buenas obras, amigos que hagan bien por su alma], todo lo que pudierdes fazer por levar vuestra honra et vuestro estado adelante, tengo que lo debedes fazer, et es bien que lo fagades.

Con igual altivez, el Exemplo LI, destinado a ensalzar la humildad con la conseja edificante del emperador Joviniano, acaba por recomendar (pág. 320):

---

el mundo, nin mudar el estado en que me Dios puso; mas querría catar manera cómo en este estado pudiesse fazer en guisa porque mi alma fuesse guardada, ca cierto es que pues Dios tovo por bien que hobiesse emperadores et reyes en la tierra, que non querría él que non hobiese manera para poder guardar sus almas; de más que de muchos emperadores et reys dicen que fueron sanctos." Cf. págs. 235a, 275b, 282a. No inferiores en importancia a este pasaje son las declaraciones del *Conde Lucanor;* en la introducción al cuento del salto del rey Richalte, el Conde dice a su consejero *(edición citada*, III, pág. 25): "ruégovos que según el estado que yo tengo, que cuydedes et me consejedes la manera mejor que entendiéredes por que pueda fazer emienda a Dios de los yerros que contra él fiz et pueda haver la su gracia." Y Patronio responde llamando la atención sobre el punto que tanto preocupaba a don Juan Manuel: "Plázeme mucho porque dezides que queredes fazer emienda a Dios de los yerros que fiziestes, guardando vuestro estado et vuestra honra." La moraleja en verso de este exemplo asegura a los caballeros la salvación por sus hechos de armas, no por renunciar al mundo: "Qui por caballero se toviere / más deve des[e]ar este salto, / que non si en la orden se metiere / o se encerrasse tras muro alto." (Franqueza que motivó la enmienda del códice B II: "Qui por caballero se touiere / mucho debe dar este salto / et si en la orden se metiere / encerrarse tras muro alto.") La introducción al cuento de Saladín y la dueña traza lo que es sin duda su propio ideal *(ed. citada*, L, pág. 289): "Et para saber quál es en sí, hasse de mostrar en las obras que faze a Dios et al mundo; ca muchos paresçen que fazen buenas obras, et non son buenas, que todo el bien es para este mundo... Et otros fazen buenas obras para serviçio de Dios et non cuydan en lo del mundo; et commo quier que éstos escogen la mejor parte et la que nunca les será tirada ni la perderán; pero los unos nin los otros non guardan entramas las carreras, que son lo de Dios et del mundo. Et para las guardar amas ha mester muy buenas obras et muy gran entendimiento; que tan grave cosa es de fazer esto como meter la mano en el fuego et non sentir la su calentura; pero ayudándole Dios et ayudándosse el homne, todo se puede fazer; ca ya fueron muchos buenos reys et otros homnes sanctos: pues éstos buenos fueron a Dios et al mundo." Cf. al comienzo del otro cuento de Saladín *(ed. citada*, XXV, pág. 132).

> pero la humildad sea siempre guardando vuestro estado en guisa que seades homildoso, mas non homillado.

No es la de don Juan Manuel la actitud ingenua de los trovadores que ponen la excelencia caballeresca al servicio de Dios; su ambición inequívoca es cumplir con todas las prescripciones eclesiásticas a la vez que velar suspicazmente por la prosperidad y prestigio de su lugar en la sociedad. "Llevar adelante" su estado, provecho u honra es una expresión favorita de don Juan Manuel, mil veces repetida.[52] Al comienzo de la cuarta parte del *Conde Lucanor*, Patronio encarece el valor de sus Exemplos y proverbios asegurando que quien los siguiere "que le cumplirán asaz para salvar su alma et guardar su fazienda et su fama et su honra et su estado." Cuatro partes de este mundo por una del otro: la utilidad de su obra de moralista, en palabras del propio autor, refleja bien las proporciones de lo terreno para el interesado infanzón.

No sorprende, pues, la frecuencia con que don Juan Manuel aduce como móvil de conducta la honra no entendida precisamente como gloria caballeresca o cortesana, sino como opinión pública, como juicio valorativo de la sociedad: según la notable formulación del *Libro del caballero et del escudero*, pág. 236b, "la gracia de Dios lo ha de mantener [al caballero] en la honra que debe ganar por sus obras," y más adelante (pág. 239a):

> Una de las placenteras cosas que en el mundo ha es vevir home en la tierra do es natural, et mayormente si Dios le faze tanta merced que pueda vivir en ella honrado et preciado.

El *Libro de los estados* (pág. 319 a) estima que por la honra se han de afrontar la guerra y la muerte, y da al propio autor, en sus borrascosas relaciones con Alfonso XI, como ejemplo histórico de tal precepto. Idéntica doctrina se desprende de la res-

[52] Al caso citado del *Conde Lucanor*, XLIX, pueden agregarse los de los Exemplos XVI ("si quisiéramos olvidar los vicios et fazer mucho por nos defender et levar nuestra honra adelante...") y XLVI (el Conde pide a Patronio consejo para "mejor acrescentar et levar delante et guardar la mi fama": expresión repetida dos veces más en el mismo Exemplo). De las otras obras, baste recordar el *Libro del caballero et del escudero*, págs. 235b y 239a; *Libro de los estados*, págs. 321b y 335; *Libro infinido*, pág. 269b; *Tractado en que se prueba por razón que Sancta María está en cuerpo et en alma en parayso (Bibl. aut. esp.)*, pág. 439b. Otras frases que denotan igual ansiedad por la honra, en el *Conde Lucanor*, XXIII, moraleja, y XXVII, final.

puesta atribuída a Fernán González en el Exemplo XXXVII del *Conde Lucanor*, y al comienzo de su tercera parte leemos estas líneas que también hubiera suscrito Juan Lorenzo de Astorga (ed. *citada*, pág. 337):

> Patronio, dixo el conde Lucanor, vos sabedes que naturalmente de tres cosas nunca los homes se pueden tener por pagados et siempre querrían más dellas: la una es saber, la otra es honra et preçiamiento, et la otra es abastamiento para en su vida.

No parece diferir mucho de esta honra, de raíz eminentemente social, la fama de la que hay también mención frecuente en los escritos de don Juan Manuel. Así, en el *Conde Lucanor*, XL, pág. 222 y sig., en el *Libro infinido* (pág. 270b) y en el *Libro de los estados* (pág. 308ab), "fama" completa la enumeración de los bienes terrenos, exactamente como lo hace "honra" en varios pasajes ya citados. En otro lugar del *Libro de los estados* (pág. 335a), los dos términos están usados en pareja de sinónimos, lo mismo que al comienzo del *Tractado en que se prueba por razón...* (pág. 439b). Como la honra, es también la fama móvil de conducta y preciosa posesión del hombre.[53] Así como no falta una ocasional condena de la honra mundana (cf. *Conde Lucanor*, XL y XLIX),[54] que poco pesa frente a la enérgica y reiterada afirmación de su valor en todos sus escritos (y hasta en aquel mismo Exemplo, XLIX, según se ha señalado), de igual modo condena alguna vez *(Libro de los estados*, pág. 323b) con elocuente silencio a los que mueren en la guerra de los moros "por ganar fama en el mundo, et non por entención derecha et de-

[53] Lo primero resalta en el curioso precepto, quizá no desinteresado, del *Libro de los estados*, pág. 317b: "si el emperador quiere fazer bien et aguisado et lo que debe, en tal lugar debe tener a sus hermanos como a sus fijos, et aun es más tenido a ello por dar de sí buena fama. Si faze bien a sus fijos, todos ternán que lo faze por amor que les ha; mas lo que fiziere a sus hermanos es derecho et bondat et mesura et buena fama." Un testimonio, entre los muchos que podrían aducirse de lo segundo, se halla al comienzo del ejemplo XLVI del *Conde Lucanor*: "Patronio, una de las cosas del mundo porque home debe más trabajar es por buena fama et por se guardar que ninguno le pueda trabar en ella."

[54] Exemplo XL, *ed. citada*, pág. 224: una de las razones por las cuales se condena el senescal de Carcasona es que las mandas que deja por su alma "dexábalo porque fincasse dél fama para sienpre de lo que fiziera, et porque hoviesse fama de las gentes et del mundo," cuando uno de los requisitos de la limosna es "que la faga homne simplemente, por Dios, et non por vanagloria nin ufana del mundo." El Exemplo XLIX, pág. 287, dice: "por los estados et honras deste mundo, que son vanas et falleçederas, que non querades perder aquella que es çierto que ha de durar para siempre sin fin." Cf. también Exemplos III y XXIII (págs. 30 y sig., 122 y sig.) y *Libro del caballero et del escudero*, pág. 247a.

fendimiento de la ley et de la tierra de los cristianos." Más característica de don Juan Manuel es la lúcida separación de la fama en cuanto a Dios y de la fama en cuanto al mundo en el Exemplo XLVI, *De lo que acontesció a un filósofo que por ocasión entró en una calle do moraban malas mujeres* (*ed. citada*, pág. 268 y sig.):

> Et vos, señor conde Lucanor, si queredes acrescentar et levar adelante vuestra fama, conviene que fagades tres cosas. La primera que fagades muy buenas obras a plazer de Dios, et esto guardado, después en lo que pudierdes a plazer de las gentes, et guardando vuestra honra et vuestro estado... La tercera cosa es que por fecho nin por dicho nin por semejança nunca fagades cosa por que las gentes puedan tomar sospecha, porque la vuestra fama vos sea guardada como debe; ca muchas vezes faze home buenas obras, et por algunas malas semejanças que faze, las gentes toman tal sospecha que enpeeçe poco menos paral mundo et paral dicho de las gentes como si fiziesse la mala obra. Et debedes saber que en las cosas que tañen a la fama, que tanto aprovecha o enpeçe lo que las gentes tienen e dizen commo lo que es verdad en sí; mas quanto para Dios et para el alma non aprovecha nin enpeçe sinon las obras que el homne faze et a quál entención son fechas.[55]

El distingo claro y racionalista está muy lejos de negar el valor del mundo, aunque reconozca el valor supremo de Dios. Así como, según don Juan Manuel, el más alto estado de la sociedad humana es el de clérigo misacantano "porque en éste puso Dios

[55] Contraprueba de esta doble moralidad, tan importante en la concepción del honor castellano, es el primero de los dos cuentos contenidos en el Exemplo XXVII: el Emperador, no logrando divorcio del Papa (aunque sí una velada autorización para proceder con astucia: "dixo el Papa al Emperador que este fecho que lo acomendaba él al entendimiento et a la sotileza del Emperador, ca él non podía dar penitençia ante que el pecado fuesse fecho"), urde ingeniosamente la muerte de la Emperatriz. Don Juan Manuel cuenta lisa y llanamente el caso sin comentario alguno, lo que no deja de sorprender, ya que un siglo más tarde, el Arcipreste de Talavera, al narrar una conseja muy parecida, tiene buen cuidado de agregar (*Corbacho*, Parte II, cap. VII, ed. L. B. Simpson, Berkeley, 1939, pág. 162): "Fué sabyo [el marido] e usó de arte segund el mundo, avnque segund Dios escogió lo peor." Bien que la historia sea cómica y, por naturaleza, ajena a todo escrúpulo moral, es significativo que el autor del *Conde Lucanor* no exprese el menor reparo al asesinato tramado fríamente, cuando la sociedad no puede achacar culpa al marido. Esta moral, en que el escándalo es más grave que el pecado porque la sanción social pesa más que la conciencia individual, no puede menos de sugerir el crimen de honor de *El castigo sin venganza*, *El médico de su honra*, *A secreto agravio, secreta venganza*, etc. Completan dicha concepción social y no moral del honor los Exemplos XXIX y XXXIII. Este último insiste, hacia el fin, en que el "preçio" no está en la propia conciencia sino en la opinión de las gentes. Aquél teoriza, con casuística calderoniana, sobre que el hombre que no tiene medios para vengar un agravio no debe darse por agraviado ya que, mientras no admita la ofensa, no está obligado a la venganza.

tanmaño poder que, por virtud de las palabras que él dice, torna la hostia, que es pan, en verdadero cuerpo de Jesucristo, et el vino en su sangre verdadera," pero el estado al que él se ufana de pertenecer es el de caballería (*Libro del caballero et del escudero*, pág. 236a); de igual modo, a pesar de restringir su valor, don Juan Manuel harto muestra en sus escritos cuán precioso bien era para él la fama, principalmente al dedicarle dos Exemplos enteros de su *Conde Lucanor* y tocar de pasada el tema en varios otros. Los dos Exemplos son los ya señalados XVI y XLVI. Este último, el del anciano filósofo que pierde su fama debido a falsas apariencias, subraya, según se ha visto, el carácter social de la fama, cómo está sujeta a la opinión falible del vulgo, independientemente de la verdad, sólo conocida de Dios, e insinúa su clasificación entre los bienes de fortuna, puesto que el filósofo, enterado de la falsa opinión que pesa sobre él, explica lo sucedido en un "librete pequeño et muy bueno et muy aprovechoso; et entre muchas cosas buenas que en él se contienen, fabla y de la buena ventura et de la desaventura" (pág. 266).

Un curioso efecto de contraste entre el marco narrativo y la narración misma enlaza este Exemplo con el XVI, destinado a realzar el valor positivo de la fama. En el Exemplo XLVI, el Conde Lucanor exalta la fama y pide a su consejero guía para obtenerla; Patronio expone cómo su pérdida no depende del individuo y deja sin satisfacer el pedido del Conde. En el Exemplo XVI el Conde, fatigado, se inclina a descansar de ambiciones: tampoco aquí Patronio complace el deseo de reposo de su señor, pues le incita a no dejarse ganar por la holganza y a no cejar en la búsqueda de fama. Don Juan Manuel, en divergencia con el *Poema de Fernán González*, sugiere sin declararlo que el caso acontece ya muy avanzada la carrera del Conde de Castilla,[56] lo que destaca no el brío juvenil de un Alejandro, sino el ansia insaciable de nombradía que no deja sosegar al anciano guerrero. La respuesta, antes de coincidir con el *Poema*, presenta una justificación de la conducta de Fernán González doblemente característica de don Juan Manuel. Contra el estado de ánimo del héroe épico —Alejandro o Fernán González— que prefiere desintere-

[56] Pág. 86: "El conde Ferrant Gonçález era en Burgos et havía passados muchos trabajos por defender su tierra, et una vez que estaba ya más en assossiego et en paz..."

sadamente la gloria a cualquier otro bien, don Juan Manuel, con pesimismo eclesiástico muy marcado en él,[57] hace declarar al héroe de la independencia castellana "que a homne del mundo non plazdría más que a él folgar et estar viçioso si pudiesse." La razón inmediata de que Fernán González no abrace esta deseada delicia no es ninguna quimera caballeresca, sino simple medida de defensa:

> mas que bien sabía que habían grand guerra con los moros, et con los leoneses et con los navarros, et que si quisiessen mucho folgar, que los sus contrarios que luego serían contra ellos.

Quizá pareciera incoherencia artística al realista don Juan Manuel callar el motivo más visible del heroísmo castellano; sea como fuere, sólo después de exponer esta razón de hecho, pasa a señalar el otro móvil, la fama. Aun aquí, a pesar de coincidir en tema con el *Fernán González*, que es casi seguro conociese directamente,[58] y con su prosificación en la *Primera crónica general*, que también debía de serle familiar, el enfoque artístico es singularmente distinto. De los cuatro argumentos de la respuesta del Conde en el *Poema*, don Juan Manuel desecha el de la pérdida irreparable del tiempo y la enumeración de varones ilustres, para elaborar el argumento central, que opone ociosos a esforzados. Frente al tono épico, ennoblecido por tanto glorioso nombre griego, judío y carolingio, el moralista parece como que se complaciera en pintar con irónicas tintas prosaicas los placeres por los que se malvende la fama duradera:

> et si quisiessen andar a caça con buenas aves por Arlançón arriba et ayuso et en buenas mulas gordas...

Desde aquí, don Juan Manuel se atiene fielmente al curso del argumento central del *Fernán González*, 348 y sig., aunque recreándole en forma hondamente original. Pues enlaza las dos coplas —la del hombre holgazán cuya memoria acaba junto con su

[57] Baste como testimonio la peroración del Exemplo L de Saladín y la dueña, pág. 304: "ca la vergüença faze a homne ser esforçado et franco et leal et de buenas costumbres et de buenas maneras et fazer todos los bienes que faze; ca bien creed que todas estas cosas faze homne más con vergüença que con talante que hay de lo fazer. Et otrosí, por vergüença dexa homne de fazer todas las cosas desaguisadas que da la voluntad al homne de fazer."

[58] *Poema de Fernán González*, 349a: "El uiçioso e el lazrado amos an de moryr," trasvasado literalmente en la *Primera crónica general*. En el *Conde Lucanor*, Fernán González dice: "Et pues viziosos e lazdrados, todos havemos a morir..."

vida, y la de los buenos hechos que se evaden del término que aguarda por igual a "viziosos e lazrados"— dándoles como unidad el "proverbio antiguo," [59] compendio de la vida del "vizioso," y su variante, suma de la vida del "lazrado":

> et si quisiessen andar a caça... et dexar de defender la tierra, que bien lo podrían fazer, mas que les contescería commo dezía el vierbo antiguo: "Murió el honbre et murió su nombre"; mas si quisiéremos olvidar los viçios et fazer mucho por nos defender et levar nuestra honra adelante, dirán por nos después que muriéremos: "Murió el homne mas non murió el su nombre." Et pues viziosos et lazdrados todos habemos a morir, non me semeja que sería bueno si por viçio nin por la folgura dexáremos de fazer en guisa que después que nos muriéremos, que nunca muera la buena fama de los nuestros fechos.

Don Juan Manuel ajusta el refrán —que tan importante papel tiene en sus escritos y muy particularmente en el *Conde Lucanor*— a la anécdota del *Poema*, logrando una belleza más grave que la de la tradición épica de que deriva, al reemplazar la sonora enumeración por el amargo proverbio y por su altiva y elocuente variante. Vale la pena notar que retiene los "buenos fechos" del *Poema* que, con el aura bíblica de su expresión, acentúan la austeridad de la respuesta: sólo el contexto aclara que el autor no entiende por ellos obras pías sino hechos de armas. Don Juan Manuel no teoriza jamás sobre la fama póstuma sino, según se ha visto, sobre la fama como opinión de la sociedad, equivalente a la honra. Con todo, a pesar de la sistemática subordinación de estos bienes a los bienes supremos de la esfera religiosa, a pesar de ocasionales escrúpulos, el vivo afán profano de perdurar en la memoria de los hombres futuros queda aquí no sólo expresado sino recomendado tres veces como línea de conducta. La primera en la citada respuesta de Fernán González; la segunda, en el exhorto del discreto consejero:

> Et vos, señor Conde, pues sabedes que havedes a morir, por el mi consejo nunca por viçio nin por folgura dexaredes de fazer tales cosas por que, aun desque vos murierdes, siempre viva la fama de los vuestros fechos.

La tercera, en los versos excepcionalmente felices de la moraleja, con los que el autor mismo refrenda su precepto:

[59] Según R. Menéndez Pidal, *Historia de España*, Madrid, 1947, t. I, pág. xxv, este proverbio se convirtió más tarde en la divisa heráldica "muera el hombre y viva el nombre."

Si por vicio et por folgura la buena fama perdemos,
la vida muy poco dura; denostados fincaremos.[60]

Los mismos sentimientos animan el bellísimo Exemplo XLI, *De lo que contesció a un rey de Córdoba quel dizíen Alhaquem.* Patronio comienza su relato pintando al rey holgazán y trazando de rechazo las obligaciones caballerescas de un buen rey *(ed. citada,* pág. 228):

En Córdoba hobo un rey que había nombre Alhaquem. Commo quier que mantenía assaz bien su regno, non se trabajaba de fazer otra cosa

[60] Es interesante recordar la otra respuesta heroica del conde Fernán González, historiada en el Exemplo XXXVII y, según la cual, al pedido de los castellanos de aguardar la curación de sus heridas antes de trabar nuevo combate, el Conde replica epigramáticamente: "Amigos, por las feridas non lo dexemos, ca estas feridas nuebas que agora nos darán, nos farán que olvidemos las que nos dieron en la otra vatalla." A diferencia del Exemplo XVI, éste sitúa el hecho minuciosamente ("quando el conde Ferrant Gonçález venció al rey Almozer en Façinas... et ante que ubiassen guarescer, sopo quel entraba el rey de Navarra por la tierra..."). Ahora bien: ni el *Poema de Fernán González* ni la *Primera crónica general* traen tal anécdota ni hablan de una invasión navarra que siguiese inmediatamente a la batalla de Hacinas. Por el contrario, la *Primera crónica general,* ed. R. Menéndez Pidal, cap. 700, pág. 406a, indica con palabras inequívocas el descanso de los castellanos después de la batalla de Hacinas: "Et uiniéronse pora Burgos, los feridos a sanar de sus llagas et los otros a refrescar sus cuerpos et folgar y, et los que quisieron fuéronse pora sus lugares." Aquí la *Crónica* interrumpe el relato de Fernán González; cuando lo reanuda es para contar su alianza con el Rey de León y, tras nueva interrupción, la conseja del caballo y del azor y la prisión de Navarra. Creo, pues, que acerca de la anécdota del Exemplo XXXVII pueden formularse dos conjeturas: *a)* la anécdota pertenece a la leyenda primitiva de Fernán González y no fué transmitida por el *Poema,* porque el autor de éste, tentado por el paralelismo con el estudiado episodio del *Alexandre,* 2266 y sigs. —intervalo demasiado breve entre dos campañas, protestas de los soldados, animosa réplica del caudillo que vence la resistencia de sus tropas—, vió ocasión propicia para sustituirla por la brillante escena de su gustado modelo la cual, además, se prestaba mejor a la amplificación doctrinal. Con todo, el no hallarse atestiguada esta anécdota fuera del *Conde Lucanor,* que yo sepa, habla en contra de su carácter primitivo. *b)* Don Juan Manuel, conocedor de la anécdota del *Poema* y de la *Crónica,* que reelabora en su Exemplo XVI, pudo adaptar a un concreto y familiar marco español un cuento de origen independiente, tal como lo hizo en el Prólogo general de sus obras con el de Filóxeno y los ladrilleros (Diógenes Laercio, IV, 6, 11), transformados castizamente en el caballero y el zapatero de Perpiñán; con la obediencia del monje Marco *(Apotegmas de los Padres.* Migne, *Patrología griega,* t. 65, col. 296b), convertido en doña Vascuñana, hija menor del conde Pero Ansúrez y esposa de don Alvarháñez en el Exemplo XXVII; con el impersonal *accipiter quidam* perteneciente a un *rex quidam* (Alejandro Neckam, *De naturis rerum,* I, 24, ed. T. Wright, Londres, 1863, pág. 75 y sig.) que en el Exemplo XXXIII es el falcón sacre del infante don Manuel, padre del autor. Luego, la pormenorizada ubicación del Exemplo XXXVII habla más bien en contra de su carácter de anécdota genuina, y en favor de que sea reelaboración de un relato independiente. También puede valer como indicio de que las dos anécdotas, la del Exemplo XVI y la del XXXVII, no pertenecían a la leyenda primitiva y fueron elaboradas posteriormente por autores (el del *Poema,* don Juan Manuel) que no gozaron de gran difusión popular, el hecho de que no se hayan perpetuado en el Romancero, a pesar de su notable donaire y corte dramático.

> honrada nin de grand fama de las que suelen et deben fazer los buenos reys; ca non tan solamente son los reys tenidos de guardar sus regnos, mas los que buenos quieren seer, conviene que tales obras fagan por que con derecho acresçienten su regno, et fagan en guisa que en su vida sean muy loados de las gentes, et después de su muerte finquen buenas fazañas de las buenas obras que ellos hobieren fechas.

Vuelto del error de su primer añadimiento, Alhaquem, al completar la mezquita de Córdoba, fuerza a alabarle a los que antes le zaherían (pág. 230):

> Et fué después muy loado. Et el loamiento que fasta estonçe le façían escarniçiéndolo, fincó después por loor, et hoy en día dizen los moros quando quieren loar algún buen fecho: "Éste es el añadimiento de Alhaquem."

Paralelamente Patronio exhorta al conde Lucanor a acometer grandes hechos, según lo exige su posición social *(ibidem):*

> Guisad de fazer algunos hechos grandes buenos et nobles, quales pertenesçen de fazer a los grandes homnes, et por fuerça las gentes havrán de loar los vuestros buenos fechos...

También aquí la moraleja en verso repite por tercera vez el consejo insistiendo en la inmortalidad del "bien" no moral sino cual "pertenesçe de fazer a los grandes homnes" (pág. 231):

> Si algún bien fizieres que muy grande non fuere,
> faz grandes si pudieres que el bien nunca muere.

Por ardiente y explícito que sea en don Juan Manuel el deseo de fama entre presentes y venideros, no debe olvidarse que hay también en su actitud un curioso aspecto negativo. Es curioso, en efecto, que siendo tan ávido del acatamiento mundano y nada reacio a hablar de su quehacer literario, no diga palabra de la celebridad de que gozaba o ambicionaba gozar como autor; y eso que roza el tema en el *Libro de los estados*, pág. 316 b, al imponer como parte de la educación del caballero las crónicas que deben encender su esfuerzo. Por otra parte, deja bien sentado cuánto le halaga el renombre literario en el Prólogo general de sus obras *(ed. citada*, pág. 233):

> Así como ha muy grant placer el que façe alguna buena obra, señaladamente si toma grant trabajo, et la faz cuando sabe que aquella su obra es muy loada et se pagan della mucho las gentes, bien así ha

muy grant pesar et grant enojo cuando alguno a sabiendas o aun por yerro faze o dice alguna cosa por que aquella obra non sea tan presçiada o alabada como debía ser.

En el pasaje en que sale al paso de un posible reparo a sus compilaciones en lengua vulgar (*Libro de los estados*, pág. 315a) declara por boca del infante Johás que, a falta de originalidad, tales obras benefician al lector lego y ganan alabanza para el compilador. Igual susceptibilidad por la opinión sobre su mérito de autor denotan su conocida aprensión por las fallas que pudieran introducirse en su libro por yerro de los copistas, y el recelo por la integridad de su obra artística (Prólogo general, pág. 234, y Prólogo del *Conde Lucanor*, *ed. citada*, pág. 1 y sig.). Verdad es que a ambas declaraciones siguen profesiones de ignorancia y modestia —excesivas para que se las pueda tomar en serio—, pero tan insistente escrupulosidad para salvaguardar su texto, lo mismo que la orgullosa conciencia de su maestría estilística[61] y los abundantes pormenores sobre la composición del *Libro del caballero et del escudero* (pág. 234ab) y el *Tractado de las armas* (pág. 257a), indican una preocupación por el tratado didáctico como forma de arte,[62] y no como puro instrumento de enseñanza, muy en pugna con la ostentosa negligencia de San Gregorio Magno, por ejemplo, para recordar el caso sabidísimo de un Padre de la Iglesia incesantemente estudiado por los moralistas de la Edad Media española.[63] La única explicación plausible del silencio sobre la obra literaria como uno de los "buenos fechos" acreedores a la fama póstuma, en autor tan ávido de alabanza y tan consciente de sus méritos, parecería ser la misma que rige

[61] Cf. el famoso pasaje del *Libro de los estados*, pág. 335b, en que elogia su *Libro del caballero et del escudero* llamando ante todo la atención sobre su primor estilístico.

[62] Es verosímil que influyese en esta actitud la actividad de Alfonso el Sabio a quien, pese a los baldones del *Tractado de las armas*, rinde homenaje como escritor en el Prólogo del *Libro de la caza*. En efecto, Alfonso (o sus colaboradores) redacta en romance toda su vasta materia didáctica, y su corrección de lengua es el aporte personal a las obras que llevan su nombre. En los pasajes aludidos del *Libro de los estados*, págs. 315a y 335b, don Juan Manuel viene también a definir su obra como una didáctica romanceada de estilo esmerado.

[63] Cf. las famosas líneas escritas con espíritu de desafío y no de confesión sincera en la epístola dedicatoria de las *Morales* (Migne, *Patrología latina*, t. 75, col. 516): *Nam sicut huius quoque epistolae tenor enunciat, non metacismi collisionem fugio, non barbarismi confusionen deuito, situs motusque et praepositionum casus seruare contemno, quia indignum uehementer existimo ut uerba caelestis oraculi restringam sub regulis Donati.*

para Juan Lorenzo de Astorga y para el Arcipreste de Hita. Por mucho amor y orgullo que aliente el autor por sus escritos, una inquebrantable convención le veda asumir en romance la actitud, ya frecuente entre los contemporáneos que escriben latín, del literato seguro de su fama personal y de su poder de dispensarla a los hombres de acción. En el caso particular de don Juan Manuel, quizá su rigurosa ortodoxia —que le haría ver la jactancia de un Gautier de Châtillon como reflejo antipático de liviandad pagana— haya fomentado tan notable inhibición.

Poema de Alfonso Onceno

Coetáneo más joven de don Juan Manuel debió de ser el desconocido Rodrigo Yáñez que versificó la actual redacción del *Poema de Alfonso Onceno*, tan pobre en mérito literario como interesante por su valor documental. Su importancia como documento no se debe sólo a los detalles históricos que recogió de intento en sus ripiosas redondillas: precisamente porque tan desmayados versos no permiten atribuir personalidad original a su autor, las ideas dominantes de la obra deben considerarse como típicas de aquel tiempo, de aquella pujanza guerrera y caballeresca que caracteriza el breve reinado de Alfonso XI. Cuando narra tan faustos hechos como la ocasión en que el Rey fué armado caballero o su coronación, el poeta, gran admirador de su monarca, recama su narración de motivos cortesanos y trovadorescos (liberalidad regia, danzas, torneos, canciones, instrumentos de música, pájaros de sabio canto y amores primaverales: copla 394 y sigs. *Bibl. aut. esp.*, t. 57, ed. F. Janer). Pero es la idea de la fama caballeresca la que preside a tales nunca vistas cortesías (395): "por honra e pres ganar" va el joven rey a armarse caballero a Santiago y, de los efectos morales del amor —lugar común desde el tratado *De amore* del Capellán Andrés—, el que corresponde a los reyes es que (385):

A los rreys fas oluidar
los rregnos e su ualía,
por fama e pres ganar
e prouar cauallería.

Rodrigo Yáñez no oculta que honra y fama son para él bienes de fortuna que Dios otorgó, con los demás, al feliz Alfonso XI (143ab, 1806), claro que bienes preeminentes, y peculiares so-

bre todo (por la concepción del soberano como fuente de honra para la sociedad) de los reyes, sean moros o cristianos. A la proclama del rey de Benamerín para invadir España, sus caballeros responden (996cd):

> e nuestros sserán los fechos,
> e vuestra la nombradía.

Loor y tacha recaen en el rey, no en los que combaten a sus órdenes (1582):

> Si esta lid bençiéremos
> a uos [el rey de Granada] abremos a loar;
> toda la culpa a uos pornemos
> si de otra guisa pasar.

A su vez, el rey irradia sobre sus vasallos el loor concentrado en él (2140ab), bien que los nobles no pueden menos de ser, por definición, codiciosos de gloria: el maestre de Alcántara difiere su ataque al real moro, pues imprescindiblemente necesita luz para ver quién gana honra (788-789ab):

> Contra el real legaron
> quisieron nos[64] cometer,
> mas el día aguardaron
> por sse mejor conosçer
> e ver quién ganaua fama,
> o quién fasía más poco...

Ferrand Garçía de Arielça, el tesorero, trae dineros para pagar a la flota y, aunque muy sesudamente hace hincapié en la paga, también señala la otra ganancia, la fama caballeresca; en la hidalga anécdota en que el rey moro quiere pagar el buen consejo de los mensajeros castellanos, éstos separan pundonorosamente la ambición desinteresada del caballero y la codicia del juglar pedigüeño (1111 y sigs.):

> Diz el rrey a los caualleros:
> Dar uos quiero doblas e oro.
> Dexieron los menssajeros:
> Dios uos dé vida, rrey moro,
> Non queremos vuestro auer,
> Dios uos dé onrra e bien...

[64] Evidentemente la forma asimilada, correspondiente al castellano 'los'.

e nos non ssomos joglares
que vos algo demandemos.
Más val onrra que tesoro,
segund disen los antigoos... [*sic*]

En este poema, tan prosaico y ceñido a los hechos, el ganar honra es uno de los blancos apuntados en el cálculo político y militar. Los privados que aconsejan la alianza con el Rey de Portugal para detener la invasión de Abul Hassán ("Albofacén" en el *Poema)* tienen buen cuidado de agregar como argumento último (1151cd): "onrra e preçio ganaredes / que sienple abrán que fablar," lo que repite la reina doña María al llevar la embajada a su padre (1189cd y sigs.). Cf. 1143d y 1168b.

Ya se ha visto que la naturaleza de la fama caballeresca corresponde a la extensión dentro del selecto ámbito en que se mueve el héroe más bien que a la perduración en el tiempo, pero Rodrigo Yáñez no comparte este punto de vista de los trovadores. Por el contrario, la muletilla "ya por siempre fablarán," con sus variantes, asoma tediosamente en casi todo elogio de caballero o de hazañas, comenzando por el del temerario infante don Pedro. (40ab):

Ya por ssierra [*sic*] ffablarán
de la muerte que morió,[65]

Varias veces presenta a los espectadores reales o imaginarios de un hecho heroico dispensando el codiciado elogio. Por ejemplo, si asegura en general acerca del rey Alfonso que "los fechos que fasía / siempre aurán que fablar," detalla luego (415c y sigs.):

corrió la su nombradía
fasta dentro en Ultramar.
E fablauan del ssu bien,
cómmo era noble sennor...[66]

En algún caso, prefiere el discurso directo, que le permite extenderse en el elogio. Antes de la batalla del Salado el arzobispo don Gil de Albornoz anticipa el renombre de los guerreros que, a su vez, alabarán al Rey (1527d y sigs.):

oy cobrarán bien xristianos.
Por que nonbrados sean [*sic*, por "serán"]

[65] Cf. también 49b, 415b, 708d, 1151d, 1433b, 1435c, 1603b, 1605d, 1704c, 2049d, 2113d, 2215b, 2399c. Con distintas palabras: 1566cd, 2042cd.
[66] Cf. también 1738cd y 1766cd.

por esta lid vençida,
e bos, buen rrey, loarán
en la muerte e en la vida.

Y, en efecto, el poeta muestra más adelante el arrojo del Rey y las palabras de admiración de sus vasallos (1770 y sigs.; 2168c y sigs.):

E el buen rey bien lidiando,
fasiendo gran mortandat,
espannoles esforçando,
e loando su bondat.
Desían: ¡qué buen sennor,
e qué noble cauallero,
val Dios, qué buen lidiador,
val Dios, qué real braçero!
...Priuados del rrey de Espanna,
el noble rrey aguardando...
E desiendo: buen sennor,
adelante vna vegada,
oy dades muy grand loor
a Castiella la honrrada.

También el rey moro lanza a su hijo al combate tentándole con el futuro elogio (1613):

Oye mucho faser auedes
por honrrar la nuestra ley,
que todos digan: "Veredes
qué noble fijo de rrey."

No puede decirse que haya en este poema diseño de caracteres. Ni siquiera el Rey es un personaje vivo, y poco ayuda a fijar los desdibujados rasgos el que los caudillos se nombren en la batalla, conforme a la ya señalada arrogancia individualista de los héroes épicos (43cd, 1678cd):

Caualleros ¡esforçad,
que a mí disen don Iohán!

¡Yo so el rrey de Castiella
que cobdiçié este día!

Por lo demás, los árabes tienen exactamente igual codicia de honra,[67] que funcionan asimismo como resorte político y militar.[68] In-

[67] Cf. 1043a, 1053cd, 1058b.
[68] Cf. 1058, 2375, 2376.

menso es su pesar por la deshonra de la derrota (1846d, 1848a, 1853cd, 1855, 1862cd) que, para mayor amargura, se proyecta en un eterno futuro de infamia (1866ab):

"De la mi dessonrra fablarán,
por sienpre me querrán mal..."

Es quizá uno de los raros pasajes logrados del *Poema* aquel en que el infante moro en su agonía y soledad no lamenta sino la deshonra de su muerte (865 y sig.):

Yo non ouiera mansiella
sy yo fuera arancado
de aquel rey de Castiella,
que es vn rrey muy onrrado.
Sus vasallos me mataron,
sin pres de cauallería...

A la simpatía de Rodrigo Yáñez por su Rey, que le hace compartir su ideal de hazañas y nombradía, preciso es agregar el peso de las obras literarias que dejaron huella patente en sus redondillas, y entre las cuales descuellan, por explicable afinidad, relatos caballerescos (cf. la famosa alusión de 409d: "la farpa de don Tristán"), particularmente los del ciclo carolingio. Los parangones que deja atrás el valor castellano son carolingios, con una sola excepción (1713cd, 1739, 1772c y sigs.):

nunca lo touo mejor [el corazón]
aquel buen Terrín d'Ardenna.
...Nin fué mejor cauallero
el arçobispo don Torpín,
nin el cortés Olivero,
nin el Roldán palaçín.
...Alixandre, rey de Greçia.
non ferió mejor batalla,
nin Pepinos rey de Françia...

El servicio religioso en vísperas de batalla, la absolución y exhortación a combatir, pertenecen a la realidad medieval; por eso mismo, es a la vez un lugar común épico (cf. la *Chanson de Roland*, 1124 y sigs.; *Mio Cid*, 1701 y sigs.), que Rodrigo Yáñez amplifica largamente (1513-1537). Allí don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, después de oficiar y bendecir las armas, absuelve a los combatientes, asegurándoles, como Turpín y don Jerome, que han salvado sus almas "por esta santa cruzada" pero,

a diferencia de aquéllos, incitándoles no sólo a luchar, sino a ganar fama (1528, 1530, 1537). Más importante todavía es el influjo del *Libro de Alexandre* cuyo héroe, como ya se ha visto, es el único agregado a los paladines carolingios. Rodrigo Yáñez saca partido de los pocos años de Alfonso y las difíciles circunstancias iniciales de su reinado para recrear la situación tan brillantemente elaborada por Juan Lorenzo de Astorga entre Alejandro niño y Aristóteles. Como Alejandro, Alfonso pierde el color, se queja a solas, y es comparado a un león (100 y sigs.). Como Aristóteles, su ayo le interroga y, oída la causa, pronuncia una larga admonición. Aunque en ésta es muy dominante el ascetismo cristiano, no faltan notas derivadas del sermón de Aristóteles, tales como el elogio de la erudición del Rey (113cd; cf. *Alexandre*, 52), y el consejo de partir los despojos con sus caballeros, renunciando a toda codicia (144):

> Codiçia non tomaredes
> de toda la caualgada,
> vos el preçio leuaredes,
> que val rrasón doblada,

exactamente como O 82cd:

> non te prenda cobdiçia a ty de prender nada:
> tú leuarás el preçio que ual raçión doblada.

Como Aristóteles (70 y sigs.), el discreto ayo enciende la virtud del niño rey poniéndole ante los ojos la gloria, atestiguada por escrito, de los reyes godos, que hacen aquí las veces de Héctor, Diomedes y Aquiles en el original. Y antes de la prosaica bendición final, enaltece la fama eternizadora en la copla 149:

> De aquellos que bien obraron
> commo quier que sson ffinados,
> ssus ffamas acá dexaron,
> nunca serán oluidados,

en la que confluyen las coplas 349 y 353 del *Fernán González* (que, a su vez, se remontan al *Alexandre)* y cuyos "buenos fechos" inspiran la expresión "bien obrar," igualmente equívoca. Otras huellas del *Alexandre*, en torno a la idea de la fama, se vislumbran más tenuemente en las coplas 788 y sig., ya citadas, en que la ofensiva cristiana se demora aguardando el día para ver

"quién ganaua fama," lo que evoca a Alejandro desagradado de "robar la victoria" en un combate nocturno (P 1321 y sig.). El consejo de pedir socorro al rey de Portugal repugna a Alfonso pues, al aumentar sus fuerzas, mermará su nombradía (1152 y sigs.): de igual modo, queda señalado cómo Alejandro (P 694c; P 1343c) y Fernán González (301 y sigs.) se empeñan en luchar en inferioridad de condiciones, pues ello asegura su prez. Don Juçaf, rey de Granada, lamenta en muy curiosas palabras la desventura de la ciudad (1882):

La tu fama se mudó
por que sienpre fueste honrrada,
que te sienpre ayudó
e te tuuo anparada.

Si los dos primeros versos pueden tomarse como ripiosa redundancia, los dos últimos demuestran que para el poeta la fama en sí tenía cierto curioso papel protector que sólo encuentro en los versos —omitidos por Juan Lorenzo de Astorga— en que Gautier de Châtillon, fiel a su Quinto Curcio, IX, 5, 6, (cf. V, 13, 14), cuenta cómo los sudracas vacilan en atacar a Alejandro (IX, 38 y sigs.):

celeberrima fama uerendi
nominis edomitum iam dilatata per orbem
pro duce pugnabat...[69]

Rodrigo Yáñez no cede a Juan Lorenzo de Astorga en su alta idea de la obra literaria, vulgar o docta, como vehículo de la eternidad de la fama. El ayo recuerda a Alfonso niño que los reyes godos, sus antecesores (147c y sigs.):

dexaron por ssu testigo
rromançes muy bien escriptos.
E corónicas ffermosas
por arte buena e complida,
e otras muy nobles cosas
que rrenouan la ssu vida.

[69] No relacionado con la fama es el cínico consejo de Aristóteles sobre las promesas (62d y 73cd) que se refleja en la conducta del rey moro (1078 y sig.), satirizada por el poeta y, en la del rey cristiano (2228), referida sin comentario. El grito de Alfonso en la batalla del Salado (1678cd: "¡Yo so el rrey de Castiella, / que cobdiçié este día!") obedece al precepto de Aristóteles en el *Alexandre* (P 69b): "dyles: Oyt, amigos, siempre esperé este día..."

Antes de contar las honras fúnebres del infante moro Abomelique, asegura (881ab):

La su muerte fué escripta,
e cómmo ganó Gibraltar.

Muy circunstancialmente trata de los versos latinos compuestos en la corte papal en honor de la batalla del Salado y de su vencedor (1924c y sigs.):

e vnos viesos glosaron
fechos por fermosa prosa.
Bien glosados en latín,
fermosos viesos e pocos,
cómmo el rey de Benamarín
tornó bençido a Marruecos.
Aquestos biesos fesieron
el papa con su conpanna,
e muy grand loor dieron
al muy noble rey de Espanna,
e disen los en oración
los biesos e en sermones...
E por sienpre así farán,
nonbrarán la su bentura;
sus fechos no morirán
deste rrey de grand altura.

Como Juan Lorenzo de Astorga y como su contemporáneo Juan Ruiz, Rodrigo Yáñez no escatima glosas sobre la finalidad de su obra, pero parece peculiaridad suya asociar tales glosas con el solemne reconocimiento de la eficacia de la palabra escrita para fijar la fama (672c y sigs.):

Agora quiero fablar
deste rey, que Dios defienda...
Se me quisieren oyr,
saber gelo he de contar,
e aurán qué desir
por quanto el mundo durar,
e por sienpre loarán
este rey de gran altura,
e bien ssé que fablarán
de la ssu buena ventura.

Tras de recordar la ventura de Alfonso, celebrado a diario por la Iglesia con los versos latinos compuestos en su honor, el bueno de Rodrigo Yáñez ofrece su propio tributo poético (1929 y sig.):

Yo bien los prouaré
sus fechos e la su vida,
de Alcalá fablaré,
en cómmo fué conquerida.
E si asanchar[70] quisieren,
yo gelo sabré contar;
aquellos que lo sopieren,
sienpre abrán qué fablar.

Declaraciones como ésta son frecuentes en las articulaciones del relato, para introducir la conquista de Algeciras, por ejemplo (2009 y sigs.):

Yo muy bien bos fise contar
los fechos deste sennor [Alfonso XI];
agora uos quiero prouar
su noblesa e valor...
Así commo oyredes
en esta letradura,
e por sienpre fablaredes
deste rrey de grand bentura.
Se quesierdes escuchar,
oyredes gran fasanna;
agora quiero contar
deste noble rey de Espanna.

Dentro del relato de la toma de Algeciras volvemos a leer una declaración análoga para marcar la pausa entre dos episodios (2234 y sig.):

Este fecho dexaremos
e fablemos en lo ál,
los fechos departiremos
commo bayan a ygual.
E que sean rrecontados
e que sienpre los alaben...

Aunque Rodrigo Yáñez tuviese una opinión bastante optimista sobre su talento, es evidente que, a diferencia de la gran mayoría de los poetas latinos de la Antigüedad y de varios medievales —Gautier ante todo—, está muy lejos de afirmar su propia inmortalidad de autor ni de arrogarse el papel de creador de la fama de los personajes que celebra. Lo que con tanto orgullo ostenta no es más que un modesto papel de vocero. Para él la

[70] *Sic*, errata evidente por 'ascuchar.'

fama no es, todavía, creación literaria, sino algo sustantivo, que se gana con hazañas, algo independiente y anterior al poeta que la celebra: por sus proezas Alfonso XI logra que sus loores resuenen eternamente; entretanto un rendido admirador, Rodrigo Yáñez, cuenta esas proezas que sus oyentes trasmitirán a su vez. Por precioso que sea el testimonio de la obra literaria, su autor es más bien el instrumento que el artífice de la gloria y, por mucho que su persona asome en el relato ("yo bien lo prouaré," "yo gelo sabré contar," "yo muy bien bos fise contar"), nada permite suponer que haya tentado a Rodrigo Yáñez la idea de participar él, como hombre de letras, de esa fama que siente como prerrogativa mundana de los caballeros y, sobre todo, del Rey.

Con el siglo xv llega a la rezagada Castilla el florecimiento de la lírica cortesana y, como en la poesía provenzal, pronto se deja oír en su periodismo versificado el ansia de fama escenario suficientemente vasto para ella. Tales son *cimiento* de don Juan II (*Cancionero de Baena*, Nº 226) presenta a Fortuna advirtiendo a los planetas —símbolos de las virtudes— que sin su beneplácito los dones de ellos son vanos, bien que en el caso del príncipe recién nacido se complazca en confirmarlos y añadir de suyo, entre otros:

Cancionero de Baena

> Después de sus días biva en memorias
> quanto la vida humanal durare,
> escrívanse libros e píntense estorias
> de sus altos fechos, do Rrey se nombrare:
> por él se entienda a quien la pintare
> la gloria mundana qu'es llamada fama.[71]

Muy original es el modo de pensar de Gonçalo Martínez de Medina, a quien justamente el escribano Baena describe como "omme muy sotil e intrincado en muchas cosas, e buscador de sotiles invenciones, e assy mesmo era muy suelto e ardiente e suelto de lengua." En el *Decir* Nº 332 "por manera de pregunta escura,"

[71] Ch. R. Post, en su excelente *Medieval Spanish Allegory*, Harvard University Press, 1915, pág. 165, ve en la asociación de Fortuna con fama (y amor) una característica medieval y francesa que ilustra con ejemplos de Boecio y de *The House of Fame* de Chaucer. Con todo, esa conexión no parece exclusiva de la poesía francesa. Difícilmente podía serlo, puesto que Post mismo la señala en la *Consolación de la filosofía* leída por doquiera. Además, ya en el Exemplo XLVI don Juan Manuel, quien no demuestra el menor contacto con las letras francesas, incluye la fama entre los accidentes de fortuna, y para Rodrigo Yáñez la fama es, repetidamente, un elemento de la ventura.

introduce una audaz separación: la fama se opone a los favores caducos de la fortuna. El éxito de los "buenos fechos" queda librado a las mudanzas de fortuna, pero su valor en sí queda asegurado, conforme a lo que enseñan los Libros Sapienciales, por su recordación duradera:

Commo quier que los fechos sean en fortuna,
qualquier que usare de buena ordenanca,
sy sube o desçende de alta colupna,
su fama le queda en grant rremenbrança.

El ansia de perdurar en la memoria de los hombres, que aqueja agudamente al inquieto siglo xv español, halla formulación perfecta en la divisa del Marqués de Villena, uno de sus hombres más representativos hasta en su frustración intelectual y desbaratada existencia (*Cancionero de Juan Fernández de Constantina*, Nº 202):

Villena

Muera la vida
y la fama siempre viva.[72]

Y en la estatua yacente del inquieto Maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, se leen estos versos que parecen reflejar la altiva enmienda de don Juan Manuel al refrán comentado en su Exemplo XVI:

Aquí yace muerto el hombre,
que vivo queda su nombre.[73]

Un poeta de la expansión imperialista de Aragón, Santa Fe, expresa lo que habría de ser el acicate de tantos conquistadores españoles: valoración extrema de la fama y ansia de escenario suficientemente vasto para ella. Tales son las razones de Alfonso V en el sentimental *Comiat entre'l Rey e la Reyna en el biaje de Nápoles* (*Cancionero de Palacio*, Nº 269, ed. Francisca Vendrell de Millás, Barcelona, 1945):

Santa Fe

De mucha tribulación,
Reyna, sé que soys triste,

[72] Todavía Bernardo de Balbuena recordaba la ingeniosa divisa en su pintura del arzobispo Turpín (*Bernardo*, XXIV, octava 203): "Y en el escudo grave un trozo entero, / sobre oro, de agradable siempreviva / y por letra 'mi fama' puesto arriba."

[73] Jorge Manrique, *Cancionero*. Ed. A. Cortina. Clásicos castellanos. Madrid, 1941, pág. XXIII y sig.

mas que parta y conquiste
mandan seso et razón.
En mesón,
en çiudad ni en lugar,
fama non puede sonar,
ni honor...
Adiós, que palabra forte,
Reyna, tristemiente suena,
mas por obrar fama buena
menosprecia onbre morte.

Tales reflexiones en la poesía de circunstancias del siglo xv son pequeño indicio de la vitalidad, riqueza y urgencia con que la idea de la fama se presenta entonces en la literatura castellana. Varias causas concurren a ello. El ideal caballeresco, modelado a través de los libros, se muestra en este siglo más vigoroso que nunca: un lance como el "Paso honroso" de Suero de Quiñones, autorizado oficialmente por don Juan II; como la justa en la que fué "mantenedor" el Marqués de Santillana y "aventurero" don Álvaro de Luna, según la *Crónica* de este último, cap. XLI; o como la empresa de Jacques de Lalaing, que fué aceptada sólo en Castilla;[74] la nombradía de caballeros como don Juan de Mayorga y don Juan de Merlo, colocados por Mena en la rueda de Mares *(Laberinto,* 188 y 198); el extraordinario favor de las novelas de caballerías demuestran con qué fervor cultos y legos abrazaban el viejo ideal. Además, la literatura se secularizaba en este siglo, en cuanto a autores y temas, en extraordinaria escala; los principales poetas son seglares y, de los grandes prosistas, sólo Talavera es eclesiástico. Este cambio acentúa los intereses profanos en las obras literarias y las inclina más a la renovación renacentista, que lentamente infiltra modos de pensar no nuevos (pues se hallan en libros conocidos y aun estudiados en la Edad Media), pero descartados antes por no concordar con los principios del pensamiento regido por la Iglesia. Precisamente, como los autores perciben la pugna entre su ambición de gloria mundana y el ideal ascético que en principio sustenta la Iglesia, hállanse en la literatura más declaraciones, más reflexiones sobre la fama, sobre su esfera propia, su valor, sus limitaciones, sus artí-

[74] R. L. Kilgour, *The Decline of Chivalry,* Harvard University Press, 1937, pág. 261 y sigs. Cf. en la *Andanças e viajes* de Pero Tafur (ed. M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1874, t. 1, pág. 246) el mensaje de desafío al Bastardo de Saint Pol de parte de Gutierre Quijada, antepasado de don Quijote (I, 49).

fices, que en el mismo Siglo de Oro cuando, triunfante el Renacimiento, ya no había necesidad de defensas y apologías para lo que antes había inquietado por su atractivo de novedad y rebeldía. La riqueza de material que ofrece el siglo xv apenas permite compilar una reseña exhaustiva, pero por su calidad y extensión los testimonios reunidos pueden considerarse suficientemente representativos. Esa misma riqueza dificulta también la sistematización rigurosa: sin aspirar a una exacta clasificación que desencajaría unas obras de su nexo natural y agruparía artificialmente otras, va a continuación, en orden cronológico aproximado y dispuesto por géneros literarios, el examen de la idea de la fama en las principales obras del siglo xv no esencialmente afectadas por el espíritu del Renacimiento.

El Victorial

Las crónicas particulares, innovación de la historiografía de este período, como exaltación que son de poderosas individualidades, vistas por los ojos adorantes de fieles servidores, no de escritores profesionales, presentan acopio muy instructivo de noticias sobre este punto. La más explícita e importante es la más antigua, esto es, el *Victorial* o Crónica del conde don Pero Niño, escrita por su alférez Gutierre Díez de Games: el solo título trasluce el fastuoso deseo de gloria, y su concepción a través de una Antigüedad decorativa y ejemplar, pintorescamente fantaseada. La estructura de la Crónica es prueba irrefutable del enlace entre fama y caballería, ya que la novedad de historiar en romance la vida de un personaje privado se justifica como ilustración del concepto de perfecto caballero estudiado en abstracto en el largo proemio,[75] conforme a la recia armazón escolástica del autor. Gutierre Díez de Games presenta, en efecto, con la más firme convicción, ciertos manoseados modos de pensamiento, ya vetustos en su época. Así, sostiene a pie juntillas la institución divina de la sociedad[76] (que, además, con la típica acogida medieval a las interpretaciones mutuamente excluyentes, explica también genéticamente, por lo menos en lo que atañe a la clase caballeresca, pág. 4 y sigs.), y profesa el más violento desprecio al villano, menestral o mercader.[77] Casi huelga

[75] B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española,* Madrid, 1941, pág. 346 y sigs. Cf. el caso paralelo de la biografía del Mariscal Boucicault en J. Huizinga, *Obra citada,* pág. 102 y sigs.

[76] Ed. J. M. Carriazo, Madrid, 1940, pág. 83 y sig.

[77] *Ibidem,* págs. 4 y sig.; 41 y sig.; 84.

decir que, con tales opiniones, el cronista concibe la gloria como un gaje no menos exclusivo que el amor cortés —con el cual la compara (pág. 296)— de la casta caballeresca. Solemnemente comienza el cap. VI (pág. 35):

> Por cuanto la noble fama es cosa propia a los caualleros e aquellos que usan ofiçio de armas e arte de caballería, no a otra nación ninguna,[78] dize aquí el autor a los nobles caualleros que se punan por aber honrra e fama en arte de armas e cauallería, e por llegar a palma de victoria, que acatando e tomando enxemplo de aquellos que tanto afanaron por auer honrra e fama, agora sean fideles agora ynfidelis, que en tal manera busquedes honrra e fama que non perdades el alegría durable, que es ber a Dios en la su gloria, donde bibiredes sienpre por sienpre en conplido plazer.

Aquí se delimita y subordina la gloria caballeresca a la celestial lo mismo que, implícitamente, al condenar el error de los romanos, los cuales (pág. 32):

> porque no sauían ni entendían que otra gloria oviese, sino la de este mundo, por eso punaban que quedase grand fama dellos después de sus días.[79]

Pese a tan formal subordinación, el autor se esfuerza por prestar a la fama una consagración divina bastante poco ortodoxa, mediante el retorcido raciocinio de que, puesto que Dios es quien da las victorias, y las victorias son causa de la fama, Dios es al fin el dador de fama mundana y, por consiguiente, es deber pío apreciarla (pág. 36). No nos hallamos ante una argucia ocasional; todo el capítulo siguiente, sobre el Milagro de la palma, tiene por mira inmediata explicar a lo devoto el sentido de la palma como símbolo de victoria[80] y, en general, santificar la gloria mundana y sus emblemas, como declara el título del cap. VI (pág. 35):

> Cómo nuestro señor Jesucristo quiso que los vençedores de las batallas fuesen honrrados, e él mismo los honrró con palma que Él bendiçió.

[78] Cf. pág. 219, al referirse al brillante desempeño de don Pero Niño en Francia: "E avn vive oy su fama e vibirá *entre los caballeros e entre los nobles.*"

[79] También es elocuente el contraste entre la perpetua derrota —esto es, deshonra caballeresca— y la gloria celestial del rey don Juan I, el de Aljubarrota, en la pág. 26.

[80] "Palma de victoria" es una expresión favorita en la Crónica; cf. págs. 35, 36, 44 y 147, por ejemplo.

No contento con esta aureola divina, Gutierre Díez de Games revela una curiosa concepción de los ángeles, los santos y los justos como otros tantos contingentes caballerescos (pág. 38 y sig.):

> Tres hórdenes de cavalleros tiene nuestro señor Dios. La primera es la horden de los ángeles que pelearon con Luzifer quando se quiso ensalzar... Pelearon con él e venciéronle a él e a todos sus menistros... Desta cauallería es caudillo San Miguel arcángel... E nuestro señor Dios tiene otra horden de caualleros, que son los mártires que murieron por la santa fee católica... e llegaron a palma de victoria e de martirio... Destos caualleros es caudillo nuestro señor Jesucristo. Otros caualleros tiene nuestro señor Dios, que son los buenos reyes de la tierra, justos, derechureros e temientes a Dios. E los buenos caualleros que punan por defender e manparar la madre santa Yglesia, e la fee católica e la berdad de su rey e su reyno...[81] Desta caballería de los buenos defensores es cavdillo e abogada la Virgen Santa María, con todos los ángeles e santos de la gloria del parayso

Sobre la gloria en la tierra el cronista se pronuncia sin vacilar; los antiguos —Virgilio, Nazer (?), Ovidio y Lucano— pudieron diferir en cuanto al supremo bien; para el caballeresco alférez es indiscutible que fué Lucano quien acertó en la búsqueda *de finibus bonorum* (pág. 201):

> vençer vatalla es la mayor gloria de este mundo... Esto nos muestra Lucano, que trató de las vatallas, e dize que él buscó la mayor gloria, que non falló más que ésta.

Cuando los enviados de la discreta Dorotea (señora "de las Armenias e de la quarta parte de Greçia") vuelven con el parecer de que el rey consorte Bruto ha muerto en batalla, ella comunica a sus grandes (pág. 169):

> si es muerto, él es buen muerto, e murió buscando la fama e la honra.

Por eso, aunque tan devoto, Games admite, según se ha visto, entre los caballeros ejemplares (pág. 35):

> aquellos que tanto afanaron por auer honrra e fama, agora sean fideles, agora ynfidelis.

Admisión semejante debía de ser para él un sacrificio que mide

[81] Sobre esta clase de caballero observa el ayo de don Pero Niño (pág. 66): "ésta es buena caballería, la mejor que ningund' caballero puede hazer: pelear por su ley e fee, quanto más teniendo la berdad".

su entusiasmo por la caballería, ya que su devoción se revela, entre otros particulares, en un original cambio de los tres paganos que figuran en las listas corrientes de los Nueve de la fama (Héctor, Alejandro y César) por los tres héroes de la reconquista castellana (Fernán González, el Cid y Fernando III), con lo que su nómina queda limitada a la estricta tradición judeocristiana. Sólo cuando la devoción entra en conflicto con la caballería se muestra rebelde. No disimula su impaciencia con los religiosos que, por humanidad, desaconsejan la guerra: como no son mujeres ni enfermos, a quienes por naturaleza se les excusa el temor y la flaqueza de ánimo, sólo puede achacar su proceder a poltronería (pág. 159). Pues, en efecto, no hay honra sin esfuerzo. Desde el primer capítulo sienta el autor que a los nobles príncipes (pág. 9):

> les convino pasar por muchas afrentas e grandes auenturas e peligros; como dize la fazaña que "honrra e viçio e gran folgura non caue en vna morada," e todas estas cosas pasaron yncurriendo honrra e fama.

Bruto no estima el sosiego e poderío de que goza gracias a la liberalidad de su esposa (pág. 156):

> esta honrra en que so puesto non la preçio, porque la ove sin ningund trauajo. Ni avn de mí farán carne, ni dirán sinón que la ove en donado. Lo que honbre a en paz, non lo loan los avtores.

Con el mismo concepto consuela don Pero Niño a sus hombres de los temporales sufridos en la guerra marítima contra los ingleses (pág. 193). Amor a la honra es el cartabón que mide el valor de la persona; como incisos paralelos escribe el autor pintando al Conde de Buelna y a su aliado, mosén Charles de Sabasil (pág. 197):

> E estos caballeros heran tan buenos, e amavan cada vno dellos tanto la honrra e la buena fama e el pro comund...

El requisito esencial para ser buen capitán es codiciar honra y buena fama (pág. 189) como el del buen alférez es poseerlas (pág. 209), y entre las aviesas singularidades de los ingleses figura el no tener sentido de honra caballeresca (pág. 182).

¿Cuál es el ser de esta ansiada honra, fama o gloria? Poco difiere del individualismo homérico el ánimo de don Pero Niño,

quien responde con la siguiente pregunta al aviso de los marineros de no pelear con sus dos galeras contra las numerosas de Marsella (pág. 107):

> ¿En qué se verá que somos mejores e para más que ellos si no los esperamos? [82]

Como ya había enseñado el viejo filósofo del *Conde Lucanor*, XLVI, la fama no deriva exclusivamente del mérito o demérito del individuo; está puesta en mayor medida en la mirada, el rumor, el aplauso de los circunstantes, condiciones que concurren todas en el caso del feliz caballero don Pero Niño. En efecto, tras las palabras transcritas, don Pero Niño dice a sus gentes (pág. 108):

> Castellanos, ved en qué lugar estamos, cómo oy soys mirados de quantas naçiones ay en cristianos, e cómo auemos oy de ganar honrra para Castilla, donde somos naturales, e para vos mesmos.

Y, en efecto, desde la torre de Marsella, el Papa mira los aprestos, y cuando a su invitación don Pero Niño entra en la ciudad, su gloria crece pues todos acuden a verle y obsequiarle (pág. 109). De igual modo, cuando don Pero Niño justa en París (págs. 239 y 241):

> la fama iba por toda la çivdad fablando de vn español que andava en la justa tan maravilloso cavallero, e tantas valentías fazía... La gente hera tanta a mirar, que non podía yr honbre por las calles. Sacavan de las casas entorchas e candelas, tantas que paresçía claro como el día. El roydo de los menestreres e trompetas e tanvorinos hera tanto, que non podía vn honbre a otro oyr vna palabra... La priesa hera tanta quando ovo quitado el yelmo, que duró yr e benir gente a mirarle fasta la medianoche o más.

Estas miradas, estas luces, esta ruidosa algazara constituyen el blanco a que apuntan los trabajos de don Pero Niño, caballero ejemplar; de igual modo concibe el autor la fama de César (pág. 6) y la "sonadía" de Bruto, epónimo de la Gran Breta-

[82] El impulso de afirmar la personalidad en pugna con otras personalidades, la convicción de que la experiencia es la piedra de toque de la deseada superioridad, son típicos de todo vivo sentimiento de fama: aquí, o en la competencia gímnica que celebra Píndaro, donde sólo la prueba (πεῖρα) decide del valor potencial de los rivales, o en estas palabras de Lope de Rueda, henchidas de la consciente dignidad del hombre del Renacimiento *(Colloquio de Camila*, ed. R. A. E., t. 2, Madrid, 1908, pág. 39): "En eso se aventajan los hombres de los hombres: en hacer más y valer más y sufrir más."

ña (pág. 144). Claro que es Gutierre Díez de Games demasiado aficionado a leer "muchas ystorias e corónicas de los grandes fechos y muy granados que los nobles prínçipes hizieron," según declara en las primeras líneas del *Victorial*, como para satisfacerse con el efímero rumor de los contemporáneos. Julio César, a pesar de su imperio y de su era, confía a Virgilio ("el mayor sauidor que avía entonze en aquellas partidas") la zozobra sobre su fama póstuma (pág. 28):

> —Bergilio, yo soy despagado mucho de dos cosas que en el mundo veo. Que los nonbres de aquellos que grandes fechos hizieron en el mundo, como ellos mueren, mueren sus nonbres. Otrosí, que las sus sepulturas son desfechas por luengos tienpos e non duran. E pues ál no queda del honbre en este mundo después que muere, estas dos cosas querría que fincasen de mí, el nonbre e la sepoltura, que durasen sienpre en quanto gente vbiese.
>
> Dixo Vergilio:
>
> —Yo faré quel tu nonbre e la tu sepoltura dure en el mundo.

Y así lo hace dando nombre de julio al séptimo mes del año, y trasladando a Roma, para uso de César, la piedra maravillosa con la manzana de oro que el rey Salomón había labrado para su sepulcro. Verdad es que los romanos, por desconocer la verdadera religión y su promesa de vida eterna, exageraban el valor de la gloria terrena (pág. 32):[83]

> non tan solamente fazían grandes vatallas e otros grandes fechos, mas avn se dexauan matar e se matauan a sabiendas por grandes famas, e dexauan esta uida a fin que quedase grand fama dellos.

Más cabales, los godos se convirtieron al cristianismo sin descuidar la perduración de su fama en la tierra (pág. 33):

> Todos amando honrra e fama; e non tan solamente se confiauan que la su fama quedase escrita en libros, e porque entendían que los libros podrían pereçer por muchos casos, fazían escrevir los sus grandes fechos en las piedras, segund que las agora fallamos, fechas a grand maestría... Ansí ponían las en aquellos lugares donde ellos ovieron sus batallas, e poblaron sus çiudades e hizieron sus grandes fechos, en que ganaron honrra e fama.

[83] J. Huizinga, *Obra citada*, pág. 97 y sig., señala un pasaje muy similar en *Le Livre de paix* de Georges Chastellain (*Oeuvres*, ed. Kervyn de Lettenhove, Bruselas, 1865, t. 7, pág. 367): *honneur estoit plus cher alors* [entre los paganos y los reyes judíos] *et plus estroit maintenu pour le bien de luy et sur l'attente seulement du los du monde, qu'il n'est entre les chrestiens qui l'ont reçu par foi et par lumière en attente de rétribution divine.*

Pero el vehículo habitual de la fama no son estas peregrinas labores a que acuden Julio César y los godos, sino los libros[84] y, en particular, las "ystorias e corónicas" nombradas en la primera línea del *Victorial*. A la inversa, deber del historiador es recordar al buen caballero, como observa Gutierre Díez a propósito de mosén Guillén del Castel (pág. 195):

> porque tan baliente e tan fuerte caballero como él fué en este mundo, razón es de fazer dél grand mençión en las ystorias de los nobles caballeros, quando a caso binieren.

Y a su vez, deseo natural del buen caballero es alcanzar tal celebración (pág. 201):

> E como de suso he dicho que benzer esta vatalla es el mayor bien e la mayor gloria desta vida, por ende la querría cada vno para sí, que dél cantasen e fiçiesen grand premio.

Con todo, y a pesar de que el gentil alférez debía de ser, según muestra su crónica, mucho más aficionado a obras poéticas e imaginativas que a lecturas decorosamente históricas, no alude fuera de estas líneas a celebración en verso de su señor; sin duda debía de juzgar que una historia tal como la que él iba componiendo era la recordación más adecuada para un caballero (pág. 44):

> E por ende [por haber sido don Pero Niño invicto] fallé que hera digno mereçiente de honrra e fama çerca de aquellos que alcançaron prez e honrra por armas e ofiçio de cauallería, e punaron por llegar a palma de vitoria, e porque los sus nobles hechos quedasen en escritura...

Pero también para él la fama es un bien sustantivo, que existe por méritos del héroe y reconocimiento del público, y de ningún modo como resultado del tratamiento literario: para él sólo reserva el modesto papel de fijar en su libro esa gloria preexistente. Por deleitoso que sea hoy el atractivo del *Victorial*, preciso es tener muy presente que su autor es mucho más caballero que letrado, y ni concibe siquiera otra gloria que la del combate o del torneo. Bien puede Gutierre Díez presentarse solemnemente en el Proemio (pág. 44) y asomarse sin cesar por el relato con sus creencias y opiniones, con sus sabrosas historias nove-

[84] Recuérdense las palabras de Bruto citadas más arriba: "Lo que honbre a en paz, non lo loan los avtores."

lescas, con sus rancias doctrinas: no obstante tan íntima convivencia con su libro, es muy verosímil que estimase desdoroso para él, alférez del señor conde de Buelna, aspirar a la gloria no como actor de hazañas, sino como escritor, como "clérigo" ocioso, de esos que no tienen corazón para sufrir trabajos y disuaden a los caballeros de hacer guerra (pág. 159). Por otra parte, nunca es más difícil que aquí deslindar vida y literatura, ya que su misma convicción caballeresca le lleva a tomar como fuente e ilustración narraciones fantásticas que glosa acentuando su carácter fantaseador y caballeresco. Aun al compendiar el relato del Génesis sobre la torre de Babel, reelabora desde su peculiar punto de vista las palabras de la Vulgata, XI, 4, "hagámonos un nombre por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra," transformándola en "que los nuestros nonbres sean sonados en el mundo" y achacando a sus descendientes el "hazer grandes hedificios e otras grandes obras, por auer gran fama en el mundo" (págs. 2 y 3). No menos elocuente es la historia de los cuatro príncipes mayores, Salomón, Alejandro, Nabucodonosor y César (cuya guerra con Pompeyo se explica como una competencia de honra, pág. 25), y la de los Nueve de la fama (pág. 35 y sig.). La historia de Troya suministra parangones para enaltecer los casos presentes. Los vecinos de Carmona, sitiados dos años por Enrique II, son, salvo la diferencia de años (pág. 60):

> tan buenos e tan priuados e tan mereçientes de fama como fueron los troyanos en defender a Troya.

Carlos VI de Francia, poco antes de enloquecer, armó contra Inglaterra (pág. 234):

> el mayor estor que en el mundo fué armado de los que las ystorias qüentan, en que avía mill e ochoçientos navíos e fustas, todos de guerra. Quien leydo a las ystorias, fallará que avía treçientos e ochenta y seys más que las que vinieron sobre Troya.

Hasta cierto punto podría sostenerse que el amor a la fama ha condicionado la selección de las variadas fuentes, en cuanto predominan las de carácter caballeresco y, en particular, el *Alexandre:* todo el cap. II (págs. 13 a 18) está consagrado a la biografía de Alixandre Almacedón, completada más adelante con la mención de Calestia, reina de las amazonas en la tierra Femenina (pág. 92), y con un par de consejas que no derivan del poema,

sino de libros orientales (págs. 233 y sig., 317 y sigs.).[85] Además, Gutierre Díez de Games ha imitado[86] y transcrito en la aludida biografía los castigos de Aristóteles (*Alexandre*, 51 a 84, pero omitiendo y trastrocando coplas). No es azar ni capricho lo que encaminó su atención a este particular episodio; la feliz amplificación de Juan Lorenzo de Astorga parece haber satisfecho dos demandas igualmente urgentes: la afición a lo didáctico y la afición a lo caballeresco, que explican su repetida huella en el *Fernán González*, en el *Alfonso Onceno* y en el *Victorial;* éste, precisamente, confiesa para excusar el largo trozo interpolado (pág. 15): "Estos enseñamientos puse aquí por quanto son de arte de cauallería." Muy significativo del culto caballeresco de la fama es que el cronista dé como final del trozo el verso 82d, que actualiza transcribiéndolo en metro coetáneo de romance, y sustituyendo la palabra esencial ("prez" en P, "preçio" en O) por el sinónimo más moderno y corriente (pág. 15):

que tú llevarás la honrra, que vale ración doblada.

Crónica de don Álvaro de Luna

En vivo contraste con cuantos historiadores castellanos le anteceden, el autor de la bellísima *Crónica de don Álvaro de Luna* muestra desde el Prólogo agudo interés en su tarea literaria. Varias veces señala los impulsos que han guiado a sus precursores, destacando al hacerlo la gloriosa carrera de don Álvaro y su valor de enseñanza ejemplar (ed. J. de M. Carriazo, Madrid, 1940, pág. 5):

[85] Identificación de una de ellas en la citada edición de Raymond S. Willis, pág. XVIII.

[86] Cuando don Pero Niño llega a los diez años, el Rey le da un ayo, "honbre savio e entendido, para que lo enseñase y dotrinase en todas las buenas costumbres que perteneçen aver a fidalgo bueno e noble" (pág. 64) y, a continuación, el autor intercala estas enseñanzas, que llenan los capítulos XIX a XXI. La situación y el comienzo ("Hijo, parad mientes cómo soys de grand linaje"; cf. *Alexandre*, O 52 a: "Ffijo eres de rey. . .") muestran la tutela del *Libro;* el resto es independiente, ya que el cronista, respetuoso de la propiedad de los caracteres, sólo pone en boca del ayo consideraciones de teología (Dios, la creación, el pecado original; deberes del hombre para con Dios y la Iglesia, la fe, consejos devotos; no creer en profecías, agüeros ni promesas de alquimistas) y reglas prácticas de conducta (evitar mujeres, evitar codicia, guardar sobriedad, pensar antes de hablar, escoger consejeros y amigos, evitar ciertos yerros, cómo conducirse con el Rey, no temer la muerte). No sólo el ayo no aconseja en materia de caballería, como lo habían hecho Gautier de Châtillon y sus secuaces, sino que, contrariamente al celo entusiasta de Juan Lorenzo de Astorga, desaconseja al caballero la clerecía (pág. 64): "El que a de aprender a vsar arte de cavallería, non conbiene despender luengo tienpo en esqüela de letras; cúnplevos lo que ya dello savedes. Lo que agora dello vos queda, el tienpo

> Pues si algunos quisieron escrebir los fechos de los pasados, moviéndose los vnos por amor que ouieron a sus virtuosas obras, otros por se deleytar tratando grandes e caballerosos hechos, e algunos por dexar las escogidas obras de los pasados escritas por enxenplo e doctrina a los que después viniesen, e muchos por gloriarse a sí mesmos curiosamente escribiendo hechos e vidas de príncipes escogidos, ¿por qué no será dada licencia e lugar a mi ruda mano que escriba alguna cosa de la muy virtuosa vida de aqueste muy famoso e noble Maestre? [87]

Como lo había hecho de pasada Gutierre Díez de Games, sostiene el cronista que es deber de la Historia impartir al buen caballero la merecida alabanza (pág. 278). Muchas veces deslinda cuidadosamente el campo que le compete como cronista particular (págs. 232, 270, 288, 290, 422 y sig.) o advierte que calla ciertos hechos por juzgarlos indignos de su alto tema (págs. 294, 408, 413)[88] y, para escapar al obvio reproche de parcialidad, protesta solemnemente de ceñirse a los hechos (págs. 6, 439). Toda esta circunstanciada meditación sobre los fines, cometido, límites y crédito de su oficio de historiador denota en el cronista un celo literario (muy alejado del interés ante todo caballeresco del autor del *Victorial*), evidente en muchos rasgos de su relato: en el artificioso estilo; en el sentido de la presencia de "los leyentes" (pág. 277) a los que suele dirigirse en vivaz llamado para glosar e ejemplificar lo narrado (págs. 136, 233, 237, 246, 247, 265, 304, 431, 433, 440); en el hábito escolástico de subsumir bajo una sentencia general —proverbio o dicho antiguo— cada acto, cada reacción, cada impulso de sus personajes,[89] en la riqueza de

---

lo dará, vsando algo dello": con razón no muchos años antes había dicho Eustace Deschamps: *Car chevaliers ont honte d'estre clercs*, ed. Queux de Saint Hilaire, París, 1882, t. 3, pág. 187 y sigs. También parece concebida a través del *Alexandre*, 1208 y sigs. (cf. *Fernán González*, 240, 254 y 473) la actuación de don Pero Niño, quien desvanece el pánico de sus marineros explicando con razones naturales la formación de un eclipse de sol (pág. 247 y sig.).

[87] Otras alusiones a los fines de la obra histórica de las págs. 101, 205, 237, 438 y 440.

[88] Tales limitaciones, referentes a la calidad de los asuntos propios de su pluma, como las anteriores sobre la cantidad, nada tienen que ver con la simple remisión bibliográfica (por ejemplo, en las págs. 70, 94, 118, 120, 149, 157, 213) a la que es también bastante aficionado Gutierre Díez de Games, aunque sus citas pequen de imprecisas y fantaseadas.

[89] Si don Álvaro de Luna se esfuerza por reconciliar al Rey con su hijo rebelde, el futuro Enrique IV, es que se ha atenido al consejo de uno de los siete sabios de Atenas y al precepto de Séneca sobre la concordia (pág. 262 y sig.). Cf. casos análogos, págs. 247, 308, 313, 319, 320, 322, 326 y sig., 335, 339, 343, 345, 352, 357,

citas y alusiones a la literatura grecorromana, la gran mayoría de las cuales arguye conocimiento directo.[90] Pero la nota más característica de este fervor literario, sin paralelo en la historiografía castellana y sobre todo en la medieval, es su curiosa estima por los poetas o, para usar sus palabras, por "los altos poetizantes," no sólo los antiguos sino los contemporáneos. Al narrar el sitio de Palenzuela, en que don Álvaro fué herido de una saeta, el cronista intercala, y no como anónima voz del pueblo, unas coplas de Juan de Mena, a quien introduce con atención respetuosa jamás mostrada hasta este momento en crónica castellana a un puro hombre de letras (pág. 285):

> Non pareçe por cierto en este paso ser cosa agena de nuestra Historia, deberse aquí poner unas breves coplas que un grande e por çierto muy famoso poeta, llamado Juan de Mena, natural de Córdoba, el qual era coronista del Rey e tenía cargo de escrebir la Historia de los reynos de Castilla, fizo en estos días al nuestro Maestre...

Más adelante, a propósito de cómo salen a plaza las encubiertas maldades del traidor Alonso Pérez de Vivero, cita dos versos del *Laberinto*, 240cd, en forma de la que quizá pueda inferirse, sin excesiva osadía, trato familiar con Mena (pág. 307):

> ocurre en este passo al autor un dicho que acostumbraba a dezir un hombre bien enseñado, conviene a saber:

359, 361, 364, 367, 373, 390, 391, 394, 417, 435. Aunque esta *Crónica* posee una esmerada unidad que no admite las largas digresiones didácticas o novelescas del *Victorial*, es fácil ver que su autor se halla tan imbuído como Gutierre Díez de Games del pensamiento escolástico, pues con entera naturalidad y como repitiendo doctrina a todos familiar, recuerda la definición aristotélica de la virtud "la cual consiste en el medio e lo más ya es estremo" (pág. 364), o aplica siniestramente a la baranda desde la cual el Maestre despeñó a su criado traidor el concepto escolástico de materia y forma (pág. 346).

[90] Algunas muestras: pág. 4, alusión a Esceva, el cesariano celebrado en la *Farsalia*; pág. 247, larga mención del tratado sobre *La clemencia* de Séneca; pág. 261, cita de los *Proverbios* atribuídos a Séneca; págs. 373 y 407: citas de sus tragedias; también es probable el influjo de la *Epístola* 102 a Lucilio sobre el deber de tributar la alabanza merecida, en la ya señalada pág. 278; págs. 319 y 394, citas de la *Eneida*; pág. 364, de Terencio ("el africano poeta"); pág. 411 de César; págs. 255 y 340, de Homero —de las más antiguas en lengua castellana—; pág. 417, cita de Ovidio. La alusión clásica más notable quizá sea la de las *Metamorfosis*, II, 1 y sigs. (pág. 254) pues, a diferencia de casi todas las restantes, no es aforismo ni *enxenplo*, sino evocación desinteresada de la deslumbradora pintura de la casa del Sol. Lo que recuerda la interpretación, también puramente esteticista, de algunas fábulas ovidianas, en el comentario de Juan de Mena a su *Coronación*.

que más son las cosas que fama rebela,
que las que puede callar el secreto.[91]

No puede achacarse tanto aprecio por Mena a la común admiración a don Álvaro, ya que también destaca el mérito literario de su acérrimo enemigo Santillana, cuyo *Doctrinal de privados* cita, por cierto, tan especiosamente que sería difícil para el lector incauto advertir que el Marqués no elogiaba sino atacaba a don Álvaro, y que la codicia fustigada era la del Condestable y no la del Rey (pág. 419 y sig.):

> cobdiçia... fué la principal cabsa por donde él [don Juan II] se movió contra el su leal Maestre, e aun así lo mostró entonces e lo dió a conoscer don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana e conde del Real, el qual era un señor inventiuo e de alto ingenio e gran trobador, e manifestó por un largo dezir que en aquellos días fizo, intitulado el *Doctrinal de los privados*, el qual conpuso e fizo sobre los fechos del Maestre, e començaba así:
>
> Vi thesoros ayuntados,
> por gran daño de su dueño.[92]

El curioso esteticismo, causa y efecto de su refinamiento literario, es un rasgo esencial del autor de la *Crónica de don Álvaro de Luna* que aclara muchas de sus particularidades. Con todo, a

[91] Estos versos están impresos como prosa en la edición de Carriazo. Cf. también pág. 141: "Mas como sean más las cosas descubiertas por fama, que no aquellas que por firmeza de grand secreto se pueden encobrir..." Vale la pena recordar, para apreciar lo original de la actitud del cronista, que Hernando del Pulgar, al trazar la biografía del Marqués de Santillana en sus *Claros varones de Castilla*, cita también a Mena ("los poetas dezían por él que en corte era grand Febo, por su clara gouernación, e en campo Anibal, por su grand esfuerço" = "En corte grand Febo, en campo Anibal," primer verso de la *Respuesta* de Mena, Foulché-Delbosc, *Cancionero castellano de siglo XV*, Nº 219) pero, lejos de destacar su personalidad, atribuye su verso a un anónimo clamor literario ("los poetas dezían"), y menciona muy de pasada, como mérito accesorio, la actividad literaria del Marqués mismo.

[92] Acerca de la herida de don Pedro de Luna, cuya ausencia debilitó mucho la seguridad personal de su padre el Condestable, el cronista se permite, excusándose con circunloquios, un juego de palabras (pág. 314): "Púdose por çierto afirmar por un figurado modo de dezir, que en aqueste golpe e ferida de aqueste caballero, padesció eclipse en razón de los fechos de su padre la Luna que por armas tenía..." Cf. también pág. 371. Es muy posible que el equivoquillo del eclipse de Luna surgiese espontáneamente en muchos espectadores de la caída del Condestable, pero de todos modos debe señalarse que aparece en el *Doctrinal de privados*, copla 20 ("¿Qué diré, si non temedes / tan grand eclipse de luna / qual ha fecho la Fortuna, / por tal que vos avisedes?") y que es la tónica de su cruel versión primitiva "De tu resplandor, o Luna, / te ha privado la Fortuna," coplas 1, 2, 3, 24. Cf. también pág. 249 de la *Crónica*. Quizá puedan señalarse huellas de los *Loores de los claros varones de España*, copla 11 y sigs., en las primeras líneas del Prólogo y en el dicho de Alejandro acerca de Homero y de Aquiles (pág. 249: a menos que uno y otro deriven de Petrarca, *Il Canzoniere*, Nº 187).

pesar de la afinidad que ostenta con los poetas coetáneos y sobre todo con Juan de Mena, no les sigue del todo en su culto a la gloria: como sagaz panegirista que es, el autor se complace en mostrarse inferior a su tema, desde el Prólogo mismo (pág. 5):

> Pues para desechar el sueño del mi dormido ingenio, tantas e tan grandes cabsas tengo, venidas de la virtud del solo nuestro virtuoso Maestre, como algunos de los otros autores pudieron tener por los respetos de la virtud de muchos de los que fueron ante de nos. Quanto más que yo creo que los sus muy singulares fechos no solamente me prestarán fuerças para decir, mas aun liberalmente me las dan e otorgan.

En otra ocasión se vale de la citada anécdota de Alejandro ante la tumba de Aquiles, que comenta en estos términos (pág. 249):

> Debidamente, pues, se puede dezir que fuera bien conplidero que Homero viviera en los tiempos de este ínclito maestre para que, segund la grandeza de sus fechos e altezas de sus virtudes, lo perpetuara por el escriuir suyo en el grado a ellos debido; ca por çierto non niega el presente escritor, que él ñi su pluma no se conosçen ser bastantes para los poner e escrebir en la superioridad e cunbre que se les debe e les pertenece.

Las más elocuentes variaciones sobre este concepto aparecen en el epílogo (págs. 438, 439, 440, 442); baste como muestra la primera:

> E si la su grand fama nunca pudo ser igual de los sus grandes e singulares fechos, ¿cómo la nuestra Historia o breve suma de verdades podría del todo significar nin perfectamente escrebir en un tan pequeño volumen la muy virtuosa vida de aqueste noble e magnífico caballero...?

Así, contrariamente a Horacio u Ovidio o Gautier de Châtillon, el cronista se empequeñece para agrandar a su héroe. Porque la glorificación de don Álvaro se prosigue férvida y sabiamente capítulo a capítulo. Muy venerada es la Antigüedad, pero constantemente aparece como término de comparación gloriosamente sobrepasado por el valido. El pasaje más significativo es probablemente el primero, concebido en un tono de desafío que evoca no ya la querella de Walter Map sino las afirmaciones seguras de los descubridores y exploradores del Renacimiento (pág. 4):

> ¿por qué por contemporal e de nuestra tierra le negaremos aquella gloria que a los pasados y de fuera della tan de buena mente otor-

gamos? ¿E quién será aquel que conosçiere e ouiere sentido el fruto de la su grande e muy madura discreción, que vaya a buscar prudencia en los Catones? E quien ouiere seydo capitaneado e acabdillado so la su non vencida bandera, ¿cómo irá a demandar enxemplo de magnanimidad en los Cipiones Metellos? ¿E quál enemigo lo avrá visto o sentido ferir de la espada, que tema más la fiereza de aquel firme e duro varón llamado Sçeua? ¿Quién alabará en el rey Masinisa cuerpo dispuesto a trabajos e persona no domada por exerciçios caballerosos, si bien ha avido parte de la su caballerosa fatiga e continuos trabajos de guerra? [93]

Vivísima es el ansia de fama entre presentes y futuros en los personajes caros al cronista quien, a su vez, no olvida de acompañar sus nombres con epítetos y fórmulas honoríficas: "Pero Garçía e Luys de la Cerda, dos caballeros mançebos de grand fama de virtud" (pág. 167); don Pedro de Luna, bastardo del Condestable, "era legítimo por sus virtudes e nobleza e condiçiones, dignas de mucho loor" (pág. 298); Fernando de Sesé es persona de "asaz prez e valor" (pág. 311). Goncalo Chacón, presunto autor de la *Crónica*, es "noble mançebo e loable caballero" (pág. 405), y su piadoso celo por dar digna sepultura a su señor "no queda sin loores" (pág. 437). Fernando de Ribadeneyra era "caballero de prez e de valor" (pág. 422); aunque de humilde linaje, el fiel Bartolomé de Zafra "fué bien digno de ser loado e consiguió dende asaz honor e fama" (pág. 424). Parientes de don Álvaro de Luna son "el Papa Benedito, de gloriosa memoria" y don Juan de Luna "de gloriosa recordación." Es, por supuesto, don Álvaro mismo, "muy famoso e noble Maestre" (pág. 5), quien reúne el mayor número de estas calificaciones que insisten en su gloria mucho más que en cualquier otro mérito; no contento con hablar de sus "altos e loables motivos" (pág. 312), de su "gloriosa vida" (pág. 441), el cronista le llama "ynsigne e loable" (pág. 251), "loable e ynclito" (pág. 308), "muy famoso e virtuoso" (pág. 439) y, sobre todo, "el glorioso, el famoso, el virtuoso e bienaventurado" (pág. 434), cuando el sayón descarga la cuchilla en su garganta.[94] A favor de varios personajes se anota la avidez de fama que les espolonea; los caballeros de don Álvaro parten al combate "ganosos e deseosos de prez e honor"

[93] Otros ejemplos en las págs. 66, 229, 242, 255, 383, 438.

[94] Cf. "ínclito," págs. 255, 260, 280, 289, 292, 301, 305, 312, 340, 347, 352, 372, 395, 400, 415; "insigne," págs. 264, 313, 348, 349, 384, 399, 426, 427.

(pág. 236); Gonzalo Chacón se muestra en el cerco de Palenzuela "no poco deseoso de ganar e alcanzar honor e prez de caballería e nobleza e gentileza" (pág. 278) y más adelante, muy apoyado en su Séneca, aconseja "morir las personas por su honor" (pág. 394); Fernando de Ribadeneyra, como "amaba mucho su honor e su fama" (pág. 422), rinde su fortaleza para no incurrir en la nota de traidor con que le amenaza el Rey. Tal codicia de ganar gloria no se satisface con el aplauso contemporáneo. Las damas, apiadadas de la herida que el joven don Álvaro recibe en el torneo, se sitúan ya en la posteridad que recordará sus proezas (pág. 31):

> derramaban con grand cuita muchas asaz de lágrimas e mucho verdaderas, con grandes gemidos e sospiros dolorosos, diziendo que si aquel mancebo tanto virtuoso *e de escogida memoria* moriese...

Con un refrán vulgar y un verso de Virgilio como premisa mayor, Gonzalo Chacón propone al Condestable librar su salud a las armas y no fiar de tratos con el Rey (pág. 394):

> Más, vale, señor, que muramos aquí todos en defensa nuestra, e vos, señor, con nosotros, e que demos todos de nos e quede de nuestros fechos notable fazaña, antes que deshonor o por ventura muerte deshonrrada pase por vuestra persona.

Acción tan perversa como la de Nerón que pegó fuego a Roma, o su pareja, la de don Juan II que ordena exponer nueve días en una pica la cabeza del Condestable, sólo puede entenderse como deseo de perdurar en la memoria de la posteridad, aunque fuese por siniestra manera (pág. 435):

> ¡Oh crueldad sobre crueldad! Cuéntase del emperador Nero, que por dexar memoria de sí mandó poner fuego a Roma..., de guisa que pues él non dexaba fama de loables fechos, la dexasse de cualquier cosa que fuesse, para que aquélla fuesse duradera entre las gentes, quier en buena fama, quier en lo contrario de aquélla. E así pareçió en este fecho aver querido el Rey que quedasse dél nonbrança en perpetuidad de menbranca de crueldad.

Por supuesto, el cronista apura sobre su protagonista las alabanzas más elocuentes, las afirmaciones y promesas de fama más entusiásticas. Si desafía los venerados parangones de la Antigüedad romana, es porque en el Condestable (pág. 4 y sig.):

> tan notoriamente tantas partes de virtud resplandescen, e tanta grandeza de claros fechos pregona su nombre magnífico... ¿Quién será aquel que ose afirmar que por más honrrosos ni peligrosos casos e grados de infortunios e bienaventuranças ningund grande de nuestro tiempo le pasase e fuese delante en adquirir gloria e fama e onrra bien ganada?

Con su hábil modestia de panegirista, se excusa de haber acometido empresa tan grande y en la que se han empleado ya altas personas (pág. 5 y sig.):

> Como quiera que yo non dude que los sus claros hechos e notables hazañas e discurso de bienaventurada vida más curiosamente estén escritos por otros más prudentes y elocuentes autores..., segund el grand sonido e clara voz e fama pública que los sus grandes hechos por todas las naciones han discurrido e de cada día discurren.

Varias veces se regodea en el "claro nombre" que ya desde niño se prometía a don Álvaro (págs. 12, 28) y en la gloria de que ya está nimbado en vida (pág. 140), como cuando cuenta la partida para su villa de Escalona (pág. 215 y sig.):

> ca era muy deseado, assí de la Condesa como de sus fijos e de los suyos e de sus vasallos e de las gentes de la tierra que lo veyan de tarde en tarde, e oyan continuamente sus grandes fechos, e avían grand sabor de lo ver, e contenplar en un solo honbre tantas fazañas e partes de virtud e bienaventuranza.

Surge el Condestable en su crónica como el ideal caballeresco[95]

[95] No se presenta esta crónica, como el *Victorial*, en forma de ilustración concreta de un tratado sobre caballería; evidentemente hubiera sido empequeñecer la figura del Condestable reducirle a ilustración (aunque perfecta) de un ideal común. Con todo, el cronista cuenta como marco de referencia con el tipo del caballero, evidentemente más fácil de asir que la categoría de estadista en la que el lector moderno encasillaría de inmediato al que fué verdadero rey de Castilla durante el reinado de don Juan II. Aparte los numerosos torneos y justas caballerescas en que interviene y algún desafío tan novelesco como el que lanza a los Infantes de Aragón (pág. 113), vemos que para reconciliar a dos enemigos invoca (pág. 135 y sig.) "lo que debéys al Rey nuestro señor e después a vosotros mismos e a la virtud de la Cauallería que profesáis." Muy curioso es el incidente en la vega de Granada, cuando el Condestable, lo mismo que en Atienza, pone todo su empeño en mantener a raya el individualismo de los nobles y someterles a disciplina colectiva "segund razón de Caballería" (pág. 130). Desde su real de Atienza hace venir a su hijo, niño de diez años, para adiestrarle "en el arte de la Caballería," oportunidad de que se vale el Cronista para recomendar el aprendizaje del "muy noble e muy honrrado ofiçio de la Caballería, el qual señorea e conserba todos los otros ofiçios" (pág. 198). El inevitable menosprecio del villano, no tan marcado e insistente como en el *Victorial*, aparece en boca de Gonzalo Chacón, cuando aconseja a su señor no exponerse al populacho (pág. 405): "... vuestra merçed debe mirar bien por sí, de guisa que no seáys deshonrrado de un bellaco o de un labrador o de otra alguna persona soez." Mucho

en el que no es concebible falte la esencial avidez de fama (págs. 367 y 369); el autor acuña para expresarla una frase de feliz cadencia bíblica (pág. 101):

> Sola la virtud demanda por ynterese, y la honra quiere por galardón,

y no pierde ocasión de destacar rasgo tan preciado (pág. 130):

> El Condestable, que más contendía con el glorioso sobre la gloria e con el virtuoso sobre la virtud, e con el honrrado sobre la honrra...

Ya es anciano el valido cuando todavía muestra la codicia de fama propia del caballero novel (pág. 293):

> Él mostró de sí en aquella hora una tan grand voluntad de fazer alguna señalada proeza... así como si él fuera un mançebo de veynte e cinco años, cobdiçioso de fazer algunas señaladas e buenas cosas por donde començara a cobrar nueva nobleza e fama.

Y al fin, contra su mejor parecer, sólo por temor de menoscabar su fama, don Álvaro renuncia a ponerse en salvo, como el armiño se entrega al cazador "por no ensuciar su fermosa blancura," según comenta el exquisito Cronista (pág. 384), y dando como causa de su resignación el haber vivido (pág. 395):

> sesenta e çinco años, e los quarenta dellos el más famoso e más leal e más honrrado caballero e mayor señor que sin corona avía sido en su tienpo en todas las Españas...

Había en la vida y hechos de don Álvaro varios puntos que hacían difícil la conciliación entre el ideal caballeresco y la Verdad solemnemente invocada en el Prólogo: muy ingeniosamente el autor los disimula sin falsearlos, recortándolos a medida de su deseo y trocándolos en otros tantos timbres de fama. Espinoso era, por ejemplo, narrar el bajo nacimiento de don Álvaro: el Cronista sale del paso articulando a la vez una teoría de la nobleza y de la gloria que le permite presentar como cumbre de ambas la figura de su héroe (pág. 8):

> Estos atales [los nobles que, como el Condestable, no se contentan con la honra heredada], velando e trabajando de noche e de día, porfían tanto con la fortuna, que sobran e pasan toda la nobleza e grandeza de sus linajes e cobran nuevos nombres de virtud, e no

---

más severo, con todo, es el tono empleado contra los malos caballeros como Alfonso Gonçález de León y su hijo, quienes eran "más cobdiçiosos de aver que de valor, e más de dineros e de riquezas que de honor e de proeza" (pág. 420).

> sólo merecen rescebir gloria para sí mesmos, mas acrescientan la de los sus pasados, e dexándola más estendida e acrecentada a los que después dellos vienen.

De igual modo, el nepotismo del valido, agriamente censurado por los codiciosos magnates castellanos, se presenta aquí como piedad familiar (pág. 33), generosidad (pág. 70) y sentido estoico de humanitarismo (pág. 450). Las riquezas y títulos acumulados en su persona, que habían de despertar la envidia de sus rivales y del mismo Rey, de creer al Cronista le fueron dados por don Juan II sin pedírselos, pues él sólo aspiraba a la honra (pág. 101).[96] El fingido llanto de don Álvaro después de asesinar alevosamente a su criado infiel muestra, con autoridad de la historia sagrada y profana, el "grand saber" del "egregio Maestro," que se agrega a sus otras prendas "de virtud e de prez e de valor" (pág. 355). Pero quizá fuese el punto más delicado justificar que el Rey obedeciese a don Álvaro hasta en su intimidad conyugal (pág. 287 y sig.): muy laboriosa y artificiosamente el autor alarga "los sulcos de la péndola en la disgresión" para que redunde en mayor gloria del todopoderoso ministro el vergonzoso apocamiento de don Juan II.

Tenía el cronista demasiado instinto dramático como para abandonar a la narración el cuidado de exaltar la sed de fama de don Álvaro, sin ponerla directamente en sus propios labios. A algún ejemplo ya aducido (pág. 395), puede agregarse el segundo argumento con que el Condestable exhorta a sus gentes al combate en el real de Jadraque (pág. 79):

[96] "Los otros demandan los muy grandes bienes y aquéste los grandes trabajos. Sola la virtud demanda por ynterese, y la honra quiere por galardón. Mas los bienes, sin demandarlos, ge los daba el Rey, e le venían." El ritmo paralelístico ya señalado y la contextura de todo el pasaje crea una sutil sugerencia de aquel lugar de las Crónicas, libro II, I, 7-12 (= Reyes, libro I, III, 5-13), en que Jehová da a escoger de sus dones a Salomón y, por pedir éste el más alto, la sabiduría, recibe por añadidura los restantes. Muy peculiar de esta Crónica —en contraste con toda la historiografía castellana, y quizá otra prueba de contagio poético— es la hipérbole sacroprofana, cultivada por los poetas coetáneos y por el propio don Álvaro. Constante es el cotejo entre la caída del Condestable y la Pasión, implícita en la comparación de los traidores al Condestable con Judas (págs. 260, 295, 324, 338, 348); cuando, después de largo discurso, don Álvaro promete allanarse a la voluntad del Rey con las palabras *fiat uoluntas tua* (pág. 389), a pesar de que se da expresamente como fuente el Padrenuestro, la situación sugiere mucho más la oración de Jesús en el Huerto (San Mateo, XXVI, 42) donde también se hallan. Unas páginas más adelante (408 y sig.) la comparación con Jesús es franca y, al comenzar a narrar la muerte (pág. 428), el Cronista rodea a su idolatrado héroe de una aureola de martirio (pág. 432), y emplea como epíteto constante ya no "ínclito" sino "bienaventurado" (págs. 428 y 433).

> E si de la otra parte la generosa sangre de vosotros ha aquel deseo de honrra e de gloria que sienpre ovieron aquellos de donde vosotros venís...

De igual modo, al ordenar el ataque contra Granada (pág. 137):

> andovo por todos los suyos amonestando a los unos, rogando a los otros..., agora recordándoles las vitorias de sus pasados, agora engrandeciéndoles los coraçones con la nobleza de sus linajes e la grand gloria que esperaban de la vitoria.

Cuando el Rey insiste en que don Álvaro abandone la corte, éste después de aconsejarle lealmente hace solemne protesta de su valoración caballeresca de la fama, que apoya en la autoridad de los Proverbios: tan arraigado estaba, según se ha señalado ya, el hábito de enaltecer la fama mundana recubriéndola, a favor del equívoco, con la alabanza tributada en los Libros Sapienciales a la fama moral y devota (pág. 363):

> "...Vuestra Alteza puede bien creer que, después de vuestro serbiçio, ninguna cosa ay en esta presente vida que yo más ame nin tenga en mayor presçio que mi fama. Ca, segund dize el Sabio, más vale la buena fama que cuantas riquezas en el mundo son. E assí mismo dize que es cruel la persona que menospreçia su fama."

Tampoco es ajena a esta Crónica, la más bella de las particulares, el influjo formal de la vetusta epopeya medieval: como en el *Alexandre*, en el *Fernán González* y en el *Alfonso Onceno*, el autor muestra en acto el codiciado rumor de la fama. Para realzar el arrojo temerario del joven Gonzalo Chacón, el cronista (haya sido el mismo Chacón, o quien fuere) apostrofa en estos términos al lector (pág. 280):

> Verás tú, que lees lo aquí escripto, cómo este caballero novel sopo aquel día ganar fama, prez e valor...; ca después de aquello así pasado, así los que lo conosçían como los que le non conosçían, lo loaban en grandes loores, e lo mostraban con el dedo los unos a los otros diziendo: "Aquél es. E de su señor aprendió a acometer tan osados fechos e de tanto peligro."

Y todavía el famoso episodio del *Alexandre* entre dos apresuradas campañas, reflejado en el *Fernán González* y en el *Conde Lucanor*, ha configurado la narración de un lance militar de don Álvaro (pág. 223 y sigs.). En efecto: llega éste a toda prisa a Mondéjar para poder salir al paso a las tropas del rey de Na-

varra, cuando recibe noticia de que peligra la ciudad de Cuenca. Sin dar reposo a sus hombres, el Condestable parte para Cuenca en una noche de tempestad; y los soldados, aunque fieles, hostigados por la aspereza de la marcha, protestan como la hueste de Alejandro y las mesnadas de Fernán González (pág. 225). Pero la palabra de don Álvaro no es menos heroica ni menos persuasiva que la de aquellos héroes (pág. 226):

> "Buenos e leales criados e fieles conpañeros: muy poco piensa en la gloria que gana el que esta noche siente ningund trabajo que le venga. Menbradvos... que la fortuna vos escogió para darvos esta honrra de vitoria, que por vosotros se faga al Rey grand serbiçio, e a la tierra socorro maravilloso. E por que en mayor presçio fuesse tenido el vuestro socorro, quiso dar la fortuna tan fuerte noche e tan trabajosa; por que la gloria vuestra sea mayor desque el fecho oviéredes acabado. Assí que el trabajo de que vos quexáis, vos acresçienta la gloria e prueva vuestros coraçones y examina vuestra virtud; por ende, alegremente e con mucho coracón vos disponed a aquellos trabajos, que después de reçibidos vos pueden alegrar e dar gloria sienpre duradera."

Como en los tres poemas señalados, el Condestable hace gran caudal de la inferioridad de condiciones que realzará la hazaña y aumentará la gloria y, también como en los poemas, las nobles palabras del caudillo prenden en los soldados su propia ambición de fama: realidad histórica, ideales caballerescos del cronista y tradición literaria se enlazan confirmándose mutuamente en la expresión ardorosa de la idea de la fama.

Libro de las claras e virtuosas mugeres

El *Libro de las claras e virtuosas mugeres*, versión libre de Boccaccio que don Álvaro de Luna redactaba o concluía por 1446 en su real de Atienza, coincide con la *Crónica* en cuanto al entusiasmo del autor por la caballería y por la fama. A la distancia, parece bastante incongruente con su conducta política (decididamente inclinada al absolutismo monárquico de la Edad Moderna y no al feudalismo medieval) el culto por "el muy alto misterio de la cavallería, por la qual se conserua la justiçia e paçificación de todo el mundo e todas las otras buenas virtudes." [97] De igual modo resulta extraño que el más grande hombre de acción de Castilla en esta primera mitad del

[97] *Libro de las claras e virtuosas mugeres*. Ed. M. Castillo, Valencia, 1917, segunda edición, Conclusión, pág. 248a.

siglo xv conciba la fama desde el punto de vista de los hombres de letras y no del de los hombres de acción, esto es, como resultado de la creación literaria más bien que fruto de los méritos de los altos personajes. A pesar de hallarse su tiempo embargado "así en las cosas pertenecientes al muy noble e virtuoso ofiçio de la cavallería commo al regimiento de la cosa pública," no puede menos de poner su pluma al servicio de las virtuosas mujeres (pág. 20b):

> Porque invmana cosa nos paresçió de sofrir que tantas obras de virtud y enxenplos de bondad fallados en el linaje de las mugeres fuesen callados e enterrados en las oscuras tiniebras de oluidança.

Esta última expresión parece eco de una favorita de Juan de Mena (ver pág. 283), y también las palabras con las que subraya la parte capital que toca a los autores en la preservación de la fama traen el recuerdo de la copla 4 del *Laberinto*.[98] El libro empieza justamente por un ejemplo *e contrario*, la excepción que confirma la regla, el caso de la Virgen, cuya gloria no puede aumentar por loores humanos ni disminuir por largo lapso de tiempo (pág. 28b):

> Ca ciertamente esto acaesçe a las cosas de los onbres por que qualquier cosa mortal, commo quier que sea muy clara e magnífica, por tienpo viene a peresçer de su fama, si non es ayudada con beneficios de escriptura.

El mismo concepto reaparece a lo largo del libro (por ejemplo, pág. 173b). Hasta reconoce don Álvaro implícitamente que la medida de fama otorgada depende a veces del capricho de los autores más bien que de los méritos objetivos; así, al perorar sobre la castidad de Santa Anastasia, recuerda a los ilustres varones celebrados por la misma virtud —Sócrates Jenócrates, Escipión el Africano—, y concluye (pág. 204b):

> e público es que non fueron de tan entero coracón, aun que es sabido que los muy altos e muy polidos escriptores de las ystorias los ensalçaron por grandes pregones de alabanças.

[98] Es muy curioso que tanto el *Libro* del Condestable como (en menor grado) su *Crónica*, escrita por un allegado suyo, muestren tanta afinidad con opiniones que no parecen haber sido generales sino peculiares —en su formulación romance— de Juan de Mena, también parcial de don Álvaro. Otros pensamientos, no menos paradójicos en la pluma de un hombre público, coinciden también con los de Mena, como si el poeta hubiese ejercido una suerte de imperio intelectual en el círculo del valido.

El valor ejemplar de la fama queda establecido a propósito de Clelia, puesto que los romanos (pertenecientes, claro está, al orden ideal y no al histórico) le tributaron solemnes honras (pág. 87ab):[99]

> poniendo su ymagen en lo más alto de la carrera por donde todos pasauan, por que su memoria quedase para sienpre, e tanta grandeza de coraçón non fuese escondida a los que después della viniesen, e otros tomasen exienplo de cometer e fazer por el bien público cosas e fechos señalados e virtuosos.

Aunque aparece a veces "la gloria perdurable" de la otra vida completando más bien que superando la "muy grand fama en ésta," es más frecuente en el *Libro* del Condestable pensar de preferencia en la fama póstuma en la tierra, y darle valor absoluto como móvil de toda acción noble. Figuras tan dispares como la de Ester, Aristóteles y Camila ceden unánimes a su estímulo. Sirvan de ejemplo las líneas dedicadas a Ester (pág. 42b):

> Sienpre por amor de virtud trabaiaba, pensando cómmo e por qual cosa digna de loanças ella ganaría la gloria, non aquella que es breve e se pasa luego, mas aquella que por todos los tienpos esforçase de ser honrrada; la qual gloria criase la postrimería de los que eran por venir e durase por todo el tienpo avenidero.

Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo

La última en fecha y mérito de las grandes crónicas particulares del siglo xv, la del Condestable Miguel Lucas de Iranzo, presenta, bien que en proporción más reducida, idéntico culto al ideal caballeresco e idéntica ambición de fama entre los contemporáneos y entre la posteridad. También aquí los viejos nombres prestigiosos se ajustan mal que bien a la cambiante realidad. Así como don Álvaro de Luna quería imponer disciplina de ejército nacional a las turbulentas fuerzas de la nobleza, en nombre de la Caballería, así también el aburguesado alcalde de Jaén crea oficios y aumenta salarios partiendo de su vetusta concepción tripartita de la sociedad y de que (ed. J. de M. Carriazo, Madrid, 1940, pág. 203):

> era la orden de la cauallería... vna de las más nobles cosas del mundo con la qual la potençia de los reyes y prínçipes y grandes seño-

[99] Cf. Un caso análogo de evaluación de honras romanas en el *Laberinto*, 79c y sigs.

> res se avgmentaua y engrandeçía, e los pueblos que la alcançauan y tenían eran más onrrados y conseruados, y de sus enemigos y adversarios más temidos y acatados.

Tampoco falta la noticia de un torneo (pág. 58 y sigs.), si bien; más que verdadero torneo parece mascarada como los momos y entremeses con que divertía sus ocios el señor Condestable. Precisamente mide el arraigo y prestigio de la Caballería el hecho de que un advenedizo como don Miguel Lucas de Iranzo se mostrase tan poseído de sus ideales que llegase a desafiar a combate singular al rey de Granada, el cual —no sin semejanza con el león desafiado por don Quijote— le hace responder con un su caballero que "no estaua en tienpo de pelear con él al presente." Sabido es que esta Crónica, tan rica de noticias para el vivir de un magnate provinciano del siglo xv, es sumamente pobre en hechos públicos. Los más importantes son las hostilidades con los moros granadinos, movidas por (pág. 78):

> aquel odio natural en que el dicho señor Condestable pareçía que estaua ençendido contra la gente agarena, y [por] el continuo deseo que tenía de acreçentar su gloria e su fama.

En una de estas correrías se deja oír la voz misma del héroe quien, disuadido de atacar dos lugares próximos a Granada, se afirma en su propósito, atento no a lo escaso de sus fuerzas, sino al consiguiente incremento de honra y a la gloria duradera (pág. 87)

> "Allí do ay más peligro consiste la onrra y la fama que yo tanto deseo alargar. E si acaesciere quel rey e la casa de Granada, con tan grand moltitud de moros como vosotros decís, salieren a pelear conmigo, avn confío en el alto Dios que ligeramente podrá ser que yo alcance memorable victoria; de que a vosotros e a mí se siga gloria ynmortal."

El discurso con sus dos notas básicas (a mayor peligro, mayor gloria; vale la pena arrostrar el combate por la fama), tan frecuentes en las réplicas de Alejandro y de Fernán González, provoca entusiasmados apóstrofes del cronista ("¡O marauillosa respuesta! ¡O coraçón vigoroso, al cual no pudieron mouer de su firme propósito!"), quien narra por menudo la escaramuza como si fuese una batalla campal, y compara la entrada en Jaén con el triunfo de los emperadores romanos (pág. 89). El éxito de Iran-

zo provoca la envidia del maestre de Calatrava, su antiguo señor, ya celoso del favor del Rey (pág. 17), pero esta vez, el Cronista expone la situación como virtuosa competencia (pág. 90 y sig.):

> Como la fama destas cosas por muchas partes se tendiese y bolase, y a los que onor y gloria desean casi vna virtuosa enbidia les ynçitase e mouiese, el muy magnífico e por entonces virtuoso señor don Pedro Girón, maestre de la cauallería de la Orden de Calatraua, pungido de aquesto a esta sazón, pasó... al Andalucía...

No más de esta moderada altura alcanzan las glorias de don Miguel Lucas. El proyecto más ambicioso de rescatar treinta cautivos y con su ayuda conquistar el castillo de Montefrío se frustra por delación de un niño, con gran congoja no del ecuánime Iranzo, sino de su Cronista (pág. 109):

> Verdad es que, segund el fecho estaua dispuesto e ordenado, a poderse fazer e salir con ello, e seyendo cosa en que tanto Dios y el Rey nuestro señor fueran seruidos, y la cristiandad aprouechada, e los moros quebrantados, e la gloria e la fama deste señor en tanto grado acreçentada, lástima grande deuiera sentir [don Miguel Lucas] en no acabarse.

El deseo de gloria de Iranzo se expresa también en otra forma, igualmente alejada del primitivo individualismo caballeresco: en lograr el mayor cúmulo de honras y prerrogativas para su ciudad. Así lo reconoce el Consejo de Jaén al agradecerle su solicitud para que (pág. 224)

> en todas cosas fuese ennoblecida y onrrada, y luciese y resplandeçiese entre todas las otras çibdades destos reynos, y avn de fuera dellos; con toda afecçión deseando y con persona y espíritu trabajando cómo, si fuese posible, ella fuese otra Roma o Athenas, en la justiçia e buen regimiento, y en todas las otras cosas que a famosa y bien gouernada çibdad pertenesçían.

Las honras que don Miguel Lucas recaba del Rey para equiparar a Jaén con Roma o Atenas son, algunas, tan positivas y prosaicas como la de tener casa de moneda y exención de portazgo y almojarifazgo. Pero junto a éstas, el solícito alcaide logra otras que debían de halagar más a sus aficiones caballerescas, y son las que concede el Rey "por onrrar y ennoblecer más el estado e fama de la dicha çibdad de Jahén," esto es, que pudiese llevar corona sobre su escudo de armas y que (pág. 309):

> para sienpre jamás fuese llamada, nonbrada e yntitulada... *la muy noble, famosa e muy leal çibdad de Jahén, guarda e defendimiento de los reynos de Castilla.*

Desde el punto de vista de su formación literaria, el Cronista de don Miguel Lucas no se muestra aficionado a lecturas peregrinas como Gutierre Díez de Games ni impregnado de citas de literatura antigua e ideas de la coetánea como el autor de la *Crónica de don Álvaro de Luna.* Con un recuerdo textual del *Laberinto,* 79e y sigs., ostenta su concepción de Roma como norma ideal antes que como realidad histórica concreta, para mostrar la recta conducta que la ciudad de Jaén debe seguir con su alcaide (pág. 121 y sig.):

> ¡O, pues, tú, muy noble çibdad de Jahén! ¿por qué no das bozes, por qué no pregonas las virtudes de aqueste señor?... ¡O gente romana! Si cuando tú prosperauas el tienpo de aqueste señor alcancaras, ¡qué tenplo, qué estatuas, qué estoria le mandaras fazer, e con quánta solepnidad e reuerencia le mandaras onrrar!

Pero el influjo de Juan de Mena no llega a hacerle adoptar (como a don Álvaro y a su Cronista) la opinión del poeta sobre el alto papel del escritor en la formación y fijación de la fama, ni a llevar conscientemente su atención a la faena literaria, ni a singularizar sus artífices. El autor de los *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo* hace cierta cuenta de la literatura, anota canciones y romances compuestos en honor de su patrono o de su ciudad (págs. 66, 282) y hasta transcribe alguna (pág. 328 y sig.), pero no por aprecio a la literatura en sí, sino, evidentemente, por considerarlos voz del pueblo[100] o del Rey, quien en-

[100] Cf. pág. 66, a propósito de la triste situación de Jaén: "No porque en aquella çibdad de Jaén no ovo sienpre muchos buenos caualleros e escuderos e onbres sabidores de guerra; tanto que en los romances e refranes antiguos sienpre la llamaron 'Jahén, Jahén la guerrera'." Pág. 282, a propósito de la eficaz ayuda que presta don Miguel Lucas al Rey: "Y como en muchas coplas y cantares que a la sazón se ficieron, por muchos se dixo que por este señor reynaua [Enrique IV] en Castilla." Cuando el Rey se entera de la escaramuza de Granada (pág. 90), "porque mayor memoria quedase, le mandó facer vn romançe, el cual a los cantores de su capilla mandó asonar..." Por lo demás, aparte la celebración misma de los hechos de armas de don Miguel Lucas, difícilmente habría en estos romances verdadera exaltación de fama comparable a la del *Alexandre,* a las dos primeras crónicas particulares o a la poesía de Mena. El romancero conservado apenas presenta más que ocasionales toques de exhortación caballeresca. Típica en espíritu, aunque excepcionalmente desarrollada, es la que dirige Arias Gonzalo a su hijo en el romance "Riberas del Duero arriba..." (R. MENÉNDEZ PIDAL, *Flor nueva de romances viejos,* Madrid, 1933, pág. 193): "Volved, hijo, vuestros ojos / a Zamora y sus andamios, / mirad dueñas

carga a los músicos-poetas a su servicio celebrar el esfuerzo del valido (pág. 90).

Diego Enríquez del Castillo

El prefacio de la *Crónica de Enrique IV*, obra de su fiel capellán Diego Enríquez del Castillo, es un testimonio fehaciente de la difusión de estas ideas. En el estilo más pomposo y redundante, derivado de la latinidad medieval y que había de fascinar a la Europa moderna en los escritos de fray Antonio de Guevara, el Cronista compila los motivos sentidos y expresados con más originalidad en la generación anterior: la inmortalidad del hombre de acción está librada al albedrío del hombre de letras; a ningún artista sino al escritor (y señaladamente a los historiadores, "e a ellos solos, como jueces de la fama e pregoneros de la honra") se otorga el don de la recordación perdurable; los españoles han ejecutado grandes hazañas, pero han descuidado celebrarlas; el presente merece tanta alabanza como la Antigüedad (*Bibl. aut. esp.*, t. 70, pág. 99a y sig.):

> Tanto los príncipes señalados y antiguos varones de las edades pasadas quedaron famosos e sus virtuosos trabajos cubiertos de renombre, quanto la dulce pluma de los sabios oradores, haciendo vivos sus nombres, los quiso prestar memoria; a los quales con sus inmor-

y doncellas / cómo nos están mirando... / Si vos hacéis como bueno, / seréis de ellas muy honrrado; / mas si lo hacéis de cobarde, / seréis de ellas ultrajado." Cf. también en el romance fronterizo "Por la vega de Granada..." la referencia al juicio de las damas como a un jurado de honor. Lo más frecuente es una breve afirmación de que la honra es más cara que la vida: "más vale morir con honra / que con deshonra vivir" declara el arzobispo Turpín en el romance "Ya comienzan los franceses..."; "morir puedo en la batalla, / mas no vivir deshonrado", responde don Urgel a Bernardo del Carpio ("En las cortes de León..."). Es notable, por contraste con lo que se conoce de la épica, que el exhorto de Nuño Salido a los Infantes de Lara (en el romance "Saliendo de Canicosa..."), aunque no exento de orgullo guerrero, no contiene mención alguna de honra o fama: "Vendamos bien nuestros cuerpos, / y miremos por las almas... / No nos pese de la muerte / pues va tan bien empleada, / pues morimos todos juntos / como buenos en batalla." Jamás, que yo sepa, se piensa en perduración literaria ni aparece la fama como meta de la acción. Es también muy raro el asomarse a la posteridad del traidor Ruy Velázquez: "Telilla les tengo urdida, / presto se la he de tramar; / nacidos y por nacer / dello por siempre hablarán." Enteramente excepcional es el romance fronterizo "Estando el rey don Fernando..." en que don Alfonso de Aguilar pronuncia esta alocución: "Mejor es aquí morir / ejercitando las armas, / que no vivir con deshonra / con vida tan aviltada; / que muriendo viviremos / pues vivirá nuestra fama, / que la vida presto muere, / la honra mucho duraba." La cautiva que llora la muerte de don Alfonso señala el valor ejemplar de su gloria: "Dechado tomen los buenos / para tomar noble fama," y el poeta termina el romance oponiendo a la muerte la difusión y duración de la fama: "que puesto que allí muriera, / su fama siempre volaba." Por lo demás, el asunto mismo fecha este romance entre los fronterizos más tardíos.

> tales letras, con su perpetua scriptura, tan nombrados quiso dexar e tal gloria mundana permitir, que ni el pasado tiempo los tiene mortiguados ni la nueva edad adormidos, ni la vida larga los olvida ni el corto vivir los amengua... Pues si aquéllos fueron dignos de tanto don señalado e de tal excelencia merecedores, que la sola scriptura ansí nos representa sus bienes e en tal manera los dexa loados, alcancen nuestros días con vivas razones, merezcan nuestros tiempos con dulces historias, gane nuestra edad con mano estudiosa las insignes obras, los sangrientos sudores e trabajos fatigosos de nuestros presentes; porque ellos renombrados, a toda inmortalidad sobrepujen, en tal manera que ni la antigüedad los olvide ni transcurso de tiempo los consuma... E si los altos ingenios de los escriptores, la viva luz de sus renglones e la dulzura de su estilo hicieron loables a los griegos e notables a los romanos (cuya perdurable fama ni el pincel de los pintores, ni el martillo de los plateros, ni el hierro de los sculpidores pudieran hacer inmortal si la heroica pluma de aquéllos olvidada la dexara), no menos el resplandor de nuestros invictísimos godos, la pujanza de su grandeza e la excelencia de sus obras merecen alcanzar memoria... Mas como entre aquéllos haya sido más cierto el efecto belicoso e la costumbre de la guerra que el estilo del hablar, más de continuo fatigaron sus manos en el uso de las armas, mayor deleite sintieron en el menear de las espadas que en el rodear de la pluma. E así, menospreciando lo uno que famoso nombre les diera, e anteponiendo lo otro que sangrienta muerte traía, dieron exercicio a sus fuerzas e adurmieron sus memorias... A los quales... quise... despertar las hazañas, decir los famosos hechos de los que agora viven e son, para que revivan sus nombres e suene su fama, así de los buenos para su mayor alabanza como de los malos para su vituperio.

El pretensioso prefacio contrasta por lo incongruente de su tono con los lamentables sucesos que narra la *Crónica;* hasta al más firme panegirista no podía escapar que no era el modo más adecuado para restaurar la "sepultada fama" de los godos escribir la historia del desdichado Enrique IV.

Andrés Bernáldez

Es curioso que hombre tan chapado a la antigua y ortodoxo hasta el fanatismo como Andrés Bernáldez, autor de la amenísima *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel,* muestre en su desaforado amor a la gloria las huellas del desconcierto de los tiempos de Juan II y Enrique IV. Ante todo, está seguro de que sólo las escrituras mantienen la duración de la fama. Gracias a "Dares y Homero, coronistas," las figuras de los héroes de la guerra de Troya "fasta hoy viven por ser escritas, aunque fueron

gentiles y sin ley" (*Bibl. aut. esp.*, t. 70, pág. 646a). Por diversos méritos la memoria de muchas reinas vive y vivirá "según vimos por escripturas" (pág. 722a). No menos firme es su convicción de que los grandes personajes de sus tiempos dejan muy atrás a los parangones de la Antigüedad. Si poetas e historiadores han fijado los hechos y las semblanzas de Héctor, Paris, Diomedes, Aquiles (pág. 646a),

> ¿quánto más debían ser escritas las cosas hazañosas y virtuosas que los nobles caballeros de España hacen y han hecho en las guerras, y junto con ellas las facciones y condiciones de cada uno?

Isabel la Católica (pág. 722a)

> escedió y traspasó a todas las reynas, así christianas como de otra ley, que antes de ella fueron, y no digo tan solamente en España, mas en todo el mundo.

De las promesas de fama, liberalmente otorgadas a sus personajes favoritos, ninguna más audaz que la que formula a propósito de las diez banderas ganadas por el marqués-duque de Cádiz en la guerra de Granada, y que a su muerte fueron colocadas sobre su tumba, "donde ahora están sustentando la fama de este buen caballero, la qual no puede morir e es inmortal, así como el ánima" (pág. 646a).

La novela de caballerías es por excelencia campo propicio a la expresión del amor a la fama; tácita o expresamente el cuantioso y prolijo género podría documentar con abundancia el afán de gloria a que el caballero aspira para sí y para su dama. No obstante, los tres libros originales redactados en la Península —el *Cifar*, el *Amadís* y el *Tirant lo Blanc*— mantienen, en notable contraste con las innumerables traducciones y refundiciones, el punto de vista ascético junto al caballeresco.

Cifar

Como es sabido, el *Libro del caualler Zifar*, compuesto hacia 1300, es un no logrado maridaje de narración didáctica y de novela caballeresca. Evidentemente era quien lo escribió un clérigo muy devoto, muy predicador y a la vez muy amigo de golpes y batallas (cf. los chistes de sacristía y la brutalidad del cap. 106, pág. 216 y sigs., ed. Ch. P. Wagner, University of Michigan, 1929), y muy lector de toda suerte de narración, pero con clara preferencia por sus normas eclesiásticas. No es sólo que Cifar trasvase casi entero

"commo maestro que quiere mostrar a escolares" (pág. 254) el texto de las *Flores de filosofía:* a cada momento los personajes se detienen a adoctrinar, y el galán caballero que deja rendidas a las damas echa por esa boca aforismos y moralidades (pág. 395 y sig.). La acogida del ideal caballeresco es muy incompleta. No existe la proeza individual; el caballero no se mide con un adversario superior ni vive al servicio de su dama: por el contrario, en las situaciones amorosas bosquejadas, ella es quien ofrece su amor y su mano. Cifar y luego su hijo Roboán no salen a ganar renombre ni a hacer guerra santa sino, muy poco cortesanamente, a medrar, a llegar a gran estado y ser grandes señores (pág. 133; cf. pág. 251: "e çiertamente de muy pobres que éstos eran, llegaron a buen estado"). En hondo contraste con la épica popular, acabada la batalla se habla del botín y no de la honra (pág. 422). Si la virtud caballeresca de la liberalidad se pone en el *Alexandre* al servicio de la fama ("Tú leuarás el preçio, que ual ración doblada"), aquí se predica como procedimiento provechoso, sin ningún toque desinteresado que la recomiende (pág. 202). El premio del virtuoso, tal como se lo formula en la solemne moraleja final, es el bienestar en este mundo y en el otro (pág. 516, cf. también pág. 220 y sigs., donde la "buena fama" es reputación ganada por buenas obras, en estricto sentido sapiencial). Pero, así como la novela engarza varias peculiares situaciones de los libros de caballerías —altas señoras combatidas y enamoradas, episodios sobrenaturales—, de igual modo recoge el rastro de trilladas fórmulas caballerescas sobre la honra. El mismo sesudo y aburguesado Cifar, para quien la posesión de un reino representa la cumplida honra, advierte a sus hijos (pág. 366):

> mejor es a ome la muerte, e catar por la bondat e por el pres, que por la vida nin por otro pro que cuyda auer.

Su hijo Roboán, al pedirle licencia para salir a probar su suerte, parafrasea los tres primeros versos de la ya estudiada copla 349 del *Poema de Fernán González* (pág. 253):

> viçiosos e lazrados todos han a morir, e non finca al ome en este mundo sy non los buenos fechos que faze, e esto es durable por sienpre. Ca ¿qué pro me ternía de fincar yo aquí e auer vida muy viçiosa e muy folgada, syn ningunt bienfecho que yo feziese? Çertas el día que yo muriere morrá todo el viçio e toda la folgura deste

> mundo, e non dexaríe en pos mí ninguna cosa por que los omes bien dixiesen de mí.

No creo que aliente aquí un impulso genuino del autor, ya que en la misma página Cifar confirma la esperanza de "ganar honra" de su ambicioso segundón glosando en estos términos la honra esperada:

> no pongo en duda que has a llegar a mayor estado que nos.

Como en muchos otros aspectos esenciales, también en lo que concierne a la idea de la fama el *Amadís* se halla mucho más cerca del libro de caballerías artúrico que el *Cifar* o el *Tirant*. Claro es que, dado lo tardío de la versión en que conocemos el libro, nunca sabremos cuánto de lo expresado en él sobre la fama pertenece al original y cuánto a la refundición de Garcí Rodríguez de Montalvo, cuyo Prólogo y Libro IV ofrecen los textos más numerosos, más extensos y más apasionados al respecto. Por eso considero el *Amadís* como obra unitaria, receptáculo de antiguos ideales encendido por la cercanía del Renacimiento.

Amadís

La ambición de fama y el cuidado de mantenerla y dilatarla es afán constante de los caballeros del *Amadís:* ni don Galaor (I, 22) ni don Florestán (I, 42) quieren darse a conocer hasta haberse hecho famosos; su ansia es tener parte en el peligro para tenerla también en la gloria (I, 43; IV, 9). El mismo rey Lisuarte, enemistado con Amadís, antepone la honra a la vida (III, 5; IV, 14) y de igual sentir es otro enemigo, el rey Arábigo (IV, 15). Particularmente la deliberación en el consejo de guerra brinda la oportunidad de explayar el ansia de fama de los adalides. De las varias muestras que contiene el libro IV es curiosa la que pronuncia Amadís (IV, 4) amplificando el contraste entre los "muchos vicios y placeres" con que sus caballeros podrían vivir en sus tierras y los trabajos sin recompensa que abrazan para ganar fama, contraste que parece eco lejano de la respuesta de Fernán González en el Exemplo XVI del *Conde Lucanor*. La arenga de Angriote de Estravaus lleva al final la nota arrogante de una equiparación entre la inmortalidad de la fama y la del alma, nada menos (IV, 17):

> Y pues que la fortuna ha satisfecho nuestro deseo tan complidamente, dando causa que así como nuestros ánimos en el otro mundo

> sean inmortales, lo sean nuestras famas en este en que vivimos, póngase tal recaudo como lo que ella a ganar nos ofrece, por nuestra culpa e negligencia no se pierda.

Arquisil, heredero del Imperio Romano, anima a sus partidarios con el ejemplo de la fama eterna de los romanos, sobresaliente entre todas (IV, 31):

> A todo el mundo es notorio, desde que Roma se fundó, las grandes hazañas e afruentas que los romanos en los tiempos pasados a su muy gran honra acabaron, de las cuales las historias están llenas, y en ellas señalados sus fechos famosos entre todos los del mundo, así como el lucero entre las estrellas; y pues de tan excelente sangre venimos..., seguiremos aquello que los nuestros famosos antecesores siguieron, por donde dejaron en este mundo fama tan loada con perpetua memoria...

No ya los caballeros andantes, a quienes es anejo el deseo de gloria, sino un personaje que ejerce artes más pacíficas, como el maestro Elisabat, abunda en los mismos sentimientos y, como sus colegas del *Apolonio*, se da por bien pagado con la gloria de su cura (III, 11). Por su parte, las damas buscan el apoyo de un caballero valeroso que sostenga por las armas la fama de su hermosura (III, 13):

> Mi señor, ¿cuándo veré yo aquel día que la vuestra gran prez de armas me fará en mi cabeza tener aquella corona que de las más fermosas doncellas de la Gran Bretaña por vos ganada será, tornando a mi tierra con aquella gran gloria...?

Y en fin el mismo autor, a la zaga de uno de sus personajes, alza la voz para encarecer el cuidado solícito de la fama (IV, 49).

Tal fama no es sólo renombre que corre por extensas tierras en vida del valiente o la hermosa (I, 42; IV, 4, 24: "con mucha razón era loado [Perión] e corría su fama por todas las partes del mundo"), sino, al modo antiguo, es testimonio duradero del mérito, como lo demuestran las aducidas palabras de Angriote y de Arquisil o estas otras, que pintan el propósito de los secuaces de Amadís (IV, 2):

> ellos farían en esta demanda... casos de grandes hazañas, donde para siempre loados fuesen, y en el mundo dellos quedase perpetua memoria.[101]

[101] A diferencia de la fama "espacial" (familiar a la poesía provenzal y al *roman courtois)* que se halla en los primeros libros del *Amadís*, la fama que perdura

El imperativo de fama, no siempre concordante con otros imperativos, puede crear al caballero terrible dilema: ya Chrétien de Troyes en el *Chevalier de la Charrette* había ahondado el conflicto entre honra y obediencia amorosa. Menos sutil, el choque asoma aquí cuando, por ruego de Oriana, Amadís se ve condenado a ingloriosa ociosidad y escarnecido por damas y caballeros (III, 6). Otras veces el punto de la honra separa a un caballero de sus más caros afectos, como cuando fuerza a combatir a don Galaor contra su hermano Amadís, y al rey Cildadán a favor de su antiguo enemigo Lisuarte, lo que inspira a Cildadán esta amarga definición, que no rechazaría más de un héroe calderoniano (III, 3):

> Pero, como todas las cosas pospongamos por la honra, y la honra sea negar la propia voluntad por seguir aquello a que hombre es obligado...

No falta en el *Amadís* la consideración de la gloria literaria o, más exactamente, del reflejo de la gloria del caballero en los libros. Don Galaor completa su aprendizaje con la lectura de antiguos libros de caballerías (I, 5), y entretiene su prisión con la presencia de dos doncellitas "e libros de historias que leyesen" (II, 16).[102] Indudablemente valen estas historias de antiguas hazañas por el aliciente de su ejemplo. Además, en el Prólogo Rodríguez de Montalvo expone la queja, tan típica del pensamiento español (cf. pág. 270 y sig.), de que las hazañas nacionales, mayores que las de los antiguos, no han sido afortunadas en autores que las celebrasen:

> Así lo dice Salustio, que tanto los hechos de los de Atenas fueron grandes, cuanto los escritores quisieron crecer y ensalzar; pues si en el tiempo de estos oradores, que más en la fama que de intereses ocupaban sus juicios y fatigaban sus espíritus, acaesciera aquella conquista que el nuestro muy esforzado y católico rey don Fernando hizo del reino de Granada, ¡cuántas flores, cuántas rosas en ella por ellos fueran sembradas...!

---

en el tiempo, al modo antiguo y renacentista, así como las deliberaciones citadas, aparece exclusivamente en el libro IV, el que "trasladó y enmendó" Montalvo.

102 Entre estas historias de antiguas caballerías sin duda figuraría la de Troya, que rondaba la imaginación del buen regidor, según se desprende de una alusión del Prólogo y de su comentario a la actuación de don Florestán (III, 5). Pues este caballero comete error semejante al de Héctor, de que resultó que "tan famosa ciudad, en el mundo señalada, aterrada y destruída fuese en tal forma, que nunca de la memoria de las gentes caerá en tanto que el mundo durare."

La observación de Salustio sobre la fama de Atenas, indebidamente magnificada por el talento de sus escritores (*Conjuración de Catilina*, 8), ha guiado la pluma de Montalvo, pero la página sabe a reflexión sincera, dictada por el júbilo de la consumada Reconquista. En el mismo Prólogo, Montalvo demuestra con un donoso argumento —los golpes de Héctor, Aquiles, Troilo, Ayax Telamón y Godofre de Bullón son mucho más pasmosos que los de los personajes de Tito Livio— que la fama póstuma depende más de los autores que de los héroes, destacando así tácitamente la importancia de la fijación literaria.

Junto a esta actitud, enérgica acogedora de la fama, tampoco falta la vena ascética, parejamente a cargo de autor y de personajes. Corre, en efecto, todo a lo largo del *Amadís* un como comentario perpetuo moralizante enderezado principalmente a los reyes y que subraya el meollo doctrinal de la en apariencia frívola novela. En estas consideraciones —no muy distantes por naturaleza de las que acompañan el *Guzmán de Alfarache*— suena varias veces el aviso sobre lo frágil y poco valioso de la gloria (II, 13):

> Así estovo Beltenebrós pensando cabe aquella ribera, contemplando en su voluntad la gloria e soberbia que de aquellas aventuras tan grandes, que en solo un día acabara, le ocurrían, considerando que en otro tan pequeño espacio de tiempo la fortuna le podría aquella grande alegría tornar en lloro...

A los soberanos que no han mirado bien por sus señoríos, el autor amenaza con castigo eterno y pérdida de su preciada gloria (II, 19):

> e no solamente en tanta dilación seréis dejados, mas en este siglo donde por vosotros la honra, la fama tan preciada es y en tanto cuidado vuestros ánimos por lo sostener son puestos, de aquélla seréis abajados...

A veces la gloria y la salvación del alma se oponen como alternativas excluyentes. La fortuna, leemos a propósito del rey Lisuarte (III, 18):

> quiso más por reparo de su ánima que de su honra mudársele al contrario.

Y en el mismo sentido Oriana cautiva escribe a su madre para que Lisuarte (IV, 14)

> haya mancilla e compasión de mí, dando más lugar al servicio de Dios que a la gloria e honra perecedera del mundo.

"*Leomarte*"

Entre los libros caballerescos del ciclo de Troya, el "Leomarte" que, según creo, influyó decisivamente en el *Amadís* primitivo (cf. *El desenlace del "Amadís" primitivo*, de inminente publicación en *Romance Philology*), muestra vivo afán de gloria. Muchos altos hombres prueban la aventura del Vellocino de oro "non tanto por la conquista de la tierra commo por la nonbradía de ser contado por el mejor de su tiempo" (ed. A. Rey, Madrid, 1932, pág. 90 y sigs.). Cuando Ulises quiere llevarse a Aquiles a la guerra de Troya, se dirige a su madre con palabras emparentadas con las de Fernán González en el *Poema* y en el *Conde Lucanor* (pág. 184):

> "Sennora, vos bien sabedes que los omnes non han en este mundo otra cosa sy non tan sola mente el nonbre, e quando dél parte tan poco ál non dexa sy non el nonbre. E si vuestro fijo en el monesterio syenpre estouiera, non sopieran sy vos avíades fijo o non, pues tanto era commo sy lo non touiésedes; e tan grant syn raçón le fazíades a él e al su linaje sy tanta bien andança tenían guardada para él los dioses que por él se acabase tan alto fecho commo éste a él alcançase tan alta nonbradía entre tan altos omnes, en vos gela toller, avn que aquel día que él ally llegase ouiese a moryr, pues la muerte non se oluida nin se escusa a vn tienpo o otro..."

En la historia de Hércules (pág. 114 y sigs.) la fama del héroe es un resorte primordial, pues encona a su madrastra Juno y la mueve a enviarle a peligrosas aventuras de las cuales, para mayor despecho, vuelve siempre con creciente renombre. Todavía es más artístico el funcionamiento de la fama cuando leemos cómo en la embajada de Ulises a Aquiles, para que deponga su cólera, aquél se vale del "prez de caballería" como principal argumento (pág. 235 y sigs.). Aquiles no cede porque por amor a Polixena no puede luchar contra los troyanos, pero alejados los embajadores, se debate con angustia trovadoresca contra el amor que le ha hecho atropellar su deber de caballero (pág. 238):

> Pues que los reys se partieron de Archiles, él quedó en su tyenda e començó a pensar en muchas cosas que atormentauan el su coraçón, el amor de vn cabo e la proeza de la cauallería del otro...

La versión de las historias troyanas que difundió la imprenta es la

Crónica troyana, impresa por primera vez, que se sepa, en 1490. Es una refundición de "Leomarte" que mantiene cuanto atañe a la fama, formulándolo a veces con briosa elocuencia; así, el episodio de la embajada de Ulises a Aquiles (ed. de Medina, 1587, libro III, cap. 40, folio 90a):

> "...y vos agora que por sola la fortaleza de vuestras fuerças, en vuestro ardimiento y poder, auéys adquirido gloria y fama, queréys que tan famosa nombradía como oy poseéys muera y perezca con los hechos contrarios... Plégaos, pues, agora querer mantener en buena memoria la gloria de vuestra fama..."

En cuanto al *Amadís*, pienso que las manifestaciones de amor a la fama que se hallan en los tres primeros libros pertenecen al texto primitivo, y que Montalvo las mantuvo por respeto al texto, aunque no estaba de acuerdo con tales miras, y reservó sus reparos para el *Esplandián* (cf. S. GILI GAYA, *Las "Sergas de Esplandián" como crítica de la caballería bretona*, en *Bol. de la Bibl. de Menéndez Pelayo*, XXIII, 1947, 103-111, y Padre F. G. OLMEDO, *El Amadís y el Quijote*, Madrid, 1947). Pues cabalmente en los primeros libros la condena ascética aparece en las digresiones morales, que son añadido de Montalvo. En el libro IV, "trasladado y enmendado" por el buen Regidor, merece notarse que no es el protagonista sino más bien los antagonistas (Lisuarte, el rey Arábigo, Arquisil) quienes proclaman el valor de la fama, y en esa actitud insiste muy intencionadamente el *Esplandián*. Como Galahad, Esplandián es caballero a lo divino, pero no místico, sino militante, al modo de Castilla, hecha por siglos a la Reconquista y más aferrada que nunca al espíritu de cruzada ante la amenaza del Imperio otomano. (Esta misma circunstancia explica que Tirant reedite las aventuras verdaderas de Roger de Flor, y apenas pare mientes a la gloria mundana.) Esplandián desdeña la frívola aventura individual de la caballería bretona, y se propone confederar a todos los andantes para desbaratar al turco, común enemigo de la cristiandad. Por eso, lógicamente, rechaza la gloria mundana y exhorta a sus aliados a renunciar a ella. La única concesión de Montalvo es permitir que la gloria —condenable como pasión terrena, pero al fin la más noble de las pasiones terrenas— continúe siendo móvil de acción de los enemigos simpáticos como Radiaro, soldán de Liquia (cap. 151)

y Calafia, reina de las amazonas negras de la ínsula de California (cap. 164).

Entre el deseo de medro del *Cifar* y la sed de gloria del *Amadís*, se distingue la novela de Joanot Martorell y Martí Joan de Galba por el cariz devoto de su actitud ante la gloria. La fama de Tirant y Carmesina resuena por el mundo, según reza su epitafio (ed. Martín de Riquer, Barcelona, 1947, cap. 485), pero, en general, el exhorto a ganar fama va siempre unido y supeditado al de mantener o defender la cristiandad, empresa que, además, procura la gloria eterna. Así se pronuncia Tirant cuando alaba la virtuosa conducta de la doncella Plaerdemauida (cap. 380):

Blanc

Tirant lo

> *per aumentar la catòlica religió, aumentes ensemps lo renom de la tua virtuosa fama.*

Los parientes de Plaerdemauida

> *viuen morint en viues armes per defensió de nostra viua fe, lo famós noms dels quals en algun temps de oblit no serà dammificat.*

Más elocuente todavía es la expresión de la misma actitud en varias alocuciones militares en las que predomina notablemente el espíritu de cruzada peculiar de muchas poesías trovadorescas y de la épica popular. Sin desdeñar la honra terrena, Tirant tiene puestos los ojos en la recompensa celestial que le hace considerar la muerte en la batalla como pío martirio (cap. 340; cf. también la alocución del cap. 387):

> *Oh nobles barons e cauallers! Demà serà lo dia que tots porem guanyar grandíssima honor e fama, per què suplich a vós, senyor, e a tots los altres prec e amoneste que ab amor e voluntat cascú faça son poder de fer virtuts e singulars cauallerie... Oh quina glòria irà per lo mon de nosaltres, que ab tan poca gent hajam desconfits tants Reis, e vençuts tanta multitut del poble morisc! ...E per ço us prec que la cauallería vostra sia així honrada en la hora que la batalla se darà, que no deixeu lo camp per temor de mort...: car si ab paciència preneu aquest martiri mantenint la santa fe, sereu per Nostre Senyor coronats en la sua sancta glòria de paradis en companya dels sants àngels.*

Unas veces, más que el tono épico del cántico de cruzada, predomina el inquisitorial (cap. 417):

Exalcem la nostra santa fe, e confondrà's la herètica prauitat! matem les mortes ànimes, y viuran les nostres en l'eterna gloria! viurà la nostra fama, honor e glòria que a immortal s'acosta...

Otras, se hace sentir muy claro el amor a la gloria (cap. 372):

Què tenim de aquesta miserable vida sinò lo temps que vivim? aquell se despenga en semblants actes que més honorosos éser no poden; en altra manera engolfats en la mar de couardia, en negun port d' honor arribaria nostra fama. Alsau, cauallers, vostres enteniments pensant que combateu per la honor, més cara que cosa desta vida; aprés per los bens y prosperitats de nosaltres, per la libertat, per la glòria, y lo millor per la santíssima fe crestiana, la qual exalça als qui la exalcen, defensa als qui la defenen, y conserua als qui la mantenen en honor e pacífica vida.

Pero la nota dominante del *Tirant* es siempre encarecer el carácter devoto de la empresa en que está empeñado el héroe y la recompensa de beatitud, no de mera nombradía, que por ella se le sigue.

Muy sorprendente es que, siendo la novela mundana y libertina si las hay, el temperamento ascético prevalece cada vez que se toca el tema de la fama. La condena de la gloria en las páginas que deploran la muerte de los protagonistas (caps. 466 y 467) es explicable como la reacción ascética que aparece bruscamente al final del *Alexandre*, pero la verdad es que en el *Tirant* ese ascetismo es visible mucho antes, en circunstancias que requerirían más bien la actitud opuesta y en boca de diversos personajes, esto es, sin propósito de delinear peculiaridades individuales. Tirant, por ejemplo, al pedir la mano de la duquesa Estefania para su pariente Diafebus, subraya lo efímero de las glorias del mundo, en el que lo único duradero es el sapiencial *be que hom fa* (cap. 219). A su vez, el Emperador declara que la gloria de *aquest món no està en parenceries sinó en bien obrar* (cap. 223), y el fraile que predica el sermón en las bodas mencionadas, tras de afirmar que el Emperador *té honor abraçada e no la deixa partir de si*, declara que de las tres cosas sobresalientes en esta vida la primera es *menyspreu de la honor terrenal* (cap. 221). El pasaje más siginificativo en este sentido es el cap. 328 en que Tirant, no desdeñable predicador —según demuestran, entre otras instancias, los sabios consuelos que administra a Plaerdemauida en el cap. 374 y sigs.—, instruye a su neófito, el rey Scariano,

sobre el supremo bien. La instrucción deriva del *Victorial* (véase pág. 234) o bien de una fuente común pero, en tanto que el *Victorial* hace culminar caballerescamente la enumeración de los bienes mundanos en la gloria de las armas, poetizada por Lucano, Tirant agrega como fin supremo la sabiduría, concedida a Aristóteles y sobre todo a Salomón, y aun dentro de ella tacha de reprensibles a los que la desean con el objeto de ser loados.

En suma: en los libros de caballerías redactados en la Península, no descuella tanto el positivo amor a la gloria, inherente al mundo caballeresco y a su reflejo literario, cuanto la persistencia de la actitud ascética que ya rechaza el valor de la fama terrenal, ya lo admite destacando su inferioridad con respecto a la recompensa de ultratumba.

Fernán Pérez de Guzmán

La escisión que José Luis Romero[103] ha señalado en el pensamiento político de Fernán Pérez de Guzmán —demasiado sagaz para contentarse con el egoísmo sin rumbo de los ricos hombres de su tiempo, demasiado apegado a las normás heredadas para avenirse a consolidar en Castilla un poder central, bajo la tutela de don Álvaro de Luna, hombre de bajo nacimiento— se advierte también en su reacción ante la gloria. Aun sus interminables obras moralizantes contienen algunas apreciaciones positivas sobre la fama póstuma. Dice, por ejemplo, en la sección de las *Coblas de vicios e virtudes*, 211 a 215, titulada "Deseo de fama":[104]

Inclinación natural
es dessear qualquier hombre
buen fijo en quien su nombre
quede en la vida mortal;
quien ha el desseo tal
non difforma de natura,
nin la ley nin la Escriptura
lo reprueua nin ha por mal.
Pero sí queda mejor
el hombre en actos famosos,
digo actos virtuosos,
sin tyrano e mal rigor,
tales que al nuestro Senyor
pluguieron e el mundo amó,

103 *Sobre la biografía y la historia*, Buenos Aires, 1945, pág. 104 y sigs.

104 En el *Cancionero castellano de siglo XV* de R. Foulché-Delbosc, Madrid, 1912, t. I, Nº 268, pág. 599.

quales Gudoffre obró
e Carlos emperador...
tal nombre dura viuiendo,
non muchos fijos dexando.

Léese en los *Loores de los claros varones de España,* 149 y sig., a propósito de la corta vida del rey Ramiro de León la siguiente reflexión sobre la fama, que empalma todavía con la jactancia de Alejandro en el viejo poema en cuaderna vía ("Non conto yo mi vida por años nin por días, / mas por buenas façiendas e por cauallerías"):

Los príncipes poderosos
pueden su vida alongar
si en poco tiempo obrar
quieren actos gloriosos.
Non se dize luenga vida
por muchos años e edad,
mas por la que de bondad
e virtudes es complida.
La que, quando es fenescida,
su nombre e fama peresce,
es breue, e aquélla cresce
que es de virtudes guarnida.

Tampoco faltan instancias concretas de personajes dignos de fama, como la muy interesante *Adición* que glosa el recuerdo de Fernán González en estos términos *(Loores...* 169 gh):

él está muerto en Arlanza,
mas por fama viuo e sano.

En forma semejante concluyen las coplas dedicadas a Alfonso el Sabio; después de pesar detalladamente los méritos y las tachas del Rey, vuelve a subrayar los primeros *(Loores...* 341):

Viue por cauallería
este rey, pero es muerto:
avnque duerme, está despierto
por tablas de astrología.
Ordena, rige e guía
con leyes nuestras memorias,
deléctanos con istorias,
orna con filosofía.

Importa destacar un hecho por demás evidente: tales apreciaciones de la fama tienen sus raíces en los Libros Sapienciales cuya

fecundidad para el didacticismo de Fernán Pérez nunca se subrayará bastante. No puede olvidarse, por ejemplo, que los *Loores de los claros varones de España* están concebidos a imagen de los caps. XLIV y sigs. de la Sabiduría de Jesús de Sirac, conforme el mismo Fernán Pérez declara en la Introducción.[105] El comentario en prosa transcribe las primeras palabras de ese capítulo de la Sabiduría *(Laudemus uiros gloriosos et parentes nostros in generatione sua)* que probablemente hayan sugerido el título de los *Loores...*, así como el de las *Generaciones*. Las *Coblas de vicios e virtudes* ya aludidas (211 a 215) parecen amplificación de la enérgica sentencia de la Sabiduría de Salomón, IV, 1 y sig., que antepone el perdurar por el recuerdo de los méritos al perdurar en la continuidad física de los hijos. El elogio de Alfonso X, que insiste en sus méritos de sabio, también se inscribe dentro de la tradición sapiencial, lo mismo que la explícita preferencia por el rey virtuoso, sobre el guerrero en *Generaciones y semblanzas* (ed. J. Domínguez Bordona. Clásicos castellanos, Madrid, 1924, pág. 6 y sigs.):

> Trabajan los manífiços reyes e prínçipes en fazer guerras e conquistas, e en ser justiçieros e liberales e clementes, que por ventura los faze más notables e dignos de fama e gloria que las vitorias de las batallas e conquistas.

Si estas apreciaciones, aunque positivas, no pueden colocarse a la par de las entusiásticas declaraciones del *Alexandre* y otras obras estudiadas, señaladamente por su fuerte resabio de ascetismo doctrinal, en las *Generaciones y semblanzas* (y al comienzo de los *Loores)* hallamos también importantes afirmaciones del valor de la fama mundana, ajenas a toda exaltación caballeresca, y sí íntimamente enlazadas con la meditación sobre la responsabilidad del narrador, ya sea historiador o poeta. Pues por ser el narrador quien fija los hechos del pasado, en sus manos está esconder o realzar el mérito de los ilustres varones, mezquinándoles o concediéndoles su recompensa en la tierra, esto es, la fama. Prueba al canto: España, con ser rica de héroes, goza de escasa gloria por ser pobre en autores *(Loores,* 11 y sigs.):

[105] Copla 10: "loemos los muy famosos / príncipes de nuestra España,/ según que Sirac se baña / en loar los gloriosos / varones e virtuosos / príncipes del pueblo ebreo..."

Non quedó España callada
e muda en las istorias
por defectos de vitorias,
nin de virtudes menguada,
mas porque non fué dotada
de tan alto pregonero
como fué Grecia de Omero
en la famosa Iliada.
Tanto son más ensalzados
los varones excelentes,
quanto de los diligentes
sabios fueron más notados;
e tanto más obligados
somos a los coronistas,
quanto de las sus conquistas
nos fazen más auisados.
España non caresció
de quien vertudes vsase,
mas menguó et fallesçió
en ella quien las notase;
para que bien se igualase,
deuían ser los caualleros
de España, e los Omeros
de Grecia que los loase.[106]

[106] Cf. 69 y 70. En las *Generaciones*, pág. 50 y sig., Fernán Pérez nota con ocasional sarcasmo tal incuria, y la explica por ser en sus tiempos el dinero y no los méritos la piedra de toque de las reputaciones. Don Américo Castro, quien ha señalado este último pasaje *(España en su historia*, Buenos Aires, 1948, pág. 43, nota), lo engarza con reflexiones de Gracián y de Ortega y Gasset, como expresiones todas de insatisfacción por lo inadecuado del pensar al hacer español. Es muy verosímil que hayan abierto los ojos de Fernán Pérez a tal inadecuación (o por lo menos le hayan estimulado a expresarla) las quejas de Salustio (ya presentes en el Prólogo del *Amadís)*, el historiador romano predilecto, traducido "a ruego et afincamiento suyo" por su primo Vasco de Guzmán y aun quizá las ya citadas de Walter Map, que acaban en la anécdota de Alejandro ante el túmulo de Aquiles, sugerida en la copla 11 ("de tan alto pregonero / como... Omero"). Pero la reflexión de Guzmán no es tópico libresco, sino reacción ante una realidad evidente que, por serlo, impone parecida actitud en personajes de las más diversas circunstancias. Aparte Garcí Rodríguez de Montalvo y los examinados en la obra de Castro, vale la pena recordar estas líneas del Prólogo de la *Historia de España* del Padre Mariana: "Lo que me movió a escribir la historia latina fué la falta que de ella tenía nuestra España (mengua sin duda notable), más abundante en hazañas que en escritores, en especial deste jaez... Confío que si bien hay faltas, y yo lo confieso, la grandeza de España conservará esta obra; que a las veces hace estimar y durable la escritura al sujeto de que trata. La historia, en particular, suele triunfar del tiempo, que acaba todas las demás memorias y grandezas. De los edificios soberbios, de las estatuas y trofeos de Ciro, de Alejandro, de César, de sus riquezas y poder, ¿qué ha quedado? ¿Qué rastro del templo de Salomón, de Jerusalén, de sus torres y baluartes? La vejez lo consumió y el que hace las cosas las deshace. El sol que produce a la mañana las flores del campo, él mismo las marchita a la tarde. Las

Penetrado de su responsabilidad de historiador, al comienzo de las *Generaciones*, cuando expresa su inquietud teórica por el género que cultiva, Fernán Pérez de Guzmán consigna también su valoración de la fama. Compete al historiador fijar la más preciada recompensa mundana, que la adulación al Rey, la ignorancia o mendacidad pueden falsear. Por ello echa de menos la censura. romana (pág. 4 y sig.):

> Ca si por falsar un contrato de pequeña contía de moneda meresçe el escriuano grant pena, quanto más el coronista que falsifica los notables e memorables fechos, dando fama e renombre a los que non lo meresçieron e tirándola a los que con grandes peligros de sus presonas e espensas de sus faziendas, en defensión de su ley e serviçio de su rey e utilidat de su república e onor de su linaje fizieron notables abtos. De los quales ouo muchos que más lo fizieron por que su fama e nonbre quedase claro e glorioso en las estorias que non por la utilidad e prouecho que dello se les podía seguir, aunque grande fuese... Pues tales como éstos, que non querían sino fama, la qual se conserva e guarda en las letras, si estas letras son mintrosas e falsas ¿qué aprovechó a aquellos nobles e valientes onbres todo su trabajo, pues quedaron frustados e vazios de su buen deseo e priuados del fruto de sus merescimientos, que es fama?

Las crónicas imperfectamente ejecutadas importan no pequeño daño (pág. 6):

> ca, pues la buena fama, cuanto al mundo, es el verdadero premio e galardón de los que bien e vertuosamente por ella trabajan, si esta

---

historias solas se conservan, y por ellas la memoria de personajes y de cosas tan grandes." En nota al pasaje en cuestión de Gracián, M. Romera Navarro (t. 3, pág. 271) señala una crítica a las historias de España en el *Pasajero* de Cristóbal Suárez de Figueroa (ed. Bibliófilos españoles, pág. 96) y una de Lope en su comedia *Las cuentas del gran Capitán*, ed. Acad., XI, 415: "Siempre fué España infeliz / en historiadores, siendo / cuya espada dió a las plumas / más levantados sujetos." Lope, además, escribe en el Canto IV de *La Dragontea*, octava 257 y sigs.: "¡Oh patria! ¡cuántos hechos, cuántos nombres, / cuántos sucesos y victorias grandes, / cuántos ilustres y temidos hombres / de mar y tierra, en Indias, Francia y Flandes, / no sabes cómo digas, cómo nombres / sus altas obras, ni sus vidas mandes / a los archivos inmortales fuertes / después de sus hazañas y sus muertes! // No es falta de escritores, patria mía; / que el Tajo, el Betis claro en sus arenas, / el Pisuerga, el Genil, y el Turia cría / cisnes que mueren por faltar Mecenas... / Pues que tienes quien haga y quien te obliga, / ¿por qué te falta, España, quien lo diga? // No se burlen las ínclitas espadas / de las humildes plumas destos Numas, / que las que tiene agora el mundo honradas / Dios sabe que lo deben a las plumas." Precisamente el que tanto Mariana como Lope asocien esta observación a sus problemas particulares (convicción pindárica de la inmortalidad de la obra literaria frente a la monumental en aquél, mecenatismo en éste) es prueba de que el hecho en sí, la insuficiencia de las historias, era evidente a todo observador.

> fama se escriue corrupta o mintirosa, en vano e por demás trabajan los manificos reyes

y todas las demás jerarquías valiosas de la sociedad, y aun teme Fernán Pérez

> un terrible daño: non digo el herror de la mentira, nin la injuria de los que la fama meresçen, mas lo que más grande es, que los que por la fama trabajan, desesperados de la auer quedarían, e se retraerían de fazer obras e actos nobles e virtuosos.[107]

Las palabras transcritas de Fernán Pérez de Guzmán parecerían, a primera vista, reconocer la fama que el historiador asegura como móvil en sí de acciones virtuosas, pero las inequívocas salvedades "cuanto al mundo," "los que por la fama trabajan," disipan toda engañosa apariencia. Fernán Pérez está muy anclado en la ortodoxia moral y religiosa, es muy austero y mesurado como para permitirse tales demasías.[108]

Aunque no parco en alabar hombres de armas y de letras (claro que escritores doctrinales —Séneca, Quintiliano, Orosio, Trogo Pompeyo, San Ildefonso, San Isidoro, San Leandro, Pedro Alfonso, el arzobispo don Rodrigo, Diego de Campos, Averroes y Maimónides— y, si poetas, latinos, como Lucano, Juvenco, Prudencio) no se presenta como otorgador de inmortalidad, antes como inferior a la tarea de dar gloria al héroe que la merece (*Loores*, 131), ni la implora para sí o para su obra, en contraste con la aspiración tácita en el Cronista de don Álvaro de Luna y altivamente expresa en el Prólogo de Mariana. Pues la pura ambición de fama, que el hombre antiguo y el caballero medieval hallan loable en sí, es para Fernán Pérez poco menos pecaminosa

[107] De igual modo, el "perjuizio grande del honor que se deue a los claros varones," cometido por las crónicas de Castilla, parcas en biografía individual, es lo que mueve la pluma de Hernando del Pulgar (*Libro de los claros varones de Castilla*, ed. J. Domínguez Bordona, Clásicos Castellanos, Madrid, 1923, pág. 6). Los cronistas de Indias, según amablemente me recuerda el señor Silvio Zavala, abundan en parejas profesiones.

[108] De igual modo, por más que exalta como ideal sumo la unión de "sciencia e cauallería," tiene buen cuidado de aclarar que su excelencia vale "quanto a la mundana gloria" (*Coblas de vicios e virtudes*, 325). Por esa neta división entre el verdadero fin y premio de la virtud y la fama, premio "cuanto al mundo," Guzmán, lejos de admirar el valor mostrado por don Álvaro de Luna en el cadalso, no esconde su desaprobación, pues, precisamente en trance de dejar este mundo, ese Condestable que había confundido en sus versos lo divino y lo humano no advertía lo errado de enderezar su conducta a un fin que estaba dejando tras sí (*Generaciones*, pág. 133): "ca, según los abtos que aquel día fizo e las palabras que dixo, más pertenesçían a fama que a deuoción."

que cualquier pecado capital, la codicia o la gula, por ejemplo, ya que, con idéntico error, erige sus medios en fines; así como Gautier de Châtillon y Juan Lorenzo de Astorga anotan a favor del héroe de sus poemas su ambición de fama, a la inversa, Fernán Pérez la fustiga en Alejandro, a quien contempla como encarnación de tan condenable vanidad (*Coplas de vicios e virtudes*, 146 e y sigs.):

vnos son della [cobdicia] tocados
por sola honor e gloria,
porque sea su memoria
en siglos perpetuados.
A este fin sólo tienden
si conquistan e si ganan,
quanto roban tanto espienden,
tanto esparzen quanto apañan...
Si Quinto Curcio non miente,
Alexandre el macedonio
déstos fué...

En la *Coronación de las quatro virtudes cardinales* (*Ibidem*, Nº 275, 45), Alejandro es la contrafigura de los guerreros virtuosos como Hércules, que luchan en beneficio de sus semejantes:

Hércules deificado
[fué] por la pagana gente,
porque gloriosamente
tales guerras ouo vsado,
Alexandre muy loado,
de claríssima memoria,
sólo codicia de gloria
lo triumpha laureado.

La misma antipatía le lleva a traducir en el *Mar de historias* (*ap. Generaciones*, pág. 155 y sigs.) una supuesta inscripción funeraria de Alejandro, obra de Demóstenes (!), que se vale del ejemplo del Rey para predicar sobre la vanidad de las grandezas humanas.[109] Hasta su serie ininterrumpida de victorias, pasmo de Gutierre Díez de Games, le empalaga. Fernán Pérez de Guzmán, derrotado en la vida pública, prefiere al invicto Alejandro, símbolo del ansia de la fama y de la fama lograda, un Fernán Gon-

[109] Existe traducción anterior en el *Libro de los enxenplos por a.b.c.* de Clemente Sánchez de Vercial (*Bibl. Aut. Esp.*, t. 51, CCXXV, pág. 502 y sig.) que comprende un dístico final no incluído en la traducción del *Mar de historias*.

zález o un Aníbal conocedores de los altibajos de la fortuna (*Loores*, 168):

> Saber de bien e de mal
> es comer miel e manteca;
> a veces, quien mucho peca
> es más espiritual.
> A mi más (me) plaze Anibal
> cayendo e levantando
> que Alixandre triunfando
> de la parte oriental.

Tal es la órbita del pensamiento de Fernán Pérez de Guzmán: por una parte, la fuerza creciente de la idea de la fama en su siglo, aun más allá de la esfera caballeresca, le mueve a justificársela con la autoridad de Salustio y de las Escrituras, hasta concebir su tarea de historiador-fijador de fama, tras la huella de Séneca, como un estricto deber de justicia. Por la otra parte, el ascetismo moral que le fuerza a justificarse la glorificación a la que otros coetáneos (el Cronista de don Álvaro de Luna, por ejemplo) se entregan con goce estético, le mantiene ajeno a toda vanidad literaria, y le impulsa a la censura del héroe en quien siglos de tradición habían visto al favorito de la fama.

El Marqués de Santillana

Grande es el contraste en su actitud ante la gloria entre los dos máximos poetas del reinado de don Juan II, Santillana y Mena, como resultado lógico de la honda divergencia que yace bajo su accidental semejanza. El Marqués, a pesar de su ávida ambición de ricohombre y de su no pequeña vanidad de aficionado a las letras, no demuestra sincera pasión de fama. Pero fiel a la moda literaria (en este punto como en tantos otros de su arte) y, sobre todo, dócil al creciente prestigio de la Antigüedad, menciona trivialmente la "clara fama," "la gloriosa fama" de cualquier personaje que quiere exaltar (Tito en los *Proverbios*, 64; la reina de Portugal en la *Comedieta de Ponza*, 41; don Juan II en las coplas "De tu resplandor, o Luna...," 10; la mozuela de Bores en la serranilla IX, 3) o ensalza a cualquier personaje declarándole deseoso de gloria (el rey Alfonso de Aragón en la *Comedieta de Ponza*, 29; la flota de Milán y Génova, *Ibidem*, 75) o exhortándole a ambicionarla: con motivo de la complicidad del futuro Enrique IV en la caída de don Álvaro de Luna, el Mar-

qués le dirige un programa político apenas velado por algún cumplido cortesano en el que figura el consabido exhorto ("De tu resplandor, o Luna...," 48). Exhorto y consejo reelaborados artísticamente en el consejo enderezado al mismo personaje cuando ya era rey *(Cancionero castellano...*, t. 1, Nº 207):

> Porque el largo vivir nos es negado,
> ínclito rey, tales obras fazed
> que vuestro nonbre sea memorado:
> amad la fama e aquélla temed.

De aquí se infiere el valor inmortalizador que la fama, como compensación de la brevedad de la vida, tenía para Santillana, también atestiguado en *El planto que fizo Pantasilea*, 12. Muy fugazmente atiende a la relación entre héroe glorificado y poeta glorificador, ya en la culta perífrasis, alusiva a la manoseada anécdota de Alejandro, que designa a Aquiles como "ese que tanto ensalçó / en su clara trompa Homero" [110] *(Diálogo de Bías contra Fortuna*, 72), ya en el ingenioso elogio del rey de Aragón, lamentando que no haya "poeta alguno, estorial nin orador," según reza el título, que le celebre (Soneto, *Ibidem*, Nº 186).[111]

Así como en estas poesías es el tono laudatorio de la composición el que trae consigo la halagüeña referencia a la fama, de igual modo en los poemas de tono edificante o elegíaco, el Marqués introduce la consiguiente reprobación ascética. Conforme a la relación presente ya en el *Conde Lucanor*, XLVI, y en el *Decir del nacimiento*, también Bías considera la fama como don caduco de Fortuna *(Diálogo de Bías contra Fortuna*, 3):

> *Fortuna.* ¿Puedes tú ser exemido
> de la mi juredicçión?
> *Bías.* Sí, que non he devoçión
> a ningund bien enfingido.
> Gloria o triunpho mundano
> non lo atiendo:
> en sola virtud entiendo,
> la qual es bien soberano.

[110] Palabras del *Canzoniere*, Nº 187, de Petrarca: *Giunto Alexandro a la famosa tomba / del fero Achille sospirando disse: / O fortunato, che si chiara tromba / trouasti e chi di te si alto scrisse!*

[111] Es oportuno recordar aquí los versos ya señalados de la serranilla IX, 3, si es que la promesa del caballero quiere decir que, mediante sus versos, dará a conocer la belleza de la pastora fuera de su lugarejo: "Por lo qual: 'Señora / (le dixe), en verdad / la vuestra beldad, / saldrá desde agora / dentre estos alcores, / pues meresçe fama / de grandes loores'."

Cf., más adelante, coplas 50 y 51. Desde la posición de Bías, el sabio estoico firme en la realidad de la virtud, Santillana pasa con fácil transición a la tradicional repulsa a la gloria mundana profesada por el ascetismo cristiano *(Diálogo...*, 141; cf. *El infierno de los enamorados*, 63), y semejante repulsa, sólo opuesta a la avidez de poderío y honras observada por el Marqués en la práctica, revela qué convencional es su formulación literaria del problema de la fama o, en otros términos, revela su escaso interés en el problema.

Juan de Mena

Como todo grande hombre, Juan de Mena anticipa, acentúa y concentra las tendencias de su época. Porque no es que fuese espejo objetivo, puro resonador de los tiempos: personalmente debió de tener nerviosa sensibilidad a la gloria; como hombre y como poeta, la mayor amenaza que pueda cernerse sobre su destino es la del olvido, el olvido de la posteridad o de la amada.[112] Ni una vez (salvo en el *Dezir sobre la justicia*, de atribución incierta[113]), presenta Mena la postura ascética de condena a la fama; ni una vez da a entender que su valor sea secundario comparado con la vida eterna que promete la religión, según se esperaría en poeta que hizo de la Reconquista una idea central de su poesía política. Exactamente como los trovadores en sus canciones de cruzada, Mena alinea sin marcar diferencia valorativa "la corona del cielo e la tierra" *(Laberinto*, 197 f),[114] cuando recuerda un caso in-

112 *Claro escuro (Cancionero castellano...*, Nº 16, penúltima copla): "Tiniebras de gran oluido / si no turbasen ni fama..."; comienzo de las famosas coplas amatorias *(Ibidem*, Nº 17): "¡Ay dolor del dolorido / que non oluida cuydado, / pues que antes oluidado / me veo que fallescido!"; otras coplas amorosas *(Ibidem*, 26): "según so puesto en oluido." Mena ha legado su doble horror al olvido, como artista y como enamorado, al divino Herrera (ver *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*. México, 1950, pág. 366 y sig.) y, quizá, a Lupercio Leonardo de Argensola, quien desarrolló en su soneto "No temo los peligros del mar fiero" el razonamiento implícito de que, si la fama póstuma da vida, el olvido póstumo es más grave que la muerte, pues anula hasta el efímero lapso de vida concedido: "Mal que tiene la muerte por extremo / no le debe temer un desdichado, / mas antes escogerle por partido. / La sombra sólo del olvido temo, / porque es como no ser un olvidado, / y no hay mal que se iguale al no haber sido." Cf. también el deseo de Lazarillo, al comienzo del Prólogo que tanto encarece el aliciente de la fama y la alabanza, de que sus sucesos "no se entierren en la sepultura del olvido."

113 Copla 29 y sigs.: "assy como bestia e cosa adormida / es quien no conosçe lo que ante ssy vee, / e en las mundanas glorias se revee / e la perfecçión de Dios se le oluida."

114 Cf. las coplas a don Álvaro de Luna (transcritas en su *Crónica*, ed. citada, pág. 286) en las que el poeta desea para el Condestable: "mucha gloria con gran fama / y en el çielo la corona."

dividual de heroísmo —el del mancebo Pedro de Narváez—, y principalmente en el enfático llamado a los nobles a abandonar las querellas intestinas para unirse en la Reconquista *(Laberinto,* 152 a y sigs.):

> O virtuosa magnífica guerra,
> en ti las querellas boluerse deuían,
> en ti, do los nuestros muriendo biuían
> por gloria en los çielos e fama en la tierra.

Muy significativos son los versos sobre la fama en las coplas a la saetada de don Álvaro, insertos en su *Crónica,* pág. 285:

> Pues por fazañas buenas [*sic*]
> se vos debe mucha gloria,
> rescibid vos la historia
> de vos mismo por estrenas,
> que es bien digna de memoria.
> La qual en toda Castilla
> durará fasta la fin,
> sin comerse de polilla,
> nin gastarse de orín...

Es transparente la alusión al Sermón de la Montaña (San Mateo, VI, 19 y 20 = San Lucas, XII, 33 y 34):

> No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan.

Con su típica desmesura sacroprofana, Mena reserva para el loor mundano del valido los términos con que Jesús ensalza la recompensa celestial de las obras pías por sobre los tesoros de la tierra. Ni siquiera cuando el programa político que había exaltado con toda vehemencia en el *Laberinto* se desploma con la caída de don Álvaro de Luna, y con brusco viraje el poeta se refugia en el concentrado ascetismo de la que había de ser su obra póstuma, acaba de desasirse de la tentación de la gloria. No sólo Mena ascético no tiene ánimo de condenar la gloria terrena, sino que, en la invocación del comienzo, reemplaza sencillamente las musas paganas por la gracia divina, que asume en este poema el papel de dador de gloria *(Coplas contra los pecados mortales,* 1 e y sigs.):

Tú, gracia de Dios infusa,
recuenta de tal vitoria
quién deue levar la gloria...

De sus no muy numerosas obras, el *Proemio* al *Libro de las claras e virtuosas mugeres* y las coplas conservadas por el Cronista de don Álvaro de Luna están destinados a ensalzar al Condestable, mientras la *Coronación* presenta a Santillana como dechado caballeresco en letras y armas. Su obra maestra, el *Laberinto de Fortuna*, apenas difiere de una "Casa de la Fama," concepción típicamente medieval en cuanto despoja a la historia de su esencial noción de tiempo para convertirla en visión simultánea de los grandes del pasado. Quizá la *Apocalypsis Goliae* (atribuída al Walter Map que lamentaba la escasa fama del presente, por culpa de los hombres de letras) sea su ejemplo más antiguo, así como los poemas de Petrarca, Chaucer y Juan de la Encina son sus más brillantes expresiones, y la literatura hispánica, con las obras de Juan de Castellanos, Camoens, Ercilla, Balbuena y Gracián es su dominio más duradero. Desde las primeras coplas del *Laberinto*, Mena consigna su propósito de rescatar del olvido las glorias españolas. La extensión del poema impide examinar por separado cada caso; baste como ejemplo representativo la respuesta de la Prouidencia sobre los destinos de don Juan II (271):

Será rey de reyes, señor de señores,
sobrando e venciendo los títulos todos
e las fazañas de los reyes godos
e rica memoria de los sus mayores;
e tal e tan alto favor de loores
sus fechos ylustres a tu rey darán,
que en su claro tienpo del todo serán
con él oluidados sus anteçessores.

La nota de que la gloria de don Juan II pondrá en olvido todas las glorias de los reyes de España se desarrolla en una reseña de la monarquía castellana (desde el mítico Gerión), que insiste a cada paso en la superioridad del rey actual (272 y sigs.):

Será Gerión con los oluidados,
será como muerta la fama de Çindo...
serán adormidos e non relatados
los fechos de Banba...

Será oluidado lo más de lo antigo
veyendo su fama creçer atán rica...
Fauila oluidado será en aquella ora...
Ante los suyos serán adormidos
los fechos del casto Alfonso el segundo...
la fama que fuere aqueste cobrando,
el quarto Alfonso que fué emperador
la yrá perdiendo...
Estonces veredes escura la fama
del brauo don Pedro...
veredes çessada la muy clara fama
de aquel don Enrrique, su bisabuelo...

Hasta los reyes más caros al poeta por el éxito de sus armas reconquistadoras retroceden en el par de versos que concluye su recordación, para ceder el paso a la pujante gloria de don Juan II. Así, las coplas 275 y 276 que detallan los éxitos de Alfonso I reanudan al final la lisonja del soberano reinante (276 f y sigs.):

mas quanto tú oyes que fizo aquel rey...
será con lo déste jamás oluidado.

Y lo mismo las coplas 281 a 286, en honor de San Fernando y Alfonso el Sabio, y las 288 y 289, que celebran a Alfonso XI. En el bien meditado poema, que no pierde coyuntura de llover grandiosas alabanzas sobre el pusilánime rey,[115] Mena se esfuerza en sobrepasarse a sí mismo particularmente al final: en lugar de las alabanzas sencillas que cierran cada círculo, alabanzas dobladas, pues elogia a don Juan II destacando su gloria sobre la de sus predecesores; y en lugar de señalar con cumplidos el deber de apoyar tal virtud e impugnar el vicio contrario, recalca una vez más entre promesas de gloria (296 y sig.) la misión regia: consumar la Reconquista y consolidar el poder real.

Ni clérigo ni gran señor, Mena, el primer poeta castellano dominado por la conciencia de su oficio, hace valer en sus versos cuanto sobre la fama se había pensado dentro de la esfera profana de la Edad Media en lengua vulgar, y también lo que antes sólo podía decirse en latín. Toda una teoría de la fama se encuentra esparcida en sus obras, y expuesta con una minuciosi-

[115] Coplas 1, 142, 221; versión áulica de la fracasada ofensiva contra Granada, copla 148 y sigs., y de los vergonzosos episodios de la guerra civil, copla 154 y sigs., y sobre todo la invocación al final de cada círculo (coplas 81, 98, 114, 134, 212 y 230) en la que alternan loores y preceptos.

dad e insistencia que sabe a no sé qué de primitivo, tanto por el didacticismo racionalista y machacón, brote de la enseñanza escolástica, como porque su valoración de la fama es novedad todavía no arraigada en el pensamiento general, y, por eso, necesitada de aclaraciones y repeticiones. Ante todo, por gloria entiende mucho menos el homenaje de los contemporáneos (tan grato a un señor feudal como don Juan Manuel) que el recuerdo de la posteridad, la "memoria durante" (*Laberinto*, 141h), la "memoria gloriosa" (*Laberinto*, 146e), la "rica memoria" (*Laberinto*, 271d). En el sexto círculo halla el poeta "las ynsines gentes / de los que non muere jamás su memoria" (*Laberinto*, 220cd); las sillas reservadas para los autores coronados por las Musas dan "vida en los passados" (*Coronación*, 32j). Las mujeres venideras, agradecidas al *Libro* del Condestable, solemnizarán (*ed. citada, Proemio*, pág. 18a):

> el magnífico nombre vuestro con alabanzas deuidas, porque en memoria siempre duradera, por fama gloriosa, los vuestros títulos inmortales puedan quedar e permanesçer.

En el Prólogo de su *Comentario a la Coronación* Mena articula, al arrimo de Séneca y Valerio Máximo, su doctrina de la fama: elogiar al que lo merece redunda en gloria del elogiador; si aun entre los más humildes oficios existe el apetito de gloria, natural es que exista en los altos. La fama es móvil del esfuerzo, y el deseo mismo de gloria es para Mena, como para el *Alexandre* y el *Fernán González*, mérito en sí, contra la opinión ortodoxa tan enérgica y claramente sentada por San Agustín y Santo Tomás. De ahí el elogio del Condestable en el *Proemio* de su *Libro* (ed. citada, *ibidem*):

> E bien se muestra que el vuestro muy claro e sotil engenio presenta las imágenes de aquesta gloria cada día delante los vuestros ojos; por la qual conseguir e merescer, los trabajos vos son descanso, los cuydados reposo e los peligros serenidad. ¿Qué más sino que por aquésta es de vos la vida muchas veces menospreciada e la muerte poco temida? El deseo de aquesta gloria voz fizo ser animoso en las batallas, reposado en los consejos, leal en los servicios, firme en las adversidades e virtuoso en todas cosas.

A su vez, la fama, al pregonar nombres y hazañas ilustres, cumple una misión ejemplar —muy a gusto del didacticismo medieval—, pues induce a los hombres futuros a imitar tales hechos

por su amor. En la "silla de ymaginería" el poeta ve labradas las proezas y virtudes de los reyes castellanos *(Laberinto*, 145gh):

> porque los tales tú, Fama, publiques
> e fagas en otros senblantes provechos.

Después de la muerte de don Álvaro, no les quedará a sus envidiosos *(ed. citada, Proemio, ibidem)* sino el ejemplo de sus hazañas, que les servirá de lección y correctivo.

Es fácil comprender la delicia con que este intelectual, ávido de recuerdo póstumo, contempla el despliegue de su pasión en sus venerados autores latinos. En el Prólogo del *Comentario a la Coronación* cita, según San Jerónimo, la anécdota de los gaditanos que acudieron desde su remota patria hasta Roma sólo por ver a Tito Livio; aduce textos de Séneca y Valerio Máximo y, al final de la obra, inserta el "envío" de las *Metamorfosis*. Pero aun sin las citas textuales se percibe que el no disimulado apetito de fama es para Mena un mérito más de la prestigiosa Antigüedad. Los romanos sí sabían dar la debida honra a la virtud, es su comentario (recogido, como ya se ha visto, por el cronista de don Miguel Lucas de Iranzo) a la leyenda castellana de doña María Coronel *(Laberinto*, 79e-h):

> ¡O quirita Roma, si désta sopieras,
> quando mandauas el grand vniuerso,
> qué gloria, qué fama, qué prosa, qué verso,
> qué tenplo vestal a la tal le fizieras!

El tópico, frecuente en latín desde Horacio, de la envidia que sólo perdona al varón ilustre después de su muerte, hace su primera aparición en castellano en los versos del *Laberinto* que concluyen el elogio de la Reina de Aragón (78gh):

> Pues piensa qué fama le deue la muerte
> quando su gloria la vida non calla,

versos, por cierto, difíciles de entender si no se tiene en cuenta ese tópico, claramente desarrollado en el Proemio del *Libro de las claras e virtuosas mugeres*, a propósito de la fama póstuma del Condestable *(ed. citada*, pág. 18a):

> Entonçes, muy bien auenturado señor, en mayor grado será loada vuestra virtud, e más extendida la gloria de vuestra fama, ca los enbidiosos aduersarios, después de vuestro largo número de días, no

> les quedará materia con que la pasión del inuidia los pueda tormentar, saluo glorioso enxenplo en vuestras fazañas, para se meiorar e corregir, pues ¿qué mayor gloria puede ser la vuestra, bien afortunado señor, que de cierto saber que la menor gloria de las que abéys de aber es la que oy tenéis?

Pero la más importante contribución de la "quirita Roma" al enriquecimiento de la teoría de la fama es la que lleva a Juan de Mena a exaltar —por primera vez en lengua castellana— el papel del artista. Claro es que en última instancia el resorte decisivo en tal exaltación es la peculiaridad individual de Mena y de su época. Como se ha visto, Jean de Meung en el siglo anterior, tan celoso de la preeminencia social del *clerc* y, a buen seguro, no inferior a Mena en su latinidad, no osa hablar de la propia fama o de su poder de otorgarla. Pero la generación de Mena ya tiene tras sí a Petrarca, coronado en el Capitolio, y a los humanistas que reviven las orgullosas jactancias de los poetas romanos. La mayor parte de los poetas españoles del siglo xv, aunque muy devotos de la Antigüedad, se mantienen como Santillana en las líneas tradicionales. No así Mena; abundan en su obra los testimonios de una arrogante conciencia de su valor,[116] lo que explica que se haya asido al ejemplo autorizado de la Antigüedad para satisfacer la viva ansia de reclamar para sí y para su obra la fama que hasta entonces el poeta castellano sólo podía otorgar objetivamente a santos o a héroes. La tutela antigua aparece clara al final del *Comentario a la Coronación*, sirviendo de apoyo a la ambición del poeta:

> E si ordenadamente prosigue ["mi escriptura"] la cuenta de los largos años, será ella vida de gloriosa conmemoración, estendiéndose por las bocas de las comarcanas regiones, porque yo pueda cantar con aquel Publio Naso, en el fin del quinzeno [libro de las *Metamorfosis*] diziendo: *Ore legar populi, perque omnia saecula fama, / si quid habent ueri uatum praesagia, uiuam.*

También en el *Laberinto*, 106ab, parece que el famoso epitafio

[116] No hallo en el resto del *Cancionero castellano del siglo XV* otra declaración como la que remata su súplica amorosa (Nº 20): "Yo vos suplico y vos ruego / me libredes desta pena, / ca si muero en este fuego, / no quiçá fallaréys luego / cada día vn Juan de Mena." Característico es también su reto de poeta de cenáculo *(Laberinto*, 33 e-h): "las quales ["mis razones"] ynclino so las correcçiones / de los entendidos, a quien sólo teman, / mas non de grosseros que sienpre blasfeman / segund la rudeza de sus opiniones," o su introito magistral *(Comentario a la Coronación*, Preámbulo Segundo): "Sepan los que lo ignoran..."

de Ennio, *uolito uiuos per ora uirum* ha guiado la declaración de Macías:

> Amores me dieron corona de amores
> por que mi nonbre por más bocas ande.

En lógica consecuencia, junto con la aspiración a la inmortalidad, Mena también reasume para sí y para sus colegas —asimismo por primera vez en lengua castellana— el papel de los poetas antiguos en la fijación y transmisión de la fama, ya desde las pomposas invocaciones del comienzo del *Laberinto* (3e y sigs.):

> leuante la Fama su boz ynefable,
> porque los fechos que son al presente
> vayan de gente sabidos en gente,
> oluido non priue lo que es memorable.

La copla siguiente explica, reservándola con sabio énfasis para el verso final, la causa última de tal olvido, que no depende, por cierto, de que las proezas españolas fuesen inferiores a las de los Escipiones y Agenóridas (4a y sigs.):

> Como non creo que fuessen menores
> que los africanos los fechos del Cid,
> nin que feroçes menos en la lid
> entrassen los nuestros que los Agenores.

Pero las deslustra el olvido porque —revela solemnemente Mena coincidiendo con la queja de Fernán Pérez de Guzmán— no hay autores que las celebren (4e y sigs.):

> Las grandes fazañas de nuestros mayores,
> la mucha costancia de quien los más ama,
> yaze en tinieblas dormida su fama,[117]
> *dañada de oluido por falta de autores.*

Apasionadamente formula Mena la misma convicción en la apología de Homero que escribe contra secuaces y detractores, al subrayar su papel de creador de la leyenda troyana (*apud* J. AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia crítica de la literatura española*, Madrid, 1865, t. 6, pág. 36):

[117] El primer hemistiquio es eco literal del *Pro Archia*, VI, 14: *quae iacerent in tenebris omnia, nisi litterarum lumen accederet*. Cf. más arriba los versos citados del *Claroscuro*: "Tiniebras de gran oluido / si no turbasen mi fama...," y la declaración de don Álvaro de Luna en su *Libro de las claras e virtuosas mugeres*, ed. citada, pág. 20b.

> ¿Qué sopyera Guydo[118] e aun los otros todos de quien él rebuscó para escribir si ovo sydo Troya, sy por la seráfica y casi divinal obra de Homero como de original non lo oviese avido?... Ca non fué más desastrada la postrimería de Príamo de quanto Homero quiso, nin Héctor más llorado, nin enamorado Paris, nin Archiles más famoso, nin más prudente Néstor, nin Ulises más astuto nin Ajas más osado, nin el Ilyón más fermoso, nin los puertos más llenos de fustas, nin de tiendas los reales, nin los templos de sacrificios, de quanto la rica pluma de Homero, por sabia mano ministrada, quiso moderar o perpetuar.

Es curioso que, merced a estas líneas, Mena entronque (no sólo por el motivo homérico sino por el corte mismo de sus frases) con una de las primeras reflexiones sobre la fama literaria en el ya citado idilio de Teócrito a quien no nombra en parte alguna de su obra, que yo sepa, y que es muy dudoso conociese, siquiera en versión latina. Curioso también es que el deseo y meditación sobre la fama literaria, que en los siglos medios sólo podían expresarse en latín, pase por primera vez al romance precisamente por obra del secretario de cartas latinas de don Juan II: a tal punto había cobrado existencia un público lego, pero lo bastante culto como para ponerse en situación de simpatía con los sueños y afanes del autor, posición inconcebible en los oyentes de *Mio Çid* y del *Alexandre*.[119]

[118] Guido delle Colonne, Juez de Mesina, quien compuso, a mediados del siglo XIII, la *Historia destructionis Troiae,* versión latina libre del *Roman de Troie* de Benoît de Sainte-Maure.

[119] Ofrece un interesante paralelo al pensamiento de Mena y sobre todo al de su apología de Homero, la famosa carta de Alfonso V de Portugal a su protegido, el cronista Gomes Eanes de Azurara. Por una parte, el Rey sitúa el mérito de los hombres de letras por debajo del de los hombres de armas pero, por la otra, apunta —y no como mera posibilidad— a los casos en que el talento del escritor ha creado el valor de la hazaña e insiste, en consecuencia, en que es deber de los príncipes honrar a sus cronistas *(Crónica da tomada de Ceuta,* ed. de Esteves Pereira, pág. 305): *Não é sem razão que os homens que têm vosso cargo sejam de prezar e honrar, que despois daqueles principes ou capitães que faxem os feitos dignos de memória, aqueles que depois de seus dias os escreveram muito louvor merecem. Bem-aventurado dezia Alexandre que era Aquiles, porque tevera a Homero por seu escritor. Que fora dos feitos de Roma se Tito Livio os não escrevera, e Quinto Cúrcio os feitos de Alexandre, Homero os de Troia, Lucano os de César, e assi outros autores? Muitas cousas estes fizeram, as quais não são tão dignas de memória, quanto são doces de ouvir e ler polo bom estilo en que foram escritas... Muitos são os que se dão ao exercício das armas e mui poucos ao estudo da arte oratória; assi que, pois vós sois nesta arte assaz ensinado e a natureza vos deu mui grão parte dela, com muita razão eu e os principes de meus reinos e capitães devem de haver a mercê que vos seja feita por bem empregada...*

Mena no disimula la importancia que tiene a sus ojos la participación del poeta en la creación de la fama. Gloria y obra artística vienen a ser equivalentes, como en los ya citados versos del *Laberinto*, 79e-h, en que proyecta en la Roma ejemplar la justa recompensa de doña María Coronel, o en los de la *Coronación*, 360 fg, en que designa a los autores de preclaras obras literarias como los que merecieron los asientos honoríficos de las Musas. Claro es que sólo al verso excelso ha sido deparado el poder de vencer el tiempo y el olvido, y por eso el poeta trata de conciliarse el favor de las divinidades que presiden a su hechura (*Laberinto*, 2h, 3a, 3e, 6b, 141a y particularmente 141e y sigs. y 188f y sigs.):

> Dame tú, Palas, fauor ministrante:
> a lo que se sigue depara tal orden
> que los mis metros al fecho concorden
> e goze verdad de memoria durante.
> .....
> Fama sus alas doradas leuante,
> porque la vida de aquéste se cante
> jamás por el modo que nos cantaremos.

La invocada Fama es aquí apenas más que la personificación de sus propios versos inmortalizadores, mientras en la *Coronación*, unos seis años anterior, el poeta se siente objetivamente distinto y le implora en dos artificiosas coplas no ignorar "los que son / o fueron en este mundo." Pues, en efecto, la confianza en su propio verso inmortalizador crece de este a aquel poema. En la *Coronación*, Mena asiste en visión al homenaje que las Musas rinden al marqués de Santillana; en el *Laberinto*, Mena deja a un lado —en lo que a la gloria se refiere— el papel medieval de narrador de una visión, para asumir la postura clásica del poeta que promete eternidad a cuanto toque la vara mágica de su verso (*Laberinto*, 186e y sigs.; 208e, y sigs.):

> Si fe merecieren mis versos trobando,
> jamás la tu fama, jamás la tu gloria
> darán a los siglos eterna memoria:
> será muchas vezes tu muerte plañida.
> .....
> ¡Si fe merecieren mis versos trobando,
> jamás en los siglos será muy perfeto

el nonbre famoso de aquel buen eleto,
que bien yo non puedo loar alabando.

Mena ha expresado aquí su propio pensar con elementos virgilianos *(Eneida*, IX, 446 y sigs., X, 791 y sigs.) aunque reinterpretándolos conforme al espíritu de sus otros dos poetas favoritos, Ovidio y Lucano, orgullosamente conscientes de su papel de consagradores del mérito ajeno. Pues ni ha mantenido la duda y modestia virgilianas, ni ha insertado mecánicamente en sus versos un ornamento inactual. El poeta castellano está de veras estremecido de la responsabilidad de su misión; al acercarse a las ruedas de Fortuna, su conciencia le amonesta por boca de su guiadora (61d y sigs.):

mas sey bien atento en lo que te digo,
que por amigo nin por enemigo,
nin por amor de tierra nin gloria,
nin finjas lo falso nin furtes estoria,
mas di lo que ouiere cada qual consigo.

Escrúpulo no de ser parcial sino de parecerlo le veda elogiar a su ciudad natal (124), como con debidas precauciones la había elogiado en la juvenil *Coronación*, 37, y en su *Comentario*, mientras, por otra parte, el mérito evidente (de don Juan de Mayorga, por ejemplo) le fuerza al elogio (188 a y sigs.):

Las claras virtudes, los fechos estremos,
la biua vitoria que Mares otorga
al conde bendito don Juan de Mayorga,
razón non lo sufre que nos lo callemos.

Pero si en la mano del poeta está el conceder gloria eterna, igual poder tiene para castigar con perpetua infamia *(Cancionero castellano...*, Nº 19):

Jamás no fenescerá
la fama cruel que cobras,
biua verdad que dará
testimonio de tus obras.

Además, la exhortación de la Providençia a la veracidad *(Laberinto*, 61e-g) insinúa la posibilidad —que Ariosto había de desarrollar magníficamente— de que el poeta, en efecto, pueda no ser veraz, y quedar la fama librada a su incierto albedrío. ¿No alteró Virgilio caprichosamente la historia de Antenor y Eneas,

que pactaron a traición con los griegos, según documenta el veraz Dares? Cf. 89e, y sigs.:

> yazes açerca tú, vil Antenor,
> triste comiençó de los paduanos:
> allí tú le dauas, Eneas, las manos,
> avnque Virgilio te dé más onor.[120]

También es Virgilio, infamador de Dido (de quien, por fortuna, Justino transmite la verdadera e irreprochable historia), el inspirador de la mala conducta poética del Mena juvenil, que remuerde la conciencia del Mena ascético de las *Coplas contra los pecados mortales*, 9ab:

> A Dido con otras gentes
> enfamo muchas vegadas...

Elocuente índice del amor de Mena a la fama es la frecuencia con que la asocia con la luz. El poeta, sensible en el *Claro escuro* a las "tinieblas de gran oluido," indignado en el *Laberinto* de que la gloria de hazañas no celebradas "yaze en tinieblas," dolido en el *Comentario a la Coronación* de que el tiempo destruyera "por tinieblas de olvidança" el linaje de Safo, ve como luminosa la fama y cuanto goza o merece gozar de ella: un rostro hermoso (21g, 22e), la memoria del fundador de la dinastía (290e), los héroes consagrados por la historia romana (216b), las hazañas militares (188a, 275b), las santas coronas que la virtud plebeya gana a la linajuda (80g)[121] y, sobre todo, los artí-

[120] Con versatilidad medieval, ducha en extraer múltiple moraleja —aunque mutuamente exclusiva— de un mismo ejemplo, Gómez Manrique, fiel secuaz de Mena, ve en el mismo caso la loable facultad del gran poeta de convertir lo malo en bueno *(El planto de las virtudes e poesía por el marqués de Santillana, Cancionero castellano...*, copla 114 f y sigs.): "Que por el buen escritor / fué tomado en grand loor / el reproche mucho feo / de que Dayres fizo reo / al amigo de Antenor." Tanto Mena como Gómez Manrique apuntan al cap. XXXIX *De excidio Troiae* en que Dares habla de la intriga secreta de Antenor, y de cómo éste persuade mañosamente a Eneas a pactar con Agamenón.

[121] No obstante la real simpatía de Mena por los humildes, a tono con su aspiración humanista y la *noua deuotio* a la que parece inclinado, en estos versos el poeta sigue escrupulosamente adherido a la concepción medieval de la sociedad: los villanos pueden ganar corona en el cielo, la ciudad de Dios donde ya no existen las castas inherentes a la sociedad humana; pero en ésta la gloria es gaje de caballeros y clérigos (80 c y sigs.): "Sus nonbres oscuros esconde la Fama / por la baxa sangre de su naçimiento: / mas non dexaré dezir lo que siento, / es a saber, que las baxas personas / roban las claras e santas coronas." La observación emana, por cierto, de Plinio el mozo (también a propósito del heroísmo conyugal de una mujer, VI, 24), pero Mena la adapta, con sentido enteramente diverso, al pensamiento sociológico medieval.

fices de la fama, los sabios y poetas, huéspedes de la orden de Febo, se mueven a un ambiente de luminosidad ideal: los "claros maestros" de teología (117b) abren la brillante cohorte; entre los oradores, el compatriota español recibe doble destello (119 gh):

> e vimos la *lunbre* del *claro* tesoro
> de nuestro retórico Quintiliano.

Entre los "prefulgentes" (125e) que cultivan las ciencias en los tiempos del poeta, el *Laberinto* celebra uno solo, "aquel claro padre" (127a), don Enrique de Villena. Gloria y luz son términos coextensivos: el poeta asocia sus más caros afectos en el verso que tan bien perfila su idea épica: "loor de los reyes de España la clara" (220 f). Al fin, no entendió mal a Juan de Mena el autor de la comedia *Próspera fortuna de don Álvaro de Luna y adversa de Ruy López de Ávalos* (fuese Tirso o quien se cobijó bajo su nombre), cuando le hace entrar en escena redondeando con una rima cabal la pregunta irónica del bufón *(NBAE,* t. 4, pág. 272 b):

> —Entrad, señor Juan de Mena,
> que sois hombre muy sonado;
> pero ¿cuánto habéis ganado
> a este oficio?
> —Fama y buena.

Don Pedro de Portugal

Satélite de la corte literaria de don Juan II es el Condestable don Pedro de Portugal. Sus obras —salvo el poema *De contempto del mundo* cuya tónica imponía el rechazo de los valores mundanos— muestran positiva apreciación de la fama. En las coplas de arte mayor y menor que concluyen su juvenil *Sátyra de felize e infelize vida,* ostenta a su señora la eternidad de la fama para que cese en sus rigores *(Opúsculos literarios de los siglos xiv a xvi,* ed. A. Paz y Mélia. Bibliófilos españoles, Madrid, 1892, pág. 91 y sigs.):

> No fenezca vuestra fama
> que vuela por toda parte...
> y la gloria verdadera
> no ser debe refoída.
> .....

Mirad, pues, los títulos de gran dinidat
que ganan aquellas que son piadosas...
don no mortal de inmortal gualardón,
vertud preciosa más de quantas son
y fama felice jamás duradera...
.....
¡O quántas fueron loadas
por ser pías e humanas...!
Sus famas muy duraderas
durarán siempre in eterno...
No muera vuestro cativo:
viva la fama luziente...

En la *Tragedia de la insigne reyna doña Ysabel,* el Condestable propone como pío deber, en la primera copla, eternizar la memoria de su hermana (ed. de C. Michaëlis de Vasconcellos, Coimbra, 1922, pág. 65):

...tus plantos dexados, la fabla despierta
por que mi tragedia puedas explicar
e la clara fama no se quede muerta,
mas dure por siempre pues deve durar.

Al comparar más adelante la caída de su propia casa con desgracias análogas de la mitología y la historia clásicas, recuerda como máxima calamidad que la "ciega dueña" (o sea, la Fortuna) suele echar por tierra ilustres príncipes "e lo que más es, las sus claras famas quasi de todo punto destroyr con la grande altesa e tendido nombre de otros" (pág. 71).

Jorge Manrique

Es representativo del desconcierto del reinado de don Juan II que Mena, secretario del Rey, cronista y, en cierto modo, poeta oficial, hable tanto de la gloria entendida de modo puramente profano y tan poco de la gloria como bienaventuranza ultraterrena. En la generación siguiente, el poeta en quien culmina la lírica cortesana del siglo xv restablece el equilibrio ortodoxo al demarcar aquellos tres órdenes de vida ya separados en el *Somnium Scipionis* y comentados por Macrobio, y al admitirlos con valoración gradual, típica del sincretismo práctico de la Edad Media. Jorge Manrique, aunque marcadamente ascético en la primera parte de su elegía (coplas 15 y 23), no deja dudas en cuanto a la preferencia que se debe a la fama sobre los restantes bienes de fortuna (*Cancionero castellano...*, t. 2, pág. 233, copla 34g, y sigs.):

y pues de vida y salud
feziste tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sofrir esta afruenta
que vos llama.

No se os faga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáys,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dexáys.

Muy solícito de que no se falsee su ortodoxia —lo que sería harto excusable en el lector habituado a la confusa hipérbole de los poetas coetáneos de Juan II y Enrique IV—, Jorge Manrique se apresura a asentar claramente el valor relativo de esta larga vida de fama que su padre deja en la tierra, y a insistir, con detenimiento proporcionado a su importancia, en el definitivo vivir, para cuyo logro ni cuenta siquiera el mérito literario, tan valioso para la generación de Mena. Muy lejos estamos de las *Coronaciones* y *Triumphos*. Arraigado en la más recia tradición, Jorge Manrique no piensa sino en las dos castas prestigiosas de la tripartición de la sociedad: oradores y defensores, y de estos últimos es arquetipo don Rodrigo Manrique, convenientemente exaltado del noble adocenado e intrigante que fué en vida, a la imagen esquemática del reconquistador devoto que el pueblo castellano estaba hecho a venerar[122] (copla 35 y sigs.):

Avnque esta vida de onor
tanpoco no es eternal
ni verdadera,

122 Más difícil era, según se ha señalado, acoger la figura nueva del estadista (máxime si de linaje humilde, como don Álvaro de Luna). También era novedad celebrar poéticamente la Reconquista como empresa de unidad política, conforme la entendía Juan de Mena. Jorge Manrique, cualesquiera hayan sido sus razones, evita todo apartamiento de la concepción tradicional y popular del guerrero-cruzado castellano. Vale la pena, para justipreciar cómo reelaboró la biografía de su padre, contrastar la reseña histórica de los hechos de don Rodrigo Manrique (por ejemplo, en la edición de A. Cortina, Clásicos Castellanos, Madrid, 1929, pág. 13 y sigs.) con la intencionada vaguedad de las *Coplas:* reticencia inicial (25g y sigs.), gracias y virtudes agrandadas por ponderaciones admirativas (26) o por referencias a los arquetipos antiguos (27 y 28), hechos de armas patéticamente encuadrados por sus abnegadas hazañas de Reconquista (29 y 33), confirmadas en las últimas palabras de la Muerte (37). La acomodación de la turbulenta biografía a la vida ejemplar de "caballero famoso" equiparable a Fernán González o al Cid queda cumplida con sutil perfección.

mas con todo es muy mejor
que la otra tenporal
perescedera.

El biuir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales...,
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros,
los caualleros famosos[123]
con trabajos y aflicciones
contra moros.

Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramastes
de paganos...,
partid con buena esperança
que estotra vida terçera
ganaréys.

Así, el máximo poeta castellano anterior a Garcilaso, de pensamiento no sólo impecablemente ortodoxo sino también identificado con el de la mayoría no tocada por novedades políticas o literarias, demuestra cómo la idea corriente sobre la reacción de la Edad Media a la fama no es errónea en conjunto, aunque sí necesita formulación más cautelosa. El material reunido, que en modo alguno pretende ser exhaustivo, permite afirmar que la actitud ascética, más importante en la Edad Media que en ningún otro período de la historia europea, desecha el afán de fama coetánea y póstuma. No así la actitud caballeresca y cortesana, con su inherente imperativo de honor, la cual inspira en gran parte la literatura profana y merced a accidentales estímulos —tal la exaltación humanista de las letras antiguas— expande su ansia de gloria, confirma su proyección en el futuro y hasta concede que la expresen en propio nombre y para sus propias obras los artistas, que antes no habían pasado de voceros impersonales de santos y héroes.

Nuevos factores de vida y pensamiento hacen más variada y

123 Nótese la propiedad de los sencillos epítetos: "buenos religiosos," "caballeros famosos." Manrique da por sentado que la fama es un atributo del perfecto caballero y, posiblemente, sólo de él. Análogamente en la *Danza de la muerte* en latín, impresa por Guyot Marchand en París, 1940 (ed. facsimilar, Washington, 1945), al oír el fatídico llamado, el Caballero *(miles)* señala como primer mérito suyo *tantum famatus / pridem fui.*

explícita la afirmación de la idea de la fama al comienzo de la Edad Moderna, de tal modo que la notoria avidez de fama de esta época no es sino el término[124] de una evolución continua a partir de la Edad Media y no un reanudar vínculos con la Antigüedad tras un corte con el inmediato pasado medieval. Lo cual, como es bien sabido, sucede en no pocos aspectos del Renacimiento.

[124] Particularmente en España, donde la concepción de las tres vidas, tal como la formula Jorge Manrique, es perfectamente válida para el Siglo de Oro. Véase Amado Alonso, *Don Quijote no asceta, pero ejemplar caballero y cristiano*, *NRFH*, II (1948) pág. 341 y sig., a propósito de las muy ortodoxas declaraciones de don Quijote, II, 8.

ADICIONES

A la pág. 85:

Probablemente a la zaga de esta modalidad de Prudencio, el amor a la fama y su consagración literaria asoman por entre la retórica de los hagiógrafos, disimulándose so pretexto de proponer ejemplos de conducta. Sirvan de muestra la anónima *Passio Sancti Seueri, episcopi Barcinonensis (España sagrada*, t. 29, págs. 368-371), y muy especialmente la *Vita uel passio Sanctae Eulaliae Barcinonensis*, que compone hacia 1106 Reinaldo de Barcelona (*Ibidem*, págs. 375-390). Véanse algunas declaraciones del Prólogo de esta última:

> *Sanctorum ergo... patientia et aeternae uitae illorum mater, mors horaria, pulcherrimi decoris latinae eloquentiae digna est memoria. Illorum namque recolendus est actus, et ueneranda praelia, dum in sancta a fidelibus recitantur Ecclesia, augent fidelibus in fide Christi constantiam...*

A la pág. 95:

Una de las más interesantes imitaciones de Boecio escritas en España es el tratado *De consolatione rationis*, redactado a mediados del siglo XII por un desconocido Pedro de Compostela. El autor dialoga con varias personificaciones y sobre todo con la Razón, quien le exhorta ascéticamente a no satisfacerse con la gloria terrena. Así, a través de la *Consolación* de Boecio, II, prosa 7, llega claro el eco del ciceroniano *Somnium Scipionis* (ed. P. Blanco Soto en los *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, VIII, 4, 1912, 64):

> *Non eum [animum tuum] sinas terram intueri, cuius quidem concipio latitudinem caelo coopertam. Qui putalem [punctualem?] obtinere locum enarrasset [enarrauit?], eius minimam a nobis particulam edocuit possideri, nec in hanc totam alicuius gloriam posse defendi, cum transcendere Caucasum montem Romani nominis fama non ualuit. Hac nec in parte compos dissuasor edixit aeternitatem nominis posse durare, cum modo adustione, modo obliuione terrarum diuturnitati suscendat [succedat?] occasus; et sic ab eo terrae breuitas tam diligenter ascribitur [describitur?] ut paruipendendum habitum famae uir fortis intelligat, quod in tam paruo magna esse non potest.*

Quamobrem affinior cognatiorque supernis, uotis felicioribus amplecteris ac [haec?], cum sola ad caelum facie humana effigies uideatur erecta.

A la pág. 103:

Sin que pueda equipararse a San Agustín ni a Santo Tomás por la originalidad o vigor de su pensamiento, no dejó San Isidoro de ejercer gran influjo mediante sus *Etimologías* y sus obras menores. La más retórica de éstas, la llamada *Synonyma* o *De lamentatione animae peccatricis* —que moldeó la prosa artística española desde San Ildefonso de Toledo hasta fray Antonio de Guevara—, contiene varias opiniones negativas sobre la gloria, inspiradas en el tantas veces citado pasaje de Boecio, II, 7. Exactamente como su modelo, San Isidoro sostiene que el aplauso popular nada vale, pues no es el vulgo sino la propia conciencia el recto juez de nuestras acciones (Migne, *Patrologia latina*, t. 83, libro, II, § 42):

Caue autem gloriam popularem... Non ideo te bonum existimes si bonus praediceris; ... discerne te tuo, non alieno iudicio; ... nemo magis scire poterit quis sis, sicut tu, qui conscius es tui...

Además, esa vanidad no es compatible con la aspiración a la gloria verdadera, la del cielo (§ 94):

Nemo potest amplecti Dei gloriam simul et saeculi; ... Difficile, immo impossibile est... ut in utroque saeculo sit primus, ut in terra et in caelo appareat gloriosus...

Pero sobre reprobable, la gloria terrena es quebradiza y perecedera. San Isidoro lo destaca preguntando, como el metro 7 de Boecio y varios pasajes bíblicos (Sabiduría de Salomón, V, 9; Baruc, III, 16 y sigs.), por los grandes de la tierra, que han desaparecido sin dejar rastro (§ 91):

Breuis est huius mundi felicitas, modica est huius saeculi gloria, caduca est et fragilis temporalis potentia. Dic ubi sunt reges? ubi principes? ubi imperatores? ubi locupletes rerum? ubi potentes saeculi? ubi diuites mundi? Quasi umbra transierunt, uelut somnium euanuerunt. Quaeruntur et non sunt...

La condena se resume en una enérgica imagen que con elegante simetría realza lo amargo de la renuncia (§ 95):

... mundi gloriam tanquam mortuus non aspicias... Contemne uiuens quae post mortem habere non potes...

A la pág. 147:

Véanse otros ejemplos de la alabanza del presente en L. ARBUSOW, *Colores rhetorici*, Gotinga, 1948, pág. 98. También es preciso recordar que con mucha frecuencia los historiadores medievales consignan en el exordio de sus obras su concepto de la historia como presentación de dechados morales, encareciendo su función de fijar el verdadero mérito: cf. ARBUSOW, pág. 97, para ejemplos de historiadores germanolatinos. En España, la *Historia Compostellana*, escrita a principios del siglo XII por encargo de Diego Gelmírez, declara en el Prólogo del libro I (*España sagrada*, t. 20, pág. 3):

> *Patres antiqui, de instructione et eruditione posterorum soliciti, regum atque ducum gesta necnon uirorum illustrium probitates et industrias, paginae commendare consueuerunt, ne diuturna uetustate aut longis temporum interuallis abolita in foueam obliuionis labefierent. Idcirco autem ea nequaquam obliuioni tradenda esse, sed potius per scripturae notationem uiuaci et diuturnae memoriae commendanda arbitrati sunt, ut posteri eadem saepius legentes, sapientium et beneuiuentium mores et laudes in ipsis historiis notarent, et per gestarum rerum memoriam ad uirtutem incensi probos et industrios uiros probitate et industria imitari et eorum uestigia sequi solicite studerent...*

En el Prólogo del libro II y en el del tercero, los autores insisten en su concepto historiográfico y en el deber del historiador de rescatar del olvido, mediante la escritura, los hechos y virtudes de los varones ilustres. El mismo concepto (enlazado a un difuso elogio de la escritura como fijadora del saber) se lee en la dedicatoria de la obra *De rebus Hispaniae* del Arzobispo don Rodrigo, la cual sirve de base al Prólogo de la *Primera crónica general* de Alfonso el Sabio (ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, 1906, pág. 3 y sig.):

> ca de tod esto et dotras cosas muchas no sopiéramos nada si, muriendo aquellos que eran a la sazón que fueron estos fechos, non dexassen escripturas por que lo sopiéssemos; et por ende somos nos adebdados de amar a aquellos que lo fizieron por que sopiéssemos por ellos lo que no sopiéramos dotra manera.

El elogio del papel del historiógrafo debió sin duda de contribuir

a la orgullosa conciencia de su oficio que, renovada por otras causas, muestran Fernán Pérez de Guzmán y los demás historiadores del siglo xv.

A la pág. 230:

Entre las obras del converso Fernando de la Torre, que vivió en el reinado de don Juan II y en el de Enrique IV, se halla *Vna pregunta de mossén Fernando a Yñigo de Mendoça de la diferencia que ay entre amor e amistad, e su respuesta* (ed. A. Paz y Mélia en *Gesellschaft für romanische Literatur*, t. 16, pág. 16 y sigs.). La Respuesta trae una anécdota muy significativa de la codicia de fama de esos tiempos (pág. 18 y sig.):

> E como algunas veses oyese al conde mi señor de vn cauallero, soldán de la grand Turquía, que preguntaua a aquellos que eran de su consexo quál fuese mejor, quedar sin fama o quedar con fama que no fuese buena, e acordauan todos mejor quedar con fama, avnque non fuese buena, que quedar sin ninguna...

Por lo demás, la anécdota parece variación *alla turca* de la que cuenta la *Crónica de don Álvaro de Luna*, pág. 435 sobre Nerón, a quien imputa haber abrasado Roma para dejar memoria, aunque nefanda, de sí, y la cual, a su vez, refleja la historia de Heróstrato, quien incendió el templo de Ártemis en Éfeso para granjear fama: cf. Valerio Máximo, VIII, 14, *Ext.*, 5. No creo que este Yñigo de Mendoza sea el Marqués de Santillana, pues sería extraño que no se indicase su título o nombre completo y, por añadidura, que el linajudo magnate se refiriese a cierto conde llamándole "mi señor." Quizá se trate de fray Íñigo de Mendoza, el autor, entre otras obras, de la *Vita Christi*, quien, aunque floreció en el reinado de los Reyes Católicos, muy bien pudo corresponder en sus años mozos con Fernando de la Torre.

A la pág. 231:

Al mismo círculo de Alfonso V de Aragón pertenece el poeta Carvajal (o Carvajales), quien en el *Cancionero de Roma* (ed. M. Canal Gómez, Florencia, 1935, t. 2, pág. 7) consuela a la reina doña María con el sofístico razonamiento, afín al de Ovidio en las *Tristes*, V, 14, 31 y sigs., de que gracias a su penosa soledad ha lucido virtudes que aseguran su fama:

La vuestra gran solitud,
ilustre reyna bendicta,
descobrió vuestra virtud...
Ansí que, si padescéys,
ganáys eterna memoria;
y el deleyte, bien sabéys,
no(n) es virtud nin menos gloria:
que a los buenos pertenesce
padescer quanto se offresce,
pues que fama resplandesce,
señora, [en] quanto fazéys.

Todavía García de Resende, muy empapado en lecturas ovidianas, advierte en las *Trovas que fez a morte de Dona Ynes de Castro* que la fama y el trono póstumos bien valían el trágico fin *(Cancioneiro Geral de García de Resende*, ed. A. J. Gonçálvez Guimarãis, Coimbra, 1917, t. 5, pág. 365):

Nam perdeo se nam a vyda,
que podeera ser perdida
sem na ninguẽ conhecer,
e ganhou por bem querer
ser sua morte tam sentida.
Guãhou mays q, sendo dãtes
nõ mays que fermosa dama,
serem seus filhos yfantes,
seus amores abastantes
de deyxarem tanta fama.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abderramán, 135
Abelardo, 152
Abenabet, 209
Abengalbón, 128, 131
Abomelique, 227
Abubéquer el Tortosí, 151, 196
Abul Hassán, 222
Adela, Condesa de Blois, 145
Agamenón, 14, 206, 289
Agobbio, Oderisi d', 111
Aguilar, Alfonso de, 257
Agustín, San, 100, 105, 158, 282, 296
Alarico, 86
Alba, Benzo de, 156
Albornoz, Gil de, 222, 224
Alceo, 46
Alcestis, 59, 107
Alcides, 138.—*Véase* Hércules
Aldelmo, 148, 156
Alejandro, 13, 20, 27, 31, 63, 91, 132, 137-143, 147, 149, 159, 167, 169-196 *passim*, 201-205, 207, 214, 224-226, 235, 239, 243, 244, 251, 254, 270, 272, 275, 277, 286
Alejo, San, 106
Alemán, Mateo, 264
Alexander, W. H., 41
Alexandre, véase Astorga
Alexandreis, véase Châtillon
Alfonso I, 281
Alfonso VI, 127, 130
Alfonso VII, 120, 121
Alfonso X, el Sabio, 121, 136, 168, 207, 208, 219, 270, 271, 281.—Véase *Primera crónica general*
Alfonso XI, 211, 281.—*Véase Crónica de Alfonso XI* y Yáñez, Rodrigo
Alfonso V de Aragón, 276, 298
Alfonso V de Portugal, 286
Alfredo el Grande, 167
Alhaquem, 209, 217, 218
Almamún, 196
Almanzor, 198, 199, 202, 203
Alonso, Amado, 294
Álvar Fáñez, 127, 129, 136, 217
Amadís, 259, 261-265, 266, 267, 272
Amador de los Ríos, J., 285
Anastasia, Santa, 252
Anco Marcio, 28
Andreas Capellanus, 220
Andrómaca, 59
Anfiarao, 67
Angers, Jean Michel de, 107
Aníbal, 89, 91, 92, 276
Ansúrez, Pero, 217
Antenor, 288, 289
Antígona, 18, 68, 107
Antípatro, 174, 177
Antolínez, Martín, 130
Apeles, 174
Apocalypsis Goliae, 280
Apolo, 22, 38, 39, 40, 44, 67
Apolonio, véase *Historia Apollonii* y *Libro de Apolonio*
Apolonio de Rodas, 25, 42
Apolonio Díscolo, 25
Apotegmas de los Padres, 217
Appel, C., 122
Aquiles, 14, 15, 20, 38, 53, 139, 142, 147, 149, 172, 176, 177, 181, 206, 225, 243, 244, 259, 264, 265, 266, 272, 286
Aracne, 53
Arbusow, L., 297
Arévalo, F., 79
Argensola, *véase* Leonardo de Argensola
Argía, 68
Arguijo, Juan de, 189
Arias Gonzalo, 256
Arimnesto, 18
Ariosto, 189, 288

Aristandro, 20, 183
Aristóteles, 20, 137, 141, 159, 163, 171, 176, 177, 182, 184, 203, 225, 226, 253, 269
Arquíloco, 25, 46
Arriano, 31, 92
Arrunte, 39
Artús, 132
Ascanio, 38
Asclepíades de Samo, 25
Astorga, Juan Lorenzo de, *Libro de Alexandre*, 31, 114, 133, 136, 154, 163, 167-197, 184, 201-207, 212, 217, 220, 225-227, 239-241, 250, 256, 260, 268, 275, 282, 286
Augusto, 36, 49, 50, 55, 79
Aulo Gelio, 8
Aurora, 53
Ausonio, 74-76, 77
Averroes, 274
Avranches, Enrique de, 145
Ayala, *véase* López de Ayala
Ayante (Ayax), 23, 24, 136, 286
Ayax Telamón, 264
Azurara, Gomes Eanes de, 286

Baena, véase *Cancionero de Baena*
Balbuena, Bernardo de, 230, 280
Barlaam y Josafat, 210
Barnavila, Rogel de, 122
Bartsch, K., 122
Baruc, 107
Bayeux, Serlón de, 109
Bell, A. F. G., 100
Benamerín, 221
Benito, San, 133
Berceo, Gonzalo de, 81, 112, 134-137, 154, 156, 183, 184, 196, 197
Berenguela, 120
Bernáldez, Andrés, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, 258-259
Béroul, 132
Beso, 142, 185
Begiers, Raimon Gaucelm de, 122
Biblia, 276.—*Véanse* los libros particulares
Bitón, 17
Blesila, 78
Bocados de oro, 150
Bodegislo, 117
Boecio, 93-95, 102, 103, 107, 108, 111, 149, 167, 229, 295, 296
Bohemundo, 122
Bolognese, Franco, 111
Born, Bertran de, 121-123
Bornelh, Guiraut de, 81, 121, 123
Bourgueil, Baudri de, 144-145
Bruto, 39, 234, 236, 238
Buelna, conde de, 239
Buenos proverbios (Los), 150
Bullón, Godofredo de, 264
Bury, Richard de, 154, 157

Caen, Roger de, 109-110
Calícrates, 17, 18
Calímaco, 25, 50
Camila, 39, 253
Camoens, 280
Campos, Diego de, 274
Cancionero de Baena, 229-230
Cancionero de Constantina, 230
Cantar de mio Cid, 81, 115, 126-132, 184, 197, 198, 207, 224, 286
Cantar de Roncesvalles, 201
Canterbury, Raginaldo de, 152
Capduelh, Pons de, 81, 119
Cariberto, 117
Carlomagno, 117, 124, 125, 147, 201
Carlos VI de Francia, 239
Carlos el Temerario, 118
Carmen Campidoctoris, 147
Carmesina, 267
Carpio, Bernardo del, 257
Carrión, Infantes de, 127-129, 131
Carvajal, 298
Castel, Guillén de, 238
Castellanos, Juan de, 280
Castro, A., 272
Catalina de Siena, Santa, 81
Catón, 30, 33, 100, 245
Catulo, 69, 90, 153
Cavalcanti, Guido, 111

Cayeta, 39
Celedonio, San, 84, 85
Ceno, 140
Cercamon, 121
Cerda, Luis de la, 245
Cervantes, 231, 254, 294
César, Julio, 27, 33, 40, 41, 63, 64, 100, 143, 235-239, 242, 272, 286
Cesio, 69
Cicerón, 28-33, 38, 74, 83, 84, 87-89, 92, 93, 150; *Ad Atticum*, 28, 29, 88; *Ad Brutum*, 31; *Ad familiares*, 28, 29; *Catilinarias*, 29; *Cato*, 31; *De finibus*, 30, 87, 102; *De lege agraria*, 30; *De officiis*, 29, 31; *De oratore*, 31; *De partitione oratoria*, 29; *De re publica*, 30, 31, 86, 88, 101; *Epístolas*, 32; *Filípicas*, 32, 88; *Pro Archia*, 28, 29, 31-33, 87, 88, 181; *Pro Balbo*, 50; *Pro Sestio*, 31, 88; *Somnium Scipionis*, 86, 88, 92, 93, 100, 103, 111, 291, 295; *Tusculanas*, 29, 30, 56, 60, 87, 101
Cicno, 25
Cid, el, 204, 235, 285, 292.—Véase *Cantar de mio Cid*
Cifar, véase *Libro del cauallero Zifar*
Cimabue, 111
Cintia, 49, 51
Cipriano, San, 82-84, 117, 205
Cípselo, 17
Circe, 189
Cirno, 21, 51
Ciro, 137, 148, 272
Claudiano, 76-77, 80, 143, 191
Cleadas, 138
Clelia, 253
Cléobis, 17
Cleor, 183
Cluny, Bernardo de, 107-109, 149-150, 174, 175
Colonne, Guido delle, *Historia destructionis Troiae*, 286
Commynes, 118
Compostela, Pedro de, 295
Condán, 117
Consolatio ad Liuiam, 139
Constantino, 79
Cordo, 62
Corimbo, 68
Corina, 57
Coripo, 148, 156
Coronel, María, 283, 287
Cota, 58
Coulton, G. G., 105, 153
Cratero, 204
Creonte, 68
Creso, 23
Crisipo, 30
Crodino, 117
Crónica de Alfonso XI, 208
Crónica de don Álvaro de Luna, 231, 240-252, 256, 279, 298
Crónica de don Pero Niño, *véase* Díez de Games
Crónica de Enrique IV, *véase* Enríquez del Castillo
Crónica troyana, 266
Curcio, *véase* Quinto Curcio
Curtius, E. R., 145, 147, 148, 152, 153, 156

Chacón, Gonzalo, 245-247, 250
Chanson de Roland, 81, 122, 124-126, 128, 201, 224
Chastellain, Georges, 237
Châtillon, Gautier de, *Alexandreis*, 31, 114, 137-144, 146, 148-149, 167, 170, 173, 174, 177-196, 220, 226, 228, 240, 244, 275
Chaucer, 32, 229, 280
Chilperico, 117

Dafnis, 40
Daniel, 152
Dante, 61, 65, 111, 154, 194, 207
Dares, 258, 289
Darío, 138, 139, 142-144, 167, 168, 171-174, 177, 183, 186-191
David, 136, 184
Décimo Bruto, 31

Demóstenes, 69, 170, 275
Deschamps, Eustace, 241
Diana, 39
Díaz, Gonzalo, 202
Dido, 41, 42, 289
Diego, San, *véase* Santiago
Dies irae, 154
Díez de Games, Gutierre, *El Victorial*, 168, 205, 232-242, 247, 269, 275
Dimante, 138
Diocleciano, 85
Diógenes, 30
Diógenes Laercio, 217
Diomedes, 14, 175, 176, 225, 259
Dión Crisóstomo, 92
Dioniso, 13
Dioscuros, 26
Domiciano, 69
Domingo de Guzmán, Santo, 207
Domingo de Silos, Santo, 113, 134, 135
Druso, 139

Eclesiastés, 99
Eclesiástico, 151-152, 205
Elena y María, 168
Emeterio, San, 84, 85
Empédocles, 28
Encina, Juan de la, 280
Eneas, 38, 41-44, 81, 178, 179, 288, 289
Ennio, 27, 28, 36, 48, 50, 75, 285
Enrique II, 239
Enrique IV, 241, 258, 276, 292, 298.—*Véase* Enríquez del Castillo
Enrique II Plantagenet, 121
Enríquez del Castillo, Diego, *Crónica de Enrique IV*, 257-258
Epicarmo, 25
Epicteto, 92
Epicuro, 28, 46
Ercilla, 192, 280
Esceva, 62, 63, 242, 245
Escipiones, 28, 31, 245, 252
Esplandián, 266
Esquilo, 16, 25
Estacio, 61, 65-68, 69, 71, 77, 95, 114, 137, 150
Este, Juana de, 120, 121
Ester, 253
Estrabón, 25
Euforbo, 40
Eumeo, 26
Euríalo, 37, 38, 66, 138
Eurípides, 19, 20, 42
Eustatio, 25
Evadne, 59, 68, 107
Exeter, José de, 146, 148, 149
Éxodo, 80

Fabio el Contemporizador, 89
Fadrique, Don, 159
Faidit, Gaucelm, 121
Fálaris, 23
Fáñez, *véase* Álvar Fáñez
Federico II, 121, 145
Fernán González, véase *Poema de Fernán González*
Fernández de Constantina, véase *Cancionero de Constantina*
Fernando III, el Santo, 196, 208, 235, 281
Fernando el Católico, 263
Filecio, 26
Filetas de Cos, 25, 50
Filoctetes, 19
Filóxeno, 217
Flor, Roger de, 266
Flora, 53
Flores de filosofía, 260
Florestán, 261, 263
Fortunato, *véase* Venancio Fortunato
Foulché-Delbosc, R., 115, 269
Fränkel, H., 52, 54, 55

Galaor, 261, 263
Galba, Martí Joan de, 267
Galve, 127
García, Pero, 245
García de Arielza, Ferrand, 221

Garcíaz, Galín, 136
Garcilaso, 293
Gautier-sans-avoir, 122
Gelmírez, Diego, 297
Génesis, 239
Gerión, 280
Germánico, 58
Ghellinck, J. de, 32
Gili Gaya. S., 266
Gilson, É., 94
Giménez Soler, A., 208
Giotto, 111
Girón, Pedro, 255
Glauco, 38, 206
Gogón, 117
Gómara, *véase* López de Gómara
González, Fernán, 212, 227, 235, 251, 254, 261, 270, 275, 292.—Véase *Poema de Fernán González*
González de León, 248
Gracián, Baltasar, 189, -272, 273, 280
Gran conquista de Ultramar, 122, 136
Grecino, 58
Gregorio Magno, San, 102, 103, 105, 150, 219
Guevara, Antonio de, 257, 296
Guinizelli, Guido, 111
Guillermo IX de Aquitania, 120
Guillermo X de Aquitania, 121
Guillermo, arzobispo de Reims, 143, 144
Guneo, 75
Guzmán, Vasco de, 272

Héctor, 15, 40, 42, 149, 167, 174, 176, 177, 225, 235, 259, 263, 264, 286
Hechos de los apóstoles, 100
Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo, 168, 253-257
Helena, 48, 53, 85, 184
Hércules (Héracles), 13, 38, 265, 275
Hernández de Oviedo, Gonzalo, 188
Herodes Agripa, 100
Heródoto, 17, 59, 191
Heróstrato, 298
Herrera, Fernando de, 278
Hierón, 25
Hiponacte, 25
Historia Apollonii regis Tyri, 159-166, 169
Historia Compostellana, 297
Hita, Arcipreste de, *véase* Ruiz, Juan
Homero, 23, 28, 48, 50, 57, 65, 87, 139, 142, 181, 189, 242-244, 258, 277, 285, 286; *Ilíada*, 14-16, 20, 25, 38, 40, 42, 44, 206, 272; *Odisea*, 13, 14, 20, 40
Honorio, 143
Hopleo, 138
Horacio, 35, 36, 45-49, 55, 60, 65, 68, 70, 71, 75-77, 86, 95, 105, 112, 144, 147, 150, 153, 244, 283; *Arte poética*, 13; *Epístolas*, 2[illegible], 46, 49, 90; *Odas*, 14, 45-47, 49-50, 54, 69, 117; *Sátiras*, 48, 49, 87
Hugo, San, 157
Huizinga, J., 118, 232, 237

Ide, 67
Ifigenía, 107
Ildefonso, San, 274, 296
Imola, Benvenuto da, 112
Inocencio III, 109
Iranzo, Miguel Lucas de, 255, 276, 279, 283.—Véase *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*
Isabel la Católica, 259
Isaías, 82, 115
Iseo, 133
Isidoro, San, 274, 296
Isócrates, 24, 25, 50, 60, 147

Jaime I de Aragón, 159
Jasón, 42

Jenócrates, 22, 252
Jeremías, 99
Jerjes, 18, 28, 73, 91, 92
Jerome, don, 224
Jerónimo, San, 78, 105, 283
Job, Libro de, 107, 111, 151
Joviano, 210
Juan, San (evangelio de), 82, 100, 101
Juan II, 229, 243, 246-249, 276, 280, 286, 290-292, 298
Juan Bautista, San, 135
Juan Crisóstomo, San, 102
Juan Manuel, don, 207-220, 282; *El conde Lucanor*, 151, 204, 205, 208-219, 229, 230, 236, 250, 261, 265, 277; *Libro de la caza*, 219; *Libro de los estados;* 130, 207-212, 218, 219; *Libro del caballero y del escudero*, 168, 211-214, 219; *Libro infinido*, 32, 208, 209, 212; *Tractado en que se prueba por razón...*, 211, 212; *Tractado sobre las armas*, 209, 219
Juçaf, 226
Judas, 249
Judas Macabeo, 207
Julián, don, 201
Julio César, *véase* César
Juno, 41, 43, 68, 265
Júpiter, 58
Júpiter Ammón, 193
Justino, 31, 139, 289
Juvenal, 65, 70, 91-92, 95, 100, 107, 149
Juvenco, 78, 274

Kilgour, R. L., 231
Knust, H., 150
Kullmann, E., 126

Laertes, 26
Lalaing, Jacques de, 231
Lamartine, 52
Laodamía, 59
Laon, Adalberto de, 167
Lara, Infantes de, 257
Latino, 43
Lauso, 37-39, 81, 178
Lavinia, 43
Layno, Nuño, 204
Lazarillo de Tormes, 278
Leandro, San, 274
"Leomarte", 265-266
León, fray Luis de, 99, 189
Leonardo de Argensola, Lupercio, 92, 278
Leónidas, 16
Lewent, K., 118
Liber de praeliis, 169
Libro de Alexandre, véase Astorga
Libro de Apolonio, 114, 133, 159-166, 168-171, 175, 184, 192, 193, 262
Libro de los engaños, véase *Sendebar*
Libro de los tres reyes de Oriente, 81
Libro de miseria de omne, 115
Libro del cauallero Zifar, 259-261, 267
Libros Sapienciales, 190, 230, 250, 270
Lígdamo, 51
Lila, Alano de, 154
Limoges, Ademar de, 121
Lisuarte, 261
Livia, 139
Lommatzsch, E., 121
"Longino", 17
López de Ayala, Pero, 154
López de Gómara, Francisco, 188
López de Mendoza, Íñigo, *véase* Santillana
Lorenzo, San, 81, 135
Lorris, Guillaume de, véase *Roman de la Rose*
Lucano, 62-65, 95, 137, 143, 144, 150, 191, 192, 234, 242, 269, 274, 286, 288
Lucas, San, 279
Lucceyo, 74

Lucilio, 60, 87
Lucio, 83
Lucrecio, 27-28, 46, 57
Luculo, 31
Ludovico Pío, 117
Lulio, Raimundo, 110
Luna, Álvaro de, 231, 241, 251-253, 269, 274, 276, 278-283, 285, 292.—Véase *Crónica de don Álvaro de Luna*
Luna, Juan de, 245
Luna, Pedro de, 243, 245
Lupo, 117

Macabeos, 81
Macaria, 107
Macías, 285
Macrobio, 86, 92-95, 291
Maimónides, 274
Mamurio, 53
Manlio Teodoro, 77
Manrique, Gómez, 115, 168, 289
Manrique, Jorge, 75, 88, 108, 115, 230, 291-294
Manrique, Rodrigo, 230, 292
Map, Walter, 146, 244, 272, 280
Márato, 51
Marcabru, 121
Marcial, 50, 51, 68-76, 86, 91, 144, 147
Marco Aurelio, 92, 103
Marden, C. C., 206
María, reina doña, 298
Mariana, Juan de, 272-274
Mario, 31, 33
Marseilla, Folquet de, 121
Martín, San, 104
Martínez, fray Pedro, 123
Martínez de Medina, Gonzalo, 229
Martínez de Toledo, Alfonso, 213, 231
Martorell, Joanot, 267
Masinisa, 245
Masquefa, fray Ramón, 208
Mateo, San, 79, 101, 249, 279
Máximo, 53
Máximo Cesonio, 72
Máyolo, 145
Mayorga, Juan de, 231, 288
Mecenas, 49, 50, 70
Medea, 42
Meleagro, 25
Mena, Juan de, 115, 168, 244, 276, 278-290, 292; *Coronación*, 242, 280, 282, 287-289; *Laberinto*, 231, 242, 252, 253, 256, 278-280, 282-291
Mendoza, Íñigo de, *véase* Santillana
Mendoza, fray Íñigo de, 298
Meneceo, 67, 68
Menelao, 16
Menéndez Pidal, R., 126, 129, 136, 197, 216, 256
Meril, É. de, 109
Merlo, Juan de, 231
Mesalino, 51
Metelo, 31, 33
Meung, Jean de, 111, 155, 284.—Véase *Roman de la Rose*
Mezencio, 81
Milcíades, 13
Millán, San, 113, 134, 135, 197
Minerva, 171
Mio cid, véase *Cantar de mio Cid*
Mitridates, 33
Moisés, 84
Monferrato, Marqués de, 121, 122
Montanhagol, Guilhem, 118-123, *passim*
Montaut, Ramenat de, 123
Moss, H. St. L. B., 167

Nabarzanes, 185
Nabucodonosor, 239
Napolski, 120
Narváez, Pedro de, 279
"Nazer", 234
Neckam, Alejandro, 109, 217
Neera, 51
Némesis, 51
Nepociano, 78

Nerón, 65, 246, 298
Néstor, 23, 286
Nevio, 38
Nicánor, 138, 174, 179
Nicolao, 169, 193
Nicolas, A., 192
Niso, 37, 38, 66, 138
Nolhac, P. de, 32
Numa, 53

Odiseo, 24, 26.—*Véase* Ulises, Homero
Odón, 145
Olimpiodoro, 25
Olivero, 124, 125, 136, 224
Olmedo, F. G., 266
Orfeo, 20, 42
Oria, Santa, 134
Orléans, Charles d', 154
Orosio, 274
Ortega y Gasset, J., 272
Ovidio, 35, 42, 50, 52, 63-66, 72, 86, 92, 95, 105, 111, 120, 137, 147, 148, 234, 242, 244, 288, 299; *Amores*, 54-57, 69, 79, 148, 153; *Arte de amar*, 54, 55, 56, 69, 111, 153; *Fastos*, 53, 54, 87; *Heroidas*, 53, 85, 153; *Metamorfosis*, 52-54, 107, 114, 149, 191, 242, 283, 284; *Pónticas*, 53, 56, 58, 59; *Remedios*, 54; *Tristes*, 54, 55, 56, 58, 59, 298
Oviedo, *véase* Hernández de Oviedo

Pablo, San, 80, 82, 100-102, 134
Pagano, 145
Palante, 38, 39
Palas Atenea, 14, 15
Paris, 53, 85, 171, 177, 259, 286
Parmenión, 186, 202
Partenopeo, 66
Pascal, 32
Passio Sancti Seueri, 295
Patroclo, 13, 40
Paula, 78
Paulo Emilio, 89
Pausanias, 18
Pedro, San, 81
Pedro Alfonso, 274
Pedro de Compostela, 295
Pedro de Portugal, 290-291
Pedro el Venerable, 157
Pegulham, Aimeric de, 121, 122
Pelayo, 203
Penélope, 59
Pérez de Guzmán, Fernán, 269-276, 285, 298; *Coblas de vicios e virtudes*, 269, 271, 274, 275; *Generaciones y semblanzas*, 271-273, 275; *Loores*, 31, 243, 270, 271, 274, 276
Pérez de Urbel, J., 114, 204
Pérez de Vivero, Alonso, 242
Perila, 55
Persio, 69, 89-93, 95, 100, 103
Petrarca, 31, 32, 81, 243, 277, 280
Píndaro, 16, 21-25, 36, 45, 47-50, 61, 87, 112, 205, 236
Pipino, 224
Pisandro, 25
Planco, 29
Platón, 150, 153, 155
Plinio el mozo, 50, 69, 71-74, 77, 81, 103, 289
Plinio el viejo, 73, 93, 189, 191
Plutarco, 20, 27, 31, 92, 139, 189
Poema de Alfonso Onceno, véase Yáñez, Rodrigo
Poema de Fernán González, 168, 196-207, 214-217, 225, 240, 241, 250, 260, 265, 282
Poema del Cid, véase *Cantar de mio Cid*
Poggio, 32
Polícrates, 17
Polinices, 66, 68
Polión, 36
Poliperconte, 186
Polixena, 265
Pompeyo, 62, 63, 239
Poro, 179, 188, 191, 201

Post, Ch. R., 229
Príamo, 286
Priapo, 56
Primera crónica general, 127, 196, 204, 206, 215, 217, 297
Propercio, 49-52, 54, 57, 60, 64-66, 70, 120, 147, 148
Proverbios, Libro de los, 150, 151, 250
Prudencio, 80-86, 95, 114, 117, 153, 205, 274, 295
Pulgar, Hernando del, 243, 274
Puycibot, Jausbert de, 121

Quijada, Gutierre, 231
Quintiliano, 32, 274, 290
Quinto Curcio, 31, 139-141, 186, 226, 275, 286
Quiñones, Suero de, 231

Ramiro de León, 270
Raynouard, 81
Reims, Godofredo de, 144, 145
Renart, Jean, 132
Resende, García de, 299
Reyes, Libro de los 249
Ribadeneyra, Fernando de, 245, 246
Ricardo Corazón de León, 121
Roberto, rey de Francia, 167
Roboán, 260
Rodrigo, don, 201
Rodrigo, Arzobispo don, 274, 297
Rodríguez de Montalvo, Garcí, 261, 263, 264, 266, 272.—Véase *Amadís*
Rogelio, 145
Roldán, 122, 125, 136, 224.—Véase *Chanson de Roland*
Román, San, 85
Roman de la Rose, 53, 110-111, 155
Romans d'Alixandre, 169
Romera Navarro, M., 273
Romero, J. L., 269
Roncesvalles, véase *Cantar de Roncesvalles*
Rueda, Lope de, 236
Ruiz, Juan, 114, 220, 227
Rutilio Namaciano, 80

Sabasil, Charles de, 235
Sabiduría de Salomón, 151, 271, 296
Safo, 20-21, 289
Saint-Bertin, Lambert de, 152
Sainte-Maure, Benoît de, 170, 286
Saladino, 209, 215
Salido, Nuño, 257
Salmos, 99, 115, 116
Salomón, 237, 239, 249, 269, 272.—*Véase* Sabiduría
Salustio, 33-35, 88-89, 100, 147, 263, 264, 272, 276
Salviano, 104-105
Sánchez Alonso, B., 232
Sánchez de Vercial, Clemente, 275
Sancho de Navarra, 204
Santa Fe, 230-231
Santiago, 197
Santillana, Marqués de, 154, 231, 276-278, 287, 289, 298; *Comedieta de Ponza*, 276; *Diálogo de Bías contra Fortuna*, 31, 277, 278; *Doctrinal de privados*, 243; *El infierno de los enamorados*, 278; *El planto que fizo Pantasilea*, 277; *Proverbios*, 276
Sarpedón, 23, 44, 206
Sem Tob de Carrión, 151, 156, 184
Sendebar, 159, 160
Séneca, 28, 60-62, 64, 71, 83, 87, 189, 205, 241, 242, 246, 274, 276, 282, 283
Sesé, Fernando de, 245
Shannon, E. F., 32
Sidonio Apolinar, 77-78
Sigeberto, 117
Sila, 33
Silio Itálico, 69
Símaco, 138, 179
Simónides, 16-17, 25
Sixto, San, 135
Sócrates, 252

Sófocles, 18, 19, 67
Solón, 16
Suárez de Figueroa, Cristóbal, 273
Suárez Gallinato, Lorenzo, 209
Suetonio, 46
Sulpicio Severo, 103-105

Tácito, 50, 74, 77, 147
Tafur, Pero, 231
Talavera, Arcipreste de, *véase* Martínez de Toledo, Alfonso
Temístocles, 13
Tenorio, Garcí Jufré, 209
Teócrito, 25-26, 31, 35, 36, 48-50, 58, 61, 286
Teodulfo, 117
Teognis, 21, 26, 51, 52, 120
Terencio, 242
Teseo, 68
Teudequilda, 117
Tibulo, 51, 56, 153
Tideo, 66
Timoteo, 24
Tirant lo Blanc, 259, 261, 266-269
Tirso de Molina, 290
Tito, 276
Tito Livio, 89, 264, 283, 286
Tod, M. N., 116
Tolosa, Conde de, 122
Tomás de Aquino, Santo, 81, 102-103, 119, 158, 282, 296
Torre, Fernando de la, 298
Tristán, 132, 224
Tritantecmes, 18
Trogo Pompeyo, 274
Troilo, 264
Troyes, Chrétien de, 132, 263
Tucídides, 18
Turno, 38, 42-44
Turpín, arzobispo don, 122, 124, 130, 201, 224, 257
Tuticano, 58

Ulises, 189, 194, 265, 266, 286
Urgel, don, 257

Valbuena Prat, Á., 159
Valerio Flaco, 32
Valerio Máximo, 27, 31, 183, 189, 190, 282, 283, 298
Vaqueiras, Raimbaut de, 121-123
Varo, 36, 37, 143
Varrón, Publio Terencio, 89
Vega, Lope de, 116, 273
Velázquez, Ruy, 257
Venancio Fortunato, 81, 82, 117
Venosa, Ricardo de, 109
Ventadorn, Bernart de, 123
Ventadorn, María de, 121
Venus, 41
Vicente, San, 81, 84
Victorial, véase Díez de Games, Gutierre
Vidal, Peire, 123
Vie de Saint Alexis, 105-107
Villena, Enrique de, 230, 290
Villon, 108
Violante, doña, 208
Virgilio, 35-44, 49, 52, 54, 60, 62, 67, 68, 72, 95, 105, 150, 234, 237, 246, 289; *Églogas*, 36, 37, 40, 44, 143, 144; *Eneida*, 37-44, 47, 53, 65, 66, 87, 88, 100, 137, 178, 242, 288; *Geórgicas*, 36, 41, 49, 50
Virgilio Rufo, 73
Vulteyo, 64

Waldo, Pedro, 119
Wright, T., 109, 148

Yáñez, Rodrigo, *Poema de Alfonso Onceno*, 136, 220-229, 240, 250
Yápix, 39
Yururna, 43

Zafra, Bartolomé de, 245
Zavala, Silvio, 274
Zeus, 16, 44, 57
Zoroas, 178, 179, 183, 185
Zorzi, Bertolomé, 121

ÍNDICE GENERAL

Propósito 9

ANTIGÜEDAD

I. GRECIA 13

Homero, 13. Simónides, 16. Heródoto, 17. Sófocles, 18. Eurípides, 19. Safo y Teognis, 20. Píndaro, 21. Isócrates, 24. Teócrito, 25.

II. ROMA: AFIRMACIÓN 27

Ennio, 27. Lucrecio, 27. Cicerón, 28. Salustio, 33. Virgilio, 35. Horacio, 45. Propercio, 49. Ovidio, 52. Séneca, 60. Lucano, 62. Estacio, 65. Marcial, 68. Plinio el mozo, 72. Ausonio, 74. Claudiano, 76. Sidonio Apolinar, 77. San Jerónimo, 78. Juvenco, 78. Prudencio, 80.

III. ROMA: NEGACIÓN 87

Cicerón, 87. Tito Livio, 89. Persio, 89. Juvenal, 91. Macrobio, 92. Boecio, 93.

EDAD MEDIA

I. GENERALIDADES 99

a) LA CLERECÍA: San Agustín, 100. Santo Tomás de Aquino, 102. Sulpicio Severo y Salviano, 103. *Vie de Saint Alexis*, 105. Teatro medieval, 107. Bernardo de Cluny, 107. Roger de Caen y otros, 109. Raimundo Lulio, 110. *Le Roman de la Rose*, 110. *La Divina Commedia*, 111. Gonzalo de Berceo, 112. Otros poetas de la cuaderna vía, 114. Gómez Manrique, 115.

b) LA ESFERA PROFANA: Poesía provenzal, 118. *La Chanson de Roland*, 124. *Mio Cid*, 126. El *roman courtois*, 132. Gloria caballeresca en Berceo, 133. La *Alexandreis*, 137. Baudri de Bourgueil, 144. Enrique de Avranches, 145. José de Exeter, 146. Walter Map, 146. Ascetismo en la *Alexandreis* y en *De bello Troiano*, 148. Bernardo de Cluny y la gloria literaria, 149. Libros Sapienciales, 150. Raginaldo de Canterbury y otros, 152.

II. CASTILLA 159

Libro de los engaños, 159. *Libro de Apolonio*, 159. *Libro de Alexandre*, 167. *Poema de Fernán González*, 197. Don Juan Manuel, 207. *Poema de Alfonso Onceno*, 220. *Cancionero de Baena*, 229. Villena, 230. Santa Fe, 230. *El Victorial*, 232. *Crónica de don Álvaro de Luna*, 240. *Libro de las claras e virtuosas mugeres*, 251. *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, 253. Diego Enríquez del Castillo, 257. Andrés Bernáldez, 258. *Cifar*, 259. *Amadís*, 261. "Leomarte", 265. *Tirant lo Blanc*, 267. Fernán Pérez de Guzmán, 269. El marqués de Santillana, 276. Juan de Mena, 278. Don Pedro de Portugal, 290. Jorge Manrique, 291.

ADICIONES 295

Índice de nombres 301

Se acabó de imprimir este libro,
La idea de la fama en la Edad Media castellana,
el día 1 de septiembre de 1983,
en los talleres de Gráficas Valencia, S. A.
Paseo de Talleres, 18.
Madrid-21.

ERRATAS QUE SE HAN OBSERVADO

Pág. *61*, primera línea, léase: ... *ipsius est dammum.*
63, línea 15, el verso debe ser:
unica materia est coniunx miser. Erige mentem,
77, línea 13, léase: con posterioridad a...
80, nota, línea 4, debe ser: RUTILIO NAMACIANO.
106, línea 13, léase: "*n'i ai mais*...
114, nota, penúltima línea, léase: en vuestras...
117, nota, línea 34, debe ser: *Si Mosa, Rhenus*...
123, nota 20, hay que cerrar el paréntesis después de: pág. 101.
128, antepenúltima línea del texto, léase: con las hijas del Cid.
152, la apostilla debe decir: *Raginaldo de*...
160, línea 26, léase: *luuenis conturbatur*...
160, línea 36, poner coma después de: viçioso e onrrado.
189, nota 20, línea 3, léase: University of Pennsylvania.
204, nota 36, primera línea, léase: último prodigio.
223, última línea del texto, léase: que funciona asimismo...
226, nota, línea 3, léase: ... por el poeta, y en la del...
229, suprimir la línea 16 y leer en su lugar: mundana. Francisco Imperial en el *Decir del naci-*
234, nota, línea 2, debe ser: ningund caballero.
249, línea 2, léase: e déxanla más estendida.
252, línea 29, debe ser: Sócrates, Jenócrates...
267, la apostilla debe decir: *Tirant lo Blanc.*
268, línea 36, léase: El pasaje más significativo...

Sección de

LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

LA IDEA DE LA FAMA

en la Edad Media Castellana